

EN LAS TIERRAS DE INTI

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Australia Argentina. (Dos vols).
El falso Inca. (Cronicón de la conquista).
El casamiento de Laucha. (Novela picaresca).
Sobre las ruinas... (Drama en cuatro actos).
Marco Severi. (Drama en tres actos).
El triunfo de los otros. (Drama en tres actos).
Pago Chico. (Novela de costumbres).
Violines y toneles. (Cuentos y relatos).
Crónicas.
Ensayos poéticos. (Agotada).
Antígona. (Novela, agotada).
Scripta. (Cuentos, agotada).
Novelas y fantasías. (Agotada).
Los italianos en la Argentina. (Agotada).
Emilio Zola. (Agotada).

EN PRENSA

Cartas perdidas. (Impresiones de viaje).

ROBERTO J. PAYRÓ

EN LAS TIERRAS DE INTI

(Septiembre-Octubre 1899).



BUENOS AIRES
M. RODRÍGUEZ GILES, EDITOR
CORRIENTES, 1379

1909

EN LA APACHETA

Pacha Mama, madre tierra,
esto dejo en tus altares...
poco vale, poco encierra,
es un hilo de mi poncho, es un pucho de cigarro,
acuyico de tu coca, ramazón de tus talares,
pero afirma mis cariños—tú me hiciste de tu barro—
y es la ofrenda de un criollo en tus rústicos altares.

Barcelona, 20 enero 1909.

EN LAS TIERRAS DE INTI

I

HACIA EL VALLE

En la estación Recreo, el largo tren de Córdoba se dividió en dos trozos dotados de movimiento como los de una inmensa lombriz seccionada, el uno con destino á Catamarca, el otro á Santiago y Tucumán, llevándose este último el vagón-comedor y todos las relativas comodidades. Sólo un dormitorio siguió viaje á nuestro servicio, y á fe que no se necesitaba más, pues lo ocupábamos cuatro pasajeros únicamente: un hacendado de aquellos alrededores, un comisario de policía, un coronel de la nación y el que esto escribe.

No acertaría á comprender por qué se llama Recreo aquella pequeña estación aislada, rodeada apenas por un puñado de casas de miserable aspecto, y con cuatro árboles desmirriados, si tan triste lugar no fuera una especie de oasis verdegueante en medio del interminable salitral de la «travesía». Maldito lo que puedan recrearse allí ni aun los que llevan el espectáculo dentro, si antes no han sufrido las torturas de una peregrinación al rayo del sol por la sábana blanca y deslumbradora que se extiende á los cuatro vientos. De lo que en

tales viajes se padece, dióncs idea el mismo tránsito en ferrocarril, pese á sus facilidades y su celeridad.

Violentas y ardientes ráfagas apagaban, á cada momento, las lámparas primitivas con que se alumbran los vagones; pero el calor era tal, que desde un principio optamos por permanecer semi á obscuras, como si la falta de luz nos procurara un poco de fresco, facilitándonos la sofocada respiración. La obscuridad y el calor resultaron, sin embargo, excelente pretexto para que trabáramos conversación, antes de conocernos y entreviéndonos apenas.

Uno de mis compañeros, hombre ya maduro, delgado, nervioso, de facciones enjutas y acentuadas, ojos vivos y frente estrecha, gran fumador, gran tosedor, inició el tema de los sucesos catamarqueños, la revolución, la intervención nacional, el cambio posible de Gobierno... Entre su equipaje llevaba espada, cuidadosamente metida en una funda de gamuza, cosa que me hizo suponerlo militar, como lo era en efecto, pues los otros le llamaron, á poco, audaz coronel, confirmando mi opinión. También aludieron á *su* Gobierro.

—¿Será?...—me dije.

Era, sí, el coronel D., ex-gobernador de Catamarca, y pude haberlo adivinado antes, sirviéndome de base el curioso criterio político con que juzgaba la actual situación de su provincia, en un todo semejante al que hizo notable su Gobierno y conquistó para sus colaboradores y parte de sus administrados el título de «beduínos». Declaraba el coronel desdeñosamente que la oposición, el descontento, las agitaciones, la revolución, todo no era más que choques de intereses entre los que ambicionan una diputación ó una senaduría nacional. No hacía sino repetir sus memorables palabras

al general Donovan cuando, incomodado durante su gobierno por las críticas que sus actos provocaban, le dijo con toda seriedad:

—Voy á pedirle al presidente Roca que le dé á Catamarca un senador y dos diputados más, para contentar á todo el mundo.

—Pero, coronel—replicó Donovan,—¡si eso no puede hacerlo el Presidente!

La Constitución, en efecto, hubiera quedado bastante malparada; pero qué podía importarle de tales papeles mojados al gobernador que, justificando su inobservancia de las leyes, exclamaba furioso:

—¡Yo no respeto constituciones hechas por Colina!

Pero los años han pasado, haciendo olvidar muchos errores y perdonar muchas iniquidades. Probablemente, mejorando también á las personas, adaptándolas á un medio más adelantado. Nuevos tiempos traen consigo nuevas costumbres, nuevos hombres ú hombres modificados por lo menos. Y el coronel gobernador vive hoy tranquilo en su quinta de los alrededores de la ciudad de Catamarca, sobre el camino á Tres Puentes, cultivando la tierra, fumando su cigarro y viendo, inmóvil,—no viendo quizá,—cómo todo cambia y progresa en torno suyo. Su nombre solo evoca el recuerdo de atrocidades, palizas, vejaciones, abusos de toda especie, perpetuados por la pluma inmortalizadora de Sarmiento; pero no por ello deja de ser injusto olvidar que en Catamarca realizó algunas obras de adelanto material, como el tranvía á las chacras, la fundación de la Villa Gobernador Cubas, y otras en que se invirtió provechosamente una parte, siquiera, del dinero extraído de los Bancos. Muchos, en aquellas épocas, no hicieron ni eso.

No tardé en saber que otro compañero de viaje

era hacendado—como ya dije,—y opositor, y el tercero, comisario de policía departamental y gubernista por consiguiente. Pero un tren en marcha viene á ser, para los pasajeros, como un terreno neutral, y el trayecto un armisticio. No hubo discusión, ni acaloramientos, ni se pasó tampoco más allá de las generalidades y de las noticias no comprometedoras, mientras el vagón semi-obscuro corría envuelto en las chispas de la locomotora.

No refrescaba, y todos cuatro trasnochamos, aunque la conversación decayese hasta el fastidio; muy tarde era cuando fuimos á acostarnos sin esperanzas de dormir con aquella elevada temperatura que la sequedad del aire hacía más molesta. Todos estábamos en pie poco después de «pangariar», como llaman los «churos» al amanecer, y, á las primeras luces del día, pude observar una gran extensión del valle, más encajonado cada vez á medida que se avanza hacia Catamarca.

La vegetación es abundante pero, en esa estación del año, los árboles presentan un aspecto triste, con su escaso follaje polvoriento y mustio, como olvidado por la lluvia. La componen, en su mayor parte, leguminosas y cactáceas, unas y otras cubiertas de espinas. El terreno es arenoso y seco, y la brisa más leve alza nubes de polvo que recorren largas distancias girando como un torbellino. El cielo es claro, purísimo, tirando á blanco, y á derecha é izquierda de la vía recórtanlo las altas montañas que limitan el valle.

De pronto, en la falda de una colina, se presenta á la vista la ciudad de Catamarca: es una pequeña villa, de casas de un solo piso, muy á la antigua española, y que, gracias á su posición, tiene el viento por barrendero de calles y plazas; de sus azoteas y tejados emergen las torres de la Matriz, San Francisco, el Seminario, etc., mientras que, más

lejos, en torno, blanquean las iglesitas de las aldeas cercanas entre el follaje de naranjos é higueras, ó destacándose sobre la verde alfombra de los alfalfares...

Allí vive gente bondadosa y patriarcal, á la que nada faltaría si no le sobrara, generalmente, el Gobierno; y allí iba á detenerme varias semanas, cumpliendo una misión periodística que hizo grata la afectuosa hospitalidad catamarqueña.

II

LA CAPITAL CATAMARQUEÑA

Leopoldo Déllétéry, que el año pasado falleció en Catamarca, era un francés laborioso, probo y liberal, empresario de mensajerías y dueño de una regular fortuna, adquirida con su esfuerzo propio —hombre generalmente estimado, muy suelto de lengua y, á veces, muy agudo.

Poco antes de su muerte, doblegado por desgracias de familia y catequizado por incesantes prédicas, fué cediendo de su anterior incredulidad; y de las filas de los masones—como aquí se llamaba y se suele llamar todavía á los liberales,—fué pasándose á los creyentes devotos de la Virgen del Valle, asistió á misa los sábados, día de la Madona, y, algún domingo, concurrió á las pláticas y las procesiones y buscó, en fin, consuelo á sus amarguras en el culto misterioso del más allá.

Una tarde, á son de campanas y campanillas, con gran pompa y numeroso concurso de pueblo,

salía de la iglesia de San Francisco á recorrer las calles tapizadas de colchas de crochet y de damasco, y adornadas con arcos de follaje, gallardetes y flores, una procesión magna, no sé si *ad petendam pluviam* ó con otro objeto no menos práctico, aunque me inclino á creer lo primero, porque desde los quichúas hasta hoy, Pacha mama antaño y la Virgen del Valle ogaño, saben de memoria que las preces colectivas son, en su mayor parte, peticiones de agua para los campos, para el maíz, para el ganado. Las multitudes, lo mismo que los individuos, se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena y de otro cualquier santo cuando no truena.

Monsieur Déllétéry, cuya paulatina conversión estaba ya muy avanzada, con la rodilla en el rudo pavimento de canto rodado, silencioso y contrito, veía pasar los santos, llevados en sus peanas por lo más granado del pueblo devoto: el clero á la cabeza, revestido de relumbrantes capas y casullas; los monagos meneando el incensario ó repicando las campanillas; el dorado guión de la parroquia enarbolado por las piadosas manos de algún magnate; los muchachos descalzos que pululan á toda hora y son de toda fiesta; las mujeres con el hábito blanco de la Concepción, como envueltas en banderas argentinas, ó con el gris de San Francisco, ó con el azul obscuro de no sé qué otro santo; la «gente de corbata»—como se dice por allá,—confundida, por un momento, con los «churos de ojota», buenos para hacerlos trabajar, votar ó pelear, y sólo asimilados á la sociedad en estas cristianas ocasiones; las damas y niñas más «alhajitas» de la ciudad, airosamente vestidas y penetradas de profundo recogimiento místico; la banda de policía, que tocaba una marcha fúnebre, por no saber de música sagrada. .

Todo esto veía monsieur Déllétéry, subyugado

casi hipnotizado por lo solemne de la fiesta, el repique de las campanas, el agrio tañido de las campanillas, los melancólicos y largos compases de la música, el silencio grave y como medroso de los fieles, las nubes de incienso que llegaban hasta él, los humillados espectadores del sacerdotal aparato...

Y salieron por la puerta de par en par abierta de la iglesia, y cruzaron el atrio anchuroso, varios santos con Francisco al frente, sobre sus peanas y sus andas, bamboleándose al capricho del pavimento desigual y de los pasos, por consecuencia, irregulares, de sus conductores.

Pero, de pronto, apenas apareció San Benito, el negro patrono de los negros, Délléléry comenzó á dar visibles muestras de inquietud. Desasosegado, cambiaba de rodilla, meneaba la cabeza, se encogía de hombros, lanzaba interjecciones inarticuladas. Por último se levantó, escurriéndose disimuladamente á un portal que tras de él había, mientras exclamaba repetidas veces, como justificando su actitud:

—¡Este sant' no m' inspir' confians'!... ¡Este sant' no m' inspir' confians'!

Tan negra por lo menos como San Benito y mucho menos santa, la situación actual de Catamarca no puede inspirar confianza á nadie. Para inspirarla tendría que aclararse un poco, milagro difícil, porque su negrura nace de muchas y diversas causas, entre las cuales los pésimos Gobiernos son, á un mismo tiempo, causa y consecuencia. La pobreza, la falta de agua, la dificultad y carestía de las comunicaciones, hacen de esta provincia lo que es: un núcleo de gente descontenta, mal gobernada y bien esquilmada, y un puñado de gente ávida y rapaz que gobierna y esquilma. Los productos de la agricultura y la mi-

nería sucumben hoy en la lucha con los fletes de los ferrocarriles; la ganadería desfallece bajo el peso de los impuestos chilenos á la introducción de haciendas; el mismo mercado de Tucumán flaquea por la falta de numerario; el trabajador tiene que sobrellevar una vida estrecha y mezquina, y el propietario sabe apenas cómo sostenerse. La pobreza del pueblo tendría, necesariamente, que determinar la marcha económica de su Gobierno, si para algo sirviera la lógica; pero no es así; no satisfechos con la subvención nacional que apuntala artificialmente su autonomía, y con la poca renta que podrían recoger sin desangrar al productor, las administraciones provinciales — de alguna manera hay que llamarlo,—han hecho recurso de todo, y aun cobrarían hasta por el derecho de respirar, para mantener el mayor número de empleados, pues éstos son casi sus únicos partidarios, la «opinión» que los rodea y sostiene. Ya veremos esto detenidamente más tarde; por el momento bastará decir que la oposición, formada por la inmensa mayoría del pueblo, no ha nacido bajo el Gobierno actual, sino que ya existía con los que pasaron, como existirá con los que vengan, mientras no se tenga la clara visión de la realidad y no se cree una administración de sacrificio, sin lucimiento, muy honesta, muy económica, muy respetuosa de los derechos cívicos, administración que, para ser realmente «grande», tendrá que resignarse á pasar inadvertida de propios y extraños, ateniéndose á la poco ambicionada recompensa que discierne la posteridad.

—Este sant' no m' inspir' confians'...

Ni, al bajar del tren, á las siete de aquella mañana del 1.° de octubre de 1899, en la estación de Catamarca—un pequeño edificio medio subterráneo, donde perdí de vista á mis compañeros el

coronel, el comisario y el hacendado,—inspiróme confianza la aparente tranquilidad del pueblo, que pocos momentos después se asomaba curiosamente á puertas y ventanas, atisbando quiénes llegaban de Buenos Aires. Nada evocaba allí las escenas de la recientísima revolución, pues el escaso movimiento de las calles podía atribuirse á la festividad del día—domingo,—que los catamarqueños guardan fielmente por devoción... y afición al descanso. Pero, cerca de la plaza, la Municipalidad, varios edificios particulares en que se hicieron «cantones» revolucionarios, y en la plaza misma el Cabildo, la Matriz y hasta el quiosco de la música, conservaban huellas de balas que habían acribillado y descascarado sus paredes como una gigantesca granizada.

Aunque así alargara el trayecto algunas *cuagras*—según me dijo después,—el cochero me paseó alrededor de la plaza aquella, sombreada por hermosos árboles, adornada con plantas de lujuriosa vegetación, caminos enarenados y bancos de material, dominándola desde el centro una alta pirámide erigida en conmemoración de la Tablada y Oncativo (1) y al pie de la cual—según la tradición,—los sicarios de Maza, «Violín y Violón», decapitaron al infortunado gobernador don Juan José Cubas. Otros, con datos fehacientes, afirman que Cubas fué muerto en la Quebrada del Infiernillo, y no en la misma ciudad de Catamarca, el 4 de noviembre de 1841, junto con los jefes y oficiales que le acompañaban. Sus cabezas, clavadas en lanzas, se expusieron en la plaza pública...

La pirámide es sencillamente de ladrillo, y la decretó, el 25 de mayo de 1830, el entonces gobernador don Miguel Díaz de la Peña, colocándose,

(1) Batallas ganadas por el general Gay sobre el general Quiroga, en 1829 y 1830.

el 22 de junio del mismo año, su piedra fundamental. Bajo ésta se depositaron, en redomas de cristal, los partes detallados de las dos batallas, otros documentos á ellas referentes y la copia legalizada del decreto de erección. En la parte que mira al Este, la pirámide debía ostentar una lámina de bronce con esta inscripción en letras de oro: «La gratitud—del Gobierno y pueblo de Ca»tamarca—al excelentísimo señor gobernador —»don José María Paz,—héroe vencedor— en la Ta»blada y Oncativo.» En la parte oeste debían inscribirse, en letras de plata, los nombres del coronel Javier López, gobernador de Tucumán, y de los jefes y oficiales de su división auxiliar; en la del sur el nombre del coronel Deheza, jefe del ejército de Córdoba, y el de los jefes y oficiales que lo acompañaron; por fin, en la del norte, la lista de los que en ambas acciones murieron defendiendo la causa de la libertad.

Mala suerte cupo, en los primeros tiempos, á la pirámide que el gobernador Peña no alcanzó á ver terminada. Primero agotáronse los materiales, y el maestro Santos, su constructor, hubiera abandonado la obra, si el mismo Peña—poco supersticioso en verdad,—no le hace echar mano de los ladrillos cocidos para la iglesia Matriz,—como si dijéramos ladrillos de la Virgen del Valle,—pese á los furibundos anatemas del entonces cura párroco don Agustín Colombres. Después, depuesto Peña, Catamarca vióse gobernada por los seides de Quiroga, uno de los cuales terminó aquel único monumento histórico de la ciudad, pero, naturalmente como simple adorno y guardándose muy bien de ponerle las decretadas inscripciones y de darle su verdadero significado.

El brillante poeta y folklorista doctor Adán Quiroga, que desempeñaba hace pocos años el puesto

de intendente municipal, fué quien restableció las cosas haciendo grabar en la pirámide, sintetizadas, las inscripciones de Díaz de la Peña, y devolviendo al vencedor en Oncativo y la Tablada, aquel homenaje del «Gobierno y pueblo» de Catamarca, excepcionalmente unidos en aquella inscripción.

Todo esto, con más la fachada del Cabildo, el frontispicio de la Matriz y las tiendas principales instaladas alrededor de la plaza, me hizo ver el servicial cochero, voluntariamente convertido en cicerone y no con miras demasiado egoístas, pues el viaje de la estación al centro de la ciudad tiene precio fijo. Otras cosas me hubiera enseñado, á dejarlo, pero ya era tiempo de llegar al famoso «hotel» de Caligari, para rendir tributo á la higiene y dar un poco de descanso al cuerpo rendido por la noche en el vagón donde, con las ventanillas abiertas nos asfixiaba el polvo y con ellas cerradas nos sofocaba el calor.

Almorcé al mediodía con el señor Waldino Tolosa, corresponsal de *La Nación* que, sabedor de mi llegada, había acudido á saludarme, y con quien desde luego nos unió, nó sólo la camaradería natural entre colegas que trabajan en el mismo periódico, sino una viva y profunda simpatía.

Amable franqueza de las costumbres provincianas: en nuestra conversación que, por fuerza, versaba sobre los recientes acontecimientos políticos, no tardaron en terciar otros frecuentadores del hotel Caligari que almorzaban en las mesas vecinas. Y es lo curioso que todos, punto más, punto menos, coincidían en la manera de apreciar la situación, muy conforme con los datos preparatorios que yo llevaba de Buenos Aires y que puede sintetizarse así: Un gobierno de familia, evidente y exclusivamente de familia, supresor de las pocas libertades que aún quedaban, con una legislatura

de línea, una suprema corte sierva del ejecutivo, una municipalidad sin autonomía ni contralor alguno, una policía convertida en mesnada en la capital y en cuadrilla en los departamentos, un sistema rentístico é impositivo tal, que muchos propietarios de fincas tienen que pagar al fisco más de lo que ellas producen...

Y repetían el dicho popular desde algún tiempo:

—¿Qué nos queda, si la finca da diez y nos llevan once los impuestos?

—¡La sombra de los árboles, ó las ramas para colgarse!

Todo estaba subvertido, desorganizado, arruinado en Catamarca, donde sólo vivían algo tranquilos—pero opositores tácitos,—los empleados nacionales cuyos sueldos constituyen el principal motor del comercio urbano.

—Sí, mi amigo—murmuró Tolosa,—sólo ellos viven; el resto de la población vegeta, continuamente en pugna con un estado de cosas que lo desangra, que lo aniquila y del que no puede escapar, porque el sistema oligárquico se ha impuesto de hecho y es como la esencia misma del Gobierno, desde muchos años atrás. ¿Cómo romper este círculo vicioso? No lo sé. Y no lo sé porque el Gobierno de Catamarca, sin extorsiones, sin abusos, sin el autoritarismo que viene caracterizándolo, es carga que no puede resultar grata para nadie que no tenga sangre de mártir ó de apóstol en las venas.

—Según eso—objetó el hacendado, mi compañero de viaje,—¿no es posible ser pobre y honrado al mismo tiempo? Exageraciones. Aquí se puede gobernar tan bien como en cualquier otra parte. Todo consiste en estirar las piernas hasta donde alcancen las sábanas, y nada más.

Caligari se acercó interrumpiendo el discurso.

—El coche que «vusté» ha pedido lo está esperando—me dijo.

Habíamos convenido con Tolosa en dar una vuelta por las quintas, y como la sobremesa era ya larga, levantamos la sesión.

Al salir, tuve un encuentro inesperado: míster Blend, el infatigable excursionista que estudia nuestro país de punta á punta con miras comerciales é industriales, avivadas por un espíritu curioso y observador, entraba de carrera en el hotel, medio sofocado por el sorocho.

—¡Oh, míster Blend!

—¡Oh, mi amigo!

—¿Qué hace usted por aquí?

—Pierdo tiempo. Como decía el doctor Onésimo Leguizamón, los catamarqueños son políticos en cuanto nacen, y eso desde el más inteligente hasta el cotudo. Demasiada política. Imposible hacer nada. Me voy.

—¿Cuándo?

—Dentro de un momento.

—¿Adónde?

—¡A Londres!

Un apretón de manos, y emprendimos la excursión á las quintas.

III

ENTRE QUINTAS

Los alrededores de Catamarca son quebrados y muy pintorescos, y prometen, para después de las primeras lluvias, presentar un aspecto encantador

con sus campos, colinas y hondonadas cubiertos de hierba y todos sus árboles floridos natural ó artificialmente, porque á los que no las tienen propias, las flores del aire les prestan corolas vistosas y embalsamadas.

Salimos de la ciudad recorriendo de Este á Oeste la calle República, más conocida con el nombre de calle Brava, porque por ella fué rechazado el coronel Maza, que retrocedió hasta las primeras alturas del Oeste, donde se rehizo para entrar luego triunfante en la ciudad, que inundó de sangre generosa.

Pero, antes de llegar á las quintas nos detuvimos en el paseo General Navarro, hoy en completo abandono, con su gran estanque—análogo al del Paseo Sobremonte de Córdoba,—seco é inútil, pues el agua escapa por sus enormes grietas. El resto es, también, una desolación; los pocos árboles supervivientes de la antigua alameda, agonizan mustios, lamentables, bajo un sudario de polvo; los bancos han desaparecido, y ya no va la gente, por la tarde, á tomar el fresco y hacer tertulia junto al lago artificial. Algo más lejos está el depósito de las aguas corrientes alimentado por un largo canal de ladrillo que va hasta la Quebrada del Tala: este canal, construido á expensas del Gobierno de la nación es, en gran trecho, una ruina, y no por la acción del tiempo ni por motivos justificables, sino porque los ingenieros, al hacerlo, se olvidaron de calcular la fuerza del agua, y ésta, á las primeras de cambio, se burló del caminito y echó á correr por donde le dió la gana. Frente al paseo gris y melancólico, destácase, como una fresca nota, un pequeño molino romántico, de dos pisos, cuya rueda verdinegra salpicada de gotas cristalinas y de espuma blanca, gira lentamente tras de los árboles, entre una rús-

tica escalera de piedra y tierra que da acceso á la colina por donde corre el agua hacia la ciudad, y la pared mohosa y húmeda, aquí y allá recompuesta con grandes parches de argamasa, que desentonan del conjunto, aunque al mismo tiempo contribuyan á darle un aire de vetustez y hacerlo interesante, como un cuadrito algo ingenuo pero sabroso de color.

A inmediaciones del paseo está el barrio ó villa Gobernador Cubas, fundado después del último cólera por mi compañero de viaje el coronel gobernador, quien, para dar desahogo á la gente pobre que vivía amontonada en ranchos infectos, y mejorar la higiene pública, concedió lotes de terreno y algunos materiales de construcción á los que quisieran edificar. Pronto se levantaron en aquel sitio antes baldío, numerosas casas de adobe y algunas de ladrillo cocido. La villa Cubas quedaba fundada. Hoy tiene un vecindario bastante grande, pero el aspecto de los edificios particulares y de las mismas casas de comercio revelan que el cuerno de la abundancia no se ha derramado sobre aquel suburbio, como no quiere derramarse sobre el resto de la provincia.

Asomábanse á las puertas hombres de «ojotas» y grandes chambergos, mujeres descalzas de tez morena, ajadas desde jóvenes, tomando mate ó charlando con el aire de reserva y seriedad característico en los hijos de la provincia, que les ha hecho calificar de «retobados» por sus vecinos. Desde la calle veíanse las paredes blanqueadas de las habitaciones, de las que pendían groseras láminas representando vírgenes y santos, con guirnaldas de flores de papel, ó de las que se destacaban sobre toscas repisas pintarrajeadas, imágenes de bulto—ya la Virgen del Valle entre rocas de cartón color chocolate, simulando la gruta en que se

apareció, ya algún otro bienaventurado de menor cuantía para la cristiandad en general, pero de especialísima virtud, sin duda, para los dueños de casa.—Estas primitivas esculturas, estos grotescos Penates que no faltan ni en el último rancho catamarqueño—donde no hay para más los substituyen las ya citadas láminas,—están cuidadosamente guardados en armaritos de madera con cristal, que se cierran con llave, para librarlos de las injurias del viento, el polvo y las moscas. No pasa la semana sin que se enciendan velas en su honor—velas de sebo, porque si la fe transporta montañas no da para cirios pascuales,—y se les menudeen plegarias y rogativas, sobre todo suplicándoles que hagan llover. La intercesión de la virgen ó el bienaventurado suele no ser eficaz; hasta podría afirmarse que lo es pocas veces, por falta de nubes que se ciernan sobre el valle. Pero si el santo no se apiada con tanta vela y tanto ruego, si la lluvia benéfica no cae, más de un catamarqueño irritable, lo pone al rayo del sol que raja la tierra y cuece las semillas en el suelo, para castigarlo y hacerle comprender que las cosas no pueden continuar de esa manera...

Aquella gente vive en la estrechez, podría decirse en la miseria, si no tuviese la virtud de contentarse con muy poco—virtud tras de la cual podría ocultarse el pecado de la desidia.—Duerme en catres de «tiento», aglomerada en las pequeñas habitaciones; se alimenta de mazamorra y locro, pero no hace esfuerzos por mejorar su posición, ni ambiciona gran cosa fuera de lo que milagrosamente pueda caerle del cielo, ni trabaja más de lo muy necesario para comer y descansar varios días, por excepción una larga temporada, como cuando va á «conchavarse» en los ingenios de azúcar de Tucumán, ó hace algún viaje como «ba-

queano» ó como arriero, camino de Chile ó de Bolivia. Tras de esta hazaña, vuelto á sus lares, duerme á pierna suelta, come, bebe, holgazanea, baila, canta, hasta que da fin con el último real. Es supersticiosa, brava, sanguinaria, gran consumidora de aloja, chicha y aguardiente, amiga de las coplas y la danza y, sobre todo, devota de la Virgen del Valle, á quien acude en sus aflicciones y hasta, si á mano viene, para pedirle auxilio en sus venganzas.

Pero no se entienda que hablo sólo de los habitantes de la villa Cubas, ni de los vecinos de chacras y quintas; el concepto es más general y abarca al pueblo de la provincia entera, pues el catamarqueño es, según las circunstancias, sobrio ó vicioso, trabajador ó haragán con extremo, pero siempre, y salvo contadísimas excepciones, devoto, crédulo, aficionado á lo sobrenatural que, sin embargo, lo aterra, convencido creyente en brujas, ánimas en pena, «espantos», apariciones, hechizos, milagros, hasta transmigraciones de almas... Aun entre hombres relativamente ilustrados, he visto sobrevivir antiguas y ridículas supersticiones, á pesar de todas las filosofías, y aunque ellos mismos hagan esfuerzos loables para arrancárselas de raíz. Es la influencia del medio y las costumbres, ejercida sin tregua desde la niñez, y cuyos efectos se manifiestan con tanta mayor fuerza cuanto menor es el grado de instrucción de la gente. Ya tendré oportunidad de volver sobre esto, relatando, al pasar, más de un milagro, más de una maravillosa intervención, cuyas consejas corren de boca en boca entre el pueblo catamarqueño para espanto de chicos y estupefacción de grandes. Los indios han dejado tras de sí leyendas tan profundamente arraigadas, que no es raro verlas aún vivaces, y mucho más cuando

las antiguas y modernas hazañas de la Virgen del Valle, convertidas en artículo de fe, mantienen, para los espíritus sugestionados, el imperio de lo maravilloso. Admitida una larga serie de prodigios, ¿qué importa agregarle ó quitarle unos cuantos? El fondo de la cuestión no se altera por eso.

Al salir de Villa Cubas nos dirigimos á la Chacarita, dejando á nuestra espalda la ciudad tostada por el sol. En el mismo rumbo corre la línea de tranvías, pero al otro extremo, ya siguiendo las calles pavimentadas con pequeñas piedras—que, si aplacan el polvo, hacen, en cambio, temblar los carruajes en marcha como si estuviesen perláticos,—ya metiéndose en callejones sombreados por higueras y naranjos de verde follaje, ya por los altos y pintorescos cercos vivos de asclepiadeas y aristoloqueaceas, que en verano se cubren de flores, llenando de alegría aquellos pacíficos rincones.

Avanzamos entre las barrancas del arroyo de Choya—que se levantan al Este cubiertas de arbustos espinosos, tunas y cactáceas,—y el río del Valle cuyo lecho es, antes de la estación de las lluvias, un arenal reseco y amarillento, semejante á un pequeño Sahara largo y angosto; el aire levanta en él espesos torbellinos, nubes de polvo impalpable que, á veces, envuelven la ciudad entera y se introducen hasta las más recónditas habitaciones, burlándose de puertas y ventanas y haciendo más pesados y sofocantes los días abrumadores de Catamarca.

Algún pobre cultivo, algún rancho miserable, caprichoso de líneas y rico de color, contribuyen á dar carácter al paisaje, muy pintoresco por los accidentes del terreno, pues la ciudad se desarrolla en una ondulada falda y los suburbios bajan en rápida pendiente hacia el río. Los ranchos suelen ser un simple techo de paja y barro, con paredes

de adobe ó de paja y barro también, ó de simple enrejado de cañas, especie de jaula entonces, á la que entran, como Pedro por su casa, el sol, el viento y la lluvia. Generalmente, tienen al lado un cobertizo, dedicado á las altas funciones de salón, taller, cocina y qué sé yo, donde hombres y mujeres, al «reparito» del sol, se reúnen por el día, ellas á pisar maíz en el mortero de madera dura, con movimiento acompasado de juguete mecánico, ó á lavar, á tejer, á zurcir; ellos á «pitar» tendidos su «chala», mascar su «acuyico» de coca ó vaciar las «orzas de chicha», que se mantiene fresca gracias á la porosidad del jarro. Las mujeres hacen también cigarrillos con tabaco criollo y «chala» de maíz, y luego los atan uno junto á otro por ambas puntas, formando una larga tira del ancho del cigarro, á la que llaman «esterilla»; ó acuclilladas junto al fuego vigilan la «mazamorra» que hierve en un caldero de hierro con patas, revolviendo el humeante y espeso líquido en que danzan los granos de maíz, con una larga cuchara de palo; ó charlan en voz baja y lenta, impasibles al parecer, clavando la mirada de sus ojos negros, algo oblicuos, en el transeunte, y contestando su saludo gravemente, sin moverse, como extraños ídolos agazapados; ó tejen en los cuadrilongos telares, los ricos ponchos que suelen costarles años enteros de paciente trabajo... En torno, algunas gallinas picotean el suelo, mientras el instinto no les inspire vandálica irrupción á los armazones de cañas en que se secan los higos, y algún cerdo aspirante á perro por lo flaco y lo doméstico, gruñe y hoza buscando quién sabe qué piltrafas junto á la acequia por donde apenas corre un hilito de agua revuelta y negruzca. Más lejos, los chiquillos descalzos y en camisa, dejando ver las carnes morenas y anémicas, juegan sin ruido.

Por el camino avanza con tardo paso un burrito melancólico y diminuto; su peluda cabeza, cómica y simpática al propio tiempo, y sus largas orejas móviles, como elásticas, asoman entre un gran montón de alfalfa verde que le oculta el resto del cuerpo; sobre el pasto, tendido de barriga y apoyándose en los codos para mantener algo alta la cabeza, va un muchacho mecido cadenciosamente por el paso del burro, á cada lado de cuya boca cuidó antes de atar un manojo de «alfa», para que no eche á perder el resto con indiscretos mordiscos. Otro burrito con otro chicuelo de espolique, arrastra un enorme haz de ramas secas, dejando caprichosos surcos en el camino y levantando nubes de polvo...

Después de pasar frente al chalet del coronel gobernador, — mi compañero de viaje, — simple construcción cuadrilonga coronada por un mirador sin pretensiones, atravesamos el puente nacional de hierro y llegamos á San Isidro. Toda esta tierra está muy subdividida y casi enteramente cultivada; aquí y allí vense grupos de higueras, bosquecillos de naranjos, alfalfares, huertas, algún jardín con árboles y plantas de mérito, como el de Molina, y bajo el alero de casas y ranchos, ó al «reparo» de los cobertizos, hombres y mujeres tomando mate, en la atmósfera caldeada, azotados de vez en cuando por las ráfagas tibias y cargadas de arena.

Entre una especie de nimbo que forma la luz del sol al atravesar la arena impalpable suspendida en el aire, se acerca gimiendo y chirriando una carreta con eje de palo, simple tablazón toscamente unida, puesta sobre un par de ruedas que, al girar, se bambolean, rechinan, hasta creo que gruñen y amenazan, protestando contra el peso de la leña roja y dura, de corteza clara, que con-

ducen á la ciudad. El carretero, vestido con un mal pantalón de lienzo, poncho de lana tejido á mano, ancho chambergo y ojotas de cuero crudo que dejan ver los pies resquebrajados y terrosos como el suelo reseco, baja junto á un rancho, á cuya puerta, sobre una mesa de pino colocada á la sombra, se ven unos cuantos panes, un vaso de vidrio turbio que parece haber tomado el color del agua de la acequia y dos cántaros de barro que conservan la forma tradicional, transmitida de padres á hijos desde los alfareros calchaquíes. Aquel rancho no necesita más mueblaje ni más artículos para ser una taberna. Allí se venden comestibles y bebidas, pan y chicha ó aloja, al caminante que no prefiera el alcohol de uva—«una uvita»—ó no tenga que limitarse á pedir por favor un vaso de agua para aplacar la sed.

En el valle cercado de montañas excepto por el extremo que da entrada al ferrocarril, el sol cae como una lluvia de fuego calcinando la arena y tostando las hojas de los árboles; el cielo, empañado por ligera gasa de polvo, se extiende blanquecino, deslumbrador, de una uniformidad implacable; sólo el Ambato da descanso á los ojos, con su masa obscura, color de pizarra.

Llegamos á Tres Puentes, sitio en que se halla establecida una casa de comercio perteneciente á un criollo, el señor Macedo. Danle sombra anchos corredores y árboles corpulentos entre cuyas ramas se ha construido una glorieta y á cuyo pie corre el canal del riego, lleno á esta altura de agua fresca y cristalina y atravesado por los puentecillos que han dado nombre al paraje. Allí van los catamarqueños, en las tardes calurosas, á tomar mate ó beberse un vaso de cerveza junto al agua corriente y bajo el verde follaje, y Tres Puentes suele convertirse en una romería.

Algo más lejos está Villa Dolores, «la villa» por antonomasia, donde se ve una antigua capilla, medio arruinada, á la que sirve de campanario rústico un viejo y nudoso algarrobo.

En esta capilla desenlazóse con un enlace—como las comedias de antaño,—uno de los milagros más famosos de la Virgen del Valle. Lo contaré, ya que á mano viene.

IV

CUENTO DE HADAS

Pues, señor, éranse que se eran unos ingleses, marinos y soldados, que allá por el año de 1806 desembarcaron en el Río de la Plata, con la intención de apoderarse de Buenos Aires y comarcas circunvecinas, metérselas en el bolsillo y llevárselas de regalo á la Gran Bretaña, que ya en aquellos tiempos andaba por todo el mundo buscando joyas para su corona. Pero no contaban con la huéspeda, y el plan se les frustró gracias al denuedo de los «criollos», aprendices de «argentinos», que se preparaban, sin saberlo, para la gran revolución de 1810, batallando y triunfando por un lado é imponiendo su voluntad y sus derechos de pueblo por el otro.

Rendidos y hechos prisioneros cuando ya se creían dueños indiscutibles é indiscutidos del país, algunos oficiales de Berresford fueron internados en las provincias mediterráneas, mientras Pophan seguía en el bloqueo de Buenos Aires con la in-

tención de ensayar un segundo golpe de mano en circunstancias más favorables.

De aquellos internados, varios llegaron á la pequeña ciudad de Catamarca, y la historia ha conservado sus nombres: eran el mayor Alexander Forbes, los capitanes William Patrick y Robert Arbuthnot, los tenientes Alexander Mac'Donald y Edmond L'Estrange y el cirujano James Evans.

Iba, también, con ellos, un sub-oficial, el sargento del 20.° de dragones John Denete, gallardo mozo, alto y bien repartido, cuya figura marcial, así como sus grandes bigotes rubios, contrastaban con la clara ingenuidad de sus ojos celestes, reveladores de un alma honrada y candorosa. Como subalterno avezado á ocuparse de los detalles de la vida militar y teniendo en cuenta su honestidad probada, sus antiguos jefes, convertidos en compañeros de prisión, lo nombraron ecónomo, depositando en sus manos todo el dinero que llevaban y que ascendía á unas cuantas decenas de libras esterlinas, para que les diera el destino más útil á la colonia forzosa.

No iba á tener Denete que devanarse mucho los sesos para administrar con parsimonia y economía, pues no era Catamarca entonces, — ni ahora tampoco,—una capital ocasionada al despilfarro con las mil tentaciones del lujo y los placeres, y porque, entonces como ahora, la pequeña ciudad era y es patriarcalmente hospitalaria. Todos los catamarqueños, de alcalde abajo, rivalizaron por hacer agradable la vida á los prisioneros, que tenían la ciudad por cárcel, tratándolos más como á respetables huéspedes que como á presuntos conquistadores tomados con las armas en la mano. Las familias patricias los alojaron en sus propias casas, haciéndolos alternar con la mejor sociedad, ofreciéndoles fiestas y paseos, y tanto fué

su desinteresado agasajo, que los ingleses, al partir, un año después, quisieron dejar público testimonio de su gratitud, escribiendo una carta al alcalde don Nicolás de Sosa y Soria, á la sazón, también, comandante de armas de la provincia — carta que ha exhumado uno de los descendientes de este último, el distinguido periodista y profesor don Manuel Soria, á quien debo la copia siguiente:

«Catamarca, 1.° de agosto de 1807.

»Muy Señor nuestro: Estando en vísperas de »despedirnos de la valiza, los oficiales británicos no »podemos pensar en salir de Catamarca sin mani»festar públicamente nuestros agradecimientos vi»vos para con Vuestra Merced, Señor, Cabeza y »Gobernador de este pueblo, por su mucha polí»tica y consideración personal respecto á nosotros »en cuanto ha podido; como igualmente para con »los vecinos en general, de cualquier clase, con »quienes hemos tenido el gusto de tratar.

»De todo individuo hemos experimentado el su»mo cariño; todos han seguido como á porfía el »ejemplo honrado de Vuestra Merced, y de aquel »excelente caballero D. Feliciano de la Mota (1) »y los demás moradores de esta ciudad.

»Por tanto, no hay súbdito británico, desde el »primero hasta el último de nosotros, que no que»dará para siempre agradecido; y todos somos »igualmente deseosos que Vuestra Merced tuviera »la bondad de participar del modo más conve»niente estos nuestros sentimientos al público.

»Que Dios guarde á Vuestra Merced muchos »años y felices, y que el mismo Dios haga florecer

---

(1) El coronel don Feliciano de la Mota Botello, comandante de armas de Catamarca en 1810, teniente gobernador de la provincia en 1814 y 1821, y gobernador en 1822.

»á esta ciudad de Catamarca en sus giros y co-
»mercio, y que, últimamente, llegue á levantar
»la cabeza entre las ciudades más principales de la
»América.

»Este es el ruego de los muy agradecidos y muy
»humildes servidores de Vuestra Merced y de los
»vallistas, *Roberto Guillermo Patrick*, capitán de
»infantería; *Alexander Forbes*, mayor de brigada;
»*Roberto Arbuthnot*, capitán del 20.° de dragones;
»*Alexander Mac'Donald*, teniente de artillería; *Ed-*
»*mundo L'Estrange*, teniente del 71.°; *James*
»*Evans*, cirujano.

»*P. D.* Vuestra Merced dispensará los muchos
»errores de dicción que se encontrarán en esta car-
»ta, pues no somos muy ladinos; pero esperamos
»que bastante quedará inteligible para echar á ver
»nuestro afecto.

»Al señor alcalde de primer voto don Nicolás
»de Sosa y Soria, teniente de milicias, etc., etcé-
»tera, etc.»

Se ve que los oficiales británicos habían apro-
vechado el tiempo, aprendiendo lo bastante el cas-
tellano para hacerse entender sin dificultad, como
se ve la sinceridad de su agradecimiento y de sus
votos por la grandeza de Catamarca, que si á ella
se encamina, marcha aún con paso demasiado tar-
do en relación á nuestros deseos y á los de aque-
llos buenos ingleses que, como ingleses y como
buenos, le deseaban prácticamente, en primer tér-
mino, el desarrollo comercial y mucho giro mone-
tario para ponerse á la cabeza de las ciudades ame-
ricanas.

Pero otra cosa más interesante para los lectores,
en este momento, se ve en la carta copiada más
arriba: falta la firma de John Donete.

¿Por qué? ¿No se sentía deudor de los catamar-

queños? ¿No debía manifestarles un poco de gratitud antes de partir? ¿Se le había tratado mal, acaso? ¿Guardaba ojeriza á los vallistas, después de alguna desagradable aventura?

Nada de eso. Denete no podía marcharse con sus superiores. Un drama y un milagro lo retenían quizá para siempre en Catamarca.

Como los oficiales, el sargento del 20.° de dragones había sido hospitalariamente alojado en una casa patricia, la de don José Lorenzo Correa, esposo de doña María Antonia Segura, dignísimas personas cuya unión había sido bendecida con una hija, Josefa, doncella adorable por sus prendas morales y físicas, pues á su modestia y decoro se igualaba su belleza de morenita hispano-americana, florecida en aquel invernáculo del país de Inti, el Dios-Sol de los quichuas.

La intimidad de la vida en común, el trato diario en aquel ambiente patriarcal, acercaron á ambos jóvenes, el inglés y la criolla, é hicieron nacer en ellos el amor, sembrado y fomentado, también, por otro incentivo recíproco: lo picante, lo extraño, lo exótico que era para Denete la atezada belleza de la niña y, viceversa, lo nuevo y subyugador que resultaba para Josefa la rubia belleza varonil del sargento.

Pero ¡ay! Josefa era vallista, vale decir cristiana á puño cerrado, sierva del intolerante Dios romano y devotísima de la Virgen del Valle, mientras que Denete era inglés, vale decir protestante, iconoclasta, condenado de antemano á cocerse por toda la eternidad en las calderas de Pedro Botero.

Demás está añadir que este obstáculo á sus amores era evidentemente insuperable, por la honestidad pulquérrima de la niña, la acrisolada honradez del soldado y la profunda fe religiosa de una

y otro. No había que pensar en la conversión de cualquiera de ellos, ni menos en un enlace que no tuviera por cimiento las mismas creencias por ambos igualmente compartidas. Pero Josefa, con la femenina tenacidad que hace á las enamoradas capaces de transportar montañas, no dejaba en sus tiernas conversaciones de asumir el papel de catequista, esforzando su dialéctica para conquistar aquella alma descarriada. Estrellábase, desgraciadamente, contra el protestantismo feroz de aquel infiel, para quien toda la pompa del culto católico no era más que abominable resabio pagano, y la devoción á la Virgen Santa, incomprensible y arcaica idolatría.

El eterno drama que inspiró á Mme. Cottin y lúego á Galdós y Sardou, la fe que separa las almas y los cuerpos mientras el amor une los corazones, desarrollábase, pues, una vez más, en aquel olvidado rincón del mundo. Pero el tormento de los afligidos amantes, separados voluntariamente por obediencia incondicional á sus respectivas religiones, hizo crisis con una que pudo ser tremenda catástrofe, y que tuvo, en un principio, todos los caracteres de tal.

Cierto día, Josefa vió llegar á casa de sus padres a Denete pálido y demudado, con las manos trémulas y los ojos fuera de las órbitas. La más honda desesperación pintábase en su rostro, sin que él tratara de disimularla, tan completamente dominado lo tenía. La niña lo interrogó, trastornada ante aquella suprema angustia; pero sólo obtuvo por respuesta palabras y frases incoherentes, de las que sólo pudo comprender estos gritos:

—¡Estoy deshonrado!... ¡He hecho un mal irreparable!... ¡Debo morir!

A fuerza de suplicante y ternísima insistencia, la criolla logró saber de qué se trataba.

Denete, sin saber cómo ni cuándo, había perdido el dinero, todo el dinero de sus superiores. Buscó, revolvió cielo y tierra, interrogó, rogó, amenazó á cuantos pudieran haberlo encontrado ó visto, registró la ciudad entera, de arriba abajo, inútil, siempre inútilmente, pasando por grados de la alarma al miedo, del miedo á la desesperación... ¿Cómo presentarse ante los rígidos oficiales británicos para confesarles su descuido, su indolencia, y decirles que por su culpa se hallaban sin recursos en tierra extraña, condenados de antemano á la miseria si un día tenían que abandonar la hospitalaria ciudad? ¿Quién podía, de allí en adelante, desvanecer la sospecha de depositario infiel que empañaría su limpia fama, por muy bondadosos y magnánimos que sus jefes fueran? ¿Quién creería que no se había gastado, jugado ó guardado vilmente aquel dinero? Y aunque no se creyese así, ¿no bastaba, para hacerlo acreedor al terrible castigo que él mismo iba á imponerse, el hecho de no haber sabido custodiar y defender aquellos fondos sagrados?

—¡No!—terminó diciendo.—No me queda otro camino que quitarme la vida, y ahora mismo voy á hacerlo si, como veo por tu actitud, no se ha encontrado en la casa el bolsillo con las esterlinas... ¡Adiós, Josefa!

Pero la niña lo asió del brazo diciéndole que exageraba, que una desgracia de ese género podía ocurrirle á cualquiera, que nadie dudaría nunca de su honradez. Estaba elocuente, y de este orden de raciocinios pasó á recordarle la irremisible gravedad del crimen del suicidio, uno de los pocos que no perdona la bondad infinita de Dios, y luego, enternecida, llorando, le suplicó que rezase para que el Cielo se apiadara de él, iluminándole por

lo menos el alma, si no operaba un milagro en favor suyo.

—¡Venga, venga usted, Juan!—le decía entre sollozos.—Vamos á la iglesia y pidamos á la Virgen del Valle que interceda por usted. Ella lo amparará. ¡Estoy segura de que ha de salvarlo de usted mismo y de los demás!

Por desesperado que estuviera el protestante, se negó rotundamente á hacer lo que consideraba una apostasía. Todo menos eso. Arrodillarse ante un ídolo de madera sería deshonrarse dos veces en lugar de una. Inútiles eran las súplicas y los llantos de Josefa.

—¡Pues bien!—exclamó ésta por fin.—Sólo le pido una cosa, Juan. Antes de matarse concédame este favor: acompáñeme á la iglesia... yo rezaré por usted... yo le pediré á la Santa Virgen del Valle lo que usted no quiere pedirle... ¡Venga, venga, Juan, por Dios se lo pido!

¿Cómo hubiera podido resistirse un hombre dos veces trastornado, por la desesperación y por el amor, y á quien la negra idea de la muerte no debía, en modo alguno, sonreir en plena juventud y en el apogeo de las esperanzas? *Il y a, avec le ciel des accomodements...* y Denete accedió á la apasionada súplica de Josefa.

Siguióla hasta la iglesia y entraron. Allá, en el fondo, sobre el altar mayor, destacándose, en plena luz, de la penumbra en que estaban sumergidos el resto del retablo, el ábside sonoro y las naves laterales, veíase la pequeña imagen de la Virgen, por la que nadie daría un ochavo desde el punto de vista escultórico. En el templo sólo dos ó tres devotas rezaban con vago y monótono murmullo, envueltas en la sombra de los rincones y arrebujadas en sus negros mantos.

Josefa, todavía trémula y con los ojos llenos de

lágrimas, se arrodilló en el pavimento de ladrillo, y tomando á John por la manga de la casaca roja en que brillaban las ginetas de sargento:

—¡Juan!—murmuró medrosamente. — Arrodíllese usted también, ¡se lo ruego por lo que más quiera en el mundo!

—Por ti lo haré—balbuceó Denete.

Y sintiéndose, á lo que más tarde afirmaba, subyugado por extraña é incontrastable influencia, cayó también de rodillas. Si el que se ahoga es capaz de asirse á un clavo ardiendo, según el dicho popular, á pocos extrañará que el bravo sargento se prestase á aquel acto de idolatría, menos doloroso al fin y al cabo.

Pero no llegó á rezar. Lo hizo Josefa por él, largo rato, con fervor febril, hasta que se levantó de pronto, automáticamente, como arrancándose con esfuerzo del sitio en que estaba postrada.

Denete se levantó también para seguirla.

Y ¡oh prodigio! Al levantarse oyó un ruido metálico, un ruido como de monedas que entrechocan al ser golpeadas...

Pálido como la muerte, más asustado aún que cuando notó la falta del precioso depósito, miró á Josefa con ojos extraviados é instintivamente echó las manos atrás...

¡Sí! allí, en los faldones de la casaca, estaban, justas y cabales, las aborrecibles y sin embargo tan deseadas y buscadas libras esterlinas. ¡Sí! por una rotura del bolsillo se habían deslizado al forro de la prenda, ocultándose de tal modo que sólo pudo dar con su escondrijo gracias á un milagro de la Virgen del Valle, que se valió para hacerlo del escaño que John tenía detrás y en cuyo borde chocaron las monedas.

Denete no salvó así solamente su honor y su vida, sino que salvó también su alma y sus amo-

res. Merced á milagro tan auténtico que ni los más incrédulos podrán ponerlo en duda—pues á todo lo que llegarán, cuando mucho, es á tratar de explicarlo por los medios naturales,—merced á ese milagro, digo, pudo dar cuenta del dinero a sus depositantes, sin menoscabo de su limpio nombre y fama; renunció á sus propósitos—quizá no tan firmes como parece—de suicidio, se convirtió gustoso á la religión católica-apostólica-romana y á la fe más absoluta en la Virgen del Valle, y por ende suprimió el obstáculo que lo separaba de Josefa.

Sus amores, aprobados y bendecidos por don José Lorenzo y doña María Antonia, fueron santificados por un sacerdote en la capillita que tiene un viejo y retorcido algarrobo en vez de campanario, y la villa estuvo aquel día de gran fiesta, pues celebrando el milagro y la conversión del hereje, dos vallistas de alta estirpe se dignaron apadrinar á los jóvenes desposados.

Hoy no falta quien diga que Denete—como el rey Enrique,—consideró, sin necesidad de intervenciones prodigiosas, que bien valía Josefa el sacrificio de una misa y un bautizo. Pero, el fuego de un par de ojos andaluces en una carita aterciopelada, dorada por el sol catamarqueño, ¿no puede considerarse, muchas veces, prodigiosa intervención? ¡Los caminos de Dios son infinitos! Y lo que en este caso importaba era salvar un alma y dar un desenlace regocijado á este suceso histórico que no sin cierta irreverencia he llamado cuento de hadas.

Pero si así lo llamé es porque termina como ellos, no por otra cosa. Los jóvenes esposos fueron muy felices, tuvieron muchos hijos y vivieron largos años en el Valle, donde en la actualidad crece y se multiplica la descendencia de Josefa Correa

y John Denete, sargento del 20.° de dragones de S. M. Británica, hecho prisionero en Buenos Aires, cuando las invasiones, por los bravos criollos, y aprisionado luego para siempre por una criolla no menos heroica y reconquistadora.

V

HOMBRES Y COSAS

Aquella tarde, y de nuevo aquella noche, pese á las fatigas del viaje primero y la excursión después, Tolosa me llevó al Club Social, punto casi exclusivo de reunión en Catamarca, y de reunión muy agradable por cierto, gracias á las personas que lo forman. Confesaré paladinamente que no esperaba encontrar allí tanta gente distinguida é ilustrada que, apenas abandona la política local y de actualidad rabiosa—pasión dominante en provincia,—se ocupa de temas útiles y amenos cuando no profundos, con facilidad de palabra, libertad de ideas y caudal de observación propia. Mucho se lee y mucho se piensa en los pocos rincones que todavía deja incontaminados la fiebre de los negocios, la prisa loca de enriquecerse que ha invadido á nuestro país.

Pues, como iba diciendo, allí conocí, entre muchos otros apreciabilísimos caballeros, á don Javier Castro, rector jubilado del Colegio Nacional, que este año desempeña las mismas funciones, en comisión; á don Alejandro Ruzo, hijo y nieto de gobernadores de la provincia, director jubilado de

la Escuela Normal, hombre de vastos conocimientos y bellísimo carácter; á don Gustavo Ferrari, ex-gobernador de la provincia, ex-diputado nacional, director que fué de las escuelas normales del Paraná y Catamarca, actualmente inspector nacional de instrucción primaria, y aunque en ello juegue su puesto y su carrera pedagógica, vice-presidente primero de la Unión Provincial en ejercicio de la presidencia, porque el presidente efectivo, don Joaquín Acuña, no ha querido ni quiere oir hablar de revoluciones y derramamiento de sangre, en lo que no va descaminado, aunque, algunas veces, le sobra razón al pueblo para que se le suba la mostaza á las narices; al doctor Pedro Ignacio Acuña, médico muy conocido y apreciado en Buenos Aires, donde fué jefe del departamento de vacuna hasta que sus comprovincianos le llamaron á la dirección del Hospital de Catamarca; al doctor Teodulfo Castro, médico cirujano que ha seguido años enteros á nuestros batallones de línea, por selvas y desiertos, ora al Norte, ora al Sur, y que de sus campañas militares conserva el hábito de sobrellevar todas las penalidades de la vida con un inagotable buen humor que se traduce en observaciones agudas, oportunas y espirituales, nunca exentas de bonhomía; á don Juan J. Ibáñez, ex-diputado nacional y hoy gerente del Banco Hipotecario; al doctor Robín Navarro; al doctor Emilio Molina, uno de los dos jefes principales de la revolución, testigo de la muerte de Rivera, su cólega de mando, en el lugar llamado La Isla, hombre joven, activo, talentoso y circunspecto, que ha prestado excelentes servicios á la causa popular; á los señores Robín Escalante, Robín Castro, doctor Santa Coloma, Luis Castaño, Mariano González, administrador este último del ferrocarril y personas todas ellas

altamente estimables; á Carlos de la Vega, periodista á ratos y cuya candidatura para miembro del Ministerio de transacción que iba á proponerse al ex-gobernador, fué muy bien recibida por el pueblo; á Hilarión Furque, entusiasta propagandista del riego, á quien ya había encontrado, años atrás, en plena labor, casi al otro extremo de la República, en el remoto sur de la provincia de Buenos Aires; á Salado Castro, prestigioso vecino de Piedra Blanca—otro pintoresco arrabal catamarqueño,—quien, más tarde, me colmó de finas atenciones; á Valentín Berrondo, vice-rector del Colegio Nacional, explorador animoso, gran conocedor, científica y socialmente, de su provincia, y á muchísimos otros que me sería imposible recordar ahora, pero que aquella tarde y aquella noche hicieron conmigo gala de su afectuosa hospitalidad, convenciéndome, á poco de estar con ellos, que no nos reuníamos por primera vez, sino que éramos excelentes amigos desde tiempo inmemorial.

—¿Cómo le gusta á usted tánto viajar? — me preguntaba una vez don Enrique Frexas.

—Porque en las provincias me siento en mi casa—le contesté.

—¡Hombre! ¿Y en Buenos Aires no?

—No tanto. Ahora me produce la impresión de una ciudad en que yo fuese extranjero. Aquí ya no nos conocemos los unos á los otros, como antes; en las provincias nunca falta un vínculo de unión social ó intelectual, y uno se siente más en su tierra. Allí es donde se comprende mejor la idea de patria, como prolongación de la familia, aunque haya reyertas y rencores entre sus miembros. Aquí somos casi europeos; allí somos netamente «criollos»; y crea, don Enrique, que esto no es malo.

Frexas se sonrió, pero no creyó, sin duda, oportuno decirme lo que pensaba.

En fin, fuerza es confesar que en el Club de Catamarca se abusó aquella noche un poquitito de la misma intimidad que tan gentilmente se me había acordado; nadie es perfecto en este mundo, y ya he dicho que la política doméstica es el flaco de nuestros hermanos del interior. Por ahí pecaron justamente los catamarqueños, pero debo apresurarme á agregar en su abono que las circunstancias lo justificaban: salían apenas, ó, más bien, estaban por salir de unas pellejerías realmente tremendas—y tanto que ni los más inexorables censores habían alcanzado á abarcar toda la extensión del mal, ni á darse cuenta aproximada de un caos que sólo pudo poner en limpio la intervención nacional, haciendo tabla rasa con la administración entera.

Me lo contaron por lo menudo. Los ánimos comenzaban apenas á reaccionar de la depresión en que los tenía sumergidos y como anonadados un retroceso político-económico que arrastraba al abismo á la provincia, sin dejarles ni esperanzas de salvación.

—Nunca se ha supuesto en Buenos Aires á qué extremo llegaron las cosas, y los corresponsales de los diarios no han tenido valor de pintar la situación tal cual era, porque hubieran debido revelar hechos inverosímiles... inverosímiles pero, desgraciadamente, reales.

Así me decían, para añadir, después:

—Nunca se ha hecho una revolución más justificada que ésta; el Gobierno parecía empeñado en ahondar el descontento público, hacer intolerable la vida á las clases dirigentes y pesar como losa de sepulcro sobre los trabajadores.

Y tras esta afirmación venían las largas demos-

traciones, las interminables series de pruebas: A un zapatero, por ejemplo, cuya tienda de Villa Dolores no tenía cincuenta pesos de capital, le obligaban á pagar una patente de setenta y nueve pesos con cincuenta centavos al año. El dueño de un almacencito con cuatro cosas, pagaba, en la misma villa, ochenta pesos por «pulpería fija», sesenta por almacén, y como tuvo la mala idea de poner en aguardiente unos duraznos, otros ochenta pesos por fábrica de licores. Estos ejemplos del sistema rentístico imperante podrían llenar muchas páginas; para muestra bastarán los citados, si se añade, por vía de aclaración, que el torniquete no se aplicaba á los pocos amigos del Gobierno. ¡Al contrario!

Junto con la extorsión marcha siempre — por fuerza,—la arbitrariedad, la tiranía. No se esquilma á un pueblo sino después de amordazarlo y maniatarlo. La vida era insoportable, casi imposible. Además de las persecuciones y vejámenes de uso común en una situación así, se había hallado el modo de usar otras nuevas: el comisario de cada sección de policía tenía el poder discrecional de aplicar multas, según su criterio y sin apelación, desde uno hasta noventa y nueve pesos. Ya se comprende el juego de esta modernísima «institución republicana»: los noventa y nueve pesos de multa podían ser repetidos por el comisario cuantas veces quisiera, contra los enemigos del Gobierno, los suyos personales ó simplemente los vecinos que no le gustaran por tener la nariz demasiado larga ó demasiado corta; en compensación, los amigos del Gobierno, los suyos propios ó las personas que le fueran simpáticas salían de sus manos absueltos de cualquier vandálico atropello, mediante el mínimum de la pena. No había quien no temblara de caer en sus manos,

pues, por poco que no comulgase con la situación, podía estar seguro de salir desollado y condenado á perpetuo silencio.

La misma prensa tenía que callar. Varios periódicos opositores dejaron de aparecer, pues la ley de imprenta de la provincia, hecha *ad hoc* y á todas luces contraria á lo estatuido en la materia por la Constitución Nacional, los dejaba á merced del jefe de policía, suprema autoridad en cuanto á censura periodística, previa ó no...

En suma, la situación era tal, que hasta las damas catamarqueñas echaban ya su cuarto á espadas, con perseverancia y resolución. La mujer argentina, muy de su casa, muy dedicada á sus hijos, no se ocupa, por lo general, del Gobierno y la política, sino incidentalísimamente, en la conversación, cuando todos tocan el tema en torno suyo, ó con ahinco y hasta con verdadera pasión algunas veces, cuando la mala marcha de la cosa pública pone en peligro intereses vitales y llega á comprometer la estabilidad y el sosiego de la familia misma. En este último caso, no hay elemento opositor más eficaz que la mujer, propagandista de primer orden, por la perseverancia y la elocuencia, siempre que quiere serlo, por lo mismo que lo es sólo en circunstancias muy anormales. Este fenómeno, observable en toda la República, es más visible aún en las pequeñas capitales de provincia, donde la vida corre casi en común y donde la atención de la mujer no está solicitada por las mil ocupaciones y distracciones de los grandes centros. Así, pues, no es extraño que las damas catamarqueñas se declararan entonces resueltamente en contra de la situación, manteniendo el espíritu revolucionario con su constante prédica y afirmando en el cerebro de los hombres la convicción de que debían echar abajo un Gobierno

que iba haciendo la vida material y moralmente imposible. Algunas conocí yo, hermosas y espirituales, en cuyos labios tomaban extraña fuerza las mismas opiniones que hubieran parecido débiles y hasta triviales en boca de un hombre. Un adjetivo cualquiera, aplicado á los gobernantes «guarangos» ó «abusadores», toma, en tal caso, las proporciones de un estigma infamante, de un anatema, de una sentencia sin apelación.

El síntoma era, pues, grave. Cuando la mujer se mezcla en estos asuntos, hace inclinar la balanza hacia el lado que le parece mejor. *Ce que femme veut Dieu le veut...*

Pero los hombres del Gobierno catamarqueño, ciegos y sordos, no se apartaban de su camino ni por esas, haciendo dinero de todo, riéndose de los derechos hollados, de las libertades conculcadas, de la escasez que era ya sórdida miseria entre las clases pobres.

Obraban como se cuenta del vicario Segura, factor principal de la coronación de la Virgen del Valle, fundador del Seminario y de las casas de renta que posee la Madona milagrosa.

Cuando el doctor Onésimo Leguizamón, interventor nacional, le hablaba de cosas que no le convenían, el vicario Segura permanecía en silencio, y al cabo de un rato fingía dormirse... En seguida, cuando se le llamaba al orden, exclamaba, como volviendo en sí, con su jerga peculiar:

—¡Pero si no lo puedo entender á este hombre!... Me hace unos *curos curos*...

Sin embargo, el doctor Leguizamón se expresaba con notable claridad, sin obscuridades de ningún género...

Pero como sus palabras resultaban arcanas para el vicario, por poco que lo apretasen, así también las quejas del pueblo eran muy arrevesadas

para los miembros del Gobierno, que no las comprendieron hasta que se formularon subrayándolas con el máuser, instrumento á las veces apropiado para abrir entendederas...

Complicar con una deshonesta y abrumadora administración la pobreza de Catamarca, hacer pasar á las clases menesterosas de la miseria que come á la miseria que ayuna, era un delito que justificaba estos últimos extremos como un caso de uso de armas en defensa propia.

Porque para pasarlo mal no se necesitaba ni siquiera del Gobierno, que hacía pasarlo peor. Catamarca se moría de sed, en medio del más desolado aislamiento. Como hasta allí no alcanza á todas partes el escaso caudal de las aguas para riego, sus campos, antes de la estación de las lluvias, presentan el aspecto de eriales en donde sólo pueden crecer arbustos espinosos y en que la hierba, agostada primero, desaparece después sin dejar ni siquiera señales de que ha existido. Algunas comarcas privilegiadas que producen fruta temprana, uvas é higos, sufren por la falta de mercado, por los fletes enormes del ferrocarril, por la duración excesiva de los viajes á Buenos Aires, que comprometen gravemente su conservación, como que los productos tienen que ser transportados por *tres* líneas férreas, casi como si dijéramos que sufrir tres despotismos diferentes y, á veces, antagónicos entre sí. La misma ganadería yace hoy herida de muerte por las tarifas prohibitivas de Chile, por la competencia de los exportadores del Sur, y por la acción proteccionista del ferrocarril chileno, que tanto ha hecho variar las cosas allende los Andes. Catamarca, en efecto, ha quedado tras mano, como queda también la Rioja, y necesita nuevas vías de comunicación que la tengan en continuo contacto con el resto del país, que la

permitan enviar fuera los productos de su agricultura, sus minerales mismos, necesita agua, mucha agua para regar fácilmente sus campos, feracísimos apenas se humedecen, variar el aspecto de su vegetación, y necesita, por fin, atraer al extranjero, que infiltrará sangre nueva en las generaciones futuras, dejando á éstas y á las presentes, el ejemplo de la constancia, el ahorro y el trabajo.

—Tres son las fuentes de riqueza de Catamarca—me decía un amigo satírico:—los terremotos, las intervenciones y la Virgen del Valle.

—¿Cómo así?

—Los terremotos causan, generalmente, poco daño, y en compensación atraen los crecidos subsidios del Gobierno nacional junto con las generosas dádivas de nuestros hermanos más pudientes, los de las provincias privilegiadas...

—Bueno; pero ¿y las intervenciones?

—El interventor y su séquito traen dinero que gastar y ponen en movimiento el comercio; con él suele venir algún batalloncito que también consume... Somos tan pobres que estos pocos pesos suplementarios nos hacen la impresión de nadar en la abundancia: son como el maná...

—Pero la Virgen...

— Trae promesantes, romeros, peregrinos que aumentan la población como diez y la circulación como cien.

Al oir esto recordé lo que decía el padre Feijóo en sus «Cartas edificantes», y me propuse copiarlo en la primera oportunidad, para que sirviera de comentario á las palabras de mi amigo, tanto más cuanto que también serviría de proemio á uno de los capítulos, por escribir aún, de estas impresiones de viaje. Dice el padre Feijóo que «en general, »los habitantes de cualquier territorio donde hay

»alguna imagen celebrada por milagrosa, ó santua-
»rio de quien se decanta algún continuado prodi-
»gio, se interesan ardientemente en fomentar su
»crédito, ya por contemplarlo como gloria del país,
»ya porque, siempre, de la concurrencia de los de-
»votos forasteros les resulta algún emolumento.
»Los paisanos lo esparcen á otras tierras como tes-
»tigos oculares, y, últimamente, se autoriza en las
»plumas de varios escritores, los cuales, para dar
»el prodigio á la estampa, se consideran bien fun-
»dados en la fama común...» Sólo añadiré que «la
cuña, para ser buena...» con lo demás del refrán.

Pero todo lo malo, dicho respecto de la pobre Catamarca, debe dejar de ser verdad, hasta su sátira y su caricatura, porque la provincia tiene elementos sobrados para incorporarse de lleno á la vida nacional, y sólo espera verse un poco menos aislada de sus hermanas, sobre todo de sus hermanas ricas, á las que puede ofrecer—merced á su clima,—primicias de mucho valor é importancia, como ya ha tratado de hacerlo, sin éxito alguno por lo precario de las comunicaciones.

¡Agua, también! En vez de subvencionar tanto templo y tanta comunidad religiosa, bien podría el Gobierno nacional emprender obras de irrigación que serían, para Catamarca, darle nueva vida y una inesperada y exuberante juventud...

VI

ANTAÑO Y OGAÑO

De todas estas cosas y de otras no menos interesantes para mí—si no para los lectores,—se habló aquella noche en el Club, cuyos socios—cosa muy general en provincia, donde cada partido arma siempre tienda aparte,—eran casi en su totalidad de la oposición, y cuando no prescindentes. También es cierto que, fuera de los ministros, los miembros de la legislatura, los empleados de la administración y los de la policía—altos ó bajos,—no se hallaba en Catamarca un gobernista ni para remedio, con la particularidad de que, si se exceptúan quizá los agentes policiales, todos estaban ligados, más ó menos, por un parentesco tan enmarañado, pero á la vez tan estrecho, que el mismo doctor Pellegrini, á la sazón presidente de la República, tuvo que hacérselo explicar varias veces, hasta con un boceto *ad hoc* de árbol genealógico, para comprender y retener, por fin, algo de sus complicados entrelazamientos.

En Catamarca, por otra parte, y desde tiempo inmemorial, las profundas divisiones políticas—entre federales y unitarios sobre todo,—hicieron frecuentes los casamientos entre miembros de la misma familia, y todavía hoy no es raro ver que la muerte de una sola persona enlute á media población. De aquí una especie de aristocracia, cuyo organismo se ve, más que en ninguna otra parte, en Tucumán.

La familia así exclusivista, y la falta de abun-

dante inmigración europea, han hecho que las diferencias de «clase» aparezcan notables en provincia, pues ó la mezcla se ha efectuado muy paulatinamente ó no se ha efectuado aún, al revés de lo que ocurre en Buenos Aires, por ejemplo, donde la amalgama resulta extraordinaria.

Ahora, en las provincias del interior, entre el pueblo que vive en los ranchos suburbanos y el habitante de la ciudad ó el propietario de fincas agrícolas, existe una solución de continuidad que no puede llenarse porque falta el intermediario: el colono en continuo ascenso social mediante su trabajo, que es el mestizador por excelencia y el creador de los hermosos tipos que hoy se notan en todo el litoral y especialmente en Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos. Aquí el progreso individual es inapreciable, y no se observa la compenetración del pueblo.

Parece como que aún estuviese en vigor en Catamarca el famoso bando de 1691, lanzado contra la intromisión de indios y mulatos en la sociedad, bando que servirá de solaz á los muchos lectores que no lo conozcan, y que dice así:

«Considerando: que muchos indios y mulatos »se *han introducido* á españoles y á mestizos li»bres, vistiéndose trajes de españoles, con capas, »con cuellos, medias y zapatos, cayendo el cabello »hasta la cintura al uso de los españoles—siendo »así que sus trajes son el cabello al hombro, y »manta y capas sin cuellos, descalzes de pies y »pierna; y de vestirse conforme al traje de los es»pañoles es con grave perjuicio de los encomen»deros y asimismo de la Real Hacienda, pues de »las vacantes, nuevo impuesto y otras muchas »pensiones de que aperciben la plata para la Real »Hacienda se pierde, pues llegándose un indio ó

»mulato de su distrito á otra jurisdicción con la »introducción que tienen de saber hablar en len»guaje castellano, mudan á poca costa de traje;

»En cuya consideración se manda que los indios »y mulatos estantes y habitantes de esta ciudad y »su jurisdicción, se corten el cabello, y los que »estuvieren calzados de pie y pierna se descalcen »y corten los cuellos de las capas y vistan el traje »á usanza de los indios, dentro del tercero día de »la publicación de este bando, pena de cincuenta »azotes aplicados en la parte posterior; y que in»dudablemente serán castigados en la plaza por la »omisión ó desobediencia; y para que llegue á no»ticia de todos, el alguacil mayor de esta ciudad »haga publicar y publique en concurso de gente y »de los indios, después de la doctrina que se les »da el domingo, este decreto, para que no preten»dan ignorancia; y, pasados los tres días, el algua»cil mayor acudirá con prevención de tijeras, y á »los que fuese topando que no hayan cumplido con »lo ordenado, les recortará el cabello y cuello de »las capas y mantas, y descalzará á los calzados, »aplicando los cincuenta azotes impuestos por este »decreto.—*Esteban de Nieva y Castilla, León de* »*Soria Medrano, Lorenzo de Barros Sarmiento,* »*Alonso Navarro de Velazco.*»

Este informe trozo de literatura oficial, ofrece, con sus *curos curos*, como decía el vicario Segura, su arrevesada sintaxis y su rudimentaria analogía, un cuadro asaz completo de lo que era el pueblo bajo de aquellas épocas, la empingorotada aristocracia que no quería mezcla ni aun transitorias, y el dominio español, que nada dejaba de mano y que cuidaba, sobre todo, de la Real Hacienda, valiéndose de cuanto medio tenía al alcance para no dejar escapar ni el más miserable real de vellón,

Léase atentamente el documento, que es evocador y que, por desgracia, no tengo tiempo de comentar aquí, pues otras cosas me reclaman. Pero bueno es agregar que don Esteban de Nieva y Castilla, ascendido á maestre de campo después de seis campañas que hizo en el Chaco, era entonces gobernador y justicia mayor de Catamarca; el capitán Lorenzo de Barros Sarmiento, era alférez real; don León de Soria Medrano sargento mayor, secretario y encomendero de los indios de Capayán, y, por último, don Alonso Navarro de Velazco, nieto del gobernador don Juan Ramírez de Velazco, que el virrey del Perú enviara al Tucumán en 1586. Además, el encargado de cumplir y hacer cumplir este decreto, ó sea el alguacil mayor, lo era entonces el capitán don Lorenzo de Salas, hombre duro con los indios y mulatos, á quienes no perdonó cabellera, ni cuello, ni zapatos, y que anduvo efectivamente largo tiempo armado de tijeras y seguido por el verdugo empuñando el terrible zurriago. ¡Oh dulcísimo Gobierno colonial!...

No tendré, seguramente, necesidad de jurar que ya en esta era republicana no se adoptan medidas tan enérgicas para impedir que indios, cholos y mulatos se *introduzcan á gente*, y para que las razas no se fundan y confundan, pero paguen en cambio sus correspondientes pechos; sin embargo, no por eso los descendientes de los antiguos dueños de las tierras de Inti y Pachamama han aprovechado las ventajas que parecía ofrecerles el nuevo orden de cosas; la vieja muralla no ha caído todavía para ellos. Metidos en su rancho, comiendo su mala mazamorra ó su pobre locro, no aspiran á mejorar de condición—quizá porque lo creen imposible,—ni van, como los extranjeros, subiendo en la escala social, peldaño tras peldaño, cuando no á saltos tales que hacen recordar el an-

tiguo refrán de padre jornalero, hijo caballero, nieto pordiosero. La tradición tiene á aquellos argentinos como coagulados en su misérrima esfera —la tradición y la inercia, la falta de ambiciones, el amor á la dulce ociosidad, y una especie de fatalismo cuya filiacion puede encontrarse quizá en las supersticiosas creencias de los mismos conquistadores. Ninguna función social ni política los invita á dejar el círculo en que nacieron, y hoy no provocarían un bando como el de Nieva y Castilla, porque no abandonan, como los antepasados, ni sus trajes ni sus costumbres. Si votan en los comicios, lo hacen mecánicamnete, sólo porque el patrón se lo manda y en favor de quien les dice que voten, sin tratar nunca de que alguno de los suyos ó alguno elevado por ellos mismos, los represente y defienda sus derechos. Capaces de vivir con muy poco, fatalistas como ya he dicho, el futuro no los preocupa ni se han planteado siquiera rudimentariamente los problemas provocados por su propia fecundidad. Por las calles pululan los niños, semidesnudos á veces, bellos como pequeños árabes de grandes ojos, y en los ranchos enjambres de chiquillos juegan con los perros ó montados en las mulas y los borricos, ensayan, cuando casi no saben caminar todavía, los trabajos á que han de dedicarse quizá muy pocos meses después: llevar leña ó pasto á la ciudad, hacer los mandados del *pagre* ó la *magre* y crecer entretanto á la buena de Dios, libres como los pájaros, ignorantes como sus abuelos, sin más ambición, desde la adolescencia en adelante, que la de asistir á los bailes, los velorios y las jaranas, y divertirse hasta caer rendidos por la chicha, la *uvita* y el cansancio, cuando no bañados en su propia sangre por el cuchillo de un rival... Cosas que durarán mientras Catamarca no se abra definitivamente á la inmigración,

que, hoy por hoy, no puede ser más escasa ni tener menos influencia entre los habitantes. (1)

Pero, con todo, quedan aún en la provincia muchas características simpáticas que han desaparecido ya en la mayoría de los estados argentinos: la hospitalidad, por ejemplo, ofrecida sin reservas y según los medios de cada cual, amable y poética costumbre que explica la falta de posadas á la orilla de los largos caminos. Bajo el alero de cualquier rancho puede tenderse el recado con el beneplácito de la gente de casa, que siempre tiene, cuando menos, para ofrecer al viandante, un plato de maíz cocido, ó, mejor dicho, una cuchara y un asiento junto á la fuente común. El agasajo suele, naturalmente, si no se trata de gente muy pobre, asumir más suculentas proporciones, y no olvidaré la acogida que se me hizo en dos etapas de mi viajecito á Tucumán por la Cuesta del Totoral. Sin embargo, no todas son siempre rosas, y el pasajero hambriento se halla, á veces, obligado á hacer valer su autoridad para procurarse un cabrito ó una gallina. La escena es, entonces, más ó menos la misma, con corta diferencia de detalles.

El viandante se acerca á un rancho, y saluda á una mujer que parece la dueña.

---

(1) Según el último censo (1895), Catamarca tenía 1.065 extranjeros para una población de 90.161 habitantes, ó sea el 11 por mil. Es la proporción menor de extranjeros que se observaba en las provincias y territorios argentinos, como puede verse en los siguientes datos: Rioja, 12 por mil; Santiago del Estero, 14; San Luis, 26; San Juan, 63; Tucumán, 83; Salta, 90; Corrientes, 92; Jujuy, 99; Córdoba, 101; Mendoza, 137; Entre Ríos, 219; Buenos Aires, 335; Santa Fe, 419, y la capital, 520 extranjeros por cada mil habitantes. Sea causa ó efecto—quizá las dos cosas á la vez,—la mayor proporción de extranjeros corresponde á mayor progreso, por lo menos, material de la provincia. A las cuatro primeras, Catamarca, Rioja, Santiago y San Luis, les falta, sobre todo, actividad, y estoy seguro de que una poderosa inyección de sangre nueva haría disminuir, si no desaparecer completamente, tan grave defecto.

—Buenas tardes, patrona.

—Buenas tardes, s'ñor.

—¿No querría venderme un cabrito?

—No tengo, s'ñor.

A dos pasos trisca un rebaño de cabras, y los cabritos, gordos, saltan con gracia de clown.

—¿Y esos?

—Están muy flacos, s'ñor.

—No importa; véndame uno.

—No puedo, s'ñor: no son míos.

—¿Y de quién son?

—De mi comadre, que se ha ido ayer p'a la finca de don Clero...

Siempre, en estos casos, hay una comadre, un compadre ó un vecino que, desgraciadamente, se ha marchado.

El viandante insiste, pero sus ruegos, sus explicáciones, la manifestación de su apetito y necesidad, todo resulta inútil mientras no se decida á sacrificar con sus propias manos el cabrito saltarín ó la gallina escarbadora que necesita para comer.

— ¡Velay! ¡L'ha muerto! ¿Y por qué l'ha muerto?

—¡Qué quiere, patrona! Tenía que matarlo. Pero no se aflija, porque se lo pagaré. ¿Cuánto vale?

—Será... ¡tanto, pues!

Y el drama no va más lejos. Toma la campesina el poco dinero que ha pedido como indemnización, recoge el viajero la presa tan violentamente conquistada, y sin más dolores de cabeza, se marcha entre los saludos, en manera alguna rencorosos, de los habitantes del rancho.

No llego á explicarme satisfactoriamente el por qué de esta extraña costumbre. Barrúntola resabio del tiempo de la conquista y el período colonial, cuando el bravo habitante de aquellas comar-

cas negaba al español invasor hasta el agua para beber, y nada le cedía sino por la fuerza—cuando no se hallaba en condiciones de defenderse con las armas en la mano.

Y no es este procedimiento exclusivo de Catamarca. Yendo de Jujuy á Salta por el camino nacional (¡ya se verá qué carretera!) no pude conseguir que me vendiesen ni chivitos, ni gallinas, ni siquiera un mal pedazo de carne... Afortunadamente, llevaba otras provisiones, lo que me impidió tener que andar á tiros en el corral ó en el rebaño.

VII

CANCIÓN TRÁGICA

Una noche, al salir del Club, acompañóme don Manuel Soria, el distinguido profesor y publicista catamarqueño, á quien he tenido ya oportunidad de referirme, descendiente de aquellos mismos Soria que figuran tan principalísimamente en Catamarca desde la época del coloniaje. Ibamos en grata conversación cuando, al llegar á la puerta del hotel de Caligari, me señaló en la esquina de enfrente una antigua casa de un solo piso, blanqueada y rejuvenecida, con anchos patios y vastas habitaciones, según podía colegirse desde fuera.

—¿Ve usted esa casa?—me dijo.—Pues ha sido teatro de uno de los dramas en que actuó Maza, el célebre Violín y Violón, drama que, contra lo que podía esperarse de aquel hombre cruel, no tuvo desenlace sangriento.

—Cuénteme usted eso, por favor.

—Es tarde... Usted tendrá ganas de descansar.

—No, porque corre un airecito agradable, y estas calles tan solitarias, en una noche tan serena, invitan á contar cuentos en el umbral, como allá en la niñez...

No se hizo de rogar. Sentámonos en la orilla de la acera, á la luz de la luna, evocando la infancia ya lejana, y comenzó:

—Pues esa casa que estamos viendo pertenecía, en tiempo de Rosas, á doña Celestina Recalde, dama unitaria que no sabía ocultar sus opiniones, y que debió muchos malos ratos á su especialidad de no tener pelos en la lengua. No era entonces la edificación tan densa como ahora, y alrededor del edificio, que era uno de los mejores de la ciudad, se extendía un vasto potrero. La casa no tenía, tampoco, tanto revoque ni tanta moldura, pero se la juzgaba la más importante de la «calle Brava», como comenzó á llamársele desde que los catamarqueños hicieron retirar por ella al coronel Maza y su gente. Pero dejemos la casa, por ahora, que ya vendrá su turno.

Es el caso que después de aquella famosa batalla de Quebracho Herrado, en que el general Manuel Oribe derrotó á Lavalle, dejándole mil quinientos muertos en el campo, tomándole prisionera toda su infantería, y apoderándose de la artillería y lo demás, llegó á Catamarca, entre otros oficiales dispersos, un joven porteño llamado Diego Chaves, todo un buen mozo y un valiente, que no pudo acompañar á su general en la retirada hacia el Norte, porque se hallaba seriamente enfermo. Era á fines de 1840. Mientras se restablecía, como tocaba la guitarra con mucho gusto y tenía una bonita voz de barítono, tanto para ocupar decorosamente su tiempo cuanto para no hacer pe-

sada la hospitalidad que se le ofrecía, Chaves daba lecciones de música á varias señoritas de nuestras principales familias, tanto federales como unitarias.

Frecuentaba especialmente la casa de doña María del Señor Navarro de Soria, una de cuyas hijas, Genoveva—mi tía, que aún vive, y que deseo viva muchos años,—era su discípula favorita; mimábanlo las familias federales de Navarro, Soria, Acuña, Molina, etc., y las unitarias de Correa, Augier, Cubas, Mercado y otras, de tal modo que, para él, en la práctica, no había distinciones de partido, y su permanencia en esta ciudad resultaba muy agradable. Pero en aquellas épocas, el deber solía respetarse y cumplirse más que hoy, la indolencia, cuando estaban jugándose los destinos de la patria, se consideraba vergonzosa, y los indiferentes eran la desconceptuada minoría. En cuanto Chaves se sintió mejor y se creyó capaz de sobrellevar las fatigas de una nueva campaña, sin oir á los que le aconsejaban que aguardase su completo restablecimiento, ni atender quizás algún ruego ardiente de que se quedara, resolvió correr á unirse con el ejército libertador, ó, mejor dicho, con el cuerpo que mandaba el coronel don José María Vilela, y que venía hacia Catamarca, enviado por Lavalle y La Madrid.

Ya sabe usted la suerte que cupo al coronel Vilela, alcanzado y derrotado en Sancala por el general Angel Pacheco, quien le destruyó la división dejándole cuatrocientos muertos y llevándose novecientos prisioneros, cuyos jefes y oficiales fueron casi todos fusilados en Córdoba.

—¿Y Chaves?—pregunté, viendo que el narrador se interrumpía para encender un cigarrillo.

—A eso vamos. El combate de Sancala fué, como usted recordará, el 8 de enero de 1841. Desde

la salida de Chaves de Catamarca hasta esa fecha habían ocurrido muchas cosas, pero otras peores estaban por suceder. En efecto, el sanguinario coronel Maza entró triunfante en la ciudad, asumió primero la dictadura militar, deponiendo al gobernador don José Cubas, y luego nombró gobernador al coronel Juan Eusebio Balboa. Pero se retiró, y acto continuó Cubas, al frente de los unitarios, atacó y derrotó á Balboa, reasumiendo el gobierno. Maza, noticioso de esto, volvió á la carga, y el 29 de octubre reconquistó la ciudad, haciendo huir á Cubas que, el 4 de noviembre, fué sorprendido en la Quebrada del Infiernillo, derrotado y degollado con todos los suyos, y su cabeza clavada en una lanza, para exponerla luego, con la de Mercado y otros, al pie de la pirámide de la plaza principal. Maza se erigió de nuevo en dictador...

Ya puede imaginarse lo que sería esto en semejantes manos. Las familias unitarias temblaban por los suyos, las federales, poco aficionadas á la carnicería y la persecución, lamentaban el terrorismo imperante. Pero no por eso escaseaban las fiestas, alegres para los unos, tristes como un funeral para los otros, pues en ellas debían tomar parte, so pena de castigo, ¡y qué castigo! los que amaban y los que execraban la causa del tirano y sus secuaces.

Maza se había alojado precisamente en casa de una familia unitaria, la de doña Celestina Recalde, esa misma que tenemos enfrente, para vejar más á los salvajes, aterrarlos mejor y tenerlos bien cerca...

En el potrero, hacia la parte de atrás de la casa, al aire libre, hambriento, sediento, andrajoso, casi desnudo, en cepo de lazo y con centinela de vista—¡mire usted cuánta inútil crueldad!—hacía

días que aguardaba el último de su vida el desgraciado Diego Chaves, que no sé cómo había caído en poder de la gente de Maza, al volver á la ciudad. No he averiguado bien este punto; pero, probablemente hecho prisionero en Sancala, fué conducido á Córdoba, donde escapó á la muerte para recibirla luego en este teatro de sus triunfos musicales y sociales. Ello es que allí estaba, en aquel potrero, y en las horrorosas condiciones que le he dicho, y para nadie era un misterio en Catamarca la afrentosa muerte que le esperaba.

Federales y unitarios, lamentando el destino de aquel joven, tan bueno, tan simpático y tan culto, cuchicheando en voz baja sobre su suerte cruel, dejaban que sucediese lo que Dios quisiera, con el fatalismo oriental peculiar de aquella época pasivamente heroica; pero nadie alzaba la voz, los unitarios por no aparecer demasiado sospechosos, los federales por no comenzar á ser sospechados. Pero, volviendo al cuento, no escaseaban las fiestas, más ó menos obligadas, y una de las más ruidosas fué el baile preparado por el mismo coronel Maza en los salones de la señora de Recalde, cuyo domicilio ocupaba como huésped forzoso.

Mire usted: allí, en la esquina, estaba el salón, no por cierto con paredes cubiertas de tapices ni siquiera de papeles pintados, sino modestamente blanqueadas con cal de Yegua-Pampa, ni de techo artesonado, sino con las gruesas vigas de madera dura á la vista ó, cuando mucho, disimuladas por un cielo-raso de lienzo. Alrededor del salón alineábanse los pesados sillones de cuero estampado, aristocráticos y macizos, que todavía habrá alcanzado usted á ver, como reliquia, en alguna antigua casa catamarqueña ó en el museo de algún coleccionista criollo. El piso, desigual, estaba al-

fombrado con hermoso *chuce* de Belén, cuyos colores abigarrados armonizaban con la pesadez del mueblaje, y la larga fila de sillones era interrumpida aquí y allí por «mesas de arrimo» de pata de cabra—consolas, si usted lo prefiere,—que sostenían figurillas de yeso, primitivos y toscos ensayos de escultura, candeleros de barro con velas de molde que humeaban y estiraban su negro pábilo, como si creciera, y floreritos de barro también, con plantas de albahaca, perfumada y propicia á los amores... De aquel lado de allá del salón, en el sitio de honor, algo más alto que el resto y alfombrado de rojo, levantábase el estrado de las damas, donde tomaron asiento aquella noche federales y unitarias, con la aparente armonía que fingen la buena educación ó el temor de provocar graves é irremediables disensiones, altivas las unas con su triunfo, disimuladas las otras bajo los inmensos moños rojos que, á guisa de guirnaldas, pendían de las paredes, repitiéndose obligatoriamente en la cabeza de cada invitada, haciendo juego ó disonancia — juego entonces, disonancia ahora,— con los enormes peinetones de carey.

En torno de las señoras mariposeaban los galanes de aquel momento, pocos, pues casi la totalidad de los unitarios estaba en fuga ú oculta. Allí triunfaba el coronel Maza, con su brillante chaquetilla recamada de oro, y que, como por desafío, vestía rico chiripá de paño rojo—detalle que ha hecho afirmar á algunos que la fiesta se celebró en carnaval, y que se trataba de una mascarada, como si, en aquel tiempo, el chiripá rojo no hubiera sido un símbolo de antisalvajismo... unitario. Imitaban al jefe en la indumentaria sus oficiales Lazcoque, Argüeyo, Sandoval y otros, adulando hasta en esa forma al terrible amo. Debo advertirle que, para hacer sentir mejor su grose-

ría y su papel de autócratas indiscutidos, contra la costumbre, habían dejado entrar solas á las damas, sin que hubiera un hombre, y menos una comisión de caballeros que las recibiese á la puerta y las acompañase hasta el salón, como siempre se había hecho. Eran unitarias, en su mayor parte, y esto explica aquéllo. Su filiación política explica también la ocurrencia del coronel Maza en el primer intervalo del baile, después de un minué federal bailado con acompañamiento de canto, que entonaron algunos hombres del pueblo llevados con ese objeto.

—¿No hay alguna niña que cante? — preguntó en voz alta, en medio del salón.

Nadie contestó. Cuando renovó, individualmente, la pregunta, unas se excusaron, otras, ruborizándose, alegaron ignorancia... ¡Figúrese! Entre ellas había algunas á quienes días antes se le había degollado el hermano ó el marido... Por fin, no faltó quien señalara á la señorita Genoveva Soria, la discípula predilecta de Chaves, como consumada artista y encantadora cantante. El coronel Maza se dirigió á ella, formulando de nuevo su pedido-orden.

—Yo cantaría con mucho gusto—contestó Genoveva,—pero es el caso que no sé acompañarme, y que no pueden acompañarme, tampoco, los músicos de la orquesta. Sólo sé cantar con mi maestro, pues él me infunde confianza; pero mi maestro...

—¿No está en Catamarca?

—Sí, coronel, pero en muy triste situación. Es Diego Chaves, que está en el cepo, con centinela de vista...

—¡Lazcoque! ¡Que traigan á Chaves! — gritó Maza á uno de sus oficiales.

Lazcoque salió á cumplir la orden, y poco rato

después, en medio de un silencio sepulcral, Chaves apareció en la sala, pálido, demacrado, con la barba y el cabello largos, los ojos cavernosos, los labios descoloridos, cubierto de harapos y con la cabeza gacha, no tanto por la debilidad cuanto por la confusión de verse en semejante estado ante sus brillantes amigas de ayer. Corrió un calofrío por la sala y el silencio se hizo solemne... Después, reaccionando todos, miráronse con expresión de profunda lástima, de verdadero y amargo dolor, pero sin que nadie se atreviese á murmurar una palabra, como si sobre sus cabezas pasase un soplo de respetuosa piedad.

—Siéntese ahí y tome esa guitarra. Va á acompañar á la señorita—dijo Maza indicando á Chaves una silla, y luego señalando con el ademán á Genoveva.

Chaves, aunque abrumado por su infortunio, erguía ya la frente para contestar con altanería aunque le fuera en ello la cabeza, cuando la joven, acercándose rápidamente á él y presentándole la guitarra que había tomado al paso, exclamó llena de emoción:

—¡Yo se lo suplico, Chaves! ¡Acompáñeme!

Chaves la miró, brillándole en el rostro una sonrisa fugaz, se sentó sin decir palabra, bajó de nuevo la cabeza suspirando, y, sin apartar los ojos de las cuerdas de la guitarra, ejecutó un complicado y melancólico preludio que pareció volver el aliento á los circunstantes, hasta entonces mudos y sofocados.

Concluido el preludio, Genoveva atacó en seguida, con voz pequeña pero límpida y afinada, la canción romántica, tan en boga entonces:

De junquillo, de malva y violeta
un ramito compuso mi amada...

Chaves la hacía dúo con su voz de barítono, y eran de ver aquella hermosa joven, radiante de belleza, adornada como una imagen virginal, y el infeliz prisionero, demacrado, hirsuto, vestido de harapos, en medio del círculo cada vez más estrecho de los conmovidos concurrentes...

El vencido de Sancala, amenazado por una muerte segura, olvidó, sin embargo, un instante, su triste situación, embriagado por aquellas melodías, evocadoras de momentos tranquilos y felices. Los demás olvidaron también, pues al terminar la canción aplaudieron con entusiasmo, que casi es alegría...

Maza se acercó á Genoveva, y con sonrisa indefinible:

—¡Muy bien!—la dijo.—¿Y qué pide la linda cantora por su trabajo?

La niña miró á Maza, luego á Chaves, y clavando los ojos en el fiero coronel, contestó dulcemente, pero con entereza:

—La vida de ese prisionero.

Maza vaciló un instante, pero después, como quien resuelve algo que no le agrada pero que tampoco tiene importancia:—¡Bah! ¡un artista!—contestó sencillamente:

—Bueno.

Y, volviéndose hacia uno de sus oficiales:

—Llévense al preso—ordenó,—y que no se le trate mal.

Una canción de la linda Genoveva Soria había salvado la vida á su maestro Diego Chaves. (1)

Calló mi compañero y yo también guardé silencio, bajo la influencia de su relato y de aque-

---

(1) Con este episodio compuse más tarde un boceto dramático titulado «Canción trágica», que el público de Buenos Aires recibió con gusto, y que agrego, como apéndice, á este volumen, por no dejarlo inédito.

lla noche clara y estrellada, tan tranquila que ni aun se oía el rumor de las hojas agitadas por el aire. Pero, después, reaccionando, dije con cierta intención burlona:

—Muy romántico y muy ingenuo el cuento... Pero falta el desenlace: Chaves se casó con Genoveva, tuvieron muchos hijos, y todavía viven, muy viejos y muy felices, rodeados del cariño de los suyos y del respeto de sus conciudadanos, como Filemón y Bocis, esperando seguir unidos en otro mundo aun mejor...

—Así sería, indudablemente, si se tratara de una novela. Pero, bromas aparte, lo curioso es que el amor no tuvo nada que hacer en el asunto. En aquella época sucedían cosas bastante raras para el modo de sentir de hoy. Genoveva no amaba á Chaves, ni Chaves amaba á Genoveva. Esta se inspiró en un sentimiento más desinteresado... Los fantaseadores han dado otro remate al episodio: dicen que el músico hizo, en su fuero interno, una promesa, ignorada por todos, y que, diez ó doce años más tarde, se presentó á su ex-discípula con la barba á la cintura y el cabello más abajo de los hombros, pues había hecho voto de no recortárselo hasta después de haber dado las gracias á su salvadora. Le autorizo á usted para que no lo crea. Lo que yo puedo afirmarle como verídico es que, poco tiempo después del suceso, la señorita Genoveva Soria se casó con el doctor Angel Navarro—el mismo que ha sido senador nacional,—sin que, en muchos años, oyese hablar para nada de Chaves. Este se casó también, tuvo hijos, y ya peinando canas, cuando la señora de Navarro hizo un viaje á Buenos Aires, fué á presentarlos á su salvadora, con las demostraciones y manifestaciones del caso. Debe haber sido una conmovedora escena...

Y buenas noches, que ya es tarde y no es cosa de amanecernos aquí...

—Buenas noches, y gracias por el cuento, don Manuel. Por su misma ingenuidad vale un Perú.

VIII

CUENTOS Y HABLADURÍAS

Tradiciones, leyendas, episodios, consejas, como la narración que acabamos de escribir ó más interesantes, corren de boca en boca en Catamarca, teatro de muchos sucesos durante la época terrible de los caudillos, como fué escenario de gran parte de la lucha entre calchaquíes y españoles, lucha homérica que he tratado de reseñar rápidamente en «El falso Inca», cronicón episódico de la conquista.

No todas estas historias rayan, empero, en lo trágico; algunas tienen sus ribetes cómicos y hasta bufos, como una sublevación de señoras que dió en tierra con el Gobierno, probablemente porque éste se metió á legislar sobre modas é indumentaria, imitando el célebre decreto de Nieva y Castilla, ó como el robo del gobernador don Valentín Aramburu, arrancado de su casa por los opositores en 1833, á las barbas de su numerosa servidumbre, y sin que nadie advirtiese el secuestro de su excelencia hasta que estuvo bien oculto y á la merced de sus enemigos, que se limitaron á

hacerlo renunciar; (1) ó como aquella inverosímil ocurrencia del gobernador don José María Todd—que regía los destinos de Salta, no de Catamarca, allá por 1860,—quien firmó un decreto suprimiendo y prohibiendo de allí en adelante los partidos políticos, en la provincia, como inútiles y perjudiciales...

Pero es harto difícil para el viajero hacer cosecha abundante de este producto local, tan ameno cuanto provechoso para el folklore. El que va de paseo no tiene tiempo de estrechar vínculos, de inspirar confianza, de llegar á esa intimidad en que ya no se teme la sátira mal intencionada, y sólo se ve la gracia del cuento sin recordar á qué comarca pertenecieron sus protagonistas. Hay un pudor colectivo para esta clase de cosas, que sólo permite verlas después de una verdadera conquista...

Sin embargo, cada cruz que se levanta en un camino con un bote de lata al pie para recibir ofrendas y rodeada de piedras agujereadas para que sirvan de candelero, tiene una historia ó una leyenda más ó menos verosímil, más ó menos dolorosa. Ya es un impío que cayó fulminado al lanzar una blasfemia, y cuyo espíritu vaga torturado y doliente por aquellos parajes en las noches obscuras, ya un asesinado que no murió en gracia de Dios, ya una víctima de los furores políticos de otros tiempos.

Entre estas cruces de leyenda, que he señalado como ejemplo, ocupa interesante lugar la del Quemadito.

Yendo de Bolijan á Billapima (muchos, y hasta en documentos oficiales escriben Villa Prima, pero los quichuistas afirman con razón que es Billa-

(1) Un hecho análogo se produjo en Santiago del Estero, años después de escrito lo que se lee más arriba.

pima, de Huillapyna, casa del huilla), yendo, pues, de Bolijan á Billapima y á la izquierda del camino, vése enclavada en un retorcido quebracho una cruz de madera con su infaltable tarrito de hojalata, nunca huérfano de limosnas para las luminarias que se encienden allí de tiempo en tiempo, colocando velas de sebo en las piedras perforadas. Estas ofrendas, completamente anónimas y que nadie fiscaliza, son, sin embargo, respetadas hasta por los más famélicos viandantes, si son del país, pues tocando un solo cobre creerían cometer un horrible sacrilegio y exponerse á horroroso castigo del Cielo.

La tradición de esta Cruz del Quemadito se refiere á la época de Quiroga.

Cuéntase que el Tigre de los Llanos, dispuesto á invadir las provincias de Catamarca y Tucumán, en una de sus primeras incursiones, tuvo necesidad de comunicarse con sus partidarios Marcos Figueroa Cáceres en la una y Heredia en la otra. El caudillo, cuya perspicacia rayaba en la infalibilidad—véanse, si no, las anécdotas que cuenta Sarmiento en su «Facundo»,—eligió para chasque al soldado Nicolás Colina, criollo capaz de vencer las mayores dificultades y de quedarse tan fresco ante los más graves peligros.

Entrególe Quiroga los documentos que había preparado para Figueroa y Heredia, dándole las instrucciones que creyó necesarias, encareció la importancia del secreto, y terminó su lacónica explicación con estas palabras, terribles en sus labios:

—Tu cabeza responde de estas cartas.

Colina montó á caballo tranquilamente y se encaminó hacia Catamarca, sin que, en un principio, le ocurriera nada desagradable.

Pero su mala suerte quiso que al tercer día de

trote y galope, y á pesar de las precauciones que tomaba para no ser descubierto, fuera inopinada y casualmente sorprendido por una partida de unitarios que recorría la campaña y que, rodeándolo, lo puso en la imposibilidad de huir.

Colina, que se vió perdido, hizo pedazos las cartas de Quiroga, y metiéndoselas en la boca, se las tragó, acto que despertó vivamente las sospechas del jefe de la patrulla. Este inició al punto un interrogatorio tan violento como inútil: el valiente gaucho no dijo ni de dónde venía ni adónde iba, ni qué conducía, ni quién lo mandaba, pese á cuantas amenazas se le hicieron.

Incomodados primero, enfurecidos después por semejante tenacidad, y sin duda dispuestos á arrancarle declaraciones cuya importancia olfateaban, por medio del tormento, los soldados asieron á Colina por orden de su jefe y, atándolo junto al quebracho que hoy sostiene la cruz, comenzaron á torturarlo con el fuego de una grande hoguera y, como el gaucho callaba, acabaron por quemarlo del todo...

Desde entonces—cuentan los vecinos,—comenzaron á oirse en la obscuridad lastimeros ayes y quejas desesperadas en el lugar del suplicio. Nadie que pasara de noche á cierta distancia del quebracho fatal, dejaba de oir aquellas desgarradoras lamentaciones, seña infalible de que el ánima de Colina penaba encadenada al lugar de su ejecución.

Así continuó penando mucho tiempo, y así continuaría, probablemente, hasta la consumación de los siglos, si un rico vecino de Billapima, don Andrés de Herrera, no hubiera mandado rezar un novenario por la salvación del alma del difunto dos veces condenado, completando ese acto cristianísimo con la erección de la cruz de madera en

el quebracho y el aditamento de la cajita de hojalata en que hasta hoy, setenta años después del suceso, aún caen las dádivas de la gente piadosa—digo, si el tarro, poco apto para desafiar las intemperies, no ha tenido que ser substituido ya más de una vez.

Según la tradición, el jefe de la patrulla se llamaba don Mariano Acha, pero se tratará, sin duda, de un homónimo del General, ó simplemente de una atribución sin fundamento. Pero aquí cabe añadir que en Catamarca suele acusarse á los unitarios de aquel tiempo de no haber sido más tiernos que los federales, y á Acha, Gorriti, Barcala y otros, de atrocidades que no les van en zaga á algunas muy sonadas de los *rosines*. Y fuerza parece creer que en aquella prolongada y terrible lucha, hubiera más de una vez crueles represalias.

También por aquel entonces pasó en Coneta—según el testimonio de la tradición,—otro drama bárbaro, cuyo relato deja en el espíritu profunda melancolía.

Diz que Facundo tropezó en ese pueblo, que hoy mismo no tiene más que quinientos habitantes, con una virginal belleza criolla, cuyo destino iba, desgraciadamente, á ser análogo al de la infortunada Sovera. Se llamaba Sebastiana Barros, era jovencita, bella y fresca como una Hija del Sol. Facundo, al verla, quedó prendado, y con la avasalladora violencia que ponía en todo, la requirió de amores. Pero como la niña lo rechazara con repugnancia, la dejó por el momento, jurándose poseerla. Aquella misma noche, en efecto, hizo que algunos sayones la llevaran á su alojamiento, le arrancaran la ropa hasta dejarla completamente desnuda y la acostaran, á viva fuerza, en su propio lecho.

Si es de creer el acto, son también de creer sus

consecuencias... Al día siguiente, Sebastiana Barros estaba loca. Descalza, con los vestidos desgarrados, suelto el cabello y la vista extraviada, comenzó desde entonces á recorrer el camino de Coneta á Miraflores, tendiendo la mano á los viajeros y murmurando:

—¡Una limosnita por amor de Dios para la querida de Quiroga!

Como la dulce Ofelia, no manchaba sus labios con canciones obscenas, pero les hacía publicar su inmerecido oprobio, con una ingenuidad enternecedora, por los tormentos que revelaba. Y así vagó largos años, recuerdo viviente y desgarrador de una época de barbarie.

La muerte sólo pudo, para ella, borrar su mancha.

Pero dejemos estas tristezas, cuyo único remedio es el pasivo de condenarlas para que no vuelvan á repetirse... Otras tradiciones tienen sobre éstas la ventaja de hacer sonreir, quizá por su mismo candor y puerilidad, por ejemplo una que escuché en la Quebrada del Tala, muy cerca del sitio que se supone teatro del suceso.

Cuéntase, pues, que no ha muchos años un peón de don Ramón Gil Moreno, montado en su mula, arriaba un macho cargado á más no poder con vino, jamones y otras vituallas para los buenos padrecitos franciscanos que, dentro de la Quebrada y á cierta distancia una de otra, tienen dos casitas donde van á veranear todos los años, la primera en la llamada Chacarita de los Padres, la segunda algunas leguas más lejos y dejando atrás un paso bastante peligroso: las Cuestecillas.

Iba el mozo con su carguero á esta segunda mansión veraniega, donde era esperado impacientemente, y hacía trotar la mula y el macho á fuerza de voces y de chasquidos de arreador, y

ya veía próximo el fin del viaje cuando, al pasar el desfiladero de las Cuestecillas, la cargada acémila dió un resbalón y desapareció como por ensalmo, barranca abajo, rodando hacia el profundo abismo.

De un tremendo tirón á las riendas, el mozo detuvo su cabalgadura á un paso del despeñadero, y sin reparar en el propio peligro, alzó los brazos al Cielo, gritando con la desesperación de quien se ahoga:

—¡San Francisco, salv'al macho! ¡San Francisco salv'al macho!...

Asomóse en seguida al precipicio, y como no viera ni oyera nada, todo apesadumbrado, llorando su desgracia, temblando al imaginar las reconvenciones que lo esperaban, buscó una senda para bajar al fondo y recoger lo poco que pudiera haber escapado de la catástrofe. Bajó, al fin, por una quiebra tortuosa, pero ¡cuál no sería su asombro al ver en el profundo barranco, pastando tranquilamente, al macho, sano y bueno, con su carguero de botellas intacto y hasta más fresco que antes merced á la velocidad de la caída!...

El patrono de los buenos padrecitos, lleno de delicadeza para con sus hijos en religión, al oir el desesperado grito de ¡San Francisco, salv'al macho! había acudido solícito, sosteniendo al mulo y su preciosa carga hasta depositarlos suavemente en el suelo.

El mozo dió término á su viaje con toda felicidad, y los pobres franciscanos tuvieron vino con qué refrescar aquel verano, precisamente el de 1882, célebre por los grandes calores que asaron á media Catamarca.

Y, á propósito de milagros, viene aquí muy á cuento uno apócrifo que se repitió varias veces en Salta, con éxito hasta que Dios quiso.

Es el caso que cierto jefe de policía de esta provincia, llamado don José Manuel Fernández, dándose cuenta de la superstición de nuestra gente de campo, halló medio de valerse de ella para sus averiguaciones. Cuando caía en su poder algún facineroso que se empeñaba en no confesar su delito, nunca perdía la calma.

—¡Te v'á salir mal! ¡Mira qu'es p'a pior, Fulano!—les repetía con toda cachaza.

Después de apurar los medios de persuasión, los ruegos y los consejos, hacía que le llevaran el acusado á su oficina y allí lo recibía con la mayor solemnidad, diciéndole:

—Ahora sabremos si mentías ó no. Vamos á ver lo que dice el Cristo.

En el despacho, junto á la pared, tenía un gran crucifijo de talla, muy ensangrentado y lleno de espinas, con la cabeza movible mediante unos goznes ocultos en el cuello y una cuerda que, pasando por un agujero, iba á dar á la habitación contigua, donde se encargaba de hacerla maniobrar un tuerto muy diablo que tenía Fernández de asistente.

Ya puede adivinarse lo demás: en cuanto entraba el acusado, Fernández comenzaba á enumerar todos los delitos que se atribuían al infeliz, y terminaba interpelando á la imagen:

— ¡Santo Cristo! diga si es cierto ó no es cierto.

El Cristo, con gran espanto del paisano, movía afirmativamente la cabeza por virtud del tuerto, y el criminal no tardaba un segundo en estar convicto y confeso, tal era la eficacia de aquella intervención aparentemente sobrenatural.

Así hubieran seguido las cosas hasta hoy mismo quizá, si un cuatrero más vivo que la luz, no sospecha y descubre el secreto del milagro, mien-

tras Fernández interrogaba á la imagen acerca de unas vaquitas que se habían hecho humo. No bien tiró el tuerto de la cuerda y la imagen comenzó á mover el pescuezo, cuando ya nuestro hombre gritaba, dando una patada:

— ¡Miente ese Cristo, conejo! ¡Miente ese Cristo!... y mire, patrón, lo extraño en un santo tan formal...

El hecho se hizo público, y el ingenioso jefe de policía tuvo que cesar de hacer competencia al Cristo del Milagro que se venera en Salta, pues bien podía éste hacerle lanzar una excomunión mayor.

Pero, compensando á éstos, criollo bruto de los mismos pagos era aquel paisano que un gobernador mandó de chasque con pliegos importantísimos al entonces teniente coronel Arredondo, que andaba en persecución del Chacho. Era el tal un hombre valiente como las armas, jinete como el mismo Quirón, más honrado que una caja de hierro, fiel hasta lo inverosímil, pero más duro de cholla que un quebracho colorado.

—¡Bueno!—le dijo el gobernador,—vas á ir á buscar al coronel Arredondo, que debe hallarse por las inmediaciones de Tucumán, y le entregarás estos papeles. No importa el tiempo que tardes: lo importante es que no te tome, ni te sorprenda, ni siquiera te vea alguna de las partidas que andan por ahí. ¡Cuidadito, eh!

—¡Pierda cuidau sueselencia!

El paisano monta á caballo, y trota y galopa, día y noche, por atajos y vericuetos, en procura de Arredondo. Los pliegos—escritos en aquel grueso papel de hilo hecho á mano que se usaba entonces y que servía también para armar cigarrillos,—iban cuidadosamente enrollados, y el gau-

cho los llevaba con tiento, donde no se le cayeran, ni se vieran, ni se le arrugaran.

Entretenía los ocios del camino canturreando á media voz, examinando el campo, ó fumando, pues llevaba, á prevención, para satisfacer su vicio, una gran *chuspa* llena de tabaco negro de picadura, que antes de salir humedeció con un poquito de aguardiente.

Como vaqueanazo de aquellas tierras, marchaba tranquilo, convencido del éxito, y así anduvo varios días, «campeando» al coronel, trota y galopa, hasta que, al fin, dió efectivamente con el campamento, hízose reconocer en su carácter de chasque del gobernador de Salta, y fué al punto conducido á la presencia del jefe.

—¿Quién te manda?—preguntó el coronel Arredondo.

—El señor gobernador de Salta, patrón.

—¿A ver? ¿qué me traes?

—Nadita, patrón.

—¡Cómo nadita! Entonces te habrá dado algún mensaje verbal...

—Velay... No me ha dau ningún verbal... Me dió unos papeles, no más...

—¡Ah! ¡una carta! Pronto, ¿dónde está?

Y el gaucho, haciendo girar el chambergo entre ambas manos, contestó tranquilamente:

—¡Me la hi pitau, patrón!

—¿Cómo que te la has pitau?

—Sí, pues: se me acabó el papel en el camino, y un pedacito un rato y otro pedacito otro rato... me la hi pitau toda...

Arredondo lo hizo volver á Salta, sin darle papeles para que no se los fumara. Afortunadamente, pudo deducir, de otras noticias, lo que podía querer comunicarle el gobernador.

Y ya que de cuentos, más ó menos históricos,

se trata, y como por mucho trigo no es mal año, hánme entrado ganas de contar este otro, venga ó no venga á pelo.

Los vecinos de Capayán—en quichua Ccapacñán, «camino real»,—rara vez dejan de señalar á la curiosidad del viajero un antiquísimo algarrobo, cuyas ramas cubren una vasta extensión. Este árbol tiene su leyenda, que está, según parece, basada en un hecho positivo.

Cuéntase que cuando el alzamiento de 1627—anterior al provocado por Bohorquez, el Falso Inca,—en el que tomaron parte todos ó casi todos los indios de la región, los capayanes se hicieron notables por su crueldad y por las terribles represalias que tomaban contra sus enemigos los españoles.

Evangelizábalos un misionero español de la orden de la Merced, á quien se conoce únicamente por Fray Pablo, y sabedor de que los indios preparaban una insurrección formidable, se propuso disuadirlos de su intento y volverlos al redil gracias al poder de su elocuencia. Para ello los convocó, trató de convencerlos de que eran unos ingratos para con los españoles, de que sublevándose irían de cabeza al infierno, como verdaderos parricidas, porque quienes les habían llevado la palabra de Cristo, la fe católica y la promesa cierta del paraíso para los justos, eran otros tantos padres de los indios... A dejarlo terminar, el buen fraile hubiera agotado el repertorio de los sermones corrientes en aquella época de «guillotinados por convicción»; pero los caudillos capayanes le cortaron, desgraciadamente, la palabra, excitando á los indios contra él, y ofreciéndoselo como víctima en quien tomar venganza de los vejámenes y tormentos sufridos.

Colgaron á fray Pablo de las ramas del algarro-

bo, y comenzaron á azotarlo, sin cejar, hasta que exhaló el último suspiro, como mártir, más que de la religión, de la política esclavizadora de los españoles.

Pero una venganza provoca otra, y el general don Jerónimo Luis de Cabrera, que llegó poco después á Capayán con numerosas fuerzas, hizo una hecatombe de indios al pie del mismo algarrobo que sirvió de instrumento de suplicio para el infeliz fray Pablo.

Junto á ese árbol, desde entonces famoso, se construyó, poco después, la primera casa de Capayán que tal nombre mereciera, y que, con los terrenos adyacentes, perteneció al sargento mayor don Diego Navarro.

Y pongo punto, temeroso de fastidiar á los lectores, pues no tendría el remedio del mozo de mulas en favor de estas páginas, ni aun suplicando con su misma ansiedad:

—¡San Francisco, salv'al macho!

IX

LA GRAN TAUMATURGA

La deidad principalísima de Catamarca, según ya hemos visto, es la Virgen del Valle que, como la Pilarica de Aragón, se *ríe* de todas las demás vírgenes. El culto á la imagen resulta tan invasor y absorbente, que el sábado, día puesto bajo su advocación, es más fiesta de guardar que el

domingo, quedando el descanso de Dios en segundo lugar.

La estatuita, que apenas mide cincuenta y seis centímetros de alto, tiene un presupuesto que compite con el del Gobierno de la provincia y que amenaza ser mayor, por poco que siga soplando el viento del mismo lado.

Su historia milagrosa ó, mejor dicho, su leyenda, corre en libros de frailes y profanos—el padre Orellana, el presbítero Soprano, y el mismo don Samuel A. Lafone Quevedo, autor de otras obras tan interesantes como «Londres y Catamarca», el «Diccionario de Quichuismos», etc., etc. A esos libros puede acudir el creyente, seguro de encontrar en ellos la narración de milagros y prodigios por decenas y aun centenares, para todos los gustos y todos los grados de la fe... En la imposibilidad de transcribirlos aquí, tendré que contentarme con recordar algunos títulos parciales de la obra del padre Orellana, que lleva el título general de *Ramillete histórico de los milagros de la Virgen del Valle, extractados de la Información Jurídica de 1764, y dispuestos en orden de lectura piadosa para espiritual solaz y expansión de los devotos de esta santa imagen*. La simple enumeración de los títulos servirá, por sí sola, para llenar de santa alegría el alma de los fieles, cual si fuera un trabajo de largo aliento y cristiana inspiración. Véase si me equivoco:

—La Virgen del Valle *sana* á dos señoras de Santiago del Estero, libra á una cautiva de los indios del Chaco y cura á un viajero del dolor de muelas...

—Hace milagros á favor de algunos de sus devotos de Tucumán, Córdoba, La Rioja y Catamarca.

—Los muertos vuelven á la vida, y los enfermos

desahuciados alcanzan la salud por su intercesión.

—Sana á muchos tullidos y otros enfermos.

—Los ciegos, hidrópicos, grandes pecadores y otros afligidos de diversas dolencias, alcanzan de ella salud y consuelo.

—Los mudos hablan, la pólvora no arde, los precipicios y ruinas no dañan si se implora su favor.

—Ayuda á sus devotos y castiga sus indiscreciones y faltas.

—Es un divino hechizo que embelesa los sentidos y arrebata los corazones.

—Su protección se ha demostrado maravillosa en las plagas, sequías, pestes y otras calamidades públicas...

Podría seguir llenando páginas, pero basta con la muestra. En ella no me he referido, de propósito, á los primeros prodigios que dieron á conocer la esencia sobrenatural de esta virgen de madera de ceibo, prodigios que merecen especial mención pero con cuyo relato trataré de fastidiar lo menos posible á mis lectores.

La descubrió, allá por 1630, en las lomas de Choya, muy cerca del asiento actual de Catamarca, un indio calchaquí, de la servidumbre del vizcaíno don Manuel Salazar, soldado de don Felipe III en Chile y el Tucumán, que, en 1621, fué á establecerse en Polco, Valle Viejo.

Hallada la imagen, á la que, según la tradición, los mismos indios rendían ferviente culto, aun antes de convertirse al cristianismo, se la trasladó primero á Collogasta, y, más tarde, á la casa del citado Salazar, situada en las inmediaciones del sitio que hoy ocupa el cementerio de San Isidro. De allí pasó, en 1698, año más, año menos, á reinar en la iglesita que poco á poco debía ir convirtiéndose en el lujoso y monumen-

tal santuario de hoy en día, gracias á los milagros de la fe que levanta templos en comarcas donde la gente se muere de pobreza y de sed.

Ya para entonces la Virgen había realizado muchos prodigios, especialmente en favor de Salazar, quien no la trataba con gran respeto, sin embargo, pues un día que se le incendió el algodón almacenado en el rancho, tiróla brutalmente en medio del fuego para que lo apagara. Podía haberla carbonizado, pero la Virgen no se lo tomó á mal, sin duda por la ciega fe que aquel acto revelaba, y extinguió milagrosamente el fuego.

Más tarde, siendo su «sacristán»—título honorífico en este caso,—y con motivo de las frecuentes escapatorias de la imagen á Choya, Salazar le hablaba en términos tan descomedidos que yo no lo creería si no estuviese atestiguado en la página 85 de «El Rústico Devoto de la Virgen del Valle», por el padre fray Bernardino Orellana, comisionado *ad hoc*, según puede verse en la segunda edición de esta obra, autorizada por el Vicario foráneo.

—¡Qué traza de Madre de Dios—exclamaba el buen Salazar,—llena de polvo y cadillos! ¿Hasta cuándo quiere ser tan andariega que no se ocupa sino en andanzas, y no hay forma de que se sujete y pare en el camarín? Excúsese estos paseos, que todo es ponerme en grandes apuros y cuidados, sin saber adónde va, envejeciendo el manto y rompiendo sus vestidos. ¡Mire que yo no tengo plata para comprarle nuevos! ¡Mire, también, que me da mucho trabajo en quitarle á cada rato los cadillos, espinas y abrojos, y limpiarle el manto, que lo tiene miserable de tierra!...

Es lástima que la crónica no nos haya transmitido las réplicas. El diálogo debe haber sido tanto más interesante cuanto que la imagen á quien

aquellos sermones no debían hacer mucha gracia, ni preocupar mucho tampoco—continuaba impertérrita en sus nocturnos y maravillosos paseos, pese á todas las precauciones que para impedírselo tomaba el celoso Salazar. El santo simulacro quería repartir sus favores entre todos los habitantes del valle, cristianos é indios devotos, y no descansar regaladamente en su regio camarín, abandonando á los que, infieles todavía, habíanle rendido pleito homenaje y encendido luminarias entre los riscos de Choya, en la gruta que, tras largos años de inútiles pesquisas, halló, por fin, en su propia estancia el ingeniero de minas don Gabriel Romay.

Tantos fueron esos favores, tal profusión de milagros realizó ó le atribuyeron que, para desbrozar lo cierto de lo falso ó simplemente dudoso, y á pedido del procurador general de la ciudad de Catamarca, don Leonardo de Valdez, el Cabildo mandó practicar una información *jurídica* de dichos milagros. Esta grave diligencia llevóse á cabo poco después, declarando en ella más de cincuenta testigos, quienes dieron fe de innumerables actos de taumaturgia divina. La historia de esos actos tiene, pues, que haber llegado hasta nosotros completamente depurada, limpia de consejas, libre de exageraciones, y debemos creerla auténtica y veraz, aunque nos cueste admitir, por ejemplo, que un ser tan egregiamente colocado y tan solicitado por graves cuestiones, descienda á menesteres tan ínfimos y domésticos como quitar el dolor de muelas á un viajero.

Pero ni el más escéptico materialista puede negar que la Virgen del Valle haga milagros. Tenemos uno á la vista, actual, patente, indiscutible, y quizá el mayor de todos: llevar á Catamarca, dos veces al año, portentoso concurso de fieles que

acuden de todos los rincones de la provincia y aun de las provincias vecinas, cargados de donativos y ex-votos, con gran satisfacción del comercio en general y de los fomentadores del culto muy en particular. Calcúlase que en cada «función», como allí se llama á las peregrinaciones, entran en la caja del Santuario unos cuarenta mil pesos que, unidos á las entradas del resto del año, suman algo más de cien mil... Algún Gobierno, más pobre ó más ávido que los otros, ha debido soñar alguna vez en la expropiación del Santuario...

Este se levanta en la plaza principal. Es un templo de tres naves, espacioso y bien construido. En el fondo de la nave central, sobre el altar mayor y en medio del ábside, se abre una ancha ventana oval que permite ver el camarín, donde, ceñida la cabeza con magnífica corona de brillantes, reina inmóvil é impasible la patrona del Valle.

En abril y en diciembre, llénase durante tres días el templo de devotos, ya con la frente humillada, ya con los suplicantes ojos alzados y fijos en la imagen de la Virgen que, en el campo de Pucará, como aérea amazona, defendió á sus hijos los españoles, cargó invencible á su vanguardia y puso en fuga á los feroces calchaquíes...

En torno de la plaza principal, como en España en los días de feria, se han establecido para entonces comercios volantes, ventas de comestibles y bebidas, tiendas de empanadas, *tortiyas*, mazamorra, despachos de chicha, de aloja, de vino, de aguardiente...

Gracias á la agradable, á la suavísima temperatura de ese principio de verano, de ese comienzo de otoño, en el centro de esa misma plaza y á la luz de las estrellas, duermen los pobres que no tienen cómo pagar mejor posada ni amigos que los hospeden—mujeres y hombres acudidos,—á veces

á pie,—de Tucumán, de La Rioja, de Córdoba, y, especialmente de Santiago del Estero,—mientras las fondas, los hoteles, las casas de familia, rebosan también de huéspedes, peregrinos de todas partes que van á pedir su milagrito ó agradecer el que ya se les otorgó. Estos últimos son los menos, pues la ingratitud está naturalmente engarzada en el alma del hombre.

Las calles que rodean la plaza se han adornado con arcos triunfales de follaje, flores, tapices y colgaduras; cada esquina se convierte en un templete, ricamente empavesado con telas y encajes por comisiones de damas y señoritas, que rivalizan entre sí, esforzándose porque su obra resulte la más espléndida, lujosa y llamativa. Por esos arcos han de pasar y en esos altares han de detenerse, las procesiones llenas de unción con el clero á la cabeza, los peregrinos y promesantes entonando la salutación á la Virgen, fruto magnífico del númen de fray Patricio Panadero, cuyo apellido, por milagrosa coincidencia, cuadra admirablemente á su poética inspiración. Saboréese una estrofa siquiera:

Venimos, Virgen del Valle,
á ofrecerte, con fervor,
con nuestras pobres ofertas
alma, vida y corazón.

La muchedumbre que se agolpa en la plaza para presenciar el desfile de los procesionantes, se encarama á los árboles, á despecho de la policía, formando extraños y móviles racimos. A la cabeza de la procesión, la Virgen sale en andas del templo. Todos se descubren; los que no han trepado á las ramas se arrodillan; reina un silencio religioso. Luego, en el instante preciso en que la ima-

gen pasa frente á ellos, los que están en los árboles los despojan de sus ramas para llevárselas como maravilloso amuleto contra el rayo, contra los peligros del camino, contra la enfermedad; la infusión de unas pocas hojitas así consagradas, sean de sauce, de aguaribay, de tarco ó de laurel rosa, es remedio soberano para cualquier clase de males. Si no cura, es prueba de que la rama se arrancó cuando la Virgen había pasado ya ó no había llegado aún...

Durante estos días privilegiados, Catamarca ostenta inusitada animación: opera el comercio, la gente anda satisfecha y entretenida, bandadas de niños recorren las calles con alegría de pájaros; resuena el empedrado bajo los cascos de caballos, mulas y burros; trota el tranvía lleno de pasajeros con gran ruido de herrajes; vacíanse los cacharros de bebidas alcohólicas peculiares; desaparecen las empanadas y los platos de mazamorra; *máchanse* los unos, hambrean los otros mascando coca, y bajo el cielo calentado al rojo, tuéstanse entes y cosas, entre nubes de polvo blanco y enceguecedor que se confunde con los vapores del incienso y el humillo de las cocinas al aire libre.

Desgraciadamente, las «funciones» atraviesan una crisis. Aunque el fervor no disminuya, las dádivas y los ex-votos decrecen de una manera amenazadora. Cuéntase, con este motivo, que el director-gerente del ferrocarril de Chumbicha á Catamarca, preguntó á los jefes de las estaciones más importantes por el número de peregrinos que salían de ellas, las causas que motivaban la disminución de los devotos, en la forma remuneradora de viajeros. Entre las respuestas más ó menos atinadas que recibió, brilla la de un jefe, cuyo nombre siento no recordar, porque se trata, indudablemente, de una persona observadora y aguda.

—Ello obedece, en mi opinión—escribía,—á que los ricos no creen ya, y los pobres van á pie ó en mula.

Ahora bien, si el jefe hubiera escrito desde Buenos Aires, capital de la República, donde las cosas pasan precisamente al revés, su respuesta diría:

—La afluencia es de ricos que van en espléndidos convoyes, porque los pobres no creen ya...

Apresúrome á decir que los ricos bonaerenses no creen tampoco, pero peregrinan á Luján ó á cualquier otro punto taumaturgo-religioso, probablemente tratando de que los pobres crean, por el beneficio moral, y más aún material, que ello les procuraría. Pero en este instante no se trata de eso, sino de las ventajas que con el culto reporta Catamarca, cuyo giro comercial es relativamente enorme durante los tres días de peregrinación y antes de que los *romeros* entonen el cántico de despedida—engendro, éste también, del padre Panadero, que agotó su inspiración mística en la siguiente panaderil estrofa:

Adiós, Virgen del Valle,
madre del Redentor.
Adiós, madre adorada,
¡adiós! ¡¡adiós!! ¡¡adiós!!

Horacio el Flaco, mismo, no logró tanta sencillez. Si el buen padre no se hubiese llamado Panadero, sería inmortal; pero (dicha y desdicha del nombre), si un flaco logra llegar al Parnaso, un panadero se queda á mitad del camino; y si no, que lo diga la sombra de Boulanger.

Perdón por este juego de palabras, quizá demostrativo de que la tontería es contagiosa, y para lograrlo recordemos que el lector ignora aún el origen del prodigioso simulacro.

Partamos del principio de que, á este respecto, las opiniones son bastante encontradas, para añadir en seguida que hasta este momento prima la de Lafone Quevedo—tanto más digno de fe cuanto que, según se me afirma, es un convertido,—quien cree que pudo dejarla en las alturas de Choya aquel famoso San Francisco Solano, cuya formidable huella se muestra no sé dónde en estas tierras del Sol, como la de Buda, la del caballo de Boabdil y otras innumerables pisadas históricas. Dice también Quevedo que pudieron dejarla en el agreste sitio donde se la encontró por gracia divina, ó el padre Bárcena, ó los jesuítas Sansón, Cerecedo y Macero, que anduvieron por estos pagos, deslucidos ellos individualmente para dar lustre, esplendor y grandeza á su orden, como lo hacen por regla general. Si yo fuera autor de leyendas religiosas, preferiría la primera versión — en caso obligatorio;—pero hubiera inventado más alto origen á la imagen, sosteniendo que la misma Señora la había llevado á Catamarca como prenda de amor á los infelices indios, ya que no puede suponerse la dejara como premio á la filantrópica ternura de los conquistadores.

Al lector de inquebrantable fe lo he mandado ya á los libros que tratan exclusiva y especialmente la materia, libros donde puede profundizar todos los puntos antes indicados, adquirir luces nuevas, darse pie para congeturar por qué dicen ó han dicho los padres que la imagen es de piedra cuando es de madera de ceibo—roida de *taladros* por añadidura,—y conocer la historia de la cofradía, fundada en 1648 y la de la Virgen, patrona de Valle Viejo, en 1657, de la nueva ciudad de Catamarca en 1688, de la provincia entera doscientos años después (1888) y solemnemente coronada como «reina y señora»—ó, en otros términos, resp-

tuosos aunque no lo parezcan, con diploma pontificio para ejercer libremente su profesión, y preconización papal,—el 12 de abril de 1892, siendo delegado de Su Santidad León Décimotercero, el Vicario Capitular de la Diócesis, ilustrísimo doctor don Pedro Padilla.

X

EL VIEJO Y EL NUEVO CULTO

He insinuado ya que el culto de la Virgen del Valle substituye, en Catamarca y casi completamente, al culto del Ser Supremo. Este es un fenómeno humano, universal, y si no díganlo la Pilarica, N.ª S.ª de Lourdes, San Jenaro, y otros superintendentes celestiales. Ocurre, con harta generalidad, que el vulgo (rico ó pobre, aristocrático ó plebeyo), olvida al que se hace representar por un intermediario, y convierte á este último en la entidad principal, quizá por aquello de «ojos que no ven, corazón que no siente.»

Pero no se crea, tampoco, que la Virgen del Valle haya sido y sea todavía la única é indiscutida señora de la región catamarqueña. No. La tradición, que suele ser una desgraciada pero formidable fuerza política, la ha obligado á compartir su dominio con otros seres poderosos y sobrenaturales que—por desgracia para el catolicismo,—no son de origen romano, ni europeo, ni africano, ni asiático siquiera, según parece desde que

se nos presenta el Yucatán como punto de partida de la civilización precolombiana.

Esas deidades vienen dinásticamente de la antigua religión calchaquí—rama de la incásica,—y son mitos conservados por la leyenda tradicional, á los que rinden culto ya ostensible, ya secreto, muchos habitantes de raza indígena, más ó menos cruzada y mestizada, con tanta mayor fe cuanta mayor es la distancia á que viven de los centros importantes de población.

Las creencias que forman como la aureola de estas entidades míticas, forman, con las creencias cristianas, una mezcla híbrida que no podrá descomponer en muchos años el más celoso y abnegado propagador de la fe, porque están en la sangre y vienen de padres á hijos, de abuelos á nietos, á través de los siglos, sin que los mismos medios coercitivos y trágicos de que se valieron los españoles para imponer su religión junto con su dominio y como palanca formidable de éste, hayan podido extirparlas de los corazones indígenas, donde han echado raíces análogas á las de los árboles de este suelo calcinado, árboles cuyo ramaje subterráneo suele ser mayor que el de su copa...

El oeste de Catamarca, parte de Rioja, algo de Tucumán—muy poco,—regiones de Salta y mucho de Jujuy, presentan esta característica en sus habitantes, devotos de la trinidad católica al propio tiempo que de la trinidad quichua, é inconscientes autores de uno de los más extraños fárragos religiosos que existan sobre la haz de la tierra, inexplicable por otro medio que no sea el panteísmo.

Una deidad que todavía se invoca muy frecuentemente—deidad propicia á la que se hacen siempre libaciones y se ofrenda el primer bocado,—es Pacha Mama, la Madre Tierra, símbolo pan-

teísta en quien se rinde culto á la tierra misma—como lo indica su nombre,—y, especialmente, á la tierra accidentada y de serranía.

Pacha Mama es la diosa, trina y una, de la fecundidad, la protectora de la generación, con cuyos atributos se la representaba antiguamente, la que hace engendrar el feto y germinar la semilla en el surco, la que derrama la lluvia y aleja las heladas, aquélla, en fin, que á todo provee y de quien todo emana.

Ningún hombre ni mujer de aquellas campiñas acercará á sus labios el jarro de aloja ó de chicha, sin derramar antes algunas gotas en el suelo—como en las libaciones del paganismo,—diciendo ó sólo pensando, al propio tiempo, el sacramental y sencillo ofertorio:

—Para Pacha Mama.

Represéntanse á la deidad como una viejecita que anda entre las sierras y que, algunas veces, baja al llano. Pocos la han visto, y ¡ay de quien la vea! Ese quedará loco para el resto de su vida, y ningún *machi*—médico-brujo,—por poderoso que sea, logrará, con sus palabras, bailes y exorcismos, arrancarlo á las garras de la demencia. Sin embargo, Pacha Mama es más amada que temida, como que de ella emana la fecundidad, que es ella misma.

En viaje por las tierras de Inti no es raro encontrar, á la vera de un camino, un montón de piedras evidentemente agrupadas por la mano del hombre, no por el capricho de la Naturaleza.

—¿Qué es eso?—se pregunta al vaqueano.

—Un *apacheta*, s'ñor— contesta el guía, mientras arroja al montículo la colilla del cigarro que fuma, el *pucho*.

Después de las necesarias aclaraciones pedidas por el viajero, y cuando el vaqueano es excepcio-

nalmente expansivo, aquello resulta altar erigido á Pacha Mama, y llega á saberse, también, que nadie que pase junto á él y crea en ella, dejará de echar al montón, franca ó disimuladamente, como ofrenda, ya el pucho del cigarro, ya unos hilos del fleco del poncho, ya ramitas de tusca, de algarrobillo de aroma, de tala ó de tarco, para que la deidad le sea propicia.

Como patrona de la fecundidad, Pacha Mama no puede, naturalmente, ser soltera. Casada, feliz ó desgraciadamente, no puede enviudar. Digamos sin miedo felizmente, porque su marido es ella misma. Este desdoblamiento es Yastay, lar campestre cuyo teatro de acción está en la llanura como está en los cerros el de su divina esposa.

Yastay es, especialmente, «dueño de las *aves*». *Aves* para los gauchos casi autóctonos, ó autóctonos en absoluto de Catamarca y algunas regiones limítrofes, son, pese á sus cuatro remos, las llamas, las vicuñas, los guanacos y, por extensión, los avestruces. El cóndor es el Pájaro por antonomasia. Así:

—Lo pájaro m'han comí'hoy do corderito.

Significa:

—Los cóndores me han comido hoy dos corderitos.

El Kuntur quichua, pájaro por excelencia, es, también, una divinidad menor. Símbolo de la inmortalidad, con su corazón seco y pulverizado se hace un bebedizo para prolongar la vida, y las poderosas plumas de sus alas, con prestigio análogo al de las plumas de caburé, son infalible amuleto que hace llegar á quienes lo poseen á la más indefinida vetustez.

Otros amuletos de gran poder, y favorables á la reproducción y multiplicación del ganado, son las Yllas, que se guardan respetuosa, religiosamente,

en las estancias, al abrigo de toda mirada profana ó impía. Las *yllas*, vistas sin fe, resultan, por lo común, simples esculturas pequeñitas de animales—guanacos, vacas, liebres, carneros ú otros,—muy toscamente labradas en piedra. También es *ylla* el animal consagrado á serlo mediante la castración sujeta á cierto ritual.

—¿Quiere venderme ese carnero?

—No l'he y vender, s'ñor.

—¿Por qué?

—Porqu' es *ylla* pu's, s'ñor.

Y es inútil insistir en la negociación y ofrecer el oro y el moro por el mágico animalejo, pues su propietario está seguro de que, al venderlo, vendería la misma fecundidad de su rebaño.

Todas éstas son divinidades benéficas; la maléfica, la temible, es Huayrapuca, el Viento Colorado, la Madre del Viento.

Huayrapuca, á semejanza de la deidad cósmica de los Haida de Estados Unidos, venció á la Luna y al Sol en singular combate. Es un ser triple que, dios de la tempestad, infunde el terror á los humanos y, como Pacha Mama, se fecunda á sí mismo. Los indios le hacían libaciones para conjurarlo, y muchos de sus descendientes, exteriormente cristianos, siguen practicando ese antiguo culto supersticioso, nacido del miedo, pues Huayrapuca siembra la muerte y el espanto, decreta las asoladoras sequías, malogra los partos, destruye las cosechas, propaga la peste y es, en suma, á Pacha Mama lo que Satanás á la Virgen del Valle.

Otra deidad funesta, otro demonio á quien se teme especialmente en Tinogasta y en Pituil (Rioja), es el Chiqui, palabra á la que, en su notable obra «Supersticiones del Río de la Plata» da don Daniel Granada la acepción de «fiesta», tomando

equivocadamente el nombre de la deidad por el de la solemnidad que en seguida esbozaré.

El Chiqui es, de consuno con Huayrapuca, autor de todo lo malo que puede ocurrir, sequías, temblores de tierra, heladas tardías ó tempranas...

En estío, y para conjurarlo, se le hacen grandes fiestas en Tinogasta: De un corpulento algarrobo cuélganse *guaguas* (niños) de pan, pendientes del cuello como si estuvieran ahorcados — simulacro casi evidente é indiscutible de los sacrificios humanos que en la antigüedad se ofrecían al Chiqui para aplacar su cólera satisfaciendo sus feroces instintos. (1) Las mujeres, llevando en la cabeza un cántaro lleno de aloja, rodean el algarrobo, bailan, saltan y gritan:

—¡*Inti rupas tián!* (El sol está quemando).

Después de esta imprecación, que envuelve una súplica tácita y que, como todo el culto cristiano ó pagano de estas regiones, va encaminada á obtener lo que más se necesita y desea—la lluvia,—hombres y mujeres entonan un monótono cántico con el estribillo de *Güipe, Güipe, Güipe*, seguido por otro con el de *Se-len-sé, Se-len-sé*...

Pero, equilibrando este grupo terrorífico de la superviviente mitología quichua, aparece Pukllay, el Baco americano, gran gozador, infatigable bailarín de cara enrojecida por los abusos, numen del carnaval, patrono de la vendimia, en cuya época se le hacen fiestas ruidosas, y, por excepción, alegre señuelo de estos pueblos, generalmente tan tristes y taciturnos.

También estas divinidades hacen sus milagritos, favorecen á sus fieles, alejan ó provocan pla-

(1) Por casi todo Calchaquí uno tropieza con enterratorios en tinajas ó urnas funerarias, de las que poseo unas ciento, así como unos ciento cincuenta *pucos*, ó tapas de las mismas. En ellas, sin duda, se sacrificaban niños, pidiendo lluvia á la divinidad.—Adán Quiroga, *Calchaquí*, pág. 172.

gas, pestes, desastres y desgracias, y sólo falta que un *machi* erudito cante sus loores y forme un Ramillete de Prodigios, más ó menos rústicos, para edificación de los devotos de Pacha Mama y otros *dii minores*.

En cuanto á su historia, prepárala con enorme acopio de datos recogidos escrupulosamente sobre el terreno y sacados de las fuentes más puras y originales, el notable escritor y poeta argentino doctor Adán Quiroga (1)—quien pronto nos la ofrecerá en un magnífico libro cuyos originales me ha permitido hojear, llevando su altruismo hasta invitarme á espigar en ellos cuanto quisiera, sin condiciones ni limitación. Espigué tranquilo: la cosecha era tan espesa y bien granada, que un haz ó dos no podían disminuirla, mientras que para el robusto labrador hubiera sido desaire no aceptar sus primicias...

XI

PASEMOS Á LA COCINA

¿A quién tomará de nuevas que los hoteles de provincia son una calamidad, una asechanza contra los inocentes estómagos forasteros? En sus listas relampaguea la prometedora frase de «cocina francesa»—rara vez «italiana» y nunca «británica»

(1) Adán Quiroga murió en pleno florecimiento, y aún lo lloran las almas buenas y los espíritus sabios. Su libro no ha visto la luz, todavía, y al Gobierno argentino toca darlo á la patria. Es lo menos que puede hacer en homenaje á tan alta figura.... (1908).

ni «tudesca»,—pero el desencanto no tarda y el desconsuelo es inevitable. Hasta huevos fritos en grasa mezclada con sebo me han presentado los presuntos Vatel interterráneos, y, á ser veraces los *menus*, leeríanse en ellos cosas inverosímiles... Para no sufrir una gastritis ó condenarse á una dispepsia aguda, hay que apelar al puchero—mal pedazo de carne coriácea, salcochado sin adorno, —y al bife ó bifsteak, que suele llegar envuelto en la mugre de la plancha de la cocina económica. En ninguno de estos hoteles sobrevive la modesta y sabrosa costumbre de comer á la criolla, vale decir, de comer de veras: los platos europeos—¡ay! sólo en el nombre,—son los únicos que aparecen sobre el basto mantel, y la tortura del viajero acostumbrado á otra cosa va aumentando á cada nueva vianda que se le pone delante. Sólo el apetito que despiertan el movimiento y el aire libre puede hacerle apechugar con tales bazofias, pero no sin que luego se quede á merced de las revoluciones por ellas provocadas, y en peligro grave de morir de indigestión sin haber comido.

Fuera de sus hoteles, la provincia conserva aún intacta la tradición, y si se frecuenta *sin ceremonia* las casas de familia, ó durante los largos viajes se come en las estancias ó en algún rancho ó puesto á orillas del camino, encuéntrase en la mesa patriarcal lo que adornaba la de nuestros abuelos, hijos del país, con el aditamento de otros platos peculiares de la región que se recorre. Hablemos de unos y otros, y no tema el lector la reaparición del beafteak de oso de Alejandro Dumas, padre; aquí no hay osos... ni el resto.

Descuella en mis aficiones gastronómicas y es comida de resistencia, y muy sabrosa—prima hermana del puchero,—la *cazuela*, cuyo dominio se extiende de Córdoba á Jujuy y que por Mendoza

pasa á Chile, si es que no ha invadido del Pacífico á las cercanías del Atlántico. Compónese con carne de pollo, de ternera, de cabrito ó de conejo—ó con algo de cada uno ó de todos estos animales,—cocida con verduras y arroz, sazonada con sal y ají picante, y servida luego, como sopa, con su correspondiente caldo ó salsa, en escudillas hondas, para tomarla con cuchara, á cuyo fin se ha dividido previamente en pequeñas «presas» el elemento principal, la carne de caza, de corral ó de carnicería... Si Rabelais la hubiera conocido, veríamosla figurando en los *menus* de Pantagruel, y estoy por decir que Cervantes la presintió cuando pinta á Sancho Panza espumando las ollas de Camacho el rico. Ello es que la cazuela, tenga ó no abolengo nobiliario, y piérdase ó no se pierda en la noche de los tiempos, mantiene en el interior de nuestro país la gloria de gran plato nacional ante los estómagos más denodados y medioevales. Su reino ha sido, también, de Buenos Aires, cuando aún no era Cosmópolis y no habían triunfado la *soupe à l'oignon*, la *mock tortue*, la *ox-tail* y los *purées*, que la desterraron sin razón y con violencia, como hacen todos los conquistadores. De su porteñismo perdido es testimonio el viejo estribillo que se cantaba cuando yo era pequeño:

¡A la escuela,
con pan y cazuela,
que manda la abuela!

¡Cuánta mudanza en un día! Hoy, en Buenos Aires, ni hay quien coma cazuela, ni las abuelas mandan. Conque los padres... Pero sigamos.

Hacen competencia á la cazuela—y competencia ventajosa si no victoriosa, porque son casi cuotidianos,—la mazamorra y el locro, platos que tie-

nen una base común: el maíz. La mazamorra —¡oh extranjeros, amigos míos, que habéis venido á mi país!—la mazamorra es un cocimiento en agua con sal y lejía de jume, de dicho grano, previamente quebrado en el mortero, y constituye el alimento principal de ias clases menesterosas en las provincias del Norte, pues no toda la República Argentina es carnívora, como se cree ó afecta creerse, y la observación demuestra que su parte vegetariana no es la más resuelta, adelantada y progresista, aunque puede que sea patriarcalmente la mejor. Pues, como iba diciendo, á mediodía y por la tarde, las familias campesinas se reúnen alrededor de la olla que hierve en el fogón, haciendo danzar en la superficie copos de blanca y consistente espuma, cuyas burbujas revientan con el inopinado salto de los granos que engordan mientras suben y bajan, bruscos y caprichosos, trazan espirales, se agrupan, se disgregan y bullen en aquel torbellino con enloquecida violencia. Con mucho apetito y un poco de curiosidad, la cocción de la mazamorra resulta un espectáculo microcósmico: ayunen, asómense á la olla y verán...

. Aquella pobre gente pasa largos meses sin otro alimento, salvo el grosero pan que ella misma amasa y hornea en los sencillos hornos hemisféricos de barro, que el ave criolla imitó demostrando la perfectibilidad animal, ó que los hombres copiaron de sus nidos sin otorgarle patente de invención, ni siquiera una nota biográfica en alguna enciclopedia trasnochada. Y con la mazamorra y el pan se encuentra tan bien y regaladamente, que todavía no ambiciona otra cosa—quizá porque esa sobriedad le garantiza la independencia, el ocio, la siesta regalada, el *quietum vivere*, quizá también porque el capitalista, el patrón, cuida de «no echarla á perder», como ocurriría, en su concep-

to, si se creara necesidades que más tarde la volverían fatalmente contra él... Tenemos siempre un gesto compasivo para los celestes que comen arroz, para los peninsulares que viven de polenta y de fideos, pero á nadie se le ocurre ni saber, ni menos protestar, de que en nuestras estancias y nuestros ingenios del Norte, los peones y sus familias se alimenten casi exclusivamente de maíz, y á todo el mundo le sorprendería y escandalizaría que algún extranjero «mal informado» ó lleno de malevolencia y preconceptos, criticara ese ineludible sistema nutritivo...

Pero, volviendo á la mazamorra y para acabar con ella, me hago cargo, entre muchas otras objeciones, de la que niega, á la descripta, su carta de ciudadanía en el litoral. En efecto, la del litoral, revuelta con palo de higuera, bien cocida, helada, con leche gorda y fresca, espolvoreada con azúcar molido, resulta todavía un manjar para muchos criollos recalcitrantes. Pero es que hablo de la otra, de la que se hace allí donde no se ordeña—como no se ordeñaba antes en los inmensos y bravíos rebaños bonaerenses,—con sólo maíz y agua, sin más aditamento que la lejía de jume, simple carbonato impuro de sosa... Y pasemos al otro servicio.

El locro, tal como se estila generalmente en el Norte, no es tampoco el suculento plato de invierno, en el que entran tantos ingredientes substanciosos, y con el que aún se atreven algunos estómagos blindados; sin embargo, sigue apoyándose en el mismo punto de partida: es maíz cocido con pedacitos de charqui—ó de carne fresca en su defecto,—pero que suele carecer de lo uno y de lo otro, sin faltarle por ello ni la grasa ni el picante.

—¡Qué buena está esta mazamorra!—dije (por decir algo) á una señora en cuya casa comía, yen-

do de Catamarca á Tucumán, en las semisoledades de la Cuesta del Totoral, que han de ocuparme cuando el momento llegue.

—No es mazamorra—contestóme.—Es locro.

La única diferencia, ó poco menos, consistía en que el maíz estaba cocido con bastante sal.

—¿Y á esta salsa qué le ponen?—pregunté algo desconcertado, señalando un gran tazón mediado de una materia rojiza y consistente, como manteca mezclada con pimentón, condimento que la muchacha de servicio se apresuraba á añadir por cucharadas á las porciones de locro.

—Es grasa *fréida*.

—¿Cómo dice usted?

—Así la llamamos por acá. Es grasa de vaca que se hace freir con ají colorado.

En todas las comidas aparece el picante, tanto más bravo cuanto más al Norte se llegue; en Salta y Jujuy hay que acorazarse el paladar, pues, generalmente, el caldo se pone á la mesa cubierto de una capa roja de ají molido; el pimiento silvestre de aquellas regiones, que *brama*, según el dicho popular, arrancaría lágrimas á las piedras, y es llamado en Corrientes con un nombre que más tiene de terno que de substantivo. Y una formidable interjección es lo que cuadra, indudablemente. Personas hay á quienes aún les parece suave el condimento, y añaden á la ración, del que siempre está al alcance de la mano, como el queso rallado en las mesas italianas para reforzar la menestra... El ají queda bien con todo para aquellos paladares, y *brama*—es la palabra,—en la humita, en las empanadas, en los tamales, en el zapallo-api, en la chatasca, en el mote, en la carbonada, en la pasacana, en el golpiau; hasta el mismo queso se hace, á menudo, mezclando ají en la masa... y algunos jinetes lo comen involun-

tariamente por boca, ojos y narices, al cruzar los campos que cubre, cuando ya semillado y seco, la brisa levanta su polvo impalpable, que abrasa, ciega y hace estornudar como un rapé que fuera un vejigatorio al mismo tiempo.

En cambio, el aceite y la manteca ó mantequilla se usan muy poco en las cocinas del Norte: la mantequilla en el pan y el aceite en la ensalada. En los mismos hoteles «á la francesa» á que antes me referí, sólo como concesión especial y con un *item* más ó menos disimulado en la cuenta, se utiliza la manteca de cerdo, toscamente llamada por nosotros «grasa de chancho», y esto logrado, se aleja el riesgo de que el guisado se coagule, cubriendo el paladar como un revoque impermeable y duro.

Muchos lectores conocerán sin duda todos estos manjares, siquiera de nombre; pero muchos también, probablemente la mayoría, ni aun los habrán oído mentar. No así con lo que respecta á las empanadas, cuya fama y gloria han ido ensanchándose de ámbito en ámbito, hasta el extremo de que fueran llamadas á Buenos Aires mujeres especialistas de Tucumán, para proveer de ellas á las fondas de alto estilo, en cuyos escaparates aparecen á menudo las doradas medias lunas, rellenas de suculento picadillo aromatizado con especias, entre las que se impone y resalta el comino con su peculiar perfume. Nada de tenedor ni de cuchillo. Hay que comer á mano la empanada, pues para que esté á punto es necesario que el interior rebose de caldo, de tal modo que para no derramarlo deba mantenerse verticalmente la pieza y morderla y beberla, como si fuera una taza comestible.

—Para que una empanada sea buena, tiene que chorrear el juguito por entre los dedos y hasta el codo—dirá cualquier aficionado de buena cepa.

La empanada no se ataca sin desconfianza la primera vez que uno topa con ella, por su formidable aspecto, sugeridor de indigestiones; pero esa desconfianza truécase pronto en simpatía para el que aún no se halla atado á las pócimas digestivas y los estómagos artificiales. Tanto es así, que suele aparecer en las mesas más delicadas junto á los refinamientos de la cocina francesa: en un almuerzo que M. Clodomir Hilleret ofreció al ex-ministro Frers en su palacete de Lules, figuraron unas empanadas de pollo, que casi obscurecían el resto del *menu*, confeccionado, sin embargo, á la alta escuela.

No les va en zaga, en cuanto á bien ganado renombre, la suave y apetitosa *humita*, en *chala* ó en fuente, ese aromático guisado de maíz tierno, de *choclo* lechoso, rallado con todo su dulce jugo, que un día reinó sin competidores en ambas orillas del Plata y del Atlántico al Pacífico, pero que ahora se bate en retirada hacia el interior, quizá para caer destronado en sus mismas comarcas nativas, en estas tierras de Inti, cuyas piedras perforaron los quichuas para convertirlas en morteros... Es otro pedacito de costumbres nacionales que retrocede envuelto en la derrota de otras muchas cosas mejores. ¡Y miren ustedes que era buena la *humita!...*

Los tamales, menos conocidos en el litoral, son primos hermanos de la humita en chala, pero no se hacen con choclo, sino con maíz sazonado, rallado también. Luego, su envoltura en las anchas y azucaradas hojas de la mazorca—la chala,—el modo de condimentarlos, etc., son semejantes. Los tamales tienen aún gran boga en muchas villas y villorrios del interior, y en Chile suelen venderse fríos á los viajeros en las estaciones de ferrocarril, así como se venden empanadas en muchas del

norte argentino, donde las de ciertos pueblos y aldeas gozan de grandísima reputación y se consideran insuperables. Aquellos paquetitos verdosos, atados con una cinta del mismo color—también de chala,—que contienen la pasta amarilla y sabrosa, no son como las cajitas y cucuruchos de la cocina francesa, únicamente para recrear los ojos ó distribuir equitativamente el manjar entre los convidados: la hoja del maíz comunica á su contenido un sabor y un perfume especialísimos, muy suaves, pero también muy peculiares y gratos, coronando la obra comenzada por los jugos del *marlo* puesto en remojo, para que en el plato se incorporen y sinteticen todas las esencias del cereal. Es indudable que Brillat Savarín no hubiera adoptado, antes de gustarla, una *entrée* de tanto carácter americano, por no decir indígena, así como se resiste la mayor parte de los europeos inmigrantes á saborear el choclo, y se niega rotundamente á probar el zapallo, «comida de cerdos». Pero Savarín acabaría, sin duda, por adoptar la humita y los tamales, que cuentan con infinitos adoradores de última hora, hijos de otras tierras ó de nuestro litoral que los paladearon en el reino de Tucuma ó en la patria de Güemes. Un rioplatense, grande amigo mío y exigente *gourmet*, cuando salgo á correr en tren hacia los Andes, no deja de gritarme en el momento de la partida:

—¡Tráeme tamales!

Y al regreso, su pregunta obligada y mi no menos obligada respuesta, son:

—¿Trajiste los tamales?

—Sí, pero... me los he comido en el camino.

Otra aplicación del maíz en la mesa provinciana es el *mote*. Quítase la película del grano frotándolo con arena, luego se tuesta y, sin moler, se le pone á hervir con agua, sal, el infaltable ají,

patas de cerdo, de cordero, etc. Resulta una especie de locro muy espeso.

La *pasacana* de Salta, mucho más condimentada, es, sin embargo, semejante.

Llaman *zapallo-api* á un picadillo de charqui y zapallo con queso y ají, guisado en grasa—algo análogo al guisote negro de los espartanos, que en el colegio nos hacía poner los pelos de punta, pero que en Lacedemonia nos hubiera sabido muy bien: cada cosa á su tiempo, y en su sitio.

La *chatasca* pertenece á la misma familia y se hace con charqui pisado en el mortero, al que luego se agregan tomates, ajíes, cebollas ú otros condimentos, según la estación. Más ó menos igual es el *golpiao*, que se llama *sasta* cuando se le añade zapallo.

Todas estas comidas son muy usuales, especialmente en las estancias acomodadas. Se acompañan con el pan común, el famoso y pesado pan con grasa, el bizcocho ó la tortilla (*tortiya* se pronuncia por allí) un pan sin levadura, mal cocido entre el rescoldo, con el interior de la masa generalmente crudo y viscoso y la corteza resquebrajada y empolvada con ceniza, que es, á los ligeros pancecillos bonaerenses, lo que una piedra á un copo de espuma.

J'en passe et des meilleurs, sobre todo numerosos platos españoles cuya tradición se ha conservado en las provincias mucho más que en el litoral, invadido y conquistado por las costumbres de todas partes. Y los paso, porque ya oigo murmurar la satírica pregunta de aquellos á quienes todo incomoda, menos sus propios actos y actitudes, naturalmente:

—¿Es esto un mal libro de cocina, ó qué?

XII

DE SOBREMESA

Pero, murmuren lo que quieran, ¿quién dijo miedo? Ocupémonos algo de repostería, dulces y licores, materias en que no falta originalidad, como ha de verse.

De la mayor difusión, en el género de postres, es el *patay*, amasijo de harina de algarrobas, cocido en un molde de barro que llaman *puco*, y que es, más que una golosina, una delicia para los niños. Pero aquel manjar pulverulento y seco, dulzaino é insípido, con olor antipático á miel pasada, no tiene atractivos ni mérito para quienes no se acostumbraron á él desde los primeros y poco exigentes años de la vida, en que todo es bueno con tal que sea azucarado: al ponerlo en la boca se convierte en arena, sobre todo si es de la clase llamada *mashaco*, hecha con las algarrobas muy finamente molidas y á la que se da la consistencia y el peso de un ladrillo de máquina...

Prefiero, naturalmente, las tabletas y los alfajores, que suelen ser inimitables, y, aunque algo secos también, muy delicados y sabrosos; ya queda en las provincias poca gente que se dedique á su interesante manufactura, pero aún sobrevive alguna vieja familia conservadora de la tradición, alguna viuda pobre, algunas solteronas de escasos recursos, hábiles en el amasijo y el *vidriado* de alfajores y tabletas, que allá en el fondo de la vetusta casa solariega, rodeadas del respeto que he-

redaran de sus padres, ganan honesta y altivamente el pan de cada día con esta industria en otro tiempo famosa, hoy llamada á desaparecer, pues los modernos reposteros, al transformarla so pretexto de mejora, la desvirtúan y degeneran. En Salta, en Mendoza, en San Juan, en Córdoba — emporio en otro tiempo de aquellos confites duros como piedra berroqueña, con los que se confeccionaban carneritos y otros animales con alma de pan. —todavía se recomienda al viajero que adquiera dulces y pastelería en casa de doña Fulana ó de doña Zutana, y, generalmente, se le sorprende con algún apellido ilustre que remonta á la independencia, ó que ocupa muchas páginas en la historia de la organización de la provincia, cuando no de la nación entera. Hermosa nota que, con otras de las aquí apuntadas como sin objeto, evoca la sencillez de aquellas costumbres, llenas de ingenuo atractivo, honrada y orgullosamente patriarcales. La *aristocracia* criolla que amasa y vende alfajores tiene más legítimo prestigio que la postulante de pensiones y otras limosnas disimuladas...

Otros dulces peculiares de la región y tan exclusivos que no han traspuesto sus límites, son el dulce de tasi, el kiskaluro—arrope hecho con el fruto de una cactácea,—el arrope de chañar, el de mistol, la chancaca, pasta confeccionada con los residuos de la fabricación del azúcar, etc., etcétera, como lo es en Santiago del Estero el *bolanchao*, pan que se encuentra en todas las estancias, compuesto de mistol seco y harina de maíz tostado.

Con la fruta del chañar no se hace solamente arrope, sino también una bebida fermentada semejante á la aloja de algarroba, de que hablaré en seguida, y que lleva el mismo nombre.

La miel es postre muy popular, y en los bosques

del Norte la hay abundante y sabrosa: he gustado en Catamarca miel silvestre de un perfume y un sabor exquisitos, ya ambarina, ya de un tono obscuro de caramelo, y en la que las abejas habían destilado las flores silvestres de esencia más dulce y capitosa. ¿Qué abejas la habían hecho? No sabré decirlo; básteme agregar que mi sabio amigo el doctor Eduardo L. Holmberg, calcula en *trescientas cincuenta* las especies de abejas argentinas...

Como se ha visto, hay cierta originalidad en las comidas acostumbradas en el Norte; pues tampoco falta, en las bebidas fermentadas, algunas en uso desde tiempo inmemorial y que, sin embargo, no ofrecen síntomas de próxima desaparición.

Me refiero á la aloja y á la chicha, por ejemplo, bebidas que todo el mundo conoce siquiera de nombre, aunque pocos las hayan probado lejos de su tierra de origen, pues su reino y popularidad no llegan hasta el litoral. Con una de ellas invitóme cierto amigo con quien paseaba una tarde bochornosa de verano, al sentarnos á refrescar á la sombra de los árboles:

—¿Quiere usted un vasito de aloja?

—¿Aloja? ¡Muchísimas gracias!...

Debí decirlo con tal acento de repugnancia que mi acompañante se echó á reir, y sirvió dos vasos bien colmados, como resuelto á darme tormento.

—¿Ha estado usted en Santiago del Estero?—me preguntó.

—Durante un fresco verano de cuarenta grados por la noche...

—¿Y no vió tomar aloja?

—Mucha, y á mucha gente... Pero nunca tuve valor para probarla... ¡Bah! La costumbre es una segunda naturaleza; sobre gustos no cabe dispu-

ta, y bien hay en Europa quien come caracoles crudos y en África gusanos ..

Volvió á reir y preguntó:

—Pero ¿por qué es esa repugnancia?

Hice como que masticaba algo, escupiéndolo después, sin decir palabra.

—Confunde usted con la chicha—repuso mi amigo entre carcajadas,—y lo que es peor, con la chicha que se hacía antiguamente. Las mandíbulas no tienen nada que ver con la que se hace ahora—sobre todo con la que toma *la gente*. En cuanto á la aloja, nunca se preparó de ese modo, y puede usted beberse esto con entera confianza.

—¡Hum! Sólo de imaginarlo siento una revolución interna, y ya me parece estar viendo á los opas en plena actividad masticatoria...

—No queda un opa ni para remedio. El último cólera se los llevó á hacer chicha en el limbo. Hasta por eso debe quitársele el miedo.

Cretinos calificados y sin calificar, acababa yo de ver vivos y bien vivos, pero no quise replicarle, recordando que su ingénita debilidad por una parte y las epidemias que los diezman por otra, han reducido mucho su número, que será insignificante dentro de pocos años. Hoy apenas se encuentra uno que otro pidiendo limosna por las calles en que antes pululaban, con palabra balbuciente y risa idiota.

—¡Vaya! ¡que no se diga!—agregó mi amigo. —Por una preocupación infundada va usted á marcharse de nuestra provincia sin probar la bebida de estas tierras... ¡Si viera usted qué bocas tan frescas y tan lindas suelen beberla, y qué manos tan delicadas prepararla y ofrecerla al forastero ó al visitante!... ¡Vamos! Imagínese que se la brinda una de esas muchachas que hemos visto

hace un instante, haciendo relampaguear la noche de sus ojos...

—¿Relampaguear la noche? ¡Caramba!

—Seguro que en tal caso no desairaría un «tomo y obligo» fulgurante más que relampagueante, ¿eh?... Pero, fuera de broma, le aseguro que no tiene razón de temer. La aloja es, puramente, agua y algarroba molida, puesta á fermentar. Sana y refrescante, es mejor que la cerveza, mejor que...

Tanto me instó que no pude seguir resistiéndome. Pero, sea porque perdurara el recelo, sea porque aquello no valiera mucho en realidad, el hecho es que apenas pude beber un trago: parecióme una bebida insípida, de olor meloso desagradable, análogo al del patay, y provocando un tema de conversación que apasionaba á mi compañero dejé disimuladamente la copa casi intacta.

Lo propio me había pasado en Chile con la famosa *chicha baya*—mosto de vino tinto cocido,—que me hicieron gustar como cosa excelente, y que tal debe ser para nuestros hermanos de ultracordillera, á juzgar por lo satisfechos que la beben, desde el más altivo personaje hasta el más humilde *roto*.

Cuando reanudamos nuestro paseo, mi amigo recordó la prueba á que me sometiera:

—¿Y qué tal le pareció la aloja?

—Muy buena... pero como no tenía sed...

—También se hace aloja—me explicó entonces,—con otros productos, por ejemplo la fruta del molle. El procedimiento es el mismo que para hacer la de algarroba, y la fermentación dura tres días. La aloja que sólo ha fermentado una vez puede considerarse un simple refresco, y se llama «de un ramal». El que la desea más fuerte ó alcoholizada, le añade frutas de molle cada tres

días, y ese agregado provoca una nueva fermentación. Así se puede obtener aloja de dos, tres, cuatro ó cinco ramales. Esta última es capaz de *machar* al más fuerte.

—¿Machar?

—Embriagar, pues. Con medio litro de aloja de cinco ramales, cualquiera cae rodando bajo la mesa. No hay criollo que no pregunte de cuántos ramales es la aloja que se le presenta, si no para evitar la *machadura*, por lo menos para ir graduándola á su gusto... Una copla popular pone en guardia contra las traiciones del *refresco:*

Alojita, algarrobita,
molidita en el mortero,
que se sube á la cabeza
como si juese sombrero.

Dije, antes, que en estas páginas no se tropezaría con beefsteaks de eso, pero debo retractarme... Escúchese, si no, lo que continuó diciendo mi compañero:

—La aloja se hizo siempre así, desde el tiempo en que los incas dominaban estas regiones, ó desde antes de conquistarlas, quizá. La chicha, en cambio, ha tenido sus alternativas, sus modificaciones, pero el sistema antiguo tiene todavía muchos partidarios, para quienes la chicha actual, preparada con fermentos artificiales, no vale ni el trabajo de beberla. Cocíase en el rescoldo una especie de torta de harina de maíz llamada *nuco*. Apenas cocida la torta entraban en acción los *opas* ó cretinos: sentados en torno de una tinaja, masticaban pacientemente grandes pedazos que, una vez bien saturados de saliva, iban á parar al fondo de la vasija... No haga usted esos gestos... ¡si esto es ya una leyenda! Todo pasa... Pues bien,

la levadura conseguida por medios tan primitivos, mezclábase con harina y agua hirviendo y se dejaba reposar en la tinaja hasta que apareciera encima un copete espumoso, la *chuya*, y se formara en el fondo un depósito espeso con todas las materias hasta entonces en suspensión, el *amchy*. El líquido que quedaba entre el *amchy* y la consistente espuma de la *chuya* se hacía hervir durante veinticuatro horas consecutivas, y después de enfriarlo bien, se mezclaba íntimamente con la *chuya*. Comenzaba la fermentación, y cinco días después, la chicha quedaba preparada con todas las reglas del arte...

XIII

EL TINKUNAKO

Aquellas comarcas pobladas de gente huraña y hosca, incapaz, al parecer, de alegres expansiones, y que vive melancólica y taciturna mientras no entran en juego su pasión personal, sus enconos políticos, sus creencias supersticiosas ó el acicate del alcohol, para violentar momentáneamente su natural apático, aquellas comarcas, digo, suelen ser teatro, también, de fiestas llenas de vida, colores, ruido y movimiento, en que se da rienda suelta al buen humor, vibran músicas entusiastas, ríen y vocean jóvenes y mozas, corre el licor, hierve la sangre, y en un torbellino de armonías, disonancias, luces y estrépitos, bajo el sol de brasa y entre el polvo impalpable y cegador, la danza y

el canto unen á hombres y mujeres en un coro de júbilo, en un himno primitivo y ardiente á la Naturaleza.

Fiestas profanas en la actualidad, todavía tienen cierta característica ritual, pues las modificaciones introducidas en ellas por la civilización, no disimulan bien, ni menos borran, los rastros de su origen indígena y el simbolismo que hacía de ellas, en la antigüedad, otras tantas solemnidades religiosas.

El Tinkunako, que sigue celebrándose en algunos puntos apartados de ésta y otras provincias de abolengo quichua, pertenece á dicho género y no puede ser más característico, aunque los siglos hayan venido desfigurando y transformándolo. Conserva, efectivamente, bajo sus formas modernas, un fondo arcaico, ya vago y como íntimo, en que el observador puede descubrir muchas reminiscencias del antiguo culto á la fecundidad y, lo que es más, ciertos ritos análogos de Roma y de la Grecia. Si esto se creyera más subjetivo que objetivo, bastaría agregar que el verbo *Tinkuk*, del que deriva el nombre de la fiesta, significa «ayuntarse», dato con que cualquier sabio ó vulgarizador científico podría edificar todo un sistema, ya del origen de las religiones naturales, ya de la migración de las razas, ya de cualquier otra cosa que se le ocurriera. Por fortuna para los poco aficionados á tales discursos, aquí no se trata de eso, sino pura y simplemente de asistir á la fiesta, como espectadores que se divierten viendo divertirse á los demás, desde un pacífico rincón.

Pues, señor, ya hace días que han empezado con gran animación los preparativos en los dos centros de la fiesta. Dos barrios, ó dos aldeas, en efecto, han elegido su respectiva Comadre, directora y jefe de la solemnidad, y cada cual rivaliza

de antemano con el otro en lujo, en esplendor y en alegría. Una Comadre irá con su bando, el día fijado, á visitar á la otra, y ésta, con el suyo, retribuirá la visita al día siguiente. Natural es, entonces, que los mozos y las mozas que formarán el cortejo, se dediquen á inventar ó combinar los trajes más elegantes y vistosos, los aperos más *cantores* para sus pingos, mientras las Comadres y sus familias se dan una tarea horrorosa para que en la solemne fecha esté á punto el obsequio á los invitados, los grandes amasijos de tortas, alfajores, pasteles y empanadas, las grandes olladas de dulce, los tinajones de aloja.

Esta grave preocupación de la Comadre se complica con la del traje que ha de llevar, pues debe presentarse á sus visitantes como un ídolo cargado de adornos, pendientes, brazaletes, prendedores, anillos y collares, para mantener dignamente su rango de reina de la fiesta, y vencer y humillar, si es posible, á la soberana rival, quien, por su parte, se esfuerza en idéntico sentido. Esto, sin embargo, no va—como se creería,—en detrimento del bolsillo conyugal, porque las vecinas—que descuentan un posible compromiso semejante en lo futuro,—ofrecen generosamente á la Comadre sus mejores joyas, permitiéndola elegir las que más le gusten ó cuadren, para dejarlas en sus manos hasta pasada la fiesta.

Como en el centro de la acción, en las casas ó ranchos cercanos hay todo un desplegamiento de telas nuevas ó usadas, pero de los colores más crudos y llamativos, azules, verdes, rojos, amarillos; las tijeras están en continuo aleteo, las agujas hilvanan, pespuntean, aplican lentejuelas doradas, plateadas, canutillos negros, mostacilla multicolor, y las muchachas que en ello trabajan con el ardor del entusiasmo, charlan, se consultan, se criti-

can, comentan por adivinación los trajes de las ausentes, y viven de una vida para ellas vertiginosa durante semanas enteras.

Los mozos, entretanto, limpian y pulen sus aperos enchapados de plata, imaginan cómo y con qué vivos colores encintarán su caballo, su guitarra, dan lustre al guardamonte, repasan las caronas, el sobrepuesto, los pellones, el lazo para que su montura de alto pomo, como las mejicanas, resulte irreprochable, y se preocupan del matiz y la clase del pañuelo que han de comprar para ponérselo gallardamente al cuello el día de la fiesta, y tremolarlo después en los pasos airosos de la danza.

¡Bien! Todo está á punto: la Comadre se lamenta de que la última hornada tenga éste ó aquél defecto, pero es por coquetería de ama de casa y hábil cocinera; las muchachas ensayan sus vestidos por décima y última vez con mohines de falso disgusto ó dulce complacencia, según el humor; las madres, ya destinadas á los rincones, repasan el mantón negro por si la polilla ha ido demasiado lejos en su incursión devastadora; los mozos dan el último vistazo al *montao* y al apero y, al amanecer del día siguiente todos se reunen en casa de su respectiva Comadre y los unos emprenden la cabalgata en busca de los otros.

La romería es espléndida. A los primeros rayos del sol, tras de la Comadre montada en parda mula, comienza el desfile alegre y bullicioso; las niñas, con sus deslumbrantes vestidos, llenas de brazaletes, *cararanas* y collares, ceñida la cabeza con coronas de pámpanos ó ramas tiernas de sauce, van á la grupa de sus novios ó amigos; los galanes, orgullosos, llevan al cuello el flameante pañuelo de seda sobre el poncho de vicuña ó de hilo y en el sombrero una simbólica matita de albahaca; las madres feas, apergaminadas, llenas de

arrugas, con la vejez prematura de los países cálidos, van satisfechas sin haber iniciado sus retahilas de rezongos, pues todavía no tienen pretexto para dar gusto á la lengua.

De pronto, una pareja se aparta del cortejo todavía tranquilo, y se lanza en desatinada carrera por el camino, levantando nubes de polvo que la ocultan á la vista. Otra la sigue, y otra, y otra más, y pronto la comitiva entera corre entre torbellinos plomizos, para no detenerse haciendo *rayar* los caballos, sino en la misma puerta de la Comadre honrada con la primer visita.

En el umbral está agolpada, esperando, la concurrencia toda y, al llegar los primeros jinetes, estallan petardos y cohetes de la India con redoble seco, y rompe á tocar desaforadamente una orquesta en que figura el inevitable arpista ciego, un agrio clarinete, un flautista que sopla el instrumento de caña, generalmente construido por él mismo y un tamborilero que los refuerza con el sordo tamborete indio de caja chata y parche de cuero de cabra ó de guanaco.

La cabalgata ha sido vista desde lejos como una tormenta que avanzara rodando al ras del suelo en el ambiente claro, y la Comadre dueña de casa está en el interior dando la última mano á su tocado y prendiéndose la última alhaja. Ufana y deslumbrante aguarda el momento de entrar en escena.

Los visitantes son introducidos en el salón preparado para que se desarrolle en él la primera parte de la ceremonia, al son de la *chaya*, la música carnavalesca indígena que la orquesta ejecuta animadamente. Los mismos músicos entonan algunas vidalitas de circunstancias, como por ejemplo:

Todo el mundo canta,
vidalita,
¡viva la Comagre!
¡Velay qu'está linda,
vidalita,
con tanto donaire! etc.

El adorno de la sala ha dado margen á más de una acalorada discusión estética y presenta un golpe de vista salvaje y abigarrado: de las puertas y las paredes cuelgan colchas de ganchillo, cortinas de damasco, mantas de colores vivos y dibujos caprichosos, que el aire mece hasta sobre los respaldos de las sillas de vaqueta y de paja, puestas en fila, á corta distancia de la mesa que ostenta ingentes montones de *guaguas* (niños) de pan, rosquetes, tabletas, alfajores, alfeñiques, alternados con grandes ramilletes de flores y de albahaca, que perfuman el ambiente.

Cuando todos han entrado reina un momento de silencio: hasta los chiquillos que miran con ojos devoradores los tesoros hacinados sobre la mesa, permanecen suspensos, en la palpitante espectativa de lo que va á pasar. Los músicos callan, también...

Este es el momento elegido para que entre, también, la Comadre dueña de casa, quien se queda en el extremo opuesto al que ocupa su colega, para recibir el saludo de etiqueta, muy diplomático por cierto, y rebosante de votos por su prosperidad y alegría. La respuesta es formulada en el mismo tono y con análogas manifestaciones, y los músicos atacan acto continuo un paso de baile, señal de que las Comadres deben ir acercándose con saltitos cadenciosos y diciéndose al propio tiempo *relaciones* de bienvenida y mejor hallada, coplas que alguna vez—muy rara,—difunden

algo como un soplo vago, un perfume lejano y desvanecido de poesía. Las relaciones son siempre acogidas con grandes aplausos de los circunstantes, ganados por el entusiasmo de la fiesta desde que espolearon sus caballos para la *fantasia* de llegada.

Con el último verso de la última relación las Comadres han llegado al centro de la sala y se dan un abrazo: es el simbólico *Tinkuk*.

El arpista ciego, hasta ahora personaje secundario, les *echa* entonces una *letra* apologética y festiva al propio tiempo, á cuyos conceptos lisonjeros se adhieren los demás, y de aquí arranca la baraúnda, que no ha de terminar en todo el día aunque cambie de forma, se convierta primero en festín, después en baile y algunas veces en orgía.

Como obsequio y manifestación á las Comadres, los concurrentes de uno y otro grupo toman la mesa por asalto y les tiran las *guaguas* de pan, los rosquetes, los alfeñiques, las roscas de maíz capia, los pasteles, los confites, que no tardan en alfombrar el suelo con gran contentamiento de los chicos que, en cuatro pies, por entre las piernas de los mayores, corren á recoger el botín, caen, se levantan, chillan, ríen, se disputan alguna presa apetitosa y acompañan con su algarabía el coro general en honor del Tinkunako:

Vamos, vamos, vamos,
¡ay vidalita del carnaval
que se ha de acabar
al año cabal!

La ceremonia ha terminado y estamos en plena fiesta. La gente abandona el salón y va, en animados grupos, á sentarse á la sombra del parral

donde está servido el almuerzo: empanadas, pasteles, grandes *cuchis vidriaus*—cerdos de masa con un baño de azúcar,—y el sólido y substancial asado con cuero, que no se prepara como en el litoral, poniendo al fuego los pedazos de carne, sino *retobando* y cosiendo en la piel los mejores trozos del animal, que luego se asan dentro de esa envoltura, generalmente al horno y, por excepción, en hogueras de leña fuerte.

En el centro del patio, bajo el emparrado, en un gran noque de cuero sostenido por horcones, con la ancha boca plegada y levantándose á una vara del suelo, ó en primitivo barril ahondado en la parte más gruesa del tronco del curioso palo-borracho, está la hirviente aloja, fermentada para las circunstancias, fresca y capitosa, que contribuirá en breve á animar la reunión hasta un grado superlativo. Entre bocado y bocado pasan de un convidado á otro los *chambaos*, jarros con asa, que en continuo trajín van de los labios sedientos al noque, aparentemente inagotable, y que resulta serlo en realidad, gracias al repuesto de aloja que quedó en la casa para mantenerlo siempre lleno.

Apenas ha mediado el almuerzo cuando se inician los *obligos*.

Alguno de los presentes quiere brindar con otro, ya un joven con la señora de sus pensamientos, ya una niña con su novio, ya un amigo con su amiga;—para eso, no tiene más que presentarle un vaso colmado, y sirviéndose otro, lleno también, decir:

—Tomo y obligo.

Descortesía, y más que descortesía desaire, según el protocolo imperante, sería no aceptar la gentil invitación y no apurar el vaso hasta ver por su fondo las hojas más altas del parral. . Si

algo de licor queda, el galán ó la dama, con profundo resentimiento, lo enrostra al descortés:

—¡No ha tomao como yo *hi* tomau!

O bien—si las relaciones son amorosas ó pretenden serlo,—lanza esta queja amarga y significativa:

—¡No toma porque no me quiere!

Claro está que á este paso puede llegarse muy lejos en el estudio y profundización del noque, tanto más cuanto que algún amartelado galán, sin aguardar el *obligo*, se precipita hacia el *chambao* que va á dejar su prenda, exclamando:

—¡Yo he'i tomar su'sobras p'a saber su'secretos!

Y apura el licor de un solo trago.

Pero si el invitador ó la invitante de un *obligo* no bebe frente á frente de su pareja, el compromiso queda roto, con esta simple contestación al brindis:

—¡En vistas pago, no encubiertas!

Ya en este punto comienzan á hervir las cabezas más fuertes, y finalizando el almuerzo entra en turno el baile.

Los músicos rompen á tocar, y á la zamacueca, al gato, siguen otras danzas criollas tanto ó más picarescas é incitantes, como el marote, el escondido con relación, la chacarera, el palito, la condición y el ecuador, que también es con relaciones y tiene este coro general:

Sapito quisiera ser,
chiquitito y nadador,
para seguirle los pasos
á mi amante al Ecuador.

Pregunten ustedes á la mayoría de los danzarines, qué entienden significar con ese Ecuador,

adonde se irían de puro enamorados, y contestarles han que no lo saben, sugiriendo torpemente, sin embargo, que lo consideran un país de ensueño y de dicha, una especie de Jauja sentimental, el trasnochado *Pays du Tendre*... Siempre y para todo el mundo hay una comarca ideal, más ó menos materializada por la imaginación.

Si, pese á tanto baile y por extraño caso, la fiesta pierde algo de su animación, nunca falta quien pida un «Remedio», danza que, sin duda, debe su nombre á la virtud prodigiosa de hacer revivir la moribunda alegría.

Mientras danzan el «Remedio» las parejas más brillantes, la concurrencia forma rueda siguiendo con entusiasmo sus evoluciones, entre gritos, aplausos y besos al *chambao*.

Cuando, en el resto de la fiesta, se ha destacado un buen bailarín de gato, generalmente se le invita á realizar una hazaña, un verdadero *tour de force*:

—¡A ver, pues, si echa un cinco!—le grita alguno.

—¡Un cinco! ¡un cinco!—clama la concurrencia, burlona y alentadora á un tiempo, desafiándolo para obtener lo que quiere.

El bailarín, entonces, si tiene confianza en sus fuerzas y habilidad, ha de dar una vuelta entera sobre sí mismo, sirviéndole de eje la punta del pie y con la otra pierna en el aire, para volver á la posición natural y seguir danzando sin perder el compás. ¡Ay del que caiga ó no se ajuste á la música! ¡chica rechifla le espera!...

No por eso, como ya insinué, han disminuido las visitas al noque y los *obligos* más ó menos tiernos, pero siempre imperativos y acatados. La animación sube de punto, la fiesta está en su apogeo, y los diálogos íntimos y misteriosos entre ga-

lanes y damas se prolongan cada vez más; ya aprovechando los giros del baile, ya acompañando, en voz baja, como un murmullo, la *letra* quejumbrosa que algún cantor enamorado endilga á su prenda, acompañándose con melancólicos punteos de guitarra:

¡Hi sembrau un'esperanza
hi cosechau un olvido!...

Ya se está en pleno sentimentalismo, y nada platónico, sin duda... Entonces comienza la intervención activa de las madres, que dejando á un lado dulces y golosinas, acuden á proteger á sus inocentes palomas, de los gavilanes que esperaban la oportunidad para atacarlas *unguibus et rostro*, contando con que las dueñas celosas, enternecidas por el noque, descuidaran la vigilancia. Alguna de aquellas viejas, de rostro hundido, labios chupados y ojillos de víbora, suele precipitarse sobre una descuidada pareja, con grandes revuelos del mantón que la hacen parecer un flaco pájaro negro agitando las alas, mientras grita furiosa:

—¡Cabayero, no se apropase!

Dejemos de lado algún inevitable descuido, el momentáneo eclipse de una pareja, algún murmullo que se confunde con el del follaje que la brisa de la tarde comienza á mecer blandamente... Ya ha habido algún conato de riña entre los *cabayeros*, y será sorprendente que acabe la fiesta en paz, pues los ánimos están exaltados, las licencias son cada vez mayores, enciéndense los celos atizados por el alcohol, y, de cuando en cuando, se oyen palabras mal sonantes que tienen la virtud de atraer á todos como interventores pacifistas, en general con el efecto contraproducente de hacer mayor la gresca.

Entra la noche y el baile continúa sin interrupción, gracias á que las montañas de pasteles y de fiambres han permitido merendar á cada rato. Enciéndese la luz, que el aire hace fluctuar, los perfumes del campo se intensifican, el misterio de la sombra rodea á los concurrentes, un hálito voluptuoso flota sobre ellos, aumentando la embriaguez de la aloja y el amor... Entonces algún chusco juzga chistoso apagar la luz, y hay que oir el alboroto, la algazara, los gritos y protestas de las madres indignadas, los chillidos de las niñas, las risas de los jóvenes, la palabra tranquila de los viejos, la confusión, el ir y venir á tientas y tropezando en la obscuridad, hasta que arde un fósforo ó una leñita y todo vuelve al ordenado desorden de antes...

... Y al siguiente día la fiesta se repite en casa de la otra Comadre, con el mismo personal — ó poco menos,—y análogos incidentes. Sólo falta uno que otro amodorrado por las excesivas libaciones; pero es fácilmente substituido y su ausencia no quita brillo á los festejos—pues sólo caen los más débiles y menos aguerridos, escasamente interesantes por lo tanto,—como tampoco lo quita á la gloria de las Comadres, si éstas han sabido cumplir con su deber de tales, haciendo las cosas con buen humor y esplendidez.

XIV

OTROS RITOS

Semejante al Tinkunako es la fiesta de la Chaya, á la que ya me he referido de paso y que se celebra en honor de Pukllay, el Baco indígena numen de la alegría, gran bebedor, egregio amigo de la música y el baile, etc., etc.

La Chaya se inaugura con grandes correrías á caballo por las calles del pueblo ó aldea, á las que asiste el mismo Pukllay representado por un muñeco de cara de viejo que, caballero en un burrito, sale á la cabeza de la cabalgata.

Después del paseo sigue el almuerzo con sus infaltables empanadas, el asado con cuero y la aloja; luego sobrevienen las danzas y los cantos, que duran días enteros.

La Chaya era, antiguamente, la fiesta del otoño, y se celebraba algo más tarde que ahora; la invasión lenta pero segura de las costumbres europeas, ha logrado ya que esta solemnidad simbólica, anterior á la conquista, coincida hoy con el carnaval, perdiendo con ello mucho de su carácter y significación.

En la época en que comienzan á caer las hojas, va á morir Pukllay, y la Chaya se celebra para acompañarlo en sus postreros instantes. El último día de este carnaval precolombiano, el dios muere. Hay que enterrarlo. El sepelio se hace con gran pompa, conduciendo su grotesca imagen hasta el algarrobal más próximo, donde los circuns-

tantes le abren una *huaca* ó tumba, lo sepultan y lloran luego sobre sus despojos.

Todos los pueblos adoradores del sol tienen ó han tenido ceremonias análogas, desde la más remota antigüedad; todos demuestran su dolor cuando el astro-dios declina y á los días esplendorosos del verano van á suceder las tristes jornadas del invierno con sus interminables noches. Es natural, pues, que los quichuas hicieran como los demás correligionarios del mundo, y no es esto, por cierto, lo que sorprende. Si algo extraño ofrece esta fiesta al observador, es su actualidad, su persistencia á través de los siglos y pese á la predicada é impuesta religión de los conquistadores.

Alguien objetará que la Chaya no es sino un carnaval con distinto nombre; y para probarlo aducirá la coincidencia de las fechas, que hace de las dos una misma festividad. Pero ya se ha dicho que esa coincidencia es moderna, mientras que la Chaya viene de mucho antes de la conquista, como lo prueban abundantemente las esculturas, los barros cocidos, las piedras grabadas y pintadas, etc., que se encuentran en aquellas regiones y ofrecen al arqueólogo ó al simple folklorista, no solamente casi todos los detalles simbólicos del culto de los quichuas, sino también representaciones más ó menos evidentes de las solemnidades que perduran todavía, muy desnaturalizadas ya, sin embargo, y confundidas con gran número de detalles de otras de diverso origen, como que fueron de importación europea.

Otro de estos antiguos ritos, tradicionalmente conservados, es el sacrificio que los cazadores de vicuñas ofrecen á Pacha Mama.

Cuando se ha organizado una batida que, generalmente, se realizará en la Quebrada del Cajón ó al pie del nevado de Pisco, celébrase la

Kacharpata ó sea la fiesta de despedida de los cazadores.

Los pocos elementos que facilita una civilización rudimentaria, la escasa imaginación y su mismo carácter religioso, hacen que la Kacharpaia resulte igual á las fiestas ya descritas, con su comilona, su baile y sus cantos. Pero esta despedida no es más que el prólogo del sacrificio.

En efecto, cuando los cazadores se encuentran al pie del cerro elegido para sus correrías, celebran la «reunión» ó Kachacuna, que es invocación y sacrificio propiciatorio á la «dueña de las aves», la poderosa Pacha Mama. Este rito, conservado casi íntegramente y sin modificaciones, salvo en el idioma, mezclado ya con el castellano, es herencia directa de los indios, y aun se practica en todo el Oeste, desde Famatina hasta Humahuaca, es decir, desde la Rioja hasta los confines de Jujuy.

Al ponerse de acuerdo para la batida, los cazadores proceden, como medida previa de la mayor importancia, á elegir un «capitán de la boleada», pues las vicuñas han de cazarse al modo indígena, con boleadoras, por ser arma silenciosa que no espanta las reses, y por ser, también, además de familiar, tradicional, para aquellos hombres, que tan fiel, aunque quizá inconscientemente, conservan las costumbres de sus antepasados. Esta designación del capitán de la boleada, es uno de los actos electorales más puros que se realicen en nuestro país. En él no hay fraude, ni pasión política, ni nepotismo, ni nada semejante. No: siempre resulta electo el más experimentado y capaz, pues de la bien combinada acción de conjunto depende el éxito de la cacería, y ningún elector está dispuesto á jugar y perder sus propios intereses. Si así pasara en la democracia...

Ningún cazador falta á la cita el día y hora se-

ñalados, y una vez al pie del cerro, todos forman un vasto círculo en cuyo centro el capitán excava un hoyito de veinte centímetros más ó menos, y lo rocía con aguardiente ó con aloja. Uno por uno, los cazadores, descubiertos, solemnes y silenciosos, van repitiendo la característica libación.

Vuelto á formar el corro, el capitán deposita en el hoyito su ofrenda á la poderosa Pacha Mama— ofrenda siempre humildísima, sin valor alguno, porque al revés de otras deidades, la «dueña de las aves» se contenta con el pleito homenaje que esa acción significa. Los demás, siempre uno por uno, hacen luego su sacrificio, dejando en el hoyo hojas de coca, cigarros, pedazos de montura ó de poncho, cualquier insignificancia en fin.

Hecho esto y cubierto el hoyo con su depósito sagrado, los cazadores entonan la solemne invocación:

¡Pacha Mama, santa tierra,
Kusiya, Kusiya!
¡Vicuñata cuay,
Aymomacho cuay!

—¡Trae vicuñas!

Este es el grito, la deprecación natural en los cazadores, dignos de ser escuchados, porque no se limitan á esperar los dones del Cielo, sino que ponen en práctica lo de «á Dios rogando y con el mazo dando», y realizan verdaderas hazañas de arrojo, sangre fría, destreza y agilidad entre aquellos despeñaderos y precipicios, persiguiendo, rodeando y boleando á las recelosas y saltarinas vicuñas, ariscas amigas de las cumbres, adonde las ha hecho refugiar una despiadada guerra de siglos.

Pero la gente aquella no es siempre tan atildada

y atenta con su patrona indígena. Suele, por el contrario, echarle en cara de antemano el sacrificio, para obligarla á la retribución, significándole que su homenaje no es sino un pacto de toma y daca, un simple negocio, como si dijéramos. Entonces cantan:

¡Pacha Mama, santa tierra,
Velay, ya t'hi pagau,
háganos parte, señora,
de su hacienda y su ganau!

Esto ya no es una súplica, sino una orden, un giro á la vista. Y como para acentuar más el sentido de la copla, el rústico poeta, instintivamente sin duda, se refiere en ella al pago con tono un si es no es despectivo, tuteando á Pacha Mama, para propiciársela acto seguido, tratándola en tercera persona, y con un vocativo respetuoso y suplicante.

Después, en otra copla, como temiendo que se le crea harto exigente, reduce sus pretensiones á la mínima expresión, y dice:

Pacha Mama, santa tierra,
Aquí es la Kachacuna.
¡No boleando cuatro
siquiera una!

Tales son las súplicas que aquellos hombres primitivos dirigen á su deidad. Pero, ¿no hacen más ó menos lo mismo las gentes civilizadas que llenan los santuarios de ex-votos y ofrendas, con la intención de trocarlos en divino comercio, por mercedes y gracias tan inmateriales como las cuatro vicuñas ó la «una siquiera», del cazador?...

XV

UN INGLÉS

Una mañana, y cuando ya me resignaba á almorzar solo en el hotel de Caligari, vi con asombro, más que con sorpresa, al mismo Mr. Blend en carne y hueso, sentado frente á la mesita preparada para mí.

—¡Cómo! ¿No estaba usted de viaje á Londres?

—Sí, *my dear*, á Londres de Catamarca, departamento de Belén. De allí vengo, y puedo asegurarle que no es una gran ciudad, como su tocaya. En cuanto al otro Londres, ¡ah! no lo veré en mucho tiempo todavía, porque tengo que completar mis estudios y observaciones antes de informar á la Compañía que me ha enviado. ¿Almuerza usted?

—A eso vengo.

—Pues hagámoslo juntos. Después de tantos días de mutismo forzoso no me vendrá mal un rato de conversación: en estas tierras se habla poco, y ese poco no es interesante.

Nos sentamos alegremente á la mesa. La ironía de Mr. Blend tiene algo de comunicativo porque no es malévola, y cuando brilla en sus ojos cierta chispita juguetona parece invitar á la sonrisa y pone á sus anchas al interlocutor. Algunos lo juzgan temible; á mí, por el contrario, me parece útil, como un maestro ó como un crítico de buena voluntad, y me entretiene y me instruye porque po-

see el don de la observación y es claro y terminante en su discurso. Lástima que el capital de datos que ha reunido vaya á dar á la caja de hierro de una Compañía anónima.

—¿Adelanta usted mucho en sus investigaciones agrícolo-ganadero-industrio-económico-político-sociológicas?—pregunté con afectación.

—Un poco, naturalmente, ¿y usted?... Supongo que no andará esta vez como tantas otras, á toda carrera, para detener—so pretexto de estudios,—el record de la movilidad... ¿Se quedará dos ó tres meses en cada una de estas provincias, no?

—¡Qué dice usted! Dentro de dos meses estaré ya en Buenos Aires, si Dios quiere, después de haber visitado Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago... por lo menos.

—¡Pues ya verá usted mucho y escribirá cosas interesantes y profundas á estilo de los sabios académicos de Swift!...

—¡Oh, Mr. Blend, Mr. Blend!... Tendría usted razón de burlarse si, en mi tarea, sólo contara conmigo mismo; pero el periodista tiene, también, los ojos de los demás...

—E interpreta mal lo que esos ojos ajenos han comenzado por ver peor... Pero, bien puede usted alegar en favor suyo que de otro modo no habría periodismo posible... y hasta que los periódicos podrían educar un tanto al vulgo, si el vulgo leyera otra cosa que las noticias policiales y los escándalos de sensación... Pero esto no hace al caso; veamos, cuénteme, ¿qué ha sacado usted en limpio de sus observaciones acerca de estas provincias?

—Muy poca cosa todavía; comienzo apenas á recorrerlas... Pero, me parecen algo atrasadas.

—¡No sea usted tan modesto, y diga bastante!

— ¡Oh, sí! ¡bastante atrasadas! Ustedes han adornado el frente de la casa, y no se han ocupado

todavía de higienizar el fondo. Buenos Aires, comparativamente, es una maravilla, que puede ponerse en parangón con muchas de las mejores ciudades europeas; pero allí se acaba el frontispicio, y todo lo demás está tan descuidado como la vivienda de ciertas familias aparatosas y mal educadas, que sólo se ocupan de lo que se ve. ¡Las provincias!... ¡oh! ¡*my dear!* ¡qué naturaleza hermosa! pero también ¡qué gente!

Le miré con ademán de llamarlo al orden, pero él continuó impertérrito:

—Aquí, más que en cualquier otra parte, se ven claramente los tres problemas planteados para el país, con datos tan diversos como sus zonas; tres problemas—económico, político y social,—que no pueden resolverse aisladamente porque se ligan y confunden, y problemas que, á su vez, se componen de un gran número de problemas secundarios... Aquí se ven mejor porque son menos complicados, es decir, porque los problemas parciales y secundarios no son tan numerosos. Pero no por eso es mucho más fácil la solución. Resuelva usted la cuestión económica, y la cuestión política la volverá á plantear; resuelva usted ambas á la vez, si ello es posible, y la cuestión social les dará nueva vida... Hay, pues, que ir simplificando simultánea y paulatinamente esos problemas, para que un día puedan resolverse juntos. Tarea de muchos, pero muchos años, y que sólo puede realizarse trazando de antemano un plan uniforme de conducta —cosa que, por otra parte, no harán estos Gobiernos: ellos, como usted, andan á la carrera, y obran según las impresiones de momento y las necesidades más inmediatas...

— Gracias por la amabilísima comparación... Pero no me doy cuenta exacta de lo que usted me dice. ¿No podría mejorar la situación económica

de estos pueblos, sin que mejorase al propio tiempo la política y la sociedad? ¡Pero, hombre! ¡no veo que, para ganar más, se necesite tener política más pura ni maneras más amables!...

—¡Claro que no lo ve usted! ¡Claro que no lo ven los hijos de este país! Porque, si lo vieran, sucedería otra cosa. No es fácil que me entienda usted. Pero me entendería á buen seguro si desarrollara mi tesis y comenzara por decirle que la primera culpable del atraso de estas provincias es la geografía.

—¿La geografía?

—Sí, señor, la geografía física: los Andes, la Pampa, el Océano y los ríos... Esto está más lejos de cualquier gran mercado que la misma Patagonia, porque, *verbi gratia*, los Andes, que ya eran difíciles de trasponer materialmente, se han hecho casi inaccesibles con la elevación artificial que le agregan los derechos de aduana de los vecinos; porque la Pampa, enorme, se ha extendido todavía más de «acá para allá» y se ha acortado de «allá para acá» merced á los ferrocarriles; y porque esos ríos son ríos *in nómine*, ríos no canalizados, ríos sin agua ó torrentes, según la estación. La geografía, amigo mío, ó si usted lo prefiere, la «topografía del terreno», como suele decirse por aquí.

—Pues estoy más en ayunas que antes. ¿Qué diablos es esa Pampa elástica que usted me inventa?

—La Pampa es corta para el litoral, que puede mandar sus productos y sus importaciones hasta Bolivia, y es interminable para el Norte, que se queda con sus cereales y sus frutas, hasta con sus mismos minerales y que apenas puede mandar leña y madera de construcción y un poco de tabaco... Ya comprenderá usted que no hablo del azúcar, ni

de Tucumán, como no me refiero al vino de Mendoza y de San Juan... Acabo de ver en Salta que los hacendados daban su enorme cosecha de maíz á los animales porque no había quien la pagara ni á precios irrisorios, y, entretanto, algunas recuas de mulas—no muchas, á decir verdad,—cruzaban por allí, camino de Bolivia, cargadas con mercaderías procedentes del Rosario. ¡Dígame usted que la geografía no tiene nada que ver con esto!... El Norte produce muy bien cuanto se quiera: cereales, frutas, café, tabaco, vino, alfalfa, caña de azúcar; tiene minas, yacimientos de boratos, bosques inmensos de ricas esencias, mal aprovechados todavía; puede criar grandes cantidades de ganado de toda especie; más tarde, pues, la industria nacerá y crecerá en él con vigor; pero, hoy por hoy, está aislado, desterrado por la distancia, la carestía de las comunicaciones, la falta de mercados remuneradores, de tal manera, que estas comarcas verdaderamente privilegiadas por la Naturaleza, no pueden bastarse á sí mismas, porque la mano del hombre no ha complementado aún esos privilegios. Ese es el problema económico... Naturalmente se bastarían, en el sentido estricto de la palabra, si sus habitantes vivieran—como viven en ciertos parajes,—de una manera completamente primitiva, ateniéndose á lo que el suelo les da, y si los Gobiernos abandonaran su costumbre (ó no sintieran la necesidad) de pesar sobre ellos, de exigirles más de lo que pueden buenamente dar, de dificultarles, por lo tanto, la existencia material, amargándoles por consiguiente el espíritu... Pero, entre paréntesis, esa acción perturbadora de los Gobiernos, produce el efecto inesperado del progreso; es como una espuela: hiere pero hace andar. Sólo un patriarca misoneísta hubiera dejado esto como en tiempo de los conquistadores... En fin, mi amigo,

le repito que la culpa de este atraso la tienen la geografía, y añadiré que el progreso, pues éste no ha conseguido todavía abaratar los ferrocarriles tanto como los vapores y mucho menos que los buques de vela. Pero no falta únicamente mercado y comunicaciones, también falta población, inmigración, agua para el regadío, renta para los Gobiernos, capitales para la industria... Mire usted.

Y Mr. Blend sacó del bolsillo del guardapolvo con que substituía ventajosamente su correcta levita de Buenos Aires, un enorme cartapacio de notas.

—Santiago no tiene más de 161.500 habitantes (esto si hemos de creer al censo, y la política no ha inflado las cifras en vista de las diputaciones). Entre esos 161.500 habitantes no hay sino 2.300 extranjeros, ó sea el catorce por mil; Rioja tiene el doce por mil; pero de estos doce, cinco son chilenos—como si dijéramos nacionales, para el objeto. —Catamarca tiene, sobre el doce por mil, tres entre chilenos y bolivianos. Salta presenta una población mayor: tiene treinta y ocho por mil, pero veinticuatro son bolivianos. Y Jujuy, sobre un puñado de gente — 49.713 habitantes, — presenta 4.624 extranjeros, de los cuales 3.380 son bolivianos... Observo, especialmente, estas nacionalidades, porque—lo repito,—ni bolivianos ni chilenos influyen en pro de la mayor actividad de estas regiones, por lo cual, y para mi objeto, los considero autóctonos. Quedan, pues, con una proporción de extranjeros: Catamarca de 9 por mil, Santiago de 14, La Rioja de 7, Salta de 14 y Jujuy de 17. Compare usted ahora con las provincias más adelantadas y fecundas, con Santa Fe, que tiene 419 extranjeros por cada mil habitantes—casi la mitad; —con Buenos Aires, cuya población es en su ter-

cera parte extranjera... Falta, pues, inmigración, siendo como es un hecho comprobado que á mayor inmigración mayor progreso, por lo menos en la República Argentina. Ya le diré á usted por qué falta, si es que no lo ha observado por sí mismo.

—¿Por qué?

—Porque, pudiendo elegir, nadie va donde está seguro de pasarlo mal.

—¿De modo que estas pobres provincias están condenadas para siempre á sus propias fuerzas?

—No, porque todo tiene compensaciones, y muchos se contentarían con vivir modestamente.

—Entonces...

—Es que aquí falta algo más: falta seguridad, tranquilidad...

—Tiene usted razón.

—¡Ah! Cuando haya justicia, buena é inflexible administración de justicia en todo el país, ¡ya lo verá usted progresar! Ese debería ser el programa político, único por el momento, de todos los buenos argentinos. Pero volvamos á mi tema. Ya dijimos que también faltaba irrigación... y aquí me parece que hemos entrado en un callejón sin salida. Claro está que si estas provincias tuvieran agua en abundancia—es decir, si pudiera aprovecharse y distribuirse bien la que tienen,—su agricultura prosperaría y sus productos serían mucho mayores. Pero ¿qué harían con ellos? Su cantidad debería ser enorme y su costo muy pequeño para cubrir los fletes y dejar una ganancia apreciable. Esto no se consigue en un día, y los primeros que lo intentaran sin más que un pequeño capital, sucumbirían necesariamente. Si esa lucha no fuera evidente y tan ardua, ya hubiese venido el inmigrante y su iniciativa particular le hubiera procurado el agua que necesitara, como la procuró á los galenses del Chubut, antes de que nadie pensara

en grandes represas ni en diques de millones. Cada arroyito, cada vertiente, ostentaría á su alrededor un campo de trigo...

—Siga usted—dije viendo que Mr. Blend se interrumpía sonriendo y encogiéndose de hombros.

—¿Para que usted diga de mí lo que Romeo de Mercucio:—Este es un caballero que habla mucho y no deja hablar á los demás, porque le gusta escucharse?

—No; se lo pido por egoísmo. Usted me repasa la lección, y me la amplía con apreciaciones nuevas.

—¿De modo que está usted conforme con mi manera de ver?

—En general, sí; sólo disiento en detalles. Decía usted que la inmigración no viene por...

—Bien claro lo indiqué: no viene, en primer lugar, por falta de trabajo; pero, en principalísimo término, porque el extranjero no encuentra aquí ninguna clase de garantías. El Gobierno esquilma al habitante, la policía lo persigue, la justicia lo arruina... En este punto es donde la economía se une á la política para impedir ó retardar el progreso... Figúrese usted que en la misma ciudad de Tucumán se iba á establecer un Banco particular que ya estaría funcionando si los capitalistas, sus iniciadores, no hubieran tropezado con una dificultad: por muy fundadas razones querían substraerse á la justicia local, adoptando la jurisdicción de la capital federal; no lo consiguieron—lo que se explica muy bien, teóricamente,—y no soltaron el dinero,—lo que aún se explica mejor, teórica y prácticamente... Más: Un fuerte comerciante de Buenos Aires reunió varios accionistas para fundar en Mendoza—note usted que le hablo de grandes ciudades, ó casi,—para fundar en Mendoza, repito, un Banco de adelantos sobre la cose-

cha. Estudiaba los preliminares de su instalación, cuando observó que no podría ejecutar á sus acreedores reacios, por poco influjo que éstos tuvieran... Y, naturalmente, se volvió á la capital con su capital. Si tal ocurre en provincias adelantadas y organizadas, si hechos análogos se observan en Santa Fe, en Entre Ríos, etc., juzgue usted lo que pasará en regiones huérfanas de toda defensa, porque carecen de gente ilustrada y celosa de sus derechos... Agregue usted á todas estas calamidades la del reparto de la tierra, aquí donde un solo propietario tiene un tercio de provincia, y dígame si es posible salir rápidamente del atolladero. Fuera de unos cuantos señores que casi podrían llamarse feudales, la población es proletaria y vive exclusivamente de su trabajo; es decir: no trabaja sino lo necesario para obtener el puñado de grano con que ha de vivir algunos días, comiendo una parte y haciendo fermentar la otra para embriagarse y olvidar sus miserias. Sí, amigo, el lujo de esta gente es no hacer nada.

—¡Pero, míster Blend! Usted presenta las cosas tan negras como el betún; ¿no puede rebajar algo?

—¡No, señor! Tanto que el remedio resulta una utopía: que estas regiones encontraran un producto propio, que no exista en las demás del país, que no tema por consiguiente la competencia, que sea universalmente solicitado, y que así no necesitaría los andadores del proteccionismo para prosperar. Pero ¿cuál puede ser ese producto? Ni yo ni nadie lo sabe. Quizá pudiera ser el tabaco, quizá otra cosa. De las minas poco hay que esperar, porque, además de ser pobres, la industria minera no ha traído nunca consigo la positiva prosperidad de los países. Los mineros tratan de enriquecerse lo más pronto posible y levantar el vuelo en se-

guida; sin arraigo, constituyen una verdadera población flotante, para la que basta un campamento. El verdadero progreso de California comenzó cuando se hizo agricultora, no cuando era minera. La ganadería, que hoy está paralizada, podría determinar un gran impulso si los Gobiernos se preocuparan diplomáticamente de hacer que los vecinos rebajaran de un modo sensible los derechos de importación. Las aduanas de la cordillera pueden considerarse hoy como puertas cerradas para los productos argentinos... Pues bien, mientras no aparezca ese remedio maravilloso, estas provincias seguirán como hasta aquí—por lo menos durante muchos años,—sin población, sin inmigración, sin agua y sin rentas fiscales—consecuencia, esto último, de todo lo anterior.—Los Gobiernos, en efecto, no pueden sostenerse sin la ayuda pecuniaria del Gobierno nacional (lo que suprime, en realidad, su autonomía) y á pesar de esa ayuda viven de expedientes, contraen deudas de dudosísimo pago, descuentan un futuro que ellos mismos saben aleatorio, y tienen siempre la caja vacía, el crédito agotado y la escasa población doblegada bajo el peso de los impuestos, que gravita sobre los más pobres, porque los poderosos tienen siempre el medio de hurtar el cuerpo.

— ¡Bah! ¡Eso pasa en todas partes, míster Blend!

—Lo que no quiere decir que sea bueno. Y aun admito que lo de los impuestos ocurra en muchas partes; pero en lo referente á la acción de los Gobiernos, lo que ocurre aquí es único... En ciertos países de Europa, los gobernantes suelen echar mano de la caja pública; pero nunca hasta el extremo de dejarla llena de... cuentas pendientes.

—Porque se habrán traducido.

—¿No ve usted? Usted mismo encuentra ate-

nuantes. ¡Qué no encontrarán los que de tales mañas aprovechan!...

Y míster Blend hizo una pausa que yo aquel día no interrumpí.

XVI

PEGANDO LA HEBRA

—Lo curioso—me dijo otro día míster Blend, puesto por mí sobre el mismo tema,—lo curioso es que estas provincias, ó mejor dicho una parte de sus hombres dirigentes—disculpe la impropiedad,—creen que deben ser proteccionistas. Se hacen la consideración de que Tucumán es su mercado, y que, por consiguiente, su interés consiste en sostener los privilegios de la vecina provincia... Pero Tucumán, además del azúcar que no prospera ni en Santiago y que sólo Jujuy puede dar y da también, produce lo que ellas (salvo un poco de vino), y en escala mayor cada vez, de manera que el concepto es equivocado y la conveniencia desaparece. ¿Cómo compraría Tucumán, si no muy barato, lo que ya tiene en su territorio? Ahora bien, sin los enormes derechos actuales, estas poblaciones adquirirían los artículos importados á precio mucho menor, y sus productos no desmerecerían por eso, ni se depreciarían en su mercado, que debe ser el Pacífico.

—¡Aquí lo quería pescar, Mr. Blend! Usted olvida el vino de La Rioja, de Catamarca y de Salta, y no recuerda que aquí no se necesitan artícu-

los europeos sino en una escala insignificantísima.

No he visto nunca en míster Blend una sonrisa más irónica.

—¡Ah, el vino! Pero si el vino de Salta y hasta el de Catamarca no pueden llegar al mercado de Buenos Aires, ni al del Rosario, á pesar del proteccionismo á todo trance. ¿Cuándo cree usted que puedan ir? Dentro de muchos años, cuando por su elaboración hayan llegado á ser una especialidad, está bien. El llamado de La Rioja, bien sabe usted que, en su mayor parte, se fabrica en Buenos Aires, y por eso no hay que contarlo. En cuanto á que aquí no se usen los artículos extranjeros, le diré que eso sucede únicamente porque son demasiado caros; que se abaraten y se usarán aquí como en cualquier otra parte del mundo. ¡Vamos! Esto no debe ser proteccionista. Pero ¿qué saben los pueblos, y qué saben sus Gobiernos, sus Gobiernos sobre todo, únicos responsables (puesto que alguien debe tener esa responsabilidad) de lo que se hace ó no se hace aquí?... Y aunque supieran, ¿qué ganaríamos con ello?... La falsa autonomía de estos Estados, esa mixtificación que dura desde que el país comenzó á organizarse, ha sido uno de los males más debilitantes, uno de los daños mayores que haya podido hacérseles. La mayoría de los Gobiernos de la nación, inseguros, bamboleantes, sin vida propia, han tenido, para sostenerse, que dar á las provincias mandatarios de su hechura, hombres de conciencia elástica que les respondieran en todo, merced á una alianza que, en muchos casos, parece más bien una complicidad... si no lo es. Un hombre de talla, un estadista, no se presta á estas cosas... Y es lógico entonces que esos mandatarios impuestos, que esos agentes nacionales hayan seguido el ejemplo de arriba, con tanta mayor razón cuanto que no podían optar, no

teniendo otro medio de sostenerse. De ahí una corrupción que lo invade todo. Profundamente impopulares, los Gobiernos tenían que forjarse una apariencia de partido. Pero ¿cómo? Sencillamente, con dinero ó cosa que lo valiera, empleos de manos puercas, concesiones leoninas, empréstitos despilfarrados, Bancos saqueables y toda la seguidilla. La ruina general, en fin. Y como las rentas provinciales, aunque acrecidas por el subsidio de la nación, no bastaban—¡qué habían de bastar! —para los sueldos y propinas del ejército de los empleados que forman siempre el partido gubernista, aumentábanse y se aumentan sin cesar los impuestos, los gravámenes, esquilmando al pueblo mientras se crean monopolios odiosos, apenas disimulados, se cometen exacciones, se hace de todo motivo de multa y todo es ocasión de coima!... Me dirá usted que la renta mejoraría si se recaudara mejor... pero la parte que hoy desaparece suele ser el salario del partidismo... Esto no podría hacerse si hubiera justicia—axioma tan evidente que por suprimirla es por donde empezaron los Gobiernos para abrirse camino. Los jueces obligados á renunciar en una provincia porque habían colmado la medida de lo arbitrario y de lo inicuo, son buscados, reclamados por el Gobierno de otras, porque su misma ductilidad y falta de conciencia constituye para ellos una recomendación.

(Comentar este párrafo, sobre todo en lo atinente al proteccionismo).

—Esto—continuó Mr. Blend,—lo soporta amargamente el hijo de la tierra que no tiene iniciativa suficiente para marcharse y que cree natural é insustituible semejante estado de cosas, porque nunca ha visto otro mejor; pero el extranjero que lo ve no viene á radicarse aquí, ó, si ha venido, escapa

inmediatamente, sacudiendo el polvo de sus zapatos... Para convencerse no tiene usted más que consultar el número de inmigrantes que ha enviado la oficiña de Trabajo de Buenos Aires, y el de los extranjeros que se cuentan en cada una de esas provincias; ¡la última cifra es cuatro, ocho, veinte veces menor! En cuanto á los jueces de que le hablaba, podría citarle nombres propios, y las circunstancias en que han obrado; aquí mismo hay uno arrojado ignominiosamente de Santiago del Estero no hace muchos meses... Pero usted sabrá todo eso tan bien como yo. La justicia no existe, eso es lo importante. Y si no existe, ¿qué se puede esperar? Cuando pasea por la plaza de una de estas aldeas con humos de ciudad, ¿no se estremece usted al ver el cuartel de policía? Es el cimiento de toda esta armazón de embustes y abusos, sus habitantes hacen de guardia pretoriana, de árbitro electoral, y se substituyen integralmente al pueblo. Su influencia reside, como es evidente, en la fuerza, en el terror que infunde: cuando no amedrenta, mata—la vez siguiente le bastará con amedrentar.—Aún hay sangre que humea, pidiendo justicia, en Santiago, en Catamarca...

Le interrumpí, indignado.

—¡Habla usted como extranjero!—dije.

—Pues si no habla usted como yo, hablará como ciego y sordo, no como patriota. No protestar contra esto, no sacarlo á la pública vergüenza, es convertirse en cómplice, en encubridor, so pretexto de patriotismo. Piénselo usted bien, amigo mío, y tenga en cuenta que no me propongo disgustarlo, ¡muy al contrario!

Su expresión era al propio tiempo tan afectuosa y tan burlona que por no parecer ridículo sonreí, contestando:

—¡No me disgusto, Mr. Blend! Pero estas cosas

no dejan de hacer cosquillas, como usted comprende, y mucho más cuando las dice quien no pertenece á la familia... En fin, no ha terminado usted aún; hágame el favor de proseguir. Quedamos en que las fuerzas económicas están agotadas antes de haber producido, ó son ó fueron insuficientes, y en que el organismo político—sistema federal,—se cae á pedazos por descomposición... Veamos la sociedad...

—Permítame que no continúe, puesto que usted también está contaminado por el exagerado amor á su tierra, error que yo comparo á los desatinados mimos que convierten á los muchachos en pillastres ó en mequetrefes.

—¡Vamos, Mr. Blend! Prometo escucharle con la calma más completa y el interés más grande.

—Pero si, como en todo lo anterior, no tengo nada que decirle que usted no sepa, que no haya observado ya: cosas visibles, comprobadas, notorias, que si le interesan será sólo porque las agrupo aquí con cierta lógica. El problema social...

—¡Por fin!

—¡Permítame! El problema social de estas provincias no tiene actualmente parecido con la cuestión social europea, ni hay que confundir para nada una y otra cosa. Trate usted, pues, de interpretar bien mis palabras y de entenderme como quería Spencer que lo entendieran: penetrándose de mi verdadera intención... Ahora bien, esta sociedad se compone de diversos elementos que actúan simultáneamente y que podrían quizá llamarse clases. Así las llamaré para mayor claridad. Yo cuento nada menos que siete, á saber:

1.ª La de los que mandan (clase que podría llamarse «asociación» y que no es otra cosa), compuesta de los miembros del poder ejecutivo, legislativo, judicial, del jefe local del partido oficial y

de los adláteres que, naturalmente, nunca faltan. Esta clase es la usufructuaria del Estado entero, y aunque parezca que varía después de un trastorno—revolución, intervención ú otras yerbas,—siempre está formada por los mismos elementos, salvo alguna ligera transposición de nombres ó algún agregado inevitable de nuevas unidades.

2.ª La aristocrática, ó, si usted prefiere, «patricia», compuesta por los retoños de las viejas familias unitarias y federales, que confunden su apellido con un título nobiliario, se engríen con lo que sus antepasados hicieron, creen que su abolengo justifica su inaccjón y permanecen tan apegados á lo tradicional—los federales sobre todo — que mantienen vivaces las antiguas excomuniones y se niegan, no sólo á sospechar el porvenir, sino también á vislumbrar el presente... En Tucumán hay un club genuinamente federal, (1) y cuando el doctor Irigoyen fué á visitar la «tumba de los tiranos», las hijas de familias federales fueron á la plaza con divisas rojas... Los componentes de este patriciado poco se mezclan en la marcha de las cosas, tan desdeñosos para con los «parvenus» del Gobierno como para con el resto de la «plebe». Pero, cuando el caso llega, suelen pecar ocupando encumbradas posiciones que creen debidas á su estirpe y que se les dan para que sirvan de brillante rótulo á un mal producto.

3.ª La que forman los que hace años se enriquecieron y anhelan confundirse con la clase anterior; éstos son conservadores, apáticos, tolerantes, mientras los Gobiernos los dejan tranquilos. Cuentan con el ejecutivo y las Cámaras, y los jueces no se atreven mucho con ellos. Suelen hacer oposición, y, á veces, contribuyen con dinero á

(1) Acaba de disolverse, y se han rematado sus muebles.

algún movimiento revolucionario, cuando ven que éste será grande, con el objeto de tener influencia en el régimen ulterior y de participar en la designación de nuevos mandatarios.

4.ª La de los ricos recientes que, por regla general, lo son gracias al Gobierno, porque lo que es ahora, amigo mío, nadie, en estas provincias, se enriquece trabajando. Estos enriquecidos, como que todavía están con el ombligo pegado al poder que los dió á luz, no tratan de mejorar la situación general, y cuando mucho, contribuyen á derribar un Gobierno que no les conviene para substituirlo con otro tan malo ó peor, pero más favorable á sus intereses.

5.ª La de los pequeños comerciantes, opositores natos, como que son los que sufren todas las cargas, pero opositores líricos, porque de otro modo tendrían que cerrar sus tiendas: para eso están los jueces, los comisarios y hasta la misma Municipalidad.

6.ª Constituida por el pueblo propiamente dicho, ó sea por la mayoría de los habitantes, clase deprimida, incapaz de acción, analfabeta, que no busca ni desea, ni sabe nada, inteligente pero de inteligencia inactiva, pues por su idiosincrasia natural y por la artificial que le han creado los que están sobre ella—y que no es sino la exacerbación de la primera,—ni puede subir un peldaño en la escala social, ni lo sueña tampoco.

7.ª Y... y por más que le parezca mentira, todavía hay debajo una clase tan desheredada que sus miembros pueden asimilarse á animales ó máquinas: los indios que trabajan desnudos en los ingenios, que comen residuos y á quienes se paga con artículos inservibles, cuando no se les hace quedar debiendo al proveedor, habilitado, socio y cómplice del dueño del establecimiento, quien, para

afirmar su poder, tiene á la puerta un cepo en que, como un señor feudal, castiga al esclavo—libre, indisciplinado ó haragán...—¿Puede esta masa hacer algo que no sea lo instintivo, lo inevitable, lo que ordena la evolución natural, sin necesidad de doctrinas, plataformas, programas y caudillos? Usted me confesará que no—que esa masa es demasiado ignorante, que está demasiado encadenada por pequeños tiranos tan ignorantes como ella. La acción de los demás es también casi nula, como se lo he indicado rápidamente. Y aunque el espíritu de los hechos no fuera ese, el resultado—hablo de un lapso relativamente corto,—sería exactamente el mismo, pues existe la confabulación de los poderes—ejecutivo, legislativo, judicial, y, notable innovación, policial,—confabulación que no toleraría, y esto muy en último caso, sino un cambio de nombres que dejara en pie las cosas... Y sobre esta confabulación se abre el ala protectora del Gobierno nacional que cuida de sus caranchitos. A veces—y esto es bastante general,—el poder eclesiástico entra también en el «ring»; entonces hay que quitar la escalera, como dicen los franceses. Y si el clero no apoya directamente al Gobierno, de todos modos se esfuerza por mantener al pueblo en su ignorancia y fomentar su superstición... lo que viene á ser lo mismo. Estas colectividades son fatalistas, vale decir, están cristalizadas. Pero no crea usted que la influencia de los sacerdotes logran esto en la actualidad; es algo tradicional que cuesta poco esfuerzo sostener, y como el medio es propicio, la clase sacerdotal aumenta en número: se encuentra aquí como en su casa, y los que lo saben, acuden...

—¿Y el remedio, Mr. Blend? Ya que señala el mal, diga por lo menos cómo se ha de corregir...

—Radicalmente no es posible, sino después de

mucho tiempo de preparación. Parcialmente podría lograrse con un Gobierno económico, modesto, talentoso, honrado, que trabajara por el aplauso de las generaciones futuras... Pero lo primero que ese Gobierno tendría que hacer sería disminuir los gastos... es decir, reducir el personal administrativo... es decir, echar él mismo á la calle cientos de revolucionarios famélicos que lo derrocarían al día siguiente... Y, entonces, vuelta á empezar... No, mi amigo: no es, tampoco, tan difícil como parece: buena justicia, mucha educación, y ya se irá mejorando. Á bien que las cosas no pueden ya ir peor, y, como dijo Shakespeare: «Las desgracias »se detienen cuando llegan al límite más extre»mo, y retroceden al punto de donde han salido.»

Me eché á reir.

—La cita me parece oportunísima—exclamé.—¡Si estos pueblos llegan otra vez al punto de partida, ya están frescos!...

—Es cuestión de interpretación—repuso tranquilamente míster Blend.—Yo quiero decir, con Shakespeare, que las desgracias van decreciendo hasta cesar, después de hacer crisis. Pero ¿estarán ustedes ya en la crisis suprema, ó habrá que esperarla más dolorosa todavía?...

XVII

PALIQUE

Quizá recuerde el lector que antes hablé de la Quebrada del Tala, teatro del milagro de la acémila salvada por el seráfico padre San Francisco.

Pues bien, como los catamarqueños están orgullosos de la belleza de aquellos lugares, no debía faltar quién ó quiénes me incitaran á visitarlos. Y, en efecto, cierto día me invitaron—no contentas con la incitación,—tres personas en cuya compañía he pasado—aquélla y otras veces,—horas muy gratas á decir verdad: don Valentín Berrondo, vice-rector entonces del Colegio Nacional, don Manuel Soria, catedrático del mismo y de la Escuela Normal y don Waldino Tolosa, corresponsal de La Nación de Buenos Aires. No es chica suerte salir de jira con gente así, pues el espectáculo de la naturaleza parece exigir, en ocasiones, el comentario inmediato, original y caluroso, así como en otras reclamar la muda y melancólica contemplación. A veces, me he sorprendido á mí mismo, perorando con algún peón miope de ojos y ciego de cerebro, sobre la grandiosidad del panorama, la armonía del paisaje, la transparencia del cielo, la coloración del ambiente...

—¡Mire, mire!—exclamé una vez, llamando la atención de mi compañero de viaje sobre una puesta de sol maravillosa.

Ibamos en el tren; el otro asomó la cabeza por la ventanilla, y luego, volviendo hacia mí la cara:

—¿Qué? ¿Aquel ranchito?—me preguntó.

Abarcar con la vista un conjunto de cosas es algo más difícil de lo que parece, y para ello se necesita cierta educación, á falta de los dones innatos del artista. La mayoría, como la joven de que habla Bourget, verá sólo, en el paisaje grandioso del bosque, la insignificante ramita florida, detalle trivial del magnífico cuadro...

Demás está decir—volviendo al cuento,—que acepté con regocijo la invitación, y que el día fijado—7 de octubre,—á las seis de la mañana, me reuní con dichos amigos, y todos cuatro, enhorque-

tados en nuestras respectivas cabalgaduras, echamos á andar sin prisa por las calles de la ciudad, mientras que á las puertas de las casas asomaban curiosamente hombres, mujeres y *guaguas*, porque en lugar tan huérfano de novedades una simple cabalgata puede revestir las proporciones de un acontecimiento, como objeto de atisbo y tema de comentarios.

Tras de nosotros, montado en parda mula y calzadas las nazarenas mayores que yo haya visto en mi vida, marchaba un mozo de mano, en cuyas piernas golpeaban sendas alforjas rojas de tejido indígena, repletas—por sabrosa antítesis—de vituallas europeas llamadas á adornar el almuerzo campestre de que daríamos fe bajo la copa de algún árbol, junto á la clara corriente del Tala, si el tiempo no disponía otra cosa. Digo: esta parte del programa era inducida por mí, pues no me la comunicaron; además, no resultó exacta; la lógica no es todavía un instrumento de precisión.

Marchando en este orden, los caballeros delante y el escudero detrás, no tardamos en salir de las últimas calles edificadas, y nos hallamos en pleno campo estéril y reseco, siguiendo la antigua carretera que conduce á la Chacarita de los Padres, hoy tan abandonada que apenas puede adivinársela bajo los hoyos, las zanjas y las asperezas del terreno. Dificulto que transite por él vehículo alguno si no se le ha complementado antes con algún aparato aerostático.

En torno, la vegetación es pobre y triste; del suelo polvoriento emergen arbustos achaparrados, espinosos, de hojas pequeñas, que hunden profundamente sus raíces, buscando vestigios de subterránea humedad, y el polvo suelto cubre algunos ejemplares de mamilarias que semejan testáceos verdes, erizados de púas, durmiendo bajo sus con-

chas, ó víboras amodorradas por los ardientes rayos del sol. Aquí y allí, como gotas de sangre de un herido en fuga, asomaban las pequeñas flores purpúreas de la higuerilla, euforbiácea venenosa, pero menos temible al parecer que el punzante equinocactus de forma de budinera. Y, de vez en cuando, á lo largo del camino, aparecía la corteza verde claro de la brea, ó la negruzca de algún tala raquítico, ó algún musculoso garabato cubriéndose ya de aromas. Pero todo esto diseminado, inconexo, triste, como solitario, sin la alegría del árbol que mece sus ramas al sol, satisfecho de vivir...

Y aquel sol prolífico, que sólo esperaba la colaboración de un poco de agua del cielo para realizar con prodigioso vigor la tarea fecunda de cada año—dejábase sentir esa mañana, pese á lo temprano de la hora,—como una caricia más ardiente que agradable, templada apenas por el movimiento del aire al trote de nuestros caballos.

Cerca de nosotros, á un lado del camino, desarrollábase una angosta faja de verdura más clara y vivaz que el resto: eran los bordes del estrecho canal que lleva á Catamarca el agua del Tala—canal, más que por otra cosa, famoso por su costo, —ciento cuarenta mil pesos,—y por la inusitada solidez de su construcción, pues el día de la prueba se hizo pedazos, y los catamarqueños aguardan todavía su compostura, que costará otro tanto y se perpetuará en los siglos... El canal toma el agua del Tala por medio de una represa que abarca toda la boca de la quebrada de su nombre.

El Tala—presuntuosamente llamado *río* en Catamarca,—es un arroyo de limitado curso, que nace en la sierra del Ambato, corre de Noroeste á Sudoeste y se agota ó rezuma cerca de la ciudad, bebido por el sediento arenal. En la estación de las lluvias lleva agua en abundancia, pero si Catamar-

ca tuviera una población algo mayor, es seguro que su caudal no bastaría, durante el invierno, para las necesidades de sus vecinos, salvo que se le embalsara en tiempo oportuno y por medio de obras de gran costo.

...Seguíamos, entretanto, al trote de nuestros caballos, briosos animales avezados á los riscos y las breñas, de esos hechos ya al clima de fuego, ignorantes de lo que es la fatiga, capaces de devorar decenas de leguas por jornada, á paso igual, en cualquier pavimento, trepando ó despeñándose como cabras, para volver á empezar al día siguiente, tan frescos como si acabaran de salir de la invernada.

En el trayecto sólo habíamos visto dos ó tres ranchos aislados, de construcción misérrima, casi completamente abiertos á la intemperie, y en torno de los cuales vagaban algunas cabras que, interrumpiendo su tarea de ramonear el pasto escaso, duro como leña, alzaban la cabeza para observarnos curiosas, y nos seguían con sus ojos salientes é inexpresivos, mientras los lindos cabritillos triscaban dando saltos de acróbata y juntando las cuatro gráciles patitas á media vara del suelo. De vez en cuando, con penetrante balido, exigían de la madre un suplemento al desayuno matinal, y su aguda vibración resonaba como un toque de trompeta en el silencio aquel, apenas interrumpido por el redoble de los cascos de nuestros caballos y el murmullo regocijado de nuestra propia conversación.

Todo servía á Berrondo de pretexto para hablarnos de la naturaleza del terreno, de la flora, de la fauna, del gliptodonte hallado en Humaya, departamento del Ambato, á 2.100 metros de altura, de otro fósil análogo encontrado en la cumbre del Ambato, de las petrificaciones de la fuente ter-

mal silicoso-sulfurosa de Surillaco, á diez kilómetros de la vía férrea proyectada á Andalgalá, y uno de cuyos más hermosos ejemplares—un tronco de retamo convertido en sillar,—figura en su colección; de la curiosa leña que se recoge en las montañas, á tres mil metros de altura, la *yareta*, científicamente llamada *Azorella madreporica*, de forma redondeada y convexa, que está cubierta de menudas hojas verdes, y destila resinas y gomas, y el *cuerno de cabra* ó *Adesmia hórrida*, enzarzamiento de ramas rudas, de dureza córnea, que se levanta pocos centímetros del suelo; ambas inestimables para el viajero, el explorador, el cazador de animales montañeses...

Soria aprovechaba hasta las más calvas ocasiones para contrabandear alguna anécdota, risueña ó grave, y Tolosa hallaba medios tan originales como inesperados, de repetir las más largas y complicadas cifras de la estadística catamarqueña, en la que es toda una autoridad. Pero fué Soria—bien lo recuerdo,—quien á propósito de no sé qué, me contó entonces la historia de la primera imprenta de Catamarca, establecida en 1856. El episodio ofrece el necesario interés para justificarme, si lo repito aquí á mi manera.

Pues, señor, don Manuel Molina, vecino respetable y respetado de Catamarca, convencido de que Guttemberg hizo á la humanidad un presente del que no era bueno estar privados ni aun en el más recóndito y olvidado rinconcito de la tierra, levantó por aquellos años una subscripción popular, en la que se admitían donativos desde un medio hasta cien patacones, destinando su producto á la compra de una imprenta. Como no pretendía nada del otro mundo, sino un modesto taller, y como el pueblo catamarqueño es, ha sido y será

siempre patriota, (1) la suscripción quedó pronto llenada, y la casa bonaerense de Lucien—más tarde librería de C. M. Joly,—se encargó de adquirir los materiales necesarios, por la suma de ciento cuarenta onzas de oro. Comprada la imprenta, se encajonó y cargó en la legendaria carreta arribeña, que entre encajaduras y tumbos, llegó meses des-

---

(1) Esto no está dicho á humo de pajas. Véase, sino, el siguiente extracto de un discurso patriótico pronunciado por don Manuel Soria, en una fiesta organizada por el Colegio Nacional:

La participación de Catamarca y de sus hombres en la Revolución de Mayo, ha sido modesta, sin ruido, pero eficiente y viril. Catamarca aceptó la Revolución, reconociendo las autoridades emanadas de ella, y mandó un diputado á la Junta Gubernativa. El Cabildo, complementado con los vecinos más importantes de la ciudad, resolvió, en su sesión del 22 de junio de 1810, reconocer y acatar el Gobierno de la junta revolucionaria de Buenos Aires, y el mismo día se publicaron bandos haciéndolo saber al pueblo.

La figura culminante de aquella época en Catamarca era el coronel don Feliciano de la Mota Botello, quien, poco después de estallada la Revolución, asumió el mando como comandante de armas del territorio—septiembre de 1810.—y se apresuró á levantar una subscripción popular, que dió buen resultado, gracias á la excelencia de la causa y también al prestigio y al entusiasmo de su iniciador. Con aquellos recursos formó un batallón con ciento sesenta y ocho hombres bien equipados y cuatrocientos cincuenta caballos. La tropa catamarqueña marchó á engrosar el ejército patriota que se dirigía al Norte, bajo las órdenes del coronel don Domingo Ortis de Ocampo, que en 1812 debía ser teniente gobernador de Catamarca.

Aunque la región fuera muy pobre, no dejó de contribuir cuanto pudo á la grande obra revolucionaria, y de 1810 á 1814, Catamarca envió al ejército patriota ochocientos soldados, 16.000 pesos fuertes, quinientas vacas, ochocientos caballos, dos mil setecientas mulas, mil arrobas de harina, cuatrocientas monturas, seis fardos de ponchos y grandes cantidades de maíz y de trigo. También le envió pólvora; pero sobre este punto prefiero copiar *in extenso* la palabra del conferenciante:

«Vivía en Catamarca, por los años de 1812, un caballero cuyo acendrado patriotismo se avenía mal con su gran pobreza. Como era el único sostén de su familia, no podía seguir á los numerosos contingentes de reclutas que iban á cobijarse bajo las banderas de Belgrano; y su falta de recursos no le permitía contribuir á los gastos de la guerra, asociándose á las suscripciones populares. No teniendo nada que dar á la patria, hizo pólvora para ella. En las planillas de auxilios figuran trescientas arrobas de pólvora fabricadas por don Félix Plá, y enviadas al ejército del Norte. Pólvora catamarqueña fué, pues, la que se quemó en las salvas que saludaron por vez primera la bandera celeste y blanca, pólvora catamarqueña fué la que ardió en las batallas de Tucumán y Salta.»

pués á su destino, sin grave desperfecto de hierros colados ni tipos de fundición.

Pero una vez en la ciudad de Mate de Luna, la flamante imprenta estuvo á punto de no servir para maldita de Dios la cosa, porque nadie se orientaba entre aquel laberinto de piezas, planchas, mármoles, bastidores, rodillos, galerones, tornillos de presión, tipos empaquetados, burros, componedores, cajas y otros trebejos de uso hasta entonces desconocido.

Por fortuna para Catamarca, vivía en ella por aquel entonces un hombre ingenioso en achaque de máquinas y herramientas, llamado Calixto Ferreira, quien, con paciencia infinita y valiéndose de los prospectos ilustrados que á la prensa acompañaban, no sin mucho rompedero de cabeza logró armar el aparato, distribuir convenientemente los tipos y prepararlo todo para el acto trascendental de dar á luz la primera hoja impresa de Catamarca.

Hecho lo más, lo menos se realizó fácilmente: Ferreira formó cajistas—pobres paradores de letra que, comparados á los actuales, serían lo que á una liebre una tortuga,—y estos tipógrafos improvisados pudieron, bien ó mal, llenar su cometido, contribuyendo, el 25 de julio del mismo año, al alumbramiento del primer periódico (semanal y luego bisemanal), titulado *El Ambato*, dirigido por don Benito Ruzo, con la colaboración de fray Mamerto Esquiú, y del padre (aciago nombre para un periodista), y del padre Pesado.

Muchos se dirán que don Manuel Molina hizo un presente griego á Catamarca llevándole aquel instrumento de discordia; pero se equivocan de medio á medio.

Ya existían, efectivamente, inveterados hábitos de polémica y difamación que no por lo primitivo

dejaban de ser eficaces. La crítica, la sátira y otros desahogos personales tenían por órgano la puerta de la misma iglesia matriz, en cuyas hojas se pegaban con engrudo, antes de amanecer, los que, por eufemismo, llamaremos «papeles del día».

Entre los publicistas de esta índole se distinguía el célebre patriota, demagogo y tuerto por añadidura, don Feliciano de la Mota Botello,—cuatro veces gobernador de la provincia, antes y después de estos hechos,—quien redactaba pasquines de alta digestión, como diría Rabelais, en contra del gobernador don Nicolás de Avellaneda y Tula (1817-20, etc.), á quien tenían la virtud de enfurecer hasta el ultra violeta. Y cuentan las crónicas que el gobernador halló, por fin, el medio de vengarse y de apagar los fuegos al émulo catamarqueño del zapatero romano y su busto famoso.

Ello es que una mañana, á guisa de réplica contra un nuevo engendro de su mente, fijado el día antes en la matriz, al abrir la puerta de su casa don Feliciano, se halló con que habían pegado en ella un cartelón con esta simple leyenda latina: *A natura signate libera nos Domine!* cuya tosca é ingenua causticidad fué para él santo remedio, pues nada le dolía tanto como cualquier alusión burlesca, por indirecta que fuese, al harto visible defecto de su rostro. ¡Cómo cambian los tiempos! como decía el otro: hoy, ni por esas ni por otras más gordas hubiera callado, no digo don Feliciano, ni siquiera el último de los tinterillos metidos á periodistas, críticos ó cosa así, para quienes sin duda la sabiduría de las naciones inventó el dicho criollo de que «es más fácil hacer callar un chancho á palos.»

Pues, como iba diciendo, los pasquines cedieron el paso al papel impreso, como es natural, y, poco

después de la llegada de la imprenta y la aparición de *El Ambato*, produjose otro semanario hijo legítimo de los pegotes de la puerta de la matriz, y que se titulaba sugestivamente *El Burro*—libelo que, por otra parte, desapareció muy pronto, gracias á la influencia del padre Esquiú. Después aparecieron diversas publicaciones de índole más grave, á saber: *La Libertad*, *El Boletín Oficial*, *El Eco de la Juventud*, *La Unión*, á la que prestó ayuda el mismo don Domingo Sarmiento, y *La Voz del Pueblo*, que merece una especial mención.

En aquel tiempo existían en Catamarca dos partidos poderosos que se disputaban la opinión, el navarrista y el molinista. En cambio no había más imprenta que la susodicha, limitación que dificultaba enormemente las maniobras políticas de uno y otro bando. ¿Qué hacer en tan grave aprieto? ¿Cómo conseguir que cada partido tuviera su órgano ya que, conocida la prensa, se había convertido, por este solo hecho, en instrumento el más eficaz en las épocas de lucha ardiente?... A cualquiera se le ocurrirá que, falto de tiempo y de fondos para adquirir otra imprenta, uno de los partidos tuvo que conformarse y que el mejor postor ó el más influyente se quedó con los tipos... Pues nada de eso. La solución fué tan fácil como original, y hasta me atrevo á decir que democrática: por mutuo acuerdo, los molinistas dispusieron de la primera página de *La Voz del Pueblo*, y los navarristas de la segunda, y cada cual en la suya ponía al otro de oro y azul, sin pararse en pelillos, es decir, precisamente como suele hacerse todavía allá en el interior, con gran escándalo de los moralistas, y gran diversión de los aficionados á comidas fuertes. La imprenta que sirvió de instrumento para aquel hecho curioso y ejemplar, único en su

género, existe aún, arrumbada en un rincón de Catamarca; otras, más modernas, han venido á substituirla, pero no, sin duda, á mejorar los sistemas periodísticos.

XVIII

SUBIENDO AL CALVARIO

—¡Qué lejos estamos del paseo y del asunto!—dirá el lector, si ha tenido ánimo suficiente para llegar hasta aquí.

Pero se equivoca, porque los caballos han seguido con paso más vivo, nos han hecho cruzar el erial, dejando atrás las primeras colinas, han pasado una torrentera, el lecho del Tala—poco mullido á decir verdad, pues está casi exclusivamente compuesto de guijas y cantos rodados y en aquella sazón se hallaba seco,—y ahora trepan por piedras planas y resbaladizas, lajas, á la derecha del tajamar, en plena boca de la quebrada.

El espectáculo es agradable, si no grandioso. A uno y otro lado se alzan los cerros, más altos cada vez, cubiertos de vegetación—árboles, enredaderas, flores del aire.—El aire diáfano acerca los objetos, les da un relieve poderoso, hace contrastar violentamente los colores. Hasta las hojitas, las ramillas más tiernas, se destacan sobre el cielo con todos sus detalles. No hay segundo término: todo aparece á la vista como en un primer plano, cual si cerros, árboles y piedras se extendieran en línea de batalla. Sólo el tamaño relativo de los

objetos da la impresión de la perspectiva; el color no colabora en este efecto: una mancha rosada ó verde, allá en el fondo, tiene la misma intensidad que á un paso de distancia. Y para hacer más notable este efecto desenfrenado de color, los árboles mismos parecen disfrazarse: los hay azules, completamente azules, como el llamado jacarandá, análogo al tarco (1) de Tucumán, Salta y Jujuy; los hay rojos, completamente rojos, como el ceibo, cresta de gallo, según lo llaman los botánicos, (2) los hay amarillos, como algunas acacias cubiertas materialmente de aromas... Y al ver esto, recuerdo los esfumados y armoniosos paisajes de la Tierra del Fuego, donde también vibra intensamente el color, pero fundiéndose, enlazándose como en una magistral sinfonía... Si un pintor eligiera este paisaje para hacer un cuadro, seguro que se le acusaría de haberse entregado á los caprichos de la más arrebatadora y antiestética imaginación. El mal gusto sería el mínimo delito de que se le acusaría... Arboles azules, árboles rojos, árboles amarillos, árboles verdes también... y como por concesión, ¡qué locura!... Y, sin embargo, semejante capricho resulta una obra maestra de la Naturaleza...

Este cambio total en la fisonomía del terreno se ha producido gracias á la vitalidad derramada á su paso por la linfa pura del Tala, que corre á saltitos, entre piedras, fresca y dulce como agua de roca. A las mamilarias y cactáceas han sucedido hierbas tupidas que se extienden como alfombras ó brotan de las junturas de las piedras, y árboles que trepan la falda de las colinas, entremezclados con cereus como gigantescos candelabros, que aca-

---

(1) Thoninia weinmannifolia.
(2) Erythrina crista galli.

ban por reinar soberana y exclusivamente en la altura. En la quebrada misma, algunos algarrobos y talas, corpulentos, cuya sombra invita á descansar, y, como un aristócrata, erguido, aislado, lleno de verdor y lozanía, un enorme sauce, de frondosa copa y hojas y ramas como delicados flecos, árbol cuyo compañero está á muchas leguas de distancia, adentro, muy adentro, en los meandros que en la sierra abrió un día ó supo aprovechar el Tala para venir serpenteando cuesta abajo, á perderse en las arenas que rodean á Catamarca.

Reina una paz solemne en la quebrada; una brisa mansa y tibia templa los ardores del sol; uno que otro pájaro lanza su nota aislada y se oculta entre el follaje. Avanza el día y la Naturaleza se va adormeciendo, porque ella misma es quien ha enseñado la siesta á los habitantes de estas regiones, que aún la cultivan con tanto amor...

De pronto, en una revuelta del camino, veo una colina sembrada, de arriba abajo, de puntos blancos. Al pie distingo algunos edificios chatos y parduscos, de techo de teja.

—¿Qué es aquello?

—La Chacarita de los Padres.

—¡Ah! La casa de recreo de los franciscanos... ¿Y esa colina, salpicada de manchas blancas, qué es?

—El Calvario.

Poco después llegábamos al caserío y echábamos pie á tierra.

La ubicación del conventual retiro está bien elegida, en medio de corpulentos árboles y en un punto en que los rigores del estío no se hacen presentes con mucha violencia. La casa se compone de dormitorio, refectorio, una capilla, un cobertizo y las dependencias necesarias. Los padrecitos no tienen allí las comodidades de su gran casa de la capi-

tal catamarqueña, pero en plena Naturaleza, dulcificada por la disciplina de hortelanos y jardineros, no han de pasarlo mal, y hasta tendrán ratos muy agradables vagando por los alrededores, ó yendo de visita á los ranchos diseminados aquí y allá, donde no será raro, según las mentas, que se solacen escuchando los estilos melancólicos de algún guitarrero, las vidalitas quejumbrosas entonadas por alguna moza de voz dulce, ojos negros y colgantes trenzas, poco esquiva, ó saboreando la hierba perfumada y azucarada, en el mate de plata que abrasa los dedos.

Junto al convento levántase una colina de forma redondeada, colina solitaria donde el padre Aymond, franciscano venido de España cuando la matanza de sacerdotes que Pérez Galdós describe en su episodio «Un faccioso más y algunos frailes menos», erigió un Calvario allá por el año 1879. Es decir, el Calvario estaba erigido ya, si nos atenemos á la significación literal de la palabra latina *calvarius*—montecillo algo elevado, desnudo y pedregoso.

Desde el pie de la cuesta, á uno y otro lado del sendero tortuoso que conduce á la cima, y que trepamos no sin jadear, pues la pendiente es áspera y el pavimento está lleno de piedras entre las que brillan turmalinas azules, sucédense á trechos equidistantes trece capillitas abovedadas semejando hornos de pan ó pequeños sepulcros blancos. La última se halla á pocos pasos de las tres cruces simbólicas que coronan el montecillo, la del centro de madera toscamente desbastada, las otras dos hechas simplemente con troncos en bruto — que hasta en el árbol del suplicio habrá siempre sus diferencias y distinciones. Cada uno de los hornitos es una estación del Vía Crucis, y tras sólida y bien empotrada reja de hierro, deja ver en el hueco

una mala estampa coloreada, representativa de Cristo subiendo al Gólgota, y una tabla negra con inscripciones blancas, ramplonas redondillas que intentan glorificar el martirio del Nazareno.

Poco más lejos de las cruces levántase una capilla del tamaño de la palma de la mano, con una sacristía no mayor, donde se encuentran arrumbados diversos trastos utilizables en las ceremonias que allí se celebran. La capilla, de paredes blanqueadas con cal, tiene un altarcito, á cuyo pie, y tras de una vidriera, se ve una tosca escultura de Cristo yacente, salpicada de manchas de almagre á modo de llagas sangrientas. Encima del altar, una cruz negra, sin efigie, como se usó antes del siglo VI y, alrededor, colgando de la pared, facsímiles de los instrumentos del suplicio: los clavos, las tenazas, el martillo, la esponja empapada en hiel y vinagre, hasta la bolsa de Judas con los treinta dineros, prudentemente representados por discos de latón. Los dados con que se jugó la túnica, el gallo de San Pedro y la misma oreja de Marco, chorreando sangre, aparecen pintados en la pared.

En el suelo, frente al altar, vense varios ladrillos y baldosas perforados en el centro, palmatorias primitivas usadas por los devotos para sus luminarias piadosas, y que el sebo y las pavesas han ennegrecido y barnizado.

El techo de la capilla está pintado de azul y salpicado de astros como la bóveda de un templo masónico.

El Calvario domina un vasto espacio de terreno rodeado por un círculo de cerros más altos, á cuyos pies se extienden, como un manto verde, las altas copas de los árboles. Un silencio profundo reina en aquel sitio, y sólo se escucha, de vez en cuando, el rumor de alguna ráfaga de aire que vie-

ne desde lejos por la quebrada, tropezando en los contrafuertes de los cerros y peinando las hojas de los árboles con un murmullo de agua corriente.

Sonrío haciendo consideraciones acerca de la decoración semibárbara del Calvario. Soria ha entrado en la capilla con la cabeza reverentemente descubierta; hay que imitarlo, por bien entendida tolerancia y por cortesía; Berrondo asume cierto airecillo fisgón, nada reñido esta vez con su habitual gravedad; Tolosa calcula el número de peregrinos que acude anualmente á estos parajes, muy reducido porque la Virgen del Valle centraliza y monopoliza la devoción; y nuestros cuatro temperamentos, tan distintos sin embargo, llegan bajo diversas formas á sintetizar el sentimiento de aquel instante en una sola idea concreta:

—¡Qué bueno sería almorzar!

Bajamos más rápidamente de lo que habíamos subido, volvimos á montar á caballo, y sin haber visto en el desierto convento sino la silueta de la encargada de cuidarlo, emprendimos agitado trote en dirección á la Estancita, finca de don Ramón Gil Moreno, dentro de cuyos límites existe una cantera de lajas excelentes para aceras, patios, etcétera.

Allí almorzamos: cazuela de cabrito con verduras y cabrito al asador remojado con vino catamarqueño de Terán; y debo hacer constar, en honor de la cocina criolla, que hicimos poco caso de las conservas europeas que se tenían á prevención, llevando, en cambio, formidable ataque á las suculentas presas de los animalitos que quizá habíamos visto triscar regocijados por la quebrada una ó dos horas antes. Y, entre bocado y bocado, sin perder uno, se habló de la Virgen, del Calvario, de las supersticiones, de lo maravilloso en general, telepatía, presagios, apariciones y qué sé

yo qué más, referente, sobre todo, á las costumbres del terruño. Recordé alguna de las más espeluznantes creaciones de Poe, determinando su origen exclusivamente literario, y, en cambio, se me contaron algunas fechorías de *machis* (brujos) y de mano-santas. (1)

Tan poderosa es—siquier de un modo superficial,—la influencia del ambiente, hasta en los espíritus mejor preparados y más selectos, que, durante aquella conversación, observé en mis compañeros cierto aire entre convencido de que lo sobrenatural es patraña ó lo natural mal observado, y entre dudoso de que pueda ser posible siquiera una parte de las maravillas que tanto ama la ima-

---

(1) No resisto al deseo de transcribir aquí una carta de cierto famoso curandero, cuyo original me facilitó el Dr. Adán Quiroga, y que no deja de tener gracia, si es que no ofrece otro interés. Dice así:

«Mi amigo don Tiburcio Santo: Le doy esta mi memoria para »su resguardo cuando quiera salir á biajar, para que sepa que día »ade salir y a he saber el dia bueno para tratar y contratar, »porque yo le boy abisar los dias malos para biajar y aser tratos, »y también sise enferma en el dia malo no le ase cama porque ade »padeser enfermo y berá y se acordará deeste regalo que le haso »Jose Cornelio Gonsales.

»(El peor dia es el 10 de agosto y el 18 de setiembre, porque »todo es que se mueva una sabandija ya se fecunda).»

La carta no dice fecunda; pero no está bien copiar exactamente la palabreja empleada.

Aunque no venga muy á cuento, recordaré, también, una superstición que, según me parece, no figura en el excelente libro del Dr. Granada. El vulgo de aquellas regiones tiene un remedio infalible para librarse de los maleficios de brujos y brujas: darles un hachazo en cruz en medio de la frente. Y algunos lo han aplicado con la mayor soltura... Hoy mismo hay en Tucumán un hombre encausado por haber dado muerte á una mujer en esa forma (1899). El infeliz jura y perjura que estaba en su perfecto derecho, que se trataba de una bruja reconocida, y que no había querido matarla, sino romper el hechizo con que lo tenía sujeto, por el único medio humanamente posible... Castigar á este hombre es, pura y simplemente, castigar la bárbara ignorancia y la estúpida superstición de que sólo en pequeña parte es responsable....

Otrosí: Hasta no hace mucho vivió en Andalgalá una india considerada como hechicera—Magdalena Gómez, que despenaba (mataba) á los párvulos enfermos, rompiéndoles la columna vertebral.

ginación... Yo, por mi parte, deseaba que todo fuera cierto, por cansancio de esta vida monótona y chata que llevamos desde que se realizó el último milagro y se marcharon las últimas hadas. (1) Y cuando me acosté á dormir la siesta en un fresco

---

(1) Cuando apareció este relato en *La Nación* de Buenos Aires, mi excelente amigo el distinguido escritor catamarqués don Manuel Soria, de quien ya he hablado con el encomio que merece, y que tomó parte en el paseo, juzgó oportuno hacerme una broma espiritual basada en un incidente verídico, y publicó en *La Ley* de Catamarca la siguiente curiosa fantasía, firmándola con su conocido pseudónimo de Gil Paz:

Una aventura de Payró. — Con la reproducción que *La Ley* viene haciendo de los pintorescos artículos de Payró sobre Catamarca y los catamarqueños, se me ocurre narrar una aventura que el distinguido periodista omitió, sin duda por haber sido el héroe de ella.

Tres amigos acompañábamos á Payró en una excursión que se hacía por los alrededores de la estancita de Moreno—Tolosa, Berrondo y el que firma. — Visitamos el Calvario construido por el padre Aymón, admiramos el espléndido panorama de que se disfruta desde la cumbre, y sentados en las derruidas gradas que sirven de pedestal á la cruz del Mal Ladrón, emprendimos sabrosa plática. Tolosa habló de los interesantes paseos que en compañía de señoras y niñas solían hacerse á esta poética mansión veraniega de los padres franciscanos; Berrondo discurría eruditamente sobre la edad geológica del cerrito en que nos encontrábamos; sobre las rarezas de ciertas rocas, feldespatos y cuarzos, que pensaba llevar para su museo del Colegio Nacional, encontrando medio de intercalar en conversación tan áridamente científica, el chispazo espiritual que le caracteriza. Payró se daba tiempo para atender á ambos, tomar apuntes del paisaje, y aun escuchar no sé qué tradición que el suscrito le narraba, referente al padre Aymón y al paraje en que nos encontrábamos. Por fin descendimos del Gólgota y nos sentamos á la mesa, con el firme propósito de tributar los debidos honores á un cabrito asado rociado con restaurador y aromático Château Terán.

De sobremesa la conversación se generalizó, luego se hizo más concreta, y por último se condensó alrededor de lo maravilloso: se habló de hipnotismo, sugestión, transmisión del pensamiento, espiritismo, etc. Mientras hablábamos, Payró fué tomando poco á poco la posición horizontal, útil colocación del cuerpo para digerir, conversar y dormir en día de ardiente calor como era aquél; lo imitamos, y seguimos en coloquio tan entretenido como el que se había iniciado. El periodista levantó de sobre la mesita en donde se encontraban, novenas y libros piadosos, tomó uno de ellos al azar, y lo abrió: era uno de los numerosos opúsculos gongorianos escritos por el padre Orellana: *Las amenas florecillas de la Virgen del Valle.* Con este motivo comenzóse á discurrir sobre los milagros de la taumaturga patrona de los catamarqueños. Payró, tan crédulo con los milagros sugestivos de Onofrof, Falb, el conde de Das

catre de tientos, medio adormecido ya, pensé que, efectivamente, la atmósfera de algunas provincias es tan favorable á la superstición, como si estuviera materialmente saturada de ella. Un hombre ilustrado comienza por criticar severamente

---

y otros ilustres *macanneurs*, se puso escéptico con lo que el padre Orellana refería, y aun creo que comenzó á divertirse de mi ingenua credulidad. Berrondo y Tolosa no soltaban prenda ni en pro ni en contra. Poco á poco abandoné la discusión, pues sin estar dormido estaba en esa dulce transicion, intermedia entre el sueño y la vigilia. Oía, sí, que Berrondo le relataba no sé qué milagro que, por la intercesión, no recuerdo si de San Francisco ó de la Virgen, se había efectuado no lejos del paraje en que nos hallábamos, habiéndose salvado prodigiosamente un macho cargado con vino para el convento, y que, en compañía del arriero, se derrumbó de una altísima loma.... Me quedé dormido.

Una hora después, pasados los vapores del sueño mediante una loción con agua fresca, y luego de tomar el clásico mate, tratamos de ponernos en condiciones de regresar. El capataz de la estancia, á quien llamé á solas para pagarle la cuenta del gasto, se llegó á mí con cierto aire de preocupación.

—Dígame, señor — me preguntó, — ¿es cierto que piensan volver por las Cuestecillas en lugar de ir por el Bajo?

—Así es, ¿y qué?

—Es que al hombre ese que anda con ustedes le va á suceder una desgracia.

—¿Pero por qué?

—Porque se ha estado burlando de nuestro padre San Francisco y de la Virgen.

—Yo no lo he oído.

—Es que usted ha estado durmiendo. Pero, cuando don Valentín le contaba el derrumbe del macho y su salvación, no podía contener la risa, tanta era la gracia que le hacía...

—Bueno, ¿y cómo sabe usted que le va á suceder una desgracia?

—Vea, señor — repuso en tono confidencial, — porque ya les ha pasado lo mismo á otros que se han burlado de ese milagro de San Francisco... Vea no más — añadió, — una vez vino pasando de los Angeles para el Pueblo un gringo peluquero, un tal Tarantini, que usted debe haber oído nombrar...

—Lo conosco.

—El gringo pasó la noche aquí y supo el caso, poniéndose á reir de lo que le contamos. Al otro día siguió su camino, y llego al sitio en que se derrumbó el macho. Allí *mismito* se bajó no sé á qué diligencia y cuando volvió, no encontró su caballo; no sé si se le dispararía ó si se lo habrían hurtado, pero lo que sí sé, es que nunca se volvió á juntar con él, teniendo que llegar el gringo á su casa á pata... Otra vez, ño Verán Velasco, que tampoco quiso creer, fué arrastrado por la mula...

No lo dejé continuar, porque los compañeros, ya á caballo, me llamaban. Emprendimos el regreso por las Cuestecillas, tal como lo

tan absurdas creencias; luego, vista la inutilidad de sus críticas y enseñanzas, tolera el extravío de los que le rodean y con quienes está en continuo comercio; esa tolerancia, forzada en un principio, va haciéndose más fácil cada vez, hasta que

---

habíamos proyectado. Ni á Payró ni á nadie dije nada de los temores del capataz. Formados en una fila ascendíamos y bajábamos, haciendo gambetas con la cabeza y con el cuerpo á los espinosos árboles y arbustos que por arriba y por los costados atentaban contra la integridad de nuestros trajes. Marchábamos en este orden: Berrondo á vanguardia, Tolosa en seguida, luego nuestro huésped, y el suscrito cerrando la marcha. Habíamos llegado al paraje á que aludiera el capataz y que Berrondo señaló como sitio del milagro, donde Tarantini había perdido su caballo, donde la mula arrastró á Verán Velazco, y donde Payró debería sufrir algún contratiempo... Nos encontrábamos en el fondo de una quebrada profunda, sitio donde se encontró el macho del cuento sano y salvo, amén del vino que conducía sobre sus lomos. Había que salir de la quebrada subiendo una empinada y agria cuesta—la cuesta del derrumbe milagroso,—y llegar á la cumbre. Trepó Berrondo, desapareciendo luego á la vista en un zis-zas del camino; siguiólo Tolosa, y á los pocos pasos Payró. Yo me quedé observando en el bajo. El periodista cabalgaba en una yegua de propiedad de don Mariano González, medianamente briosa.

Llegaría Payró á la mitad de la Cuestecilla, cuando lancé un grito de espanto... Su cabalgadura se encabritó alzándose de manos y tratando de arrojar al jinete; en seguida emprendió una furiosa carrera, que hubiera dado fin con nuestro distinguido huésped, si no fuera por su admirable presencia de ánimo, pues con una rapidez y una fuerza que hubiera dado envidia á un profesor de gimnasia, se lanzó del animal con agilísimo salto. Payró cayó de pie y luego sobre las manos, por la fuerza de inercia, sin otros desperfectos que una ligera contusión en una muñeca, la rotura del pantalón, y el susto de nosotros, los espectadores de la casi catástrofe. Nada dije tampoco entonces del vaticinio del capataz, dejándolo para mejor oportunidad—cuando él hablara de ello en sus cartas á *La Nación*. Ahora que en una de ellas se admira de la credulidad maravillosa y de los dejos supersticiosos que dice haber observado entre gente culta é ilustrada,—y aunque pecando de inmodestia veo que se refiere á nosotros, sus compañeros de excursión,—se me antoja que ha llegado el momento de narrar esta aventura, de la que ha sido héroe el distinguido periodista, el amable huésped que últimamente nos honró con su visita, dejando gratos recuerdos por más de un concepto.—*Gil Paz.*

Una sola cosa me hace dudar de la veracidad absoluta de este relato, y no es por cierto el ignorado vaticinio del capataz, que bien pudo formularse, sino la afirmación de mi fe en Onofroff y otros prestidigitadores. Pero se comprende el alfilerazo después de leída la última frase del brillante amigo y colega, que me hace aquí el héroe apócrifo de un apócrifo milagro. ¡Bendita sea la imaginación!

se convierte en costumbre; y la costumbre crea, á la larga, una pasividad intelectual que, á primera vista, y hasta para el mismo que la sufre, puede confundirse perfectamente con una semicreencia... Cuando la infiltración de esas ideas comienza en la primera infancia, con los cuentos de abuelas y criadas; cuando durante toda la adolescencia se oyen relatos maravillosos, á la luz del candil, en la humosa cocina del rancho, ó en la penumbra del estrado, en las veladas de la casa paterna; cuando á los prodigios contados por la crónica popular se agregan los milagros aseverados desde la cátedra sagrada, el hombre, supersticioso por fuerza, se pregunta, sin duda: ¿Por qué esto sí y aquello no? ¿Quién es capaz de decir que ha pasado ya la época de lo sobrenatural?

Pero al llegar aquí, enmarañáronseme los pensamientos, y por arte mágico me hallé viajando por las maravillosas regiones del sueño, fantásticamente pobladas aquel día por el pesado calor y por el esfuerzo de una digestión laboriosa.

...Y cuando llegamos de regreso á Catamarca, al caer la tarde, supimos que durante todo el día había soplado un verdadero simún, y que la ciudad, envuelta en nubes de arena, parecía Herculano momentos antes de desaparecer de la faz de la tierra.

XIX

LA QUEBRADA DE PACLÍN

No salí sin pena de Catamarca. Al abandonarla jurábame volver en breve, apenas las circunstancias lo permitieran, para bañarme y rejuvenecerme en su sedante placidez. La visité en días de anormalidad, al salir de una revolución, cuando los ánimos estaban todavía exacerbados; y, sin embargo, la hidalguía de sus hijos, la amenidad de su trato, las patriarcales costumbres, la amistosa y fraternal acogida, hacíanme olvidar que estaba en pleno desencadenamiento de las pasiones, en plena reivindicación política á mano armada. Pero, pese á tan grata hospitalidad, érame preciso seguir desarrollando el plan que me había impuesto, érame preciso poner en orden y redactar las notas que desbordaban de la cartera, alejándome para realizar esta segunda parte de mi trabajo, pues de lejos se abarca mejor el conjunto, desvanécense los detalles poco característicos y el ánimo se ve libre de influencias inmediatas. Me despedí. Callo las atenciones de que se me colmó, los inmerecidos agasajos que se me hicieron, y no por ingratitud ni por olvido: una noche de afectuosas expansiones, en que me hallé rodeado por gentes de alto valer, estará siempre viva en mi memoria y en mi gratitud. Pero, ya lo he dicho, fuerza era marcharme.

Iba á Tucumán. Desde días atrás venía fastidiándome la idea de tener que desandar camino,

hasta la estación Recreo, porque el ferrocarril á Catamarca es sólo un ramal, y la cadena del Ambato cierra el paso á los rieles. ¿No habría otro medio de seguir hacia el Norte, sin necesidad de retroceder haciendo los ganchos más inverosímiles? A mi pedido, Tolosa me lo indicó, proporcionándome, también, cuanto para el caso necesitaba: un caballo y un guía.

—Váyase por la Cuesta del Totoral—me dijo.—Si no lo asusta una jinetada de unas cuantas leguas, puede ir á tomar el tren al otro lado de las montañas, gozando de un hermoso paisaje.

—Y esa Cuesta, ¿qué es?

—Pues un camino que en 1872 hizo don Adolfo Carranza por cuenta del Gobierno nacional. Ahora está muy abandonado, pero hasta no hace mucho era una carretera admirable; aquí la llamábamos, y no sin razón, «el mejor camino de la República».

Aquello me tentó, é inmediatamente rogué á Tolosa que me ayudara á buscar acompañante y cabalgadura.

—No tenemos que rompernos mucho la cabeza—me dijo.—Yo le prestaré mi propio caballo, que es de andadura (lo que en Buenos Aires llamamos de sobrepaso) y excelente. Además, haré que mi «mozo de mano», Luis Acuña, le acompañe.

Agradecí, como debía, tanta gentileza, mandé mis maletas á Tucumán por el ferrocarril y me dispuse á salir al día siguiente muy de mañana.

Amanecía cuando me despertaron. Arreglé mi cuenta con el insigne Caligari que, suponiendo príncipes rusos á los periodistas porteños, pretendió abusar de mi bolsillo, no sin éxito á pesar de una considerable diminución de sus pretensiones, y salí. A la puerta, montado en un caballejo

y teniendo de la rienda el zaino de Tolosa, aguardábame Luis Acuña, mocetón delgado y robusto, muy moreno, de fisonomía simpática, aunque sus negros ojos rehuyeran cazurra ó humildemente la mirada de los míos y estuviesen casi siempre atrincherados tras del ala del chambergo.

La calle estaba solitaria y silenciosa. Catamarca dormía aún. El aire húmedo del amanecer envolvía mi rostro y mis manos con una como tibia caricia. El cielo, purísimo, tenía fulgores de piedra preciosa. A lo lejos, un poco de neblina—un ligero vaho, más bien,—esfumaba con tonos opalinos la campiña, entrevista al extremo de la calle, y de vez en cuando, un rayo de sol parecía darle transparencias iridescentes.

¡A caballo y en marcha! Saliendo de la ciudad cruzamos el departamento de Valle Viejo, andando entre las quintas cuyos árboles, barnizados por el rocío de la noche, me ofrecían un fresco y regocijado verdor, descanso de la vista. Al pasar junto á la iglesia de San Isidro, comenzó á sonar la campana llamando á misa, en medio del gran silencio plácido, y como el sol doró su torre en ese mismo punto, hubiérase dicho que él era el campanero y que su luz vibraba también con metálico sonido.

Salimos al Bañado, campo relativamente fértil porque lo anega el río del Valle en sus crecidas, y cuyos pálidos verdores contrastan con la amarillez del arenal que lo circunda, atravesamos al sesgo otro gran campo de jarilla, y dejando atrás una «población» conocida por «el Puesto de Rivas», llegamos al Portezuelo, entrada del camino de la Cuesta del Totoral.

El flaco tordillo amarillento de Acuña iba al trote, el mío á un paso largo é igual, adelantando á un tiempo las dos patas del mismo lado, con un movimiento tan suave que, como dicen los paisa-

nos, «se hubiera podido llevar un vaso lleno de agua sin volcarlo.» Traté de hacer hablar á mi acompañante desde que salimos de la ciudad. Lento y callado, côn ese aire de resignación y hastío que parece común á todos sus comprovincianos del bajo pueblo, contestaba á mis preguntas apenas lo suficiente para no faltarme al respeto, sin darse, ó fingiendo no darse cuenta de mi deseo de trabar conversación con él. Mientras le sacaba las palabras con tirabuzón, hacíame sonreir el recuerdo de aquel otro comprovinciano ó vecino suyo, que realizó el colmo de la ambigüedad.

—¿Dónde es la quinta de don Claudio, amigo? — le preguntó un forastero, deteniéndolo en el campo.

—Avirigüe—le contestó el taimado paisano.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Y, entonces, ¿p'a que me pregunta?...

Contestación semejante á la de aquel otro, á quien se le preguntó:

—¿Adónde va este camino, amigo?

A lo que replicó tranquilamente:

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Cómo ni lo uno ni lo otro?

—¡Pues! ¡Ni el camino va ni yo soy su amigo!

Supe, sin embargo, que Acuña, catamarqueño puro, quizá descendiente de los antiguos dueños de aquella región, había nacido en Villa Dolores, —la Villa por antonomasia,—distrito del departamento de Valle Viejo; pero no adelanté mucho más, y fatigado por su laconismo, hube de limitarme á preguntas categóricas acerca del nombre de los lugares por donde pasábamos.

Así llegamos, pues, al Portezuelo, á cuyos lados se elevan altas rocas, como los montantes de una enorme puerta cuyo arco hubiese caído en pedazos. Nuestra aproximación hizo poner en fuga

á varias liebres y numerosos *cuises*, allí llamados conejos (1) que corrieron á ocultarse entre las peñas y el espeso matorral. Un rumor de colmena flotaba en el aire, cálido y húmedo, y el sol, reverberando en las piedras, anunciaba ya un día bochornoso. Poco después dejábamos atrás los vastos edificios de La Isla, cuyos escarpados alrededores fueron teatro de la muerte de Rivera y Barros en las jornadas de la revolución.

No estábamos muy lejos cuando nos alcanzó un jinete que no habíamos visto antes. Era don Javier Rodríguez, uno de los propietarios de La Isla, que se había apresurado á salir al vernos, hambreando por noticias de lo que en la ciudad pasaba.

—Los comisionados del Congreso—le dije—acaban de ser nombrados interventores por el Gobierno nacional. La rectitud del ingeniero Verasoro y del doctor Cané asegura á la provincia la vuelta á la normalidad.

Don Javier, que se dirigía al Chiflón, oyendo esto, exclamó señalándome los negruzcos techos de paja de los ranchos que ya se divisaban entre el follaje de los árboles:

—¡Hoy, allí, se van á *machar* (2) hasta las mujeres!

Esta insólita exclamación venía á demostrarme, una vez más, cuánto deseaba aquel pueblo el cambio de la situación política que había pesado sobre él, fatigándolo con los impuestos, las exacciones y las arbitrariedades y, al propio tiempo, me recordaba la semibarbarie de algunas fiestas populares que dejo más ó menos descriptas en las anteriores páginas. El Chiflón iba á ser teatro de una orgía patriótica... Pero ¿hay que espantarse por eso?

---

(1) Es el *apereá* de los guaraníes.
(2) Embriagar.

En pleno refinamiento de la civilización, ¿no se festeja todo con *banquetes?*...

Pasamos de largo por el Chitlón, pequeña ranchería que tendrá unos cincuenta habitantes, situada á tres kilómetros del Portezuelo, y sombreada por altos y hermosos árboles, pues en la quebrada del Paclín la vegetación rica y poderosa hace olvidar los eriales que rodean á Catamarca y va aumentando y embelleciéndose á medida que uno se interna en ella.

El Paclín, que da nombre á la quebrada, nace en la sierra del Alto, riega el valle y corre unos ochenta kilómetros de Norte á Sur, pasando por Paclín, Amadores, La Bajada—adonde llegaríamos poco después,—Portezuelo y Valle Viejo, para desaparecer, sorbido por el arenal, á cierta distancia de Catamarca. El es quien da lozanía á la vegetación y vida á los pequeños pueblos que salpican la quebrada, como alegres refugios, á uno y otro lado de la carretera, circundados de tierras de labor en las que se mecen al viento las gruesas panojas del maíz y las orgullosas espigas del trigo. La espesa arboleda impide muchas veces ver las alturas de las sierras de Gracián y del Alto, que encajonan el valle. Esta sierra es ramificación de la de Aconquija, (1) que el sabio Latzina describe así: «Esta sierra está separada del sistema an»dino por el valle de Santa María. Su tronco ocu»pa la parte occidental de la provincia de Tucu»mán y penetra en la de Catamarca por tres ra»mificaciones, una que se dirige al Oeste, y »se llama Sierra del Atajo, otra que se dirige al Sur »y que es la Sierra del Ambato (2) que, más allá »de la quebrada de la Sébila, toma el nombre de

(1) Tierra que no seca.
(2) El sapo.

»Sierra de Mazán, y otra que se dirige al Sudeste »y que se llama primero la Sierra del Alto y lue»go de Ancasti. Al Norte continúa la Sierra »de Aconquija, con las cumbres de Calchaquí. »Contra el tronco principal se apoyan varias ca»denas secundarias dirigidas todas en el sentido »del macizo y que constituyen lo que se llama la »Sierra de Tucumán. Estas cadenas se escalonan »paralelamente y á alturas progresivas á partir »de la primera. Esta tiene una altura media de »unos mil metros, y mientras en su falda oriental »se desarrolla una rica vegetación subtropical, se »nota que la occidental, más seca, está menos do»tada por los dones de Flora. Esta diferencia de »aspecto entre ambas laderas de una misma sie»rra, se encuentra en todas las demás cadenas. Las »alturas de los siguientes cordones son de mil »ochocientos, dos mil trescientos y dos mil sete»cientos metros. El último cordón contribuye á »formar los valles de Santa María, y por el lado »opuesto los de Tafí. La sierra de Aconquija cul»mina en el nevado del mismo nombre. Por su »constitución física pertenece esta sierra á las ro»cas metamórficas de cristalización, lo mismo que »la del Atajo y la de Ancasti. Aquéllas se com»ponen de gneis, micasquistos y granitos. En el »punto de arranque halló de Moussy algunas trazas »de pórfiro negro de la cordillera, y en los guijarros »rodados del valle de Santa María, vestigios tra»quíticos.» (1)

Pues—volviendo al cuento,—poco más allá del Chiflón echamos pie á tierra cerca de un grupo de árboles que rodeaban la carretera como un bos-

---

(1) F. Latzina. *Diccionario Geográfico Argentino, con ampliaciones enciclopédicas rioplatenses.* Buenos Aires, 1899.—libro admirable por el talento de su autor, su originalidad, su espíritu crítico, su esfuerzo paciente y su sabiduría.

queeillo, junto á una acequia de agua cristalina que se deslizaba serpenteando, silenciosa y fresca. Acuña desató de los tientos de su montura unas vistosas alforjas de lana de colores, tejidas á la manera de los indios quichuas, y sacó de ellas el abundante repuesto que á prevención del desayuno llevábamos. El apetito estaba á punto, el ánimo alegre con aquel paseo tranquilo y tan agradable, porque si bien el sol catamarqueño comenzaba á picar con su acostumbrada violencia, la sombra de los árboles por una parte, y la brisa que refrescaba el valle por otra, atenuaban eficazmente sus rigores. Una recua de mulas, con su madrina repicando el ronco cencerro, por delante, invadió en brusco y turbulento desfile, nuestro improvisado comedor y obscureció su ambiente con densas nubes de polvo. Armonizaba con las notas bajas del cencerro el trémulo agudo de los cascabeles, y en el tropel y el torbellino negro de la polvareda, veíamos vagamente las largas orejas de las acémilas y los flancos deformados por los enormes cargueros en completa desproporción con su talla. Los arrieros, á fuerza de broncos gritos y restallar de látigos, aceleraban aquella especie de alud, que no tardó en pasar dejando detrás una niebla espesa y asfixiante, que aún parecía sonora y turbulenta, como si ondas de ruido quedaran flotando en ella.

El ligero desayuno, compuesto de insulsas é indigestas conservas europeas, dió fin muy pronto, no porque yo tuviera prisa de terminar la amena excursión, sino porque Acuña no se atrevía á dar suelta á la perezosa lengua, pesia mis incitaciones. Sobremesa sin charla vale poco, así es que, dejando los verdes manteles en el suelo, reanudamos la marcha, mi espolique deseoso de llegar, yo con ganas de que el camino se prolongase eterna-

mente... Perezosos pueden ser los catamarqueños en su mayoría, pero, salvo raras excepciones, no logran darse cuenta de la calma aparentemente abandonada de los contemplativos. Entretenerse con las mulas que pasan, con las aguas que se deslizan, con las hierbas que susurran, con las hojas que palpitan en los árboles, con la nube que cruza blanca por el cielo azul, con la manchita de malva ó de violeta que deja un hueco de la vegetación, cosa es de gente que ha perdido el sentido práctico de la vida, y á quien el alma se le pasea por el cuerpo. Bueno es holgazanear; pero siquiera durmiendo, no papando moscas ante la vacuidad del infinito...

¡Pobre Acuña! ¡Cómo iba á sufrir por culpa de mi dulce *flânerie*, eternizadora de un viaje que podría haber terminado en tan poco tiempo! Y pobre de mí, también, porque en mi deseo de no ser molesto á nadie, llegué hasta el punto de acelerar la marcha y acabar con ella al día subsiguiente, cuando le hubiese dedicado gustoso una quincena, ó un mes, ó un año... Así, hay influencias, insospechadas por lo mínimas, que pueden llegar á ser hasta obstáculos de simples paseos ó de grandes acciones. Cuestión del cuándo y el cómo...

Yocán, con su puñado de habitantes, quedó atrás, lo mismo que Carán y la Bajada, sucesivamente después. Poco habíamos avanzado, á decir verdad, pero eso no impidió que, dos kilómetros más lejos, nos detuviéramos en la risueña aldea de Palo Labrao, grupo de ranchos que parecen negruzcos é inmensos hongos brotados á la sombra de los árboles cuyo follaje ocultan las paredes rugosas y los enmohecidos techos de paja. No hubiera yo, por nada del mundo, dado un paso más sin previa conversación con alguno ó algunos de los doscientos y tantos habitantes con que cuenta

aquel pequeño y pacífico lugar, que debe su nombre, á lo que pienso, á alguna de las toscas esculturas de madera hechas por los indios para servir al culto simbólico de sus deidades antropomórficas, y encontrada allí más tarde, cuando ya la obtusa comprensión general no hallaría en ella más que un palo labrado, convertido quizá en mano de mortero para pisar maíz antes de que lo examinara el perspicaz folklorista ó el arqueólogo machucho. Así es que, so pretexto de almorzar, llamamos á la puerta de un rancho cuyo buen aspecto nos cautivó, pidiendo la hospitalidad que á ningún viandante se niega en aquella comarca patriarcal.

Salieron á recibirnos dos mujeres jóvenes, vestidas de luto, que, impuestas de nuestro deseo, nos invitaron á desensillar, retirándose inmediatamente al interior de la casa, donde las oímos en gran trajín de preparativos culinarios.

Cuando entramos, la salita que se abría casi sobre el mismo camino, junto á la tranquera, estaba recién regada y barrida, con sus pobres muebles bien arrimaditos á las blanqueadas paredes. Era evidente que habían hecho desaparecer los materiales del trabajo á que se dedicaban, que era el de hacer cigarros, según comprendí por un gran mazo de hojas mal oculto con un lienzo, sobre un velador que sustentaba, debajo de su urna de cristal, una pequeña imagen de talla de la Virgen del Valle. Varias estampas de santos adornaban las paredes.

Una de las mujeres nos hizo los honores de la casa, mientras la otra se atareaba en la cocina. Su apellido era Cisterna y habían quedado huérfanas poco tiempo atrás. Solas en aquel pacífico rincón cultivaban su huertita, cuidaban de su gallinero y tejían, bordaban y hacían cigarros para allegar los pocos recursos complementarios que su

sostenimiento exigía. Lamentaban, solamente, la mala calidad del tabaco que se cosecha en aquella región.

—Es *apagoso*—me dijo la joven.

Y, si no arde bien, el cigarro es mercancía poco solicitada y pagada á precio más bajo que otro cualquiera, más combustible.

Pero las quejas no fueron sino una incidencia de la conversación, pues la dueña de casa supo conducirla con amenidad y apartarla de todo tema ingrato, haciendo ingenua gala de un «buen tono» que no siempre es dado hallar en los grandes salones. Solícita sin exageración, me hacía el efecto de una persona con quien me ligara antigua y respetuosa amistad. Así su hermana mayor, quien no tardó mucho en presentarse con una fuente en que humeaba su mejor gallina, incitándome á devorarla sin cumplidos y obligando al buen Acuña á participar de ella.

—Vino es lo que no puedo ofrecerles—dijo sonriendo.—Ya supondrá usted que en esta pobreza no pueden abundar los lujos.

¡Admirable y sencilla bondad! Confiésote, lector egoísta, que me puse rojo hasta la raíz del cabello, avergonzado de mi desfachatez y de la indigna expoliación que estaba cometiendo: hacía poco habíame desayunado con mis conservas, de las que aún llevaba buena parte en las alforjas de Acuña, no tenía apetito y era evidente que aquellas buenas mujeres tomarían á ofensa hasta la más tímida tentativa de pago. ¡Qué! ¿se puede pagar esa hospitalidad franca, esas atenciones sin servilismo, esa acogida amistosa é hidalga, en la que hay algo de satisfacción y de sano orgullo?... ¡Por vida de!... Mucho hubiera dado yo por no haberme valido del mezquino y torpe pretexto del almuerzo, para conversar un momento con aque-

llas damas que, seguramente, no volveré á ver en mi vida, y á quienes envío, á través del tiempo y la distancia, mi respetuoso saludo.

Turbado por estos pensamientos, apenas acerté á decir algunas frases de gratitud, y me esforcé por hacer honores á la gorda gallina fingiendo una gazuza harto amortiguada ya con el tente en pie del bosquecillo. Afortunadamente, el taciturno Acuña, no sé si por natural predisposición ó como un sacrificio hecho en honor mío para disimular el pretexto y sacarme con bien del apuro, descarnó los ajamonados muslos en un santiamén, atropelló con ímpetu heroico á media pechuga, y luego se entretuvo plácidamente en disecar el armazón, cuyos huesos destilaban dorado jugo. El ave y sus gentiles donantes recibieron, pues, los merecidos honores.

Entretanto, la cocinera se lamentaba de una catástrofe que pronto iba á caer sobre aquellas poblaciones, sin que nada pudiese apartarla de ellas:

—Ya han andado por aquí los ingenieros, tomando medidas. Allá, de aquel lado de la quebrada, van á poner los rieles. ¡Mire qué desgracia! ¡Eso es la muerte de estos pueblos, la muerte, como se lo digo!

—¡Pero, señorita, muy al contrario! ¡Eso es el progreso, eso es la vida!

—No, no. Es la muerte. El ferrocarril se lo llevará todo y estos ranchos tendrán que acabar por despoblarse...

¡Oh, múltiples aspectos! ¡oh, consecuencias sucesivas y lógicas del progreso! Era verdad. El silbato de la primera locomotora que cruzara por aquellos parajes, sería como la orden de un hada maléfica que los convirtiera en Bosque Durmiente por un período de años, hasta que la misma locomotora, como la lanza de Aquiles, curase la herida

abierta por ella. A lo largo de la quebrada serpentea la carretera, frecuentada por las recuas que vienen de Tucumán, cargadas de mercancías substituidas luego por otras en Catamarca; y ese comercio activo deja diariamente en las aldeas que sirven de jalones al camino, un sedimento valioso que contribuye á vigorizar su vida, harto precaria con el solo elemento de su agricultura y sus escasos rebaños de cabras. El ferrocarril se lo llevaría todo, pasando de largo, lejos de los pobres rancheríos, sin dejarles ni un poco de aluvión fecundante... Luego, con la creación de estaciones cercanas entre sí, devolvería centuplicadas las fuerzas y las riquezas que habría paralizado. ¡Pero el pavoroso interregno!... ¿Qué importa el futuro á aquel á quien agobia la amenaza formidable del presente?...

Me dispuse á reanudar la marcha, ordenando á Acuña que ensillase los caballos, y busqué alguna manera delicada de compensar siquiera el gasto hecho, ya que no las atenciones.

—Pronto volveré de Tucumán—dije,—y no dejaré de almorzar ó comer aquí, aunque ustedes no me inviten. Soy muy suelto de cuerpo... Y tanto, que les confesaré que no me gusta comer sin vino. ¿Quieren hacerlo comprar, para tenerlo á mi regreso?

Y, no sin vacilación, les ofrecía un billetito, microscópico á fuerza de dobleces.

Una de ellas, que me miraba sonriendo, me replicó garbosamente:

—Sí, su vuelta será la del humo; ya me lo dijo Acuña...

Corrido saludé, salí, monté á caballo. ¡Oh, amable Catamarca! ¡cuándo volveré á descansar en tus pueblos, á solazarme en tus campiñas!...

El sol picaba como si aquélla fuese la primera

vez que encontrara cervices y espaldas de cristianos en que satisfacer sus iras, por lo cual pasé sin detenerme junto al rancho de los Salcedo y apenas tuve una mirada para la antigua posta de Mr. Déllétéry, semioculta en un repliegue del terreno. Lo mejor era ganar el pueblo de Amadores y refugiarse en el hotel—de que me dió noticia Acuña, rompiendo su mutismo,—hasta que comenzara á caer la tarde. Ocho kilómetros separaban Palo Labrao de aquel soñado asilo, pero los caballos, como si entendieran, devoraron la distancia, y poco después daban con nuestros cuerpos y nuestras almas en el pomposamente llamado «Hotel de doña Javiera».

Este hotel es el centro del movimiento de una población de quinientos ó seiscientos habitantes y uno de los puntos principales de parada para el trajín de la carretera. Amadores, cabeza del departamento de Paclín, se halla á 820 metros sobre el nivel del mar, y como Catamarca está á 511, en los cuarenta y dos kilómetros de camino habíamos subido 309 metros. El pueblo parecía dormido bajo la lluvia de oro del sol, y en sus calles, edificadas con ranchos y casas bajas, no se veía un ser viviente; hasta los perros *sestcaban* á la sombra. Después de desensillar, entramos en la sala del hotel, cuidadosamente mantenida en la penumbra, con sus ventanas y puertas cerradas: era una vasta habitación de paredes desnudas y piso de ladrillo, con unas cuantas mesas, sillas de paja, sórdido mostrador y estante lleno de polvorientos frascos y botellas. Doña Javiera, mujerona gorda, de carnes fláccidas, que no debió, sin embargo, ser mal parecida en su mocedad, nos recibió risueña, invitándonos á descansar.

—A eso precisamente venimos, y si puede usted procurarme un catre en que dormir la siesta...

—Paso, si gusta.

Atravesamos el ancho patio, cuadrado por tres cuerpos de edificio y una tapia, y me hizo entrar en otra habitación, tan grande como la primera, con varias filas de camas de hierro, á modo de hospital, en una de las cuales roncaba rabiosamente un prójimo. Allí me dejó, y pese á los ronquidos, pese á los hachazos retumbantes de un mozo que cortaba leña en el corral inmediato, no tardé en quedarme dormido: para un sedentario como yo, sempiternamente atado al escritorio y las cuartillas, en el encerramiento del despacho ó la redacción, aquella jornada bajo el sol de fuego, resultaba abrumadora, y me había dejado rendido aunque satisfecho, sin más daño real que estirarme la epidermis de la cara como el parche de un tambor. ¡Bah! ya se caería cediendo el puesto á otra, y no sería aquélla mi primera desolladura. Dormí, pues, pero no cuanto deseaba; dos horas más tarde me despertó el implacable Acuña, arrancándome á la impasibilidad de los troncos en que me hallaba deliciosamente sumergido.

Un rato de tertulia en la sala me hizo conocer á varios vecinos, acudidos al olor de noticias frescas: el comisario de Amadores, patizambo, un telegrafista liliputiense, y otros más que galgueaban por saber de la revolución, de la investigación parlamentaria, de la intervención nacional. Satisfice ampliamente estos deseos, acepté su galante invitación á una copita de vino, brindé con ellos, pagué unos reales á doña Javiera por el alojamiento, y como los caballos estaban ya ensillados, salí, monté y emprendimos la marcha rumbo á La Merced, al pie de la cuesta del Totoral, y más exactamente á la posesión de don Wilfrido Figueroa, quien, la noche antes, en el Club de Catamarca,

me había brindado hospitalidad y dado una carta para su mayordomo.

Ya me había connaturalizado con el paisaje, los ranchos agazapados junto al camino, el bosque, cada vez más espeso, los grandes árboles aislados, cubiertos de flores, los praditos de terciopelo, en cuya alfombra se entregaban los cabritillos retozones á graciosos ejercicios acrobáticos, los maizales de verde esmeralda, los trigales amarillentos, el arenoso y seco cauce de los arroyos en cuyo lecho reverberaban como millones de lentejuelas de plata las partículas de mica que las aguas habían acarreado desde las próximas sierras... Sólo tuve, pues, una mirada para el cuadro de género que me ofrecía la aldehuela del Bastidor —seis kilómetros más lejos,—con su grupo de mujeres bajo los sotechados sin paredes, una ante un telar en que tejía paciente y lentamente uno de esos ponchos multicolores que cuestan años de labor asidua, otras pisando maíz en el mortero, con grandes y acompasados golpes, otras aventando grano en los cedazos, con un movimiento curvilíneo y continuado que daba á su torso y sus glúteos un meneo de zaranda, como variación de la danza del vientre... Un poco más allá el tropel de nuevas recuas de mulas en viaje á Catamarca, nos ensordeció con sus patadas, sus cascabeles, sus cencerros, al par que envolvían el paisaje en torbellinos de polvo, como un telón que cae para el entreacto. La tarde caía también, y nuestras sombras se alargaban desmesuradamente sobre el camino, delante de nosotros. Estábamos cerca de La Merced y ya veíamos en el horizonte, primero, en lo alto de una cuesta, el arbolado más compacto que rodeaba la población, después, recortando el cielo violáceo, la faja azul de las montañas. Los colores crudos del paisaje se atenuaban, y en lu-

gar de los contrastes poco antes violentos—árboles azules, árboles amarillos, árboles rojos, árboles verdes, peñascos de ocre, arenales pajizos centelleantes de mica,—difundíanse por todos lados armoniosas y agradables gradaciones, suavísimas veladuras, como para descanso de los ojos.

Un pajarillo lanzó á corta distancia un grito lastimero—algo que podría anotarse así: *fen*, *fin*, *fen fin*,—y lo repitió varias veces, á intervalos regulares.

—¿Qué pájaro es ese?—pregunté.

—Es un crispín, señor—contestó Acuña.

—¿Y qué es un crispín?—insistí.

¡Oh, milagro! O Acuña me había perdido el miedo, ó la hora llena de encantos despertaba su instinto poético, ó el tema era particularmente de su agrado, pues cuando me contestó:

—Dicen qu'es una viuda que llama al marido—ví en su ojos que no me costaría mucho hacerle contar aquello.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso?—exclamé, refrenando el caballo.

Acuña—aun no vuelvo de mi asombro, — me contó la siguiente leyenda. ¡Cuánto lamento no haber podido estenografiar sus palabras!...

XX

CRISPÍN Y CRISPINA

En los campos amarillea la mies madura, y bajo el sol de fuego se levantan torbellinos de polvo que no han podido aplacar las últimas lluvias. Es

el momento de la siega. El paisano que ha sembrado va entonces á invitar á los vecinos y amigos á la fiesta estival, á la *minga*, que reunirá á todos en torno de su rancho, al son de las guitarras, á bailar y beber aloja cuando cae la tarde, en las horas frescas, después que cada uno ha prestado su ayuda para recoger la cosecha—el trigo ó el maíz, que aseguran el pan del año entero.

...Dos vecinos, labradores, invitaron aquel año á Crispín y la Crispina, su mujer, y después de discutir entre ellos qué invitación aceptarían, los esposos resolvieron marcharse cada uno por su lado, Crispín á la *minga*, en que seguramente se jugaría más á la taba, Crispina á aquella donde el baile iba á estar, de juro, más alegre y animado. Llegó el día, y apenas comenzaba á amanecer, cuando ya se pusieron en camino, prometiéndose pasarlo alegremente.

Entre otros muchos defectos, tenía Crispín el de ser bebedor, y como consecuencia, en cuanto comenzaba á dominarlo la embriaguez, un pendenciero de marca. Sus reyertas se contaban por docenas, y cuando la aloja «se le había puesto de sombrero», cualquier pretexto le bastaba y aun sobraba para desenvainar el cuchillo y emprenderla á tajos con el más pintado. Fuera de estas circunstancias, era el hombre mejor del mundo, cariñoso con Crispina, servicial con todos, muy amigo de sus amigos...

Y sucedió aquella vez lo que tantas había sucedido: Crispín armó camorra á uno de los invitados, salieron al sol los cuchillos, formaron rueda los espectadores y empezó el combate.

Crispín había bebido demasiada *algarrobilla* y su adversario fortuito era muy de armas llevar. El desenlace, á no dudarlo, sería desfavorable para el primero, á pesar de su bien ganada fama de

ágil, diestro y valiente. Y así fué. El duelo no duró mucho. Una terrible puñalada en pleno corazón tendió á Crispín sin vida...

La *minga* se deshizo, el heridor huyó, los concurrentes se diseminaron para evitar responsabilidades ulteriores, y los dueños de casa quedaron solos, cuidando el cuerpo, aun tibio, de Crispín.

Un muchacho montó á caballo y corrió al rancho donde bailaba Crispina, para anunciarle su desgracia...

Era en lo mejor del baile: rasgueaban las guitarras, volaban los vestidos almidonados, zapateaban los ojotas bajo el cobertizo iluminado por cuatro ó cinco candiles, entrecruzábanse las *relaciones* y las *letras*, y Crispina se llevaba todos los sufragios.

Horas hacía que bailaba, como en un frenesí, y ni en su frente se veía una gota de sudor, ni sus miembros elásticos retardaban los graciosos giros, las voluptuosas cadencias, con un dejo siquiera de fatiga.

El muchacho se acercó, triste y balbuciente, al espacio libre de mirones donde Crispina, entusiasta como nunca, ejecutaba en aquel momento la más airosa de sus mudanzas.

—Crispín ha muerto...—murmuró el chico.

Crispina lo oyó, lo oyó muy bien, pero arrebatada, enloquecida, siguió bailando, como bajo una influencia hipnótica, y contestó apenas:

—¡Tiempo hay para llorar!

¡Tiempo hay para llorar!... No quería saber qué inesperado golpe le había arrebatado á su marido, sino seguir bailando hasta caer rendida. ¡Tiempo hay para llorar!... Sí, más tarde lo lloraría, si su frivolidad de mujer coqueta no cegaba en ella las fuentes del sentimiento... ¡Tiempo hay para llorar!

Pero el castigo descargó fulminante sobre su cabeza: allí mismo, en pleno baile, quedó convertida en pájaro y muerta de vergüenza, acongojada al comprender lo terrible de la celestial sentencia que la separaba, viva, del mundo de los vivos, batió medrosa las alas y voló rastreramente á ocultarse en los espesos matorrales, huyendo las miradas, llamando á su marido, llorando su muerto hasta la eternidad... ¡Tiempo hay para llorar!

... Apenas comienza á madurar la mies y cuando bajo el sol de fuego se levantan torbellinos de polvo que no han podido aplacar las últimas lluvias de primavera, óyese entre las altas hierbas un llamamiento quejumbroso, un gemido tierno y doliente, sin que jamás se vea quién lo lanza en la soledad de los campos:

—¡Crispín! ¡Crispín!...

Es la viuda que llora y llama, que tiene por delante el tiempo, *todo el tiempo* para llorar...

—¡Crispín! ¡Crispín!...

La avecilla, vestida de plumaje pardo, enlutada en plena fiesta y para siempre, siempre también, hará oir su angustioso llamado, inútil siempre:

—¡Crispín! ¡Crispín!

XXI

LA CUESTA DEL TOTORAL

Cuando Acuña terminó su narración—algo más sintética á decir verdad, — quedéme un instante pensativo, evocando una poesía de Obligado, inspirada en la análoga leyenda del *cacuí*. Trátase de

una mujer convertida en pájaro por su perversa conducta con un hermano, quien, cansado de sufrir, halló manera de dejarla en lo alto de un árbol del que no podía bajar y en cuya copa se operó la metamorfosis. (1) Luego me pareció aquélla, excelente ocasión de ahondar un poco más en las creencias y supersticiones de los descendientes más ó menos directos de los quichuas, y como Acuña era precisamente el tipo intermedio entre las clases instruidas y el pueblo analfabeto é ignaro, resultaba, sin duda alguna, un «sujeto» de primer orden. Así, pues, poniendo mi caballo al trote, lo interpelé con fingida indiferencia:

—Pero no me has dicho, Luis, quién convirtió en pájaro á Crispina...

Acuña me miró maliciosamente, contestándome con una frase indeterminada y evasiva, muy característica y muy usual por las tierras de Inti:

—¡Quién será, pues, s'ñor!...

Repetí el fracasado experimento:

—Alguien tiene que haber sido... Sería Tata-Dios... Sería Pacha-Mama... Sería la Virgen del Valle...

—¡Así será, pues, s'ñor!

Volvieron á brillar las pupilas de Acuña con el mismo fulgor malicioso, pero no añadió palabra, ni un indicio, ni tanto así para fundar una conjetura. No hay peligro de que mueran por la boca, como el pez, ni mi «mozo de mano» ni sus parientes, amigos y afines. Por otra parte, aquella actitud de Acuña era una prueba evidente de gran amplitud de criterio, de tolerancia ejemplar: fueran cuales fuesen sus ideas, no quería imponérmelas ó sugerírmelas, pero, en cambio, tampoco aceptaba las mías. Y no se me diga que eso era natural

---

(1) Rafael Obligado, *Poesías*, 1906.— pág. 251.

en la modestia de su ignorancia, porque nada hay menos modesto ni más doctrinario é intransigente, si no es la conveniencia egoísta.

Con esto íbamos llegando á La Merced, y ya, sobre un ribazo, divisábamos el edificio principal de la estancia de don Wilfrido Figueroa. Esfumado por las penumbras del crepúsculo, parecióme inmenso, más lejano de lo que estaba en realidad, y con cierta imponencia de castillo. Espoleamos los caballos, y antes de que la noche hubiera cerrado completamente, echábamos pie á tierra junto al ancho portal, lleno de herramientas agrícolas. La casa era muy grande, de un solo piso, construida alrededor de un vastísimo patio cuadrado, con árboles y plantas; un ancho corredor, sostenido por columnitas de hierro, formaba en los cuatro lados un suplemento á las habitaciones, envidiable para dormir en las noches de verano.

Recibiónos la esposa del mayordomo ausente, mujer de pocas palabras pero activa y atenta, cuya cortesía y afabilidad se expresaba con hechos, desdeñando las fórmulas. Me destinó una habitación en que hubiera podido acampar una compañía, y dándome tiempo para las abluciones exigidas por el polvo del camino y el calor del día, retardó la hora de comer hasta que me vió paseando por el patio. Me acompañó á la mesa, servida con abundancia y al estilo criollo, dejándome luego en completa libertad, que aproveché para ir en busca de las ociosas plumas. Mi escudero dormía ya en el portal, prefiriéndolo á cualquier habitación. Una vez en la mía tuve la feliz ocurrencia de abrir una puerta que daba al campo; y digo feliz, porque allí me aguardaba un espectáculo inesperado. El ancho valle circular que á mi llegada había entrevisto, rodeado de sierras, estaba silencioso y obscuro; pero allá arriba, como pendiente entre

cielo y tierra, una larga faja roja y luminosa parecía vibrar como una cinta ondulada por el viento. Ora despedía vivos fulgores anaranjados, ora se atenuaba, tomando un tono intenso de carmín. La faja roja seguía, evidentemente, los contornos ondulados de la sierra, como una caprichosa iluminación en forma de guirnalda. Estaba muy lejos y era un incendio de bosque. No me cupo duda en cuanto recordé las quemazones de campo en la provincia de Buenos Aires, y las de la selva chaqueña, contempladas desde á bordo, en viaje al Paraguay, allá por 1886. Largo rato permanecí, solo en el gran silencio, asistiendo como espectador lejano á aquel drama sin detalles, más sugestión que acción, por la distancia que lo dejaba siendo apenas un eco, un reflejo de sí mismo. La noche me soplaba al rostro su aliento tibio, húmedo y perfumado con el olor de los aromas de garabato y espinillo, y esta embriaguez, junto con la del día pasado al sol y al aire, excitaba mi imaginación haciéndome presenciar de cerca el incendio, sentir su calor de inmensa hornalla, ver los altos troncos ardiendo como teas chisporroteantes, con fragor y estruendo de pirotecnia, las hojas resecarse, arrugarse y volar después, como enjambres de ígneas avispas, las cenizas y el humo cegar mis ojos con torbellinos y bocanadas infernales, mientras todo, peñas, cerros, árboles y arroyos se sumergía en una roja inundación de maravillosa luz... Horas hubiese permanecido allí, reconstruyendo los detalles de aquel episodio de la tragedia silvana, si un calofrío no me hubiera vuelto á la realidad, recordándome que era preciso descansar del viaje para continuarlo á la mañana siguiente.

Poco después de amanecer, Acuña me despertó. Tenía prisa—nunca había hecho etapas tan cor-

tas,—y aunque hubiéramos salido de Catamarca con la intención de pernoctar en La Merced, á él le parecía que aquel viaje no se acababa nunca. Así lo comprendí cuando me dijo:

—A la nochecita podemos llegar á Naranjo Esquina sin necesidad de matar los *montaus*...

Me eché á reir, diciéndole con sorna:

—Perdé cuidau. Lo qu'es por mí no los himos de matar. No tengo apuro... Esta noche también dormiremos en el camino.

Bajó la cabeza sin decir palabra, hizo girar su chambergo entre los dedos, giró sobre sus talones y salió á ensillar los caballos. Pero era imposible que su prisa cazurra no se me contagiara y así sucedió, en efecto, pese á mi contraria voluntad. En cuanto se irritan los nervios, por poco que sea, ¡adiós, calma contemplativa!... No extrañe, pues, el lector, que el relato, hasta ahora lento y, si se quiere prolijo, siga de aquí en adelante á saltos, como si lo persiguieran con encarnizamiento. Es que Acuña quiere volver pronto...

Pues, señor, en pocos minutos despaché el café con pan casero, me despedí de la mayordoma con las debidas manifestaciones, y no tardamos en cruzar el valle hacia las sierras azuladas que parecían cerrarnos el paso, allá enfrente, vagas aún tras los velos de la niebla matutina. Poco después, los caballos—y nosotros con ellos,—subían por la famosa Cuesta del Totoral. «El mejor camino de la República» se había convertido en simple camino de herradura, porque, abandonado de años atrás, las aguas hacían de sus terraplenes mangas y capirotes, abriendo á cada paso un derrumbadero que, fácil de trasponer para los jinetes y peatones, era inaccesible para los vehículos. El bosque nos rodeaba, con sus retorcidos algarrobos y garabatos, sus altas y esbeltas tipas, sus sauces de lacia ra-

mazón verde claro, sus mistoles, sus saúcos, sus tarcos de flores azules, y nos envolvía en densas bocanadas de perfume, exquisita combinación del olor de las aromas, el poleo, el azahar del campo, las retamas... De vez en cuando un ronco chillido dominaba el vago murmullo de la selva: eran las charatas ó pavas del monte, que parecían invitarnos á correr tras ellas por aquel laberinto de follaje. Desde algunas revueltas del camino volvíamos á ver á nuestros pies el valle, en que los distintos matices del verde nos señalaban las arboledas, los maizales, los campos de pastoreo...

Pasamos frente á un rancho solitario—creo que el «puesto» de Figueroa,—y seguimos la ascensión, cómoda y agradable como un paseo, y cuyo remate iba á ser para mí una sorpresa y un deslumbramiento. Cuando menos lo esperaba, al rodear un alto montículo que la carretera ceñía como un cinturón, desarrollóse ante mis ojos, de golpe, dejándome extático, una inmensa, una interminable llanura, y el horizonte se alejó como si se hubiese abierto un agujero sobre lo infinito. Aquello era un mar azulado, en cuya superficie flotaban algodonosos vapores, verdes reflejos, amarillentas manchas, todo confuso y móvil, como en el Océano, y por un instante me creí asomado á la pampa inmensurable y abarcándola con la mirada. Bajo la bruma ligera, aquellos puntitos negros, casi imperceptibles, eran estancias, ó puestos, ó ranchos; aquellos encajes blanquecinos, serpenteando sobre una lista de verdura intensa, era la evaporación de los arroyos, aquellas manchas verdes que se destacaban sobre toda la gradación de los verdes y los azules, eran bosques de añesos árboles, y más cerca aún, casi á mis pies, aquellas lagunas que cabrilleaban jugando con la luz del sol, eran simples totorales, mecidos por la brisa. Extrañas sombras

recorrían la extensión y variaban los colores, los aspectos, las distancias, siguiendo el capricho de las nubes al cruzar por el espacio, y, en ciertos momentos, parecía que en los vapores flotantes al ras del suelo, se reflejaba la bóveda celeste.

—Tucumán—dijo Acuña después de verme un rato inmóvil, en religiosa contemplación.

—¡Tucumán!—repetí, mientras en mi memoria cantaba el recuerdo de los himnos compuestos en honor del jardín de la República.

—¡Pero tuavía tenemos mucho que andar!...

No contesté, pero me pareció que el cuadro se estrechaba, se hacía más confuso, perdía gran parte de su interés. Los nervios me invitaron á andar, di unos pasos, y en una vuelta del camino la visión desapareció, para mostrarse nuevamente de cuando en cuando, pero cada vez más empequeñecida. Ibamos descendiendo la cuesta, y no tardaríamos en encontrarnos en el llano. Catamarca me parecía tan lejana como si hubieran pasado meses desde que la abandoné, y al mismo tiempo sentía crecer la contagiada prisa...

Dejamos atrás la Viña, traspusimos la cuestecilla de Huacra (cuerno) á cuyos pies, y sombreado en sus dos orillas por hermosos y corpulentos árboles, corre un arroyo de agua límpida sobre un lecho de arena en que se ven brillar lentejuelas de mica, y poco después llegábamos á Rumipunco (puerta de piedra), finca de don José Robín, un catamarqueño que nos recibió con agasajo aunque no nos conociera ni lleváramos para él presentación alguna. Hizo atar los caballos á la sombra, frente á un abundante pienso, diónos de almorzar, frescos catres para dormir la siesta, y no nos permitió marchar mientras no tomamos con él unos cuantos mates, sabrosísimos, cebados á la manera arribeña, con mucho azúcar y un no sé qué especial

que los diferencia de los nuestros, dándoles peculiarísimo perfume— no sé qué, consistente, sin duda, en el arte de prepararlos y en la clase del azúcar.

A las tres galopábamos hacia el pueblo de La Cocha (La Laguna), adonde llegamos ya de noche, con gran fastidio de mi espolique—según pude colegir,—pues sin la gentil hospitalidad que nos detuvo en casa de Robín, aquella misma tarde podríamos haber estado en Naranjo Esquina—vale decir en la libertad para él... No sabía yo, á la verdad, que estuviéramos tan cerca, porque si no...

Es La Cocha cabecera del departamento de Graneros, está á cuatrocientos sesenta metros sobre el nivel del mar, tiene mil habitantes, correo, telégrafo... Al entrar por sus calles obscuras, viendo los postes telegráficos á la luz indecisa que escapaba de algunas puertas y ventanas, se me ocurrió enviar un despacho á *La Nación*, en la seguridad de que sería el primero que recibiera desde aquella población, arrinconada en el mundo. ¡Noticias de La Cocha! ¿no era esto una novedad? Como lo pensé lo hice, y el telegrama apareció al día siguiente, perdido entre los innumerables que el periódico recibe, pero—confesémoslo,—sin sacar á aquel pueblo de su modesta y feliz obscuridad. Como documento de aquella hazaña periodística tuve la precaución de anotar el nombre del telegrafista, don Ramón Antonio Uñales, y acto continuo fuíme en busca de alimento y descanso al hotel principal y único de La Cocha, perteneciente á don José Iberliz.

Mi elección de alojamiento no podía ser mejor—dado el extremo dicho de que no había más posada,—é Iberliz me cedió para dormir un aposento contiguo á la sala del billar y separado de ella por un tabique ó más bien biombo de listones y arpi-

llera cubierto con papel floreado, en el que vi un catre no mal aparejado, con sábanas limpias y blando colchón. ¡No había más que pedir! Tomé posesión del cuartujo y pasé á la sala de billar, donde, en una mesita volante, se me sirvieron algunos platos casi admisibles, por fortuna complementados con una lata de conservas rezagada en las multicolores alforjas de Acuña. Comí con apetito de viajero, y tomaba á pequeños sorbos una taza de café, negro como tinta, cuando, chambergo en mano, se me apareció el socarrón de mi escudero, para decir, con el acento de la verdad, que ésta—por lo visto,—alquila á todo el mundo:

—Si no quiere quedarse en Alberdi todo el día, tenemos que salir muy temprano.

—¿Por qué?

—Porque no hay más que un tren para Tucumán, y ese pasa por la mañana. Además, tuavía estamos lejos...

—¡Bah! Me quedaría en Alberdi.

—¡Ay, s'ñor, no se lo aconsejo! No hay nada que ver... ni hotel siquiera...

El gesto desolado con que acompañó estas palabras describía tácitamente un desierto abrasado por el sol, tumba posible del peregrino; así es que contesté:

—Despiértame á la hora que quieras. Me voy á dormir en seguida, de manera que estaré pronto.

—Habrá que madrugar bastantito — musitó, saliendo satisfecho.

Con el último sorbo del café iba á correr á acostarme, cuando una persona que entraba me detuvo. Reconocí al telegrafista. Habíase enterado, necesariamente, de mi carácter de corresponsal, y como una demostración de deferencia, acudía á saludarme y ofrecerme sus servicios. ¿Y mi cansancio, y el sueño, y el madrugón futuro? ¡Vaya, todo

sea por Dios! rezongué, resignado á la fuerza, y mientras buscaba palabras amables con que corresponder á tanta cortesía.

—En seguida vendrán á saludarle algunos vecinos caracterizados del pueblo...

¡Caramba! Como la noticia de mi llegada no era secreto profesional, el bueno del telegrafista la había esparcido por el pueblo, y yo, personaje involuntario, pese al amenazador Acuña, tendría que estar de cuerpo presente no sé cuántas horas... Hay días infaustos y noches negras...

En cualquier otra ocasión, el coloquio que con los citados vecinos tuve en seguida, me hubiera sido muy agradable, baste decir que, rendido como estaba, no traté de acortarlo, y hasta me interesó vivamente por momentos. Llegaron don Jacinto García, director de la escuela pública, don Pablo Riche, profesor de la misma, el señor Oliver, y estoy por decir que el médico de la localidad, doctor Baldomero Lemos, pues si no estuvo, como es posible, fué tema varias veces elegido de conversación, lo que viene á ser una presencia virtual. Su nombre aparece con el de los demás en mis anotaciones; pero en este instante no me es dado practicar comprobación histórica del acontecimiento. Ni sé si valdría la pena, ante el concepto de las generaciones futuras.

La oportunidad extraordinaria de tener allí al representante de un gran diario bonaerense, era de aprovechar en beneficio común. ¡Hay tanto que hacer en un pueblo aislado, anheloso de adelantos y mejoras! Cuando les dije que me marcharía mucho antes de que saliera el sol, no querían creerme:

—Eso no puede ser. Usted no ha visto nada. Llegar de noche é irse antes de amanecido... ¡No! Tiene que quedarse por lo menos un par de días, ver la laguna, los alrededores, que son muy pinto

rescos, tanto que varias familias de Tucumán vienen á pasar el verano aquí...

—Señores—les dije, poco más ó menos,—agradezco esas instancias por lo mucho que de amables tienen, pero ni mi presencia aquí les será útil, dado que no puede traerles ventajas independientes de mi deseo y mi profesión, ni me es posible, tampoco, detenerme en cada una de las etapas donde los vecinos me lo pidan diciéndome, quizá por convencimiento, por cortesía quizá, que esperan esto y lo otro de mi propaganda periodística. En nuestro país todos desean el progreso y tenemos esta fuerza formidable: hasta en el más olvidado rincón, domina la esperanza de ver convertido el presente modesto en grandeza y poder. Así será; así ha sido ya para muchos. Pero, desengáñense ustedes; no se realizan tales cosas con simples sueltos de diario—que ayudan, no lo niego,—ni yo, deteniéndome en esa forma, llegaría nunca á ninguna parte. Lo que necesita La Cocha no es un corresponsal de *La Nación*, sino un ferrocarril de la nación. Eso es más que palabras.

Rieron, sin insistir en que me quedara, reiterando su afirmación de que aquel pequeño pueblo era una de las agrupaciones más deseosas de progreso existentes en el país, y demostrándomelo con una prueba admirable. No hay en La Cocha y sus alrededores un niño que no asista á la escuela, cuyas aulas, atendidas por los maestros citados y don Ismael Jiménez, frecuentan 309 alumnos. Para comprender bien esta cifra, recuérdese que el pueblo tiene mil habitantes, aunque ya la explique la afirmación de que ni un solo chico deserte de las clases. Además, veintidós adultos siguen un curso nocturno dictado por los mismos maestros. ¡Ojalá sucediera lo propio en el resto de la provincia, en la que sólo el veintiséis por ciento de la población

escolar recibe instrucción, y que, sin embargo, aventaja, en ese concepto, á Mendoza, La Rioja, Salta, Jujuy, Corrientes, Santiago y Santa Fe!

—¿Decididamente, no se queda usted?—me preguntaron los amables vecinos, levantándose para marcharse.

—Imposible...

—Entonces, ¡feliz viaje!

Cuando Acuña me despertó y salí al patio bostezando, el cielo parecía de terciopelo negro con trama azul y las estrellas de oro vivo. El aire húmedo y fresco y la falta de sueño me daban calofríos. En medio del patio ardía una hoguera y, junto á ella, un peón tomaba mate mano á mano con el catamarqueño. Pregunté la hora.

—Son la tré—dijo Acuña.

¡Las tres! Yo me había dormido después de las doce, por las treinta y una á que un grupo de jugadores bulliciosos se había entregado en el billar vecino... ¡Paciencia y barajar!... Los caballos estaban ensillados, y ya no me restaba sino tomar algo caliente y pagar la cuenta.

—Ya llamé al patrón—me dijo el tucumano.

Pero el señor Iberliz, con la trasnochada del billar, no tenía ganas de levantarse. «¡Voy!»—gritaba desde el catre, y—«¡Voy!»—gritaba de nuevo cuando, á la media hora, volvían á llamarle. Acuña bailaba un zapateado. Por fin apareció, sirvióme una taza de café de la víspera con un pan correoso, cobró, dió el vuelto y ¡hasta más ver! El, seguramente, reconquistó la cama, tibia aún, mientras yo me internaba en la noche, temeroso de perder el tren.

Pronto amaneció. Trotábamos unas veces entre bosque, otras por prados cubiertos de gramilla, los mismos que vimos desde lo alto de la Cuesta. Algunos ranchos me llamaron la atención por lo pin-

torescos y sólidos, con sus paredes hechas de troncos de árbol regulares y bien ajustados. Allí se debe vivir muy bien; y si no se vive, por lo menos resultan lindísimos para el viajero, que cree ver la realización de un paisaje romántico, en su rústica belleza realzada por la vegetación lujuriante que le sirve de fondo y la ciñe con sus guirnaldas floridas. Y, ¡oh sorpresa! antes de las ocho estábamos en Alberdi, que tiene varios hoteles, entre ellos uno bastante aceptable, y el tren no pasaba hasta las dos y media...

—¿Cómo es eso?—pregunté á mi Acuña, con fingido enojo.

—¡Qué quiere, s'ñor! ¡Como hace taaanto que no venía po' acá!...

¡Claro! Llegando temprano él tendría tiempo de estar en Catamarca al día siguiente por la tarde, y allí algo le esperaba. Me eché á reir, retribuí sus servicios y se marchó inmediatamente con los caballos, silbando un estilo criollo. Después de almorzar pesqué un rato, porque, eso sí, en el pueblecito había poco que ver, y después de refrescarme bien, sentéme á la puerta del hotel, aguardando la hora de la partida.

Entonces recapitulé, satisfecho, toda aquella primera parte de mi viaje, haciendo votos porque las siguientes etapas fueran tan felices. Pedir más sería locura. Catamarca me había tratado como á un hijo, á pesar de las circunstancias anormales porque atravesaba, ensangrentada y enlutada todavía, y esperando ansiosa el resultado de su esfuerzo por reconquistar la libertad y el bienestar, ya que no la riqueza, pues sabe que ésta será don del lejano porvenir, y no la ambiciona todavía, austeramente conforme con sus patriarcales costumbres. La riqueza tardará mucho en llegar, sin duda, como lo indican las mismas condiciones en

que vive Catamarca: sus noventa mil habitantes, en veintiséis años, sólo han aumentado á razón de medio por ciento anual, y actualmente sólo se cuenta uno por kilómetro cuadrado de territorio; las sierras, que ocupan cerca de la mitad de su suelo, dificultan las comunicaciones y detienen el desarrollo de la agricultura, especialmente por la escasez de agua; sus pequeños arroyos, turbulentos y caudalosos cuando el sol transforma la nieve de las cumbres, corren apenas durante la mayor parte del año, y su caudal mezquino, aprovechado con esfuerzo en alfalfares, trigales y viñedos, desaparece de pronto, sorbido por el arenal; sus minerales, que, según los exploradores, son de mucho valor y abundancia, por el momento sólo pueden considerarse como una rica herencia para las generaciones futuras, pues los gastos de explotación y arrastre consumirían todo su producto ó poco menos; además, hay que tener en cuenta la raza, las tendencias atávicas que no ha modificado todavía la renovación inmigratoria, tan poderosa y fecunda en muchas otras provincias. Los catamarqueños descienden en línea recta del conquistador español, desdeñoso de todo lo que no fuese combatir y amar, ó son la mezcla de aquella raza guerrera y las no menos bravas de los calchaquíes, los quilmes, etc., valientes en la lucha, pero incapaces de competir, por su espíritu de progreso, con otros indios americanos, con los de Méjico, con los del mismo Perú...

Pero todas estas condiciones desfavorables se modificarán ó desaparecerán con el tiempo, y no impedirían que aquel noble pueblo fuera feliz, como lo merece y puede serlo con tan poco, si no las complicaran los errores políticos que por rápida pendiente suelen conducir á las pequeñas tiranías, tan intolerables como las grandes...

Aquí llegaba de mi recapitulación, cuando el silbido de la locomotora me hizo salir apresuradamente, cruzar la calle, meterme en el andén y luego en un vagón de primera clase que me condujo, sin otros incidentes, á Tucumán, el famoso «sepulcro de la tiranía».

XXII

UN REMIENDO

Al llegar aquí, el autor debería, ó dar por terminado el libro ó emprender un largo trabajo, imposible de realizar donde se encuentra. Coleccionadas estas impresiones diez años después de escritas—sólo en parte,—sus enormes lagunas resultan insalvables, pues de sus viajes y paseos por Tucumán, Salta y Jujuy, casi lo único que le resta es el deseo vivísimo de repetirlos, para satisfacción y alegría del alma, y algún trozo que alcanzó á redactar antes de que más urgentes tareas periodísticas absorbiesen su tiempo y su atención, ya que no su preferencia. Las notas, cuidadosamente guardadas sin embargo, no bastan para llenar esos vacíos, porque no se quiere substituir la observación con la imaginación. Las notas—palabras sueltas á que suele dar relieve algún confuso signo convencional,—las notas evocadoras mientras la impresión reciente está fresca y viva en el cerebro, van perdiendo con los años la virtud, y acaban disipándose del todo, como un viejo perfume. Al volverlas á ver, uno se dice: «Esto fué un conjuro»; pero, olvidado el rito, la mágica reaparición de cosas

vistas y oídas no se produce ya, ó queda en el aire, tan flotante y vaga que apenas es una reminiscencia de sensación, el recuerdo de un recuerdo... Imposible utilizarlas para escribir cuanto las circunstancias impidieron que fuese escrito oportunamente.

No dando por terminado el libro, ni resolviéndose á completarlo por ahora, aun se le ofrecería al autor un tercer camino: el de no enviarlo á la imprenta, seguro de que con ello nadie perdería nada. Pero esto es negativo. Conociendo las necesidades psicológicas de su época—que no han variado mucho hasta aquí,—nuestro gran Sarmiento dijo, con profunda sabiduría práctica: «Bien ó mal hechas, hay que hacer las cosas.» Claro está que prefería las bien hechas á las mal hechas; pero entre nada y algo, Sarmiento se quedaba con lo último, aunque fuese poco. Era un ferviente de la acción, y en aquella frase legábanos un soberbio consejo que en altas ó modestas esferas debemos aplicar todos y siempre, pues en cualquier orden de actividad, el temor de no producir una cosa perfecta, no debe detener ni el esfuerzo ni la iniciativa. Ya se había dicho antes que «lo mejor es enemigo de lo bueno», condenando la inercia disfrazada de anhelo pasivo de perfección, y el proverbio se sigue franca ó cazurramente desde que el mundo es mundo. Si el autor lo aplica á su vez, no incurrirá en mayor falta—en caso de equivocación,—que innumerables antecesores.

Como se ve, estas líneas no son una defensa de lo que sigue, inconexo y trunco; son simplemente un remiendo como, con toda franqueza, se han titulado. Ahora, agréguese que los remiendos no disimulan, antes bien ponen de manifiesto dónde está la falla. Pero tienen sus cualidades. Los que los llevan visibles—y sólo pueden ser, *velis*

nolis, visibles,—en sus ropas ó sus libros, se muestran personas aseadas, conscientes, respetuosas de los demás, y si no se presentan sin ellos será porque no pueden... Digamos, por último, que el remiendo es un homenaje tácito á la integridad de la indumentaria ajena.

En suma, lo siguiente se reduce á algunas notas sobre el ferrocarril Central Norte, tal como se hallaba en aquella época (1899), una impresión de la Casa de Tucumán, ligeros apuntes de viaje hasta Jujuy, la descripción del «camino nacional» de esta última ciudad á Salta, informes que quizá puedan resultar interesantes, sobre las ruinas de la famosa Esteco, y el relato de una aventura ocurrida al autor á su regreso de Tucumán al Rosario.

Notables escritores han cantado las glorias y bellezas de Tucumán, de modo que nadie pierde nada con que no se ensalcen nuevamente aquí; y en cuanto á las otras dos provincias—que nada pierden tampoco, dada la insignificancia de este trabajo,—el autor se propone recorrerlas de nuevo en época no lejana, y quizá entonces realice lo que diez años ha tuvo que dejar en proyecto por exigencias profesionales, sin la probabilidad de reanudar la tarea valiéndose de sus notas, porque, como decía míster Blend, corrió demasiado para que sus impresiones quedaran definitivamente grabadas en la memoria.

Y no agrandemos más este remiendo, que podría resultar mayor que la pieza.

XXIII

EL CENTRAL NORTE

De las conversaciones que tuve en Tucumán con el ingeniero Rapelli, director del ferrocarril Central Norte, y otras personas bien informadas, espigué lo que sigue, mucho de lo cual puede ser útil todavía.

El Central Norte ocupa en el país el quinto rango por su extensión kilométrica, y puede decirse que es el primero entre los de trocha angosta, pues aun cuando el ferrocarril de Santa Fe tiene, en total, 140 kilómetros más, el primero alcanza un recorrido directo de más de mil kilómetros entre sus estaciones cabeceras, (1) mientras que las líneas paralelas del otro y los ramales que las unen, si bien aumentan su extensión de vía colocada, reducen su radio activo. El Central Norte, por sí solo, desde San Cristóbal (provincia de Santa Fe) hasta Salta y Jujuy, tiene una extensión equivalente al veintidós y medio por ciento del total de vía de trocha angosta que diez diferentes empresas han colocado en la República. Desarrolla su acción en las provincias productoras de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Santa Fe. Jujuy le da cargamentos de cal, de sal, de minerales, de boratos, gran comercio del futuro, pues ya se han formado y siguen formándose importantes sociedades para explotar sus minas, sus borateras,

---

(1) La prolongación de este ferrocarril á Bolivia era entonces un simple proyecto, hoy llevado á la práctica.

sus yacimientos de sal, sus recién descubiertas minas de petróleo, su asfalto... Salta le encomienda análogos productos, y, además, sus espléndidas cosechas de tabaco, sus vinos, y la ópima producción de los valles calchaquíes, así como mañana le dará sus ricas maderas, inexplotadas aún. Y una y otra provincia envían á Tucumán la hacienda vacuna que engorda en sus prados y el azúcar que sus cuatro ingenios elaboran. Pero el azúcar y el alcohol de caña invaden sus trenes en Tucumán, cuyos treinta y cuatro ingenios (1) producen no sólo cuanto necesita el país, sino también cuanto pueden consumir la República Oriental y el Paraguay, quedando todavía un excedente que se exporta á remotas tierras. Tucumán le da, también, sus cosechas de arroz y de tabaco (en menor escala que Salta), maderas, suelas, etc. Santiago del Estero le envía el combustible para los ingenios, sacado de sus inagotables bosques, y cantidades enormes de durmientes de quebracho colorado, madera dura é incorruptible que se reconoce ya universalmente como el mejor material para ese uso en los ferrocarriles, y que se adopta no sólo en nuestro país sino también en el extranjero. (2)

Pero, á pesar de su extensión, de que cruce cinco provincias y las sirva, de que esté destinada á llegar á Bolivia en tiempo más ó menos cercano, (3) la línea del Central Norte es una línea incompleta, sin independencia y casi sin acción. Su estación extrema, por el Sud, está situada en el pueblo de San Cristóbal—Santa Fe,—á 162 kilómetros de la capital de la provincia, á 380 del Rosario y á 635 de Buenos Aires, contando las distancias ki-

(1) En toda la República los ingenios eran entonces 41.

(2) Varias empresas ferrocarrileras de Francia acababan de resolverse á cambiar sus durmientes de hierro por los de quebracho.

(3) El 24 de mayo de 1908 inauguróse la última sección argentina del ferrocarril á Bolivia. Llegaba á la Quiaca.

lométricas por los ferrocarriles. Así, pues, el Central Norte acaba antes de llegar á las regiones más progresistas y productoras, como que á seis kilómetros de San Cristóbal se encuentra la primera colonia santafecina, y desde allí sigue intensificándose la vida, semiparalizada si se sube hacia el Norte.

De la estación San Cristóbal arrancan sin solución de continuidad, las vías del ferrocarril de Santa Fe, que á poca distancia se bifurcan recorriendo la región del trigo, tocan luego en la capital y continúan su viaje recolector hasta el Rosario, donde entregan los productos acarreados desde el confín de la República á los ferrocarriles de trocha ancha, que los llevan á Buenos Aires. Pero las mercancías extranjeras ó nacionales que, á cambio de esos productos se internan en el país, no toman, generalmente, el mismo camino, pues como las líneas de trocha ancha convergen á Córdoba y Tucumán, no les es difícil acapararlas para entregar sólo en esta última ciudad al Central Norte la carga destinada á Salta y Jujuy. Este ferrocarril es, pues, un cuerpo sin cabeza, y tiene que verse supeditado á otras Compañías que quieran ayudarlo, pues su acción y su iniciativa, sus propósitos de protección y adelanto y su programa regulador de tarifas, todo, acaba en un punto muerto donde todavía se necesita de fuerza armada para detener á los indios.

Sin embargo, el Central Norte está llamado á ser uno de los primeros ferrocarriles del país, en cuanto se supriman estas deficiencias, que ya comienzan á preocupar al Gobierno, pues el primer ministro de Obras Públicas expuso al Congreso la necesidad de darle salida propia al *río* Paraná, sea construyendo la línea de San Cristóbal á Santa Fe, sea adquiriendo la línea del provincial que recorre este trayecto.

La opinión del ingeniero Rapelli era la de que

el Central Norte prolongara sus vías hasta el Rosario, ó por lo menos hasta un puerto cómodo del Paraná, porque una nueva vía á Santa Fe—existiendo ya dos,—tendría vida precaria, y no contaría sino con el tráfico del Norte, que quizá no bastara á cubrir los intereses del capital invertido, mientras que la línea al Rosario—adquiriendo la del ferrocarril de Santa Fe,—daría, desde un principio, buen provecho, pues con ello el Central Norte tendría vida propia y podría ser—en la zona que hoy sirve,—único árbitro de sus tarifas y rebajarlas en favor de la industria y el comercio.

XXIV

LA «CASA» DE TUCUMÁN

Había vagado entre la sorprendente vegetación de los alrededores, por caminos todavía empapados y negros, perdido en la maleza, cuyas altas hierbas me parecían vistosos arbustos de invernáculo, envuelto en un vaho denso y tibio, aspirando el capitoso olor de la tierra mojada, de la savia activa, del humus en perpetua formación. Un susurro vago zumbaba en mis oídos—¿voz de los insectos, voz de las plantas?—produciéndome una indecible impresión simultánea de regocijo y de angustia, como si los elementos contradictorios de la sensación vibraran al mismo tiempo en mí, con más intensidad que nunca. Aquel baño de vida en plena Naturaleza subtropical tonificaba mi imaginación y me enervaba los músculos... Y el aire era como

el aliento de un niño, y el cielo—destellos y matices,—como una cálida caricia...

Volví al centro de la ciudad, lentamente, fatigado y pensativo, sin que mi meditación tomara formas precisas. Y mientras miraba hacia adentro, saturábame también, instintivamente, con el espectáculo de las cosas exteriores: las calles silenciosas, semicoloniales, algún transeunte perezoso como yo, el sol que jugaba en las piedras, en los charcos, en las tapias pintadas por el musgo—las casas bajas y humildes, por cuyas rejas solía filtrarse, como una fosforescencia, el relámpago de un par de grandes ojos negros.

Sentíame otro hombre—un hombre más nuevo ó un hombre más antiguo,—en quien tanto podían bullir recuerdos atávicos como visiones de futuro. Era poeta por la fuerza incontrastable del medio... Y un deseo del alma, templada para la emoción, una vaga conciencia de que allí me esperaba algo, condújome por las calles más rumorosas del centro, á la puerta de la «Casa de Tucumán».

Crucé el zaguán, mal enlosado, atravesé un patio rectangular y entré en el salón.

Las paredes blanqueadas, maculadas con anchos parches de humedad, tenían—en nombre del patriotismo,—un estigma que no les imprimiera el tiempo: cuadros triviales, placas, cintajos, lamentables restos de peregrinaciones que les quitaban la solemne austeridad del abandono, sin darles en cambio la majestad de la veneración.

Apenas entré, sentíme más oprimido, más enervado, con la fatiga del paseo y la embriaguez de la Naturaleza. Me mareaba, también, aquel acre olor del moho y del olvido. Respiraba con cierta dificultad y me senté en el borde de una tarima abandonada en un rincón... Allí permanecí largo rato...

Envuelto en aquel ambiente extraño, cálido y

perturbador, estaba á punto de adormecerme, cuando un fenómeno psíquico puso en plena actividad mi espíritu mientras dejaba en plena quietud el cuerpo. ¿Brotaba de mi interior ó surgía del alma de las cosas aquella voz que hablaba con acento tan persuasivo y con elocuencia tan sencilla? Yo mismo no podría decirlo, aunque aquellas palabras quedaran buriladas en mi memoria.

La voz decía:

—«Sí, aquí, entre estas cuatro sórdidas paredes, quedó sellada la manifiesta voluntad del pueblo.

»Sí, aquí mismo, los representantes de las Provincias Unidas las declararon, unánimes, nación libre é independiente, el 9 de julio de 1816.

»Sí, esta humilde sala fué teatro del grande acto, síntesis y legitimación de los esfuerzos y de los sacrificios de muchos hombres durante muchos años...

»¿No hay algo que despierte tu alma al escuchar esto?...

»La exterioridad de las cosas no corresponde á la grandeza de su significado: la semilla no da idea inmediata del árbol que formará, ni conserva la huella de todas las operaciones que la precedieron y engendraron.

»Murmuras que no quieres ser patriotero, que no tienes entusiasmo ni emoción ante las ruinas mudas y los relicarios vacíos... ¿Y si yo te dijera que, mirando al pasado, suele descubrirse el porvenir?

»Ves con tus ojos de hombre de hoy, cosas cuya línea y cuyo relieve no puedes comprender ya, porque están esfumadas en el tiempo. Para distinguir sus detalles, tendrías que renacer en ese tiempo desvanecido, y saturarte de él como te has saturado de este ambiente cálido y embriaga-

»dor, que tanto influyó en aquellos hombres, lle»nos de la innata y vigorosa poesía del entusiasmo, »la única que se traduce en hechos.

»Tendrías que conocer á esos hombres, ser su »amigo ó su secuaz, palpitar con sus corazones, »pensar con sus cerebros, saber con su ciencia, con»vertirte en varón de su época, de su educación, »de su medio...

»Entonces te sería dado lo que deseas: enton»ces, por tu fuerza evocadora, por el solo poder »de tu voluntad, asistirías á esa histórica sesión »del 9 de julio que cierra un ciclo y abre otro; »entonces «comprenderías» y tu espíritu de exa»men no se afanaría sólo por descubrir vacilacio»nes é incertidumbres, tanteos instintivos y extra»viados, y abarcarías la grandeza y la fuerza que »emanan de aquellos varones y de aquellos actos...

»¿Quisieras poner á prueba tu cerebro y tu co»razón, trasladarte con tu saber moderno, con tu »carácter moderno, á aquellas épocas, ser uno de »los hombres reunidos aquí, representantes de un »grupo inconexo de pueblos, y resolver su futuro, »interrumpido en tus meditaciones por la incesan»te agitación tumultuosa que los conmovía? ¿Ten»drías, en ese caso—como ellos la tuvieron,—clara »visión del porvenir inmediato, de los horrores del »caudillaje, de la guerra civil, de las tiranías?

»Y, teniendo esa visión, ¿qué no hubieras he»cho por convertirla en mentirosa pesadilla?

»Recuerdas con escéptico desdén que querían »un Gobierno fuerte...

»Hoy mismo, en tu época, con un pueblo que »camina muy lenta, pero seguramente, á su organi»zación, en medio del progreso y del saber, cuan»do sólo retarda el porvenir la excesiva fuerza de »los Gobiernos, ¿no has oído muchas veces á tus »contemporáneos reclamar un Gobierno fuerte?

»Lo que entonces pudo considerarse una pre»caución desmesurada, mucho mayor y más per»judicial que el peligro mismo, dime ¿cómo de»bería llamarse ahora?

»Luego—y compara,—el pueblo mismo estaba »indeciso, ignoraba, no veía... Hoy, el pueblo sa»be ya lo que quiere y adónde ha de ir, y, sin em»bargo...

»Contempla la escena:

»Tras de aquella ventana, á la puerta, á lo lar»go de estas paredes, estaba apiñado y ansioso el »pueblo. Aquí, los representantes, severos y en si»lencio. Aquí, la mesa presidencial.

»Don Narciso Laprida preguntó:

—»¿Queréis que las Provincias de la Unión sean »una nación libre é independiente?

—»¡Sí!—gritaron á una voz y poniéndose es»pontáneamente de pie todos los miembros del »Congreso.

»El pueblo prorrumpió en vítores y aplausos.

»La idea, la aspiración era común al pueblo y »sus representantes...

»El acto fué así, varonil y sencillo. Que no lo »adorne tu imaginación. Perdería de su grandeza, »perdería de su luz. No se corrige á Homero.

. . . .

. . . .

»¡Oh, oh! ¡No digas, no pienses eso! ¿Basta »hoy, acaso, con que el pueblo tenga un ideal justo »y noble para que se realice inmediatamente? El »hecho de que la piedra que corona el monumento »tenga sus dimensiones obligadas de antemano, »determinadas por las demás partes, ¿le quita su »importancia y su belleza? Y el arquitecto que su»po prever y calcular su forma y proporciones jus»tas, ¿no ha realizado con ello sino un acto insig-

»nificante ó fatal, una obra instintiva ú obligada?

»Sí; el pueblo trabaja inconsciente y perpetua»mente en algo muy grande, que es su progreso. »Pero, cuando está llegando al término de su ta»rea, necesita quienes reunan los mosaicos dis»persos de su acción, para que el conjunto aparez»ca á las miradas, glorioso ó mezquino...

»De otro modo, sus conquistas existirán, pero »latentes, como el cuadro en la paleta abando»nada...

»Pero... Este ejemplo de que el pueblo quisiera, »en 1816, no solamente lo que era justo, lo que »era necesario, lo que era salvador, sino también »lo que hicieron sus hombres, ¿no te sugiere nada »más que críticas ingeniosas y sutiles, compara»ciones extravagantes entre los grandes ideales de »los pueblos más avanzados de la tierra—ideales, »no conquistas, todavía,—y las modestas pero ge»niales aspiraciones de la ex-colonia española, »mantenida por fuerza en la ignorancia y en la su»misión? ¿No te hace nacer una esperanza, *La »Esperanza?*»

Por extraña coincidencia, otros visitantes entraron en el salón, y aquella voz—íntima ó externa, ¡quién sabe!—cesó inmediatamente de vibrar.

—¡La Esperanza!—me dije saliendo, melancólico, apenas se desvaneció mi ensueño.—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Esta visita tenía que infundirme La Esperanza!... Nada se detiene. Ninguna fuerza va á perderse en el vacío. El Pueblo puede no verse, puede no sentirse, pero trabaja sin descanso ni desaliento en la obra del futuro, y á cada uno de sus esfuerzos corresponde una conquista, grande ó pequeña, visible ó invisible...

La pensée en rêvant sculpte des nations!

XXV

DE TUCUMÁN Á LAS PIEDRAS

El 16 de octubre de 1899 salíamos de Tucumán, á las ocho y media de la mañana, en el cómodo vagón del administrador del Central Norte, galantemente ofrecido por el ingeniero Rapelli, el contador de la línea don Ernesto Manent y yo, con rumbo á Jujuy.

El aspecto general de la línea férrea, salvo los sitios en que cruza corrientes de agua, ó los trechos más ó menos largos en que los sigue, es muy semejante al que ofrece Catamarca ó Santiago del Estero: árboles secos, de hojas pequeñas ó que casi no las tienen, breas de corteza verde, acacias, algunos cactus...

El terreno es muy quebrado y va subiendo con desniveles á veces notables, de tal modo que, en gran parte de la vía, lo que no es desmonte es terraplén, y que esta obra resulta un noble esfuerzo de la actividad humana, y, por añadidura, del capital de la nación, pues se realizó en tiempos en que imperaban los «pots de vin», vulgo «coimas».

En las quebradas y bañados por donde corre ó de donde brota el agua, la vegetación ha adquirido un verdor triunfal, aunque todavía no haya llegado la estación de las lluvias, varita de virtudes que convierte todo ese erial en un espléndido jardín.

La línea, desde Tucumán hasta la estación General Güemes, no tiene el atrevimiento de la de Cosquín (provincia de Córdoba), cuyas curvas son

mucho más cerradas; pero vence grandes dificultades, quizá evitables porque, en efecto, pudo trazarse una línea que de Tucumán fuese por Buruyaco á Metán, como se proyectó en un principio. Las obras de arte que ha exigido el trazado actual se tradujeron en un notable aumento de costo y quizá también de gastos de explotación...

La locomotora va arrastrándonos sin mucha prisa, por en medio de bosques de árboles retorcidos y extraños, semejantes, á veces, á los que imaginó Gustavo Doré para su ilustración de la «Divina Comedia». Gracias á ellos, la leña fuerte abunda de una manera increíble, invitando al despilfarro, y como ella, la madera de construcción y la de mueblería. En cuanto á la leña, se usa con buen resultado como combustible para las locomotoras, pues el quebracho colorado equivale á la tercera parte de su peso en hulla, el algarrobo un poco menos y el cebil y el guayacán bastante más.

Camino andando pasamos por Muñecas, empalme del Central Norte y el Central Córdoba y con la línea sur de este ferrocarril. En Muñecas hay algunas plantaciones de caña de azúcar, lo mismo que las hay en Tafí Viejo, punto por donde cruzamos en seguida y que, pese á su nombre, no produce un solo queso, de los famosos cuyo centro incomparable de producción está allí, hacia el Oeste, en el valle de Tafí, teatro también de sangrientas luchas en la época de la conquista.

Tapia, la estación siguiente, tiene, como Tafí Viejo, agua de regadío, una calera propiedad de don Adolfo López, provee de leña á los ingenios azucareros y cría animales en escala bastante grande para el consumo de Tucumán, etc.

Vipos, que viene luego, es muy semejante á Tapia, y encierra en su jurisdicción las estancias de don Alberto Méndez y de los Alurralde. Produce

un poco de caña de azúcar, y alfalfa y maíz para el consumo de sus propios establecimientos. Allí está explotándose un nuevo producto: la sal que deposita el arroyo Tapia y que próximamente ha de enviarse en cantidades á Buenos Aires, pues se la considera como de excelente calidad.

En construcción está, todavía, la estación de Choromoro, en cuyas cercanías existe una pequeña población, una aldea sin importancia, así como el establecimiento ganadero de Colombres. Tiene el agua del arroyo que lleva su mismo nombre.

Alurralde, donde se cría ganado para el consumo de Tucumán, tiene, también, riego, posee grandes alfalfares y en su radio está la magnífica estancia del doctor Manuel Paz (donde, cuando la visité, fuí magníficamente agasajado, no sólo con cuanto de bueno hay en la cocina provinciana, sino también con cuanto en materia de *confort* puede imaginarse, y aún más, pues no faltó ni el payador, el trovador arribeño encargado de improvisar, en honor mío, coplas que, desgraciada ó afortunadamente, el viento se llevó para no devolverlas ya).

Cerca, en Trancas, se encuentran las estancias de los hermanos de aquel gentilísimo caballero, don Leocadio, don Ezequiel y don Ricardo Paz, y de dicha estación arranca el camino para Colalao (sitio de veraneo que visité también), camino por donde llegan los famosos vinos de Cafayate, para ser arrastrados por el tren hasta Tucumán y hasta la misma capital de la República.

Ya estamos, sin sentirlo, en otra provincia, en Salta, la Heroica, y ésta es la estación Ruiz de los Llanos, poco distante del arroyo Tala, que acabamos de atravesar. Los establecimientos principales de esta comarca son las estancias de don Santiago Gallo y don Mariano López García. Esta última, llamada «Tala», tiene una extensión de doce

leguas y corre á lo largo de la via del Central Norte, casi hasta llegar al Rosario de la Frontera.

Si hay algo que debió llamarse Arenal es, sin duda, la estación siguiente, que, en efecto, lleva ese nombre, sin duda porque la gente ha sido aquí más modesta ó más veraz que en aquella estación Recreo de que páginas atrás se hablara. Aquí tiene campos la familia del heroico caudillo de los gauchos, el admirable colaborador en la obra de la independencia argentina, el general Güemes. También se halla aquí la estancia de don Escolástico Arredondo, y la industria principal que en los alrededores se practica es simplemente la explotación de bosques.

Otra pequeña etapa y estamos en el Rosario de la Frontera—localidad que visité hace algunos días con mi amabilísimo amigo el ingeniero Rapelli y mi actual compañero de viaje señor Manent. Es este Rosario la famosa estación termal adonde todos los años acuden centenares de enfermos que encuentran, á menudo, la salud, á veces alivio, siempre esperanza—lo que no resulta desdeñable por cierto. El balneario está á corta distancia, se llega á él en carruaje, y sus vastos edificios tienen (tenían cuando los vi) un melancólico aspecto de convento abandonado. No era ya tiempo de tomar baños, y la misma Naturaleza hermosa en los contornos, como asociada á los empresarios y convencida del *paro* forzoso, resultaba triste, pequeña, fea... Los sitios destinados á las grandes masas de gente, se ponen tétricos sin ese adorno vivo y sonoro...

La estación siguiente—Yatasto,—carece de agua para riego y sólo cuenta con un modesto establecimiento ganadero, mientras que, algo más allá, Metán, antiguo pueblo fundado por los jesuítas, da salida á los productos del oeste del Chaco, cuenta con varias curtidurías, bastante agricultura, bue-

na tierra, excelentes acequias por donde corre el agua, abundante y fecunda.

Y aquí vamos á detenernos.

Hemos llegado á Río Piedras, donde hay un aserradero perteneciente al señor Badaracco, grandes bosques de árboles corpulentos—cedros, orco-celibes, tarcos, quebrachos, etc.,—todos los cuales dan magníficas maderas de construcción. El aserradero es, por ahora, insignificante; pero la demanda de sus productos por una parte y por otra los señores Maisano y Vigasolo, compitiendo con él desde allí cerca (entre Río Piedras y Chilcas), le harán prosperar por la virtuosa emulación.

Mas—ya está dicho,—debemos detenernos en Río Piedras... A poca distancia de aquí duermen las ruinas de Esteco... ¿Tenéis noticias de Esteco? ¿De sus ruinas? ¿No? Pues oíd cuantas pude recoger en esta excursión, y complementar años más tarde.

XXVI

LA CIUDAD MALDITA

—Esteco fué, según la leyenda tradicional que aún conserva religiosamente el pueblo, una especie de Gomorra hispano-americana, destruida por la cólera de Dios.

—¡Cuente, cuente usted eso!—exclamé, suplicando, á mi primer informante.

—Es difícil, porque no sólo cada ciudad—Ju-

juy, Salta, Tucumán, Santiago,—sino cada aldea, cada grupo de chozas de paja y barro, cada individuo casi, tiene su versión propia del acontecimiento. Muchas he oído, y forzoso será que, mezclándolas, me resulte una nueva, mía ó poco menos.

—...¡Bah! Tratándose de tradiciones, y con tal de conservar la médula...

—Bueno, pues. Parece que los habitantes españoles, enriquecidos por el trabajo de millares de indios que tenían como esclavos, se entregaron desenfrenadamente al fausto, los placeres, las pasiones, los excesos. Disolvióse la familia, imperaron la depravación y el vicio, no había más ley que la voluntad caprichosa de los señores cuyo boato llegó á extremos tales que hacían poner á sus caballos herraduras de plata y de oro.

—De plata pase; pero de oro...

—La leyenda quiere que el oro haya corrido á raudales por estas comarcas en aquellos tiempos, y lo que estoy contando es precisamente la leyenda.

—Tiene usted razón; adelante.

—Parece, pues, que la corrupción era inaudita, y que los hombres, olvidados de Dios y encenagados en los vicios, culpables de todos los sacrilegios y todos los crímenes, provocaban las celestes iras, precisamente como los contemporáneos de Noé antes del diluvio, y los de Lot antes de la lluvia de fuego. Pero... en fin, ya lo verá usted... El hecho es que el Dios de los cristianos, más temible en aquellos tiempos, como lo prueba la inquisición, ordenó el castigo, y el trece—número siempre nefasto—de septiembre de 1692, el torrente de Las Piedras, que proveía de agua clara, dulce y abundante á la ciudad, cambió de curso sin aviso previo, en las cercanías abriéronse grietas volcá-

nicas que olían á azufre y arrojaban cataratas invertidas de barro y agua hirviente, envolviéndolo todo en nubes de caliginosos vapores; rodaron roncos truenos por las entrañas de la tierra, retembló el suelo, derrumbáronse con estruendo formidable las torres de las iglesias, y horas después la criminal Esteco quedaba suprimida para siempre, como las viejas ciudades malditas cuyos escombros se sembraban de sal.

—¡Moriría todo el mundo!

— ¡Adónde no alcanza la infinita bondad de Dios! Pues se salvaron todos los habitantes, hombres, mujeres, ancianos y niños. Y esto me lo ha explicado un teólogo, diciéndome que Dios odia el pecado, pero no al pecador. Los de Esteco debieron refugiarse en Santiago, Salta, Tucumán, Jujuy...

—¿Y después?

—Después, comenzó á crecer la hierba sobre las ruinas, el viento llevó á ellas la simiente de árboles y arbustos, y el bosque reconquistó, poco á poco, lo que los infelices indios le quitaran en siglo y cuarto de trabajos forzados.

—No preguntaba eso. Preguntaba si los réprobos de Esteco se enmendaron después de semejante lección.

—Es probable, entre otros motivos, porque se arruinaron y la miseria no fomenta la disipación y el boato. Pero la historia no lo dice. Aquellos hombres sólo fueron *históricos* por la catástrofe: antes y después del terremoto, á nadie, hasta ahora, se le ocurrió ocuparse de ellos. ¡Bien dicen los franceses que para algo sirve la desgracia! En este caso, si no gloria, ha dado notoriedad á un pueblo sin más fastos que la fecha de su fundación y la de su ruina. Tres siglos hace que la selva se ocupa de borrar hasta su recuerdo, y mientras el ferrocarril no cruzó estos campos, ni un alma

vino á evocarlo. Sólo ahora, algún curioso se interna en la selva buscando el enorme cadáver, cuyos restos, sin embargo, no tienen sino escasísimo interés.

—¿Por qué no han de interesar?—pregunté.

—Pues, sencillamente, porque los habitantes se llevaron consigo los objetos de algún valor, que, por otra parte, no serían ni muy curiosos ni muy característicos. Recuerde usted que se trata de una ciudad española de la conquista, sin nada que no hayan tenido las demás, sin nada que no se conserve ya en nuestras colecciones públicas ó particulares. No había huacas quichuas, ni cacharros indios de colores, ni grutas pintadas, ni telas precolombianas, ni Dios que lo fundó. Esteco era, en realidad, una aldehuela insignificante si se la compara con las ciudades desaparecidas de Bolivia y el Perú, por ejemplo, y, lo que es peor, de carácter híbrido ya. Quizá fuera interesante, eso sí, el plano de la ciudad, del recinto de fortificación, y los materiales usados en esta última, para ver las variantes introducidas por los españoles que, al edificar, ya con piedra, ya con barro pisado, combinaban los usos de su país con los de la tierra invadida.

Y aquí varió de rumbo la conversación, y por entonces no volví á ocuparme de Esteco y su lastimosa historia. Pero, poco antes de reunir estos materiales—nueve años después de escritos,—traté en la prensa bonaerense de una interesante exploración que en aquellas ruinas realizaba don Emilio Morales.

Dicho caballero quería exhumar, como se exhumaron los restos de Pompeya y Herculano, los restos de la famosa y legendaria ciudad, y con tal motivo busqué otros antecedentes de Esteco. Los más comunes son los publicados por don Pedro de

Angelis, parte de los cuales figuran en la última edición del magnífico «Diccionario Geográfico Argentino» del doctor Francisco Latzina, á renglón seguido de otros datos interesantes, que utilizaré también.

Las ruinas, como ya dije, distan unos seis kilómetros de la estación Las Piedras (ferrocarril Central Norte), están cubiertas de vegetación, reconquistadas por el bosque, y en sus inmediaciones hay unos ciento cincuenta habitantes alojados en ranchos dispersos. La ciudad fué fundada en 1567 por don Diego de Heredia, y vuelta á fundar el mismo año por su competidor don Diego Pacheco, quien la llamó Nuestra Señora de Talavera. Algunos autores la designan con el nombre de Las Juntas, porque se hallaba en la confluencia del arroyo Las Piedras y el río Salado, el mismo que, un poco más arriba, se llama Pasaje ó del Juramento, por el que, al vadearlo, hizo el ejército de Belgrano, de sostener á todo trance la independencia nacional, al propio tiempo que adoptaba definitivamente los colores de nuestra bandera.

Esteco — según de Angelis y Latzina, que lo transcribe,—ocupaba una situación céntrica entre las ciudades de Salta y Tucumán y Salta y Santiago, formando una especie de puesto avanzado hacia el Chaco, para defenderlas contra las invasiones de los indios, objeto principal de su fundación. «En pocos años—dice de Angelis en sus notas á «La Argentina» de Rui Díaz de Guzmán,— »llegó á ser Esteco la ciudad más opulenta y li»cenciosa de aquellas comarcas, sin más recursos »que los que sacaba, á fuerza de opresión y vejá»menes, del trabajo excesivo de los indios que se »habían repartido los encomenderos. Estos desgra»ciados eran los matarás, descendientes de los to»nocotes, que fueron los antiguos dueños de aque-

»llos terrenos. Era una de las tribus más numerosas, y, en su último empadronamiento, la sola »jurisdicción de Esteco presentaba un total de »treinta mil individuos tributarios del Rey, en cu»yo número no estaban comprendidos las mujeres »y los niños. Matará, en lengua quichua, quiere »decir espadaña, planta abundante en la región »por ellos ocupada. El temblor que destruyó Es»teco es un fenómeno interesante, no sólo en la »historia civil, sino también en la geología de es»tas provincias, porque puede servir para demar»car los límites de la región volcánica por este lado »de la cordillera. Cerca del sitio que ocupaba Este»co, se fundó después una reducción de mocovíes, »con el nombre de San Javier, y casi sobre sus rui»nas se reconstruyó el presidio de Valbuena, que »fué, durante muchos años, el único freno im»puesto á los indios que intentaban atacar aque»lla frontera.»

Cuenta Rui Díaz de Guzmán en «La Argentina» que, después de fundada la ciudad de San Miguel del Tucumán, y allá por 1565, don Francisco de Aguirre quiso hacer una expedición á las comarcas habitadas por los indios comechingones—vale decir á la actual provincia de Córdoba,—y salió para tal destino con un buen golpe de gente, pertrechos y vituallas. En el curso de la expedición y como era frecuente entre los indisciplinados aventureros y conquistadores españoles, produjéronse tales desavenencias que don Francisco resolvió emprender el regreso por Santiago. El promoter de los disturbios, Diego de Heredia, se había limitado á un ensayo, pero al llegar al punto que luego se llamó Altos de Aguirre, dió el golpe decisivo provocando un motín en el que se tomó prisionero á Aguirre y otros jefes, asumiendo el dicho Heredia la autoridad de que su capitán quedaba despo-

jado. Sólo escapó de la redada el segundo de Aguirre, don Gaspar de Medina, refugiándose en las serranías de Concho. De este motín nació la ciudad de Esteco, que tan mal iba á vivir, y á la que aguardaba fin tan desastroso.

En efecto, «para colocar en alto sus depravadas »operaciones—dice Rui Díaz de Guzmán, hablan»do de los sublevados,—determinaron hacer una »población entre el poniente y el septentrión del »Estero, en la provincia que antes descubrió el »capitán Diego de Rojas, en la que fundaron una »ciudad que llamaron Esteco, aludiendo á un pue»blo de indios de la comarca que se daba este »nombre.» Noticiosos de la fundación de Esteco, el teniente de Aguirre, Gaspar de Medina y otros capitanes españoles, reunieron gente aguerrida, atacaron á Heredia y sus compañeros, lograron vencerlos y hacerlos prisioneros, y los condenaron á muerte. La sentencia fué ejecutada.

A raíz de estos sucesos asumió el Gobierno interino del Tucumán el general don Diego Pacheco (1567) quien, para borrar hasta el recuerdo de la sublevación de Heredia, el cual había llegado, en su insolencia, hasta usurpar el mando supremo de la provincia, cambió el nombre de Esteco por el de Nuestra Señora de Talavera, y deseoso de infundirle próspera vida por los procedimientos preconizados en aquella época, repartió todos los indios de la comarca entre sesenta encomenderos— lo que, según el cómputo citado más arriba, determina unos quinientos esclavos para cada español, fuera de las mujeres y los niños. Esto, que parece exagerado, resultará admisible recordando las ya citadas palabras de Rui Díaz: «Esteco llegó á ser »la ciudad más opulenta y licenciosa, sin más re»cursos que los que se sacaban de los indios, etc.»

Más tarde, una vez dominada la tremenda insu-

rrección de los valles calchaquíes y cuando se enviaron los quilmes á la orilla del Plata—hecho que, como es notorio, provocó la fundación del lindo pueblo de Quilmes en las cercanías de Buenos Aires,—tocaron á Esteco, en el reparto de los demás indios vencidos, unas ciento cuarenta familias calchaquíes. Pero, seguramente, éstos y los que les precedieron, vivirían en el valle, no en la misma población. Sin embargo, las pocas referencias que tenemos de Esteco, le atribuyen bastante importancia como ciudad; por ejemplo, el obispo de Tucumán, en una carta de 1637, dirigida al Rey de España, informándole del estado de su diócesis, dice: «El Tucumán entero, que abraza unas cua»trocientas leguas, contiene ocho ciudades de es»pañoles y algunos territorios poblados de muchos »miles de cristianos» (indios bautizados, en su mayoría). Las ocho ciudades que cita el obispo, son: Santiago, San Miguel (Tucumán), Esteco, Salta, Córdoba, La Rioja, Jujuy, Londres (Catamarca). Pero no hay que dar todo su valor á ciertas palabras, porque, como dice acertadamente M. Martín de Moussy: «Cuando se ven todas estas indi»caciones de ciudades fundadas y luego abandona»das durante el siglo XVI, no hay que imaginar que »fueran ciudades al estilo europeo, como hoy se »encuentran en la América del Sur. En aquella »época no había suficiente tiempo ni bastantes bra»zos, ni la precisa afición á la comodidad para eri»gir cosa semejante. Contentábanse con un re»cinto ó muralla de tierra apisonada, techos de »paja ó de junco rebocados con barro, y pare»des de adobe ó sencillamente de barro. Sólo du»rante el siglo XVIII comenzaron á levantarse edi»ficios algo monumentales. Los indios, repartidos »en encomiendas, habitaban los alrededores de di»chas ciudades, y se dedicaban á la agricultura.

»Su número ha sido generalmente exagerado por
»los historiadores de la época.»

Este punto, en lo que respecta á Esteco, lo va á comprobar (ó lo ha comprobado ya, sin que yo tenga noticia), el citado explorador, don Emilio Morales, al despertar los ecos de la ciudad muerta con el acompasado golpear del pico y el azadón. Y ya que al señor Morales y á su empresa me refiero, véase lo que de ella dice en una carta por mí publicada y comentada en La Nación:

«Me encuentro ya en el lugar objeto de mis ex»ploraciones. Me hallo en Esteco, la antigua ciu»dad desaparecida por una conmoción geológica, y »de la que apenas subsiste una vaga leyenda, tanto »más interesante cuanto más obscura para el in»vestigador. Trato de exhumar, en parte, un pue»blo hoy enterrado y cubierto de bosque casi impe»netrable. Las ruinas están situadas á dos leguas »del río de Las Piedras, y en una propiedad de la »familia Sierra. Por los estudios y excavaciones »practicados en estas ruinas, he podido compro»bar que, dada su superficie, Esteco era tan gran»de como Tucumán (no dice el explorador si el »San Miguel de entonces ó el Tucumán de ahora; »y continúa): lo que da la medida de la impor»tancia que en su tiempo debe haber tenido. Se »extendía, probablemente, hasta el río de Las Pie»dras (si éste no cambió de curso, como antes se »ha dicho) y Miraflores, pues eran los puntos des»tinados, sin duda alguna, por los habitantes, para »agricultura y ganadería, como lo indica una gran »acequia que he encontrado y que, faldeando un »cerro cercano, irrigaba los campos inmediatos á »la ciudad, proveyendo también á ésta de agua po»table y para los usos domésticos.

»En las proximidades del río de Las Piedras— »que muchos llaman torrente,—he encontrado un

»molino, recogiendo lo que de él quedaba. La ciu»dad fué destruida por hundimiento y derrumba»miento, pues en algunas partes he hallado casas »de piedra, ladrillo y adobe, hundidas á dos y tres »metros de profundidad. Ahora estoy descubriendo »una que, por su magnitud y clase de construcción, »me permite creer que era uno de los edificios »principales de Esteco. Su parapeto mide un me»tro de ancho, es de piedra unida con cal y está »perfectamente revocado. La pared tiene un metro »treinta centímetros de espesor. Este edificio se »hundió por completo, pero hay otros que sólo se »hundieron en sus tres cuartas partes, pues en la »superficie del suelo se ve un montón de escom»bros, y debajo, donde la tierra las ha protegido, »se encuentran las paredes casi intactas.

»Creo que Miraflores (1) ha sido una parte im»portante de Esteco, aunque sus ruinas se encuen»tran sobre la otra orilla del Juramento. El tem»blor que destruyó la ciudad pecadora y legendaria »la derrumbaría también. Debe saberse que, más »tarde, los jesuítas levantaron la iglesia de Mira»flores, probablemente con los materiales que que»daban utilizables de las *cuatro* iglesias de Esteco, »pues así parece demostrarlo una excavación, an»tigua ya, de la que extraje fragmentos de objetos »que sólo pueden haberse aplicado al culto. Sa»bido es, también, que los jesuítas fueron expul»sados; desde entonces, Miraflores quedó abando»nado con su pequeño caserío, del cual surge la »torre inclinada de la iglesia como una pobre pa»rodia de la torre de Pisa.

---

(1) Pueblo en la margen izquierda del río Pasaje, á 26 kilómetros de la estación Piedras y frente al pueblo Galpón (Metán, Salta). Con Galpón cuenta con unos 1.250 habitantes. Por allí pasa un camino de la estación Piedras en dirección á Rivadavia.—*Latzina*. Dic. Geog. Arg.— Más feliz que Esteco, renació allí cerca de sus propias cenizas

»El aspecto que presenta el conjunto de las ruinas de Esteco es muy interesante. Llaman la »atención calles larguísimas, hoy cubiertas ó bor»dadas de vegetación lujuriosa. Parece como que »hasta la Naturaleza misma quisiera demostrar»nos lo que fué aquella ciudad, pues las calles »de árboles forman bóvedas, y la vegetación que »bajo ellas crece, raquítica y enana, afecta en las »orillas el aspecto de las casas que bordaban las »avenidas, sin solución de continuidad, por lo que »se ve.

»Más de tres siglos han transcurrido desde el »hundimiento de Esteco. Nuestros museos y cor»poraciones sabias han enviado exploradores á Bo»livia, á Chile, á todas partes, para que hicieran »estudios científicos, olvidando que aquí, en ca»sa, tenemos un elemento inapreciable de trabajo »y un sitio en que la ciencia tiene mucho que in»vestigar, aunque sólo sea en materia sísmica. Y, »por mi parte, he tropezado con muchas dificulta»des en la emprendida exhumación; se encuentran »peones para cualquier clase de trabajo menos pa»ra éste, pues la leyenda corriente hace creer al »pueblo inculto que cuantos remuevan las ruinas »de Esteco, serán perseguidos por las ánimas en »pena, que se vengarán de ellos provocando su des»gracia. Muchas veces que me alejaba de las ex»cavaciones para examinar algunos otros restos, »encontrábame, al regreso, con que los peones ha»bían abandonado el trabajo porque *oyeron el can»to de un gallo* ó porque *vieron un fantasma que »se asomaba á los hoyos recién abiertos*... Cierto »día, al volver á las excavaciones, no vi á nadie, »sino á dos hermosos ciervos que, con la curiosa »expectativa de costumbre, antes de emprender »la fuga, observaban el grupo que formaba yo con

»mis acompañantes. Así, pues, tengo que valerme »únicamente de trabajadores extranjeros.»

Me permitiré aquí un par de observaciones de mi cosecha: 1.ª No es extraño que las sociedades científicas hayan descuidado las ruinas de Esteco, pues ésta, como ciudad española, ofrece poco interés arqueológico y etnográfico; cualquiera de las ciudades supervivientes de la misma época, conserva, sin duda alguna, restos más significativos y utilizables, y cualquier ruina ó cementerio anterior á la conquista, por pequeño que sea, es un documento de mayor valor; y 2.ª Si los trabajadores del pago no hubiesen tenido á mano el pretexto socorrido de las ánimas en pena, los gallos y los fantasmas para dejar la pala y dedicarse á la siesta, ingenio suficiente poseen para haber hallado ó inventado algún otro que les permitiera descansar dulcemente. Pero, fuera de broma, tengo un antecedente curioso de estas supersticiones: el doctor Adán Quiroga me contó, en efecto, que antes de dar la primera palada en algunas de las muchas *huacas* que se descubrieron bajo su dirección, los peones no dejaban nunca de invocar al antepasado, diciéndole éstas ó parecidas palabras:

—¡Tata antiguo, no te enojés; lu hago porque soy mandau!

Y no lo hacían sin profundo recelo, seguros de que el viejo padre—Tata,—se irritaría necesariamente contra ellos por la profanación de sus cenizas. Pero el señor Morales tiene, todavía, algo interesante que decirnos.

«La riqueza que en metales procedentes de Bo»livia se atribuye á los habitantes de Esteco — »agrega en su carta,—no ha podido ser comproba»da. En mi opinión, y á juzgar por las recientes »excavaciones y por los descubrimientos á que han »dado lugar, la fortuna de la ciudad procedía de

»los cerros vecinos. A distancias que varían de »cinco á catorce leguas, se han encontrado yaci»mientos de cobre—minas viejas y cegadas ya,— »que pueden considerarse las mejores de Salta. »He descubierto un socavón ó mina, cuya profun»didad no puedo determinar con exactitud, pues »sólo penetré hasta una distancia de quince me»tros dē su boca; no es posible avanzar más sin »grandes precauciones y, sobre todo, sin limpiar »previamente el terreno. En otro sitio hallé restos »de hornos de fundición. Además, las minas de »plomo y plata encontradas allí, son de tan buena »clase que la galena se corta á cincel.»

XXVII

EN JUJUY

Pero, dejemos atrás Esteco, sus recuerdos y sus ruinas, para correr hacia el fin de este viaje, ya harto largo, con más prisa que la cazurramente disimulada por Acuña, en la excursión de Catamarca á Tucumán.

La estación de Chilcas, rodeada de hermoso bosque, como Río Piedras, tiene otro obraje, perteneciente á don Salvador di Pietro; la ganadería explótase también un poco, y la mayor parte de los animales que produce se envía á Tucumán. Después, pasamos por Palomitas, punto que promete progresar, aunque hoy se trabaje poco, tanto en la cría como en la explotación de madera. Tiene obrajes de escasa importancia y el ganado no abunda:

pero, como el río Mojotoro puede proveerla fácilmente de agua en abundancia, por medio de acequias de poco costo, su porvenir está asegurado.

El Mojotoro riega, también, los campos de Cabeza de Buey, donde están las propiedades que los plantadores de caña, Dorado y Uriburu, han adquirido para proveerse de leña con destino á las máquinas de sus ingenios. Hay algunos obrajes y algunos rebaños de cabras, amén de una corta cantidad de animales vacunos.

Más interés tiene, por el momento, para nosotros, la estación General Güemes, pues es donde debemos almorzar. Este punto es, por otra parte, importante, pues aquí se ha instalado un depósito de locomotoras y un pequeño taller de composturas, pertenecientes ambos al Central Norte. De aquí arranca la línea ó ramal á Salta, y este hecho ha contribuido á que el comercio se desarrolle un tanto, pese al chucho que reina en la comarca y que, según decires, es el más pernicioso de todas estas regiones azotadas por las fiebres palúdicas. En las quintas de Güemes se cultivan chirimoyas y naranjas, y también caña de azúcar que, probablemente como compensación al chucho, da siempre un diez por ciento de azúcar de primera, contra el siete por ciento que en los años muy buenos da en Tucumán...

Y puesto que ya almorzamos, ¡adelante!... Esta otra estación es Pampa Blanca. Aquí hay un almacén, tienda y ferretería que se llama «La Gloria», y otro almacén de A. B. Rojo, que leo abrojo, ambos de bastante importancia, sobre todo el primero. Pampa Blanca está rodeada de montañas, mucho más cercanas al E. que al O. Mientras estamos en la estación levántase, de repente, un enorme torbellino, que eleva hasta el cielo una columna salomónica de polvo y desperdicios. A la

estación se la llama, comúnmente, Pampa, sin calificativo, y al este de ella están los grandes ingenios de Leach y de Ledesma, á 12 leguas el primero y á 18 el segundo. Entre los dos poseen más de 200 carros, pues el rendimiento de la caña (12 %) permite soportar tranquilamente el gasto de fletes y conducción. Entre los dos, en tiempo de cosecha, cargan, diariamente, de 8 á 10 vagones de azúcar en el Central Norte. El llamado de Ledesma es de los señores Ovejero y Cerda. El de Leach tiene teléfono á Jujuy. Hay otro ingenio del señor Mendieta.

Luego viene Perico, que tiene estancias y cultiva un poco de caña. El río Perico es arrollador en el verano, y su corriente arrebata moles ingentes de piedra. Produce piedras chatas para piso (lajas), cáscara de cebil para curtiduría, leña para Jujuy, y alguna hacienda. Aquí sucede una cosa curiosa, por no decir inconcebible: los vecinos no quieren prestar ni vender terreno para que se establezcan casas de comercio, tanto que el ferrocarril se ha visto en la necesidad de prestar el suyo mientras no lo necesite, cobrando un arrendamiento ínfimo. El río Perico, con su cauce de pedregullo, está completamente seco.

Palpalá es la última estación antes de llegar á Jujuy, y no tiene importancia alguna. Un poco más allá, cerca de la capital, en Río Blanco, vemos, al pasar el tren, una capilla de la Virgen, que es objeto de culto especialísimo y á la que se hace una peregrinación en el mes de septiembre. Acuden fieles hasta de Salta.

Jujuy.—Ya dije que no describiré la ciudad, cuya importancia es actualmente poca, mientras sus necesidades son muchas, como se verá, pues hablando de ellas, uno de sus vecinos caracterizados, comerciante, me dijo:

—Fuera de que la higiene reclama el pronto establecimiento de un servicio de aguas corrientes, con el que mejoraría la salud pública y disminuiría la mortalidad, hoy muy grande, se impone la construcción de una carretera hasta la Esquina Blanca. Este camino, que tendría unas cuarenta y dós leguas, más ó menos, se hace indispensable, pues en la época de las lluvias, de diciembre á mayo, las comunicaciones entre Jujuy y los departamentos de la Quebrada de Humahuaca y de la Puna—que son siete,—y la República de Bolivia, quedan completamente cortadas. Todo el comercio con Bolivia se paraliza por falta de esa carretera, que debería trazarse inmediatamente, ya que no se piensa construir el ferrocarril. Este camino, además de fomentar el comercio, daría impulso á las varias minas de oro, plata y boratos —algunas en explotación,—que durante cuatro ó cinco meses no pueden dar salida á sus minerales, por carecer de comunicaciones.

Las fortunas de Salta y Jujuy formadas antes de 1875, nacieron casi exclusivamente de la exportación de vacas, mulas, ovejas y caballos al Perú y Bolivia. Pero no á la exportación como se hace ahora, cómodamente, desde el despacho, valiéndose del telégrafo para las comunicaciones y de capataces para conducir la hacienda hasta su destino. Aquellos hombres pagaban con su persona, eran *troperos*, y no por ello menos útiles ni menos respetables, como quizá se pensara hoy. Muy al contrario, hacíanse acreedores á la consideración de todos, é influían en su provincia. Con este comercio se enriquecieron los Jándula, don Telesforo Padilla, el padre de don Francisco Ortiz, los Solá, don Belisario Medina, don Jorge Ruiz, don Macedonio Benítez, don Martín Torjas—que luego murió pobre,—todos ellos hijos ó vecinos de Salta.

En Jujuy, los que se enriquecieron con este trabajo fueron los Puch, los Portal, familias hoy extinguidas, Alviña y algunos otros.

Pero no se tome la palabra «fortuna» en el sentido que comienza á dársele imitando á los yanquis. En el extremo norte de la República no hay todavía multimillonarios, ni cosa que remotamente se le parezca, y por aquellos años, al hombre que poseyera un capital de veinte ó treinta mil pesos, se le consideraba un potentado. Una renta de cien pesos al mes, era algo más que un buen pasar...

Hoy las cosas han cambiado, y lo peor es que muchos jóvenes, lejos de independizarse siguiendo las huellas de sus predecesores, renuncian á su individualidad deslumbrados por la empleomanía, sol de los inútiles y de los sin voluntad.

Sin embargo, el progreso no se detiene por tan poca cosa: los deja simplemente atrás y sigue su camino, condenándolos á desaparecer—ellos mismos ó sus hijos,—en las clases medias ó ínfimas de que lograron salir sus padres á fuerza de puños. ¡Y cómo se ha de detener! Lejos de eso, su semilla germina simultáneamente por todas partes, con una fuerza y una espontaneidad incontrastable, como hemos podido verlo á lo largo de la vía férrea de Tucumán á Jujuy, donde nacen y prosperan industrias, antes no intentadas.

Visité uno de sus establecimientos industriales, un molino harinero que, si no puede competir en maquinaria moderna y capacidad, con los de Santa Fe, por ejemplo, es, sin embargo, un nuevo jalón, plantado ya muy lejos del punto de partida. Su propietario es un distinguido caballero boliviano, don José Alviña, que se ocupa también de otros ramos del comercio y la especulación, y con quien tuve el gusto de conversar sobre los intereses materiales de nuestra más lejana provincia.

—Durante la guerra del Pacífico—me dijo,— nuestro comercio con Bolivia era enorme: el tránsito importaba millones de pesos. Pero aquello fué sólo accidental, diría que por desgracia si esto no envolviera el deseo, que no tengo, de ver continuada la lucha. Terminó ésta y el comercio comenzó á decaer, ó mejor dicho, decayó de pronto. Hoy está completamente muerto. Su ruina se debe, por una parte, á la construcción del ferrocarril chileno que va á Uyuni, convirtiéndola en una especie de colonia chilena. Antes se hacían, también, grandes remesas de ganado, para los «minerales» de Huanchaca, Pulacayo, Potosí, Quechida, Guadalupe y hasta Colquechaca. Las salitreras de Antofagasta y Tarapacá, sobre el Pacífico, eran las que hacían el mayor consumo. El proveedor de todo eso es ahora Chile, gracias á los impuestos que pesan sobre el ganado, y gracias, también, á que el chileno va descansadamente por mar, embarcándolo en Valparaíso, etc., mientras que el de las provincias argentinas del Norte es llevado por pésimos caminos, y desmerece mucho con el viaje. Lo curioso es que Chile nos hace ventajosa competencia con nuestros mismos productos, con grave perjuicio de estas provincias, pues mucho ganado argentino pasa á Chile por Mendoza, se repone en Aconcagua, y ya nacionalizado chileno, lo llevan á Valparaíso, y allí lo embarcan. Luego, en su destino, goza de franquicias que no comparte, por cierto, el productor. También nos perjudica el gran contrabando de haciendas que se hace por el Neuquén.

En el curso de aquella conversación, supe que al tropero argentino sólo le conviene ir á Bolivia con mucho ganado, pues de otro modo lo *boycotean*, obligándole á bajar los precios por medio de una pretendida escasez de pasto, sobre todo

si hay hacienda disponible. El que lleva mucha está al abrigo de este agio, pues generalmente se considera que está en situación de resistir y de aguardar ó buscar una oportunidad favorable. Pero el tropero debe hallarse siempre al corriente de las fluctuaciones del mercado boliviano, pues precisamente cuando escasea el ganado es cuando debe llevar poco, para no influir sobre los precios en sentido de baja. Entonces podrá hacer un negocio de oro, siempre que sea capaz de competir con los troperos bolivianos, tan económicos que llegan á arrear sus haciendas á pie—esfuerzo para ellos fácil, pues de raza les viene ser infatigables andarines.

—Todo esto mejoraría para las provincias del Norte—agregó el señor Alviña,—si los diplomáticos argentinos lograran la supresión de los derechos de entrada al ganado; pero más eficaz que esto mismo sería la prolongación del ferrocarril Central Norte hasta Uyuni, donde empalmaría con los ferrocarriles bolivianos. Gracias á este empalme, nuestro ganado gordo estaría en los mercados de consumo á las cuarenta horas cuando más. Bien claro ve usted cuánto prosperaría con esto nuestra industria ganadera... la agricultura también; y en cuanto á la minería, hoy en embrión, es evidente que teniendo á su alcance los puertos del Pacífico, para dar salida fácil y barata á sus productos, adquiriría, en poco tiempo, notable desarrollo.

Las minas son ricas, pero para su explotación se necesitan capitales, y sobre todo capitales extranjeros, más fuertes que los del país, y menos exigentes también, pues se contentan con intereses relativamente bajos. Según me contó el señor Alviña, los procedimientos de que se valían los mineros eran tan rudimentarios, que en Cochinoca y

la Rinconada, por ejemplo, se limitan á aguardar pacientemente la época de las lluvias, y cuando ha llovido lo bastante, acuden á los sitios en que se han producido desmoronamientos de tierra en busca de las pepitas arrastradas por ellos...

Tampoco se explotaban las minas de cobre de Yaví y Tilcara, por falta de capitales y, sobre todo, de vías de comunicación. No hay, pues, que extrañarse de que estas provincias no sigan la marcha vertiginosa de otras más felices: aun no se les ha dado el primer impulso necesario para que echen á andar y para que entren en juego sus fuerzas naturales. (1)

Las borateras constituían, sin embargo, desde entonces, un positivo elemento de riqueza, ya en explotación por compañías belgas, inglesas y argentinas.

He aquí, ahora, en resumen, lo que me dijo en Salta don Miguel de los Ríos, sobre análogas materias:

—Hasta 1879 no había de Salta á Bolivia y el Perú, otro comercio que el de ganados vacunos invernados, y *tropas* de mulas que en cantidades considerables se llevaban á las diferentes ferias cele-

---

(1) Son muy ilustrativos los siguientes datos: Se han llevado de Jujuy á Bolivia cargamentos de leña á lomo de mula, y el combustible se ha vendido allí al peso, con pingües ganancias, ¡tan remunerador es aquel mercado! El molino del señor Alviña, y otros, mandaban grandes partidas de harina, pero como las chilenas lograron entrar sin gravamen alguno, la competencia resultó imposible: el derecho municipal de Tarija, por ejemplo, se elevaba á ocho pesos bolivianos por cada carga de 170 kilógramos de harina argentina. Chile, que sólo contaba con una refinería en Viña del Mar, introducía como propios los azúcares extranjeros, argentinos inclusive. Esto en cuanto al mercado boliviano; en cuanto al abandono de las provincias del Norte, véase este hecho: En 1899 hacía ocho años que estaban interrumpidas ó suprimidas las mensajerías á Tupiza y Cotagaita, dificultando enormemente los viajes y los mismos negocios. El dinero, por ejemplo, iba de Jujuy á Bolivia y viceversa, con mucho gasto y poquísima seguridad, en manos de peones, á quienes molesta y fatiga el peso de las chirolas, amén de otros trastornos y peligros.

bradas en varios puntos de Bolivia. No era extraño que algún tropero, viajando con su arria, llegara por tierra á vender sus mulas en las ciudad de Lima... Ahora bien, cuando el 14 de febrero de 1879 Chile inició contra Bolivia la guerra que sólo declaró el 5 de abril, después del combate y toma de Calama, el 23 de marzo, el comercio boliviano se vió en la necesidad de hallar un camino para sus intercambios con Europa, y también para proveerse de algunos artículos que hasta entonces adquiría en los mercados chilenos. La solución del problema era obligada: Bolivia comenzó á hacer pequeñas internaciones por Salta, y por mediación de su ministro, el doctor Quijarro, obtuvo que el Gobierno argentino concediera á este comercio ciertas facilidades, consistentes en rebajas de flete en los ferrocarriles de la nación (el F. C. C. N.) y franquicias aduaneras. Poco á poco fué aumentando la cantidad de carga que venía de Europa con destino á Bolivia, carga que era transportada desde Tucumán á Salta en tropas de carros, y de Salta á Bolivia en recuas de mulas... Aquella fué la época de gran prosperidad para Salta. Las fincas que en estado ruinoso llenan hoy el feracísimo Valle de Lerma, fueron fundadas y labradas en aquel tiempo, y sus felices propietarios vendían á buen precio los productos de la tierra, mientras que los potreros de alfalfa eran casi insuficientes para invernar las quince mil mulas que se destinaban á llevar mercaderías á Bolivia y traer de allí plata en barras, estaño, bismuto y minerales de plata de buena ley... Ahora no nos quedan sino los recuerdos de aquella época en que los diez kilos de maíz se vendían á más de un peso moneda nacional, y en que para el ganado faltaba el forraje que hoy casi no tiene compradores... Luego, cuando se firmó el pacto de tregua entre Bolivia y Chi-

lo, el Gobierno de éste impuso como contribución de guerra la liberación de derechos para todos sus productos, y, lo que es más, para todos los artículos nacionalizados, dió franquicias aduaneras y fomentó la construcción del ferrocarril que ahora llega á Oruro; es decir, nos quitó cuanto teníamos por ese lado, atrajo hacia el Pacífico el comercio entero de Bolivia y se aseguró un mercado importante para sus producciones agrícolas...

—Pero eso—objeté,—ha de tener, si no remedio, por lo menos alguna posible modificación que favorezca á estas provincias.

—Diré á usted... Hace pocos meses escribí al ingeniero Rapelli, administrador del ferrocarril Central Norte, pidiéndole tarifas especiales para Bolivia, por la vía de San Cristóbal. El señor Rapelli se empeñó con el ministro del ramo, y gracias á él tenemos ya una tarifa muy aceptable para los comerciantes bolivianos. He mandado estos datos á Bolivia y, según me dicen algunos fuertes corresponsales, probable es que abandonen la vía chilena y vuelvan por acá, pero piden la supresión de algunos inconvenientes, no zanjados por descuido, sin duda. Se lo explicaré. Al conceder la rebaja de fletes, la ley respectiva dice que se debe pagar la tarifa ordinaria; pero que, después, con un certificado que la mercancía ha sido internada, otorgado por un cónsul argentino en Bolivia, se devolverá la diferencia. Esto es un entorpecimiento, y al ponerlo se ha olvidado que la mercadería que viene de Europa pasa por la aduana del Rosario, donde se expide una guía de tránsito con la garantía del consignatario rosarino, visada por el agente aduanero de Bolivia en dicha ciudad. Para beneficiar de la tarifa especial á Bolivia, desde 1879, ha bastado con presentar al ferrocarril la referida guía de tránsito, y ahora se suprime malaconsejadamente

esa facilidad, tanto más provechosa cuanto que el fisco nada pierde, pues la responsabilidad del consignatario rosarino sólo cesa cuando vuelve de Bolivia el documento cancelado por la aduana boliviana y visado por el cónsul argentino. En fin, esto se corregirá, sin duda alguna... Ahora, para provocar de una manera eficaz el intercambio con Bolivia, lo más urgente y provechoso es que se hagan tratados de comercio liberando aquí el estaño, el café, la coca, el cacao, y allá el calzado, la harina, el arroz, la cerveza, los vinos y los azúcares. Si esto se hiciera, vendrían los bolivianos con sus productos, los venderían aquí, y en lugar de llevarse nuestro papel moneda, que allá poco les sirve, regresarían con mercaderías argentinas.

Pero estoy hablando de Salta sin relatar cómo llegué á ella; salvemos la omisión.

XXVIII

EL CAMINO NACIONAL

En la penumbra de la trastienda, en medio del silencio monástico de Jujuy, el comerciante español, de pie junto á nosotros, se esforzaba, con voz fuertemente acentuada y palabra sentenciosa, por convencernos de la inutilidad, si no ridiculez, de tan pueril capricho:

—Irán mucho mejor y más ligero en el tren— repitió de nuevo como un estribillo.

—¿No le he dicho hasta el cansancio que, pre-

cisamente, lo que no queremos es ir en tren? —exclamó Manent, algo amostazado ya.

—Sin embargo, yo, en lugar de ustedes...

—¡Comprendo, comprendo! — interrumpió mi amigo.—Pero la cuestión no es esa, sino ésta: ¿se puede ó no se puede?

Con mucha lentitud, meneando suavemente la cabeza á uno y otro lado, y suspirando al final de la frase, el español sentenció:

—¡Eh! Todo es posible...—cosa que traduje por: «¿á qué empeñarse en quitar á estos locos su tontería de la cabeza?»

—¡Entonces!—exclamó Manent, más amostazado.

Pero el bueno, el cristiano, el filantrópico sentido común hizo que nuestro voluntario Mentor insistiera:

—Yo no les aconsejo... no... no les aconsejo que vayan en carruaje... En primer lugar les costaría muchísimo más caro que el tren... y eso fuera de que el camino debe ser un Despeñaperros... No, de veras, no les aconsejo, no les aconsejo...

Para él era un disparate empeñarse en ir por donde nadie va, con incomodidades, gastos y hasta peligros, cuando es tan sencillo tomar el camino trillado, seguir la rutina, ajustarse á lo que hace todo el mundo, cómoda, segura, económicamente... Y tenía mucha, pero muchísima razón ante el criterio de cuantos rehuyen los quebraderos de cabeza, en viajes más ó menos cortos y en el gran viaje de la vida.

Manent le dirigió una mirada furibunda, é iba á estallar, pero logró contenerse.

Intervine á mi vez: quise explicar al digno comerciante nuestro anhelo de ver cosas nuevas, y conseguir que mi amigo renunciase al coche, trocándolo por cabalgaduras . Fiasco total. Si el uno

se alejaba de Quijote como amante de la Naturaleza, el otro era incapaz de imitarle como infatigable jinete.

Recordé en vano mi reciente excursión de Catamarca á Tucumán por el famoso y en realidad pintoresco camino de la Cuesta del Totoral, que apenas si puede hoy recorrerse á caballo merced á la incuria particular y gubernativa, y terminé observando que, por la pinta, el «camino nacional» de Jujuy á Salta debía ser bastante peor. Además, ¡es tan cómoda una buena mula de paso! ¡va uno tan libre, tan independiente cuando cabalga, sin cochero que se oponga á sus antojos!...

—¡Sí, sí!—apoyó el comerciante.—Ya que se empeñan en no ir por el tren, lo mejor es la mula...

El incidente se cerró, sin embargo, con el triunfo de la incoercible persistencia de Manent, y el español, encogiéndose de hombros, se dispuso á ayudarnos en cuanto fuera posible, como el amigo bondadoso que trata de hacer menos ingratos los últimos momentos de un moribundo.

Y poco rato después se nos presentaba en la trastienda un boliviano delgado y pequeñito, muy móvil, de hablar cecioso y precipitado, que se sorbía la mitad de las palabras y que, por las trazas, parecía oriundo de la China.

Se llamaba Erasmo Cardoso, comprometíase á llevarnos á Salta en el día, si salíamos muy temprano, y nos pedía, en cambio, una suma bastante crecida... Ajustamos sin entender mucho sus retahilas, y nos despedimos del sesudo mercader que, una vez más meneó la cabeza murmurando:

—¡Lo que es yo!... ¡y cuando por allí no pasa un rodado desde hace siglos!...

Cuando nos levantamos, para aguardar el coche, aún dormían las indigentes calles de Jujuy, rodeadas por el espléndido paisaje, y los cerros, los

valles, las hondonadas, en medio del silencio, envueltos en ligera bruma color de rosa, parecían risueños y majestuosos al par, como ciertas caras de ancianos, que inspiran respeto y cariño. La brisa leve ensanchaba los pulmones, y el panorama azul y rosa ensanchaba el espíritu.

—¡Qué ocurrencia poner el pueblo aquí, como lamparón en traje nuevo!

Las mezquinas casas de un piso, pintadas de colores chillones, los techos de teja morena, las calles angostas y triviales, el pavimento destartalado, la falta de originalidad y simpatía de todo aquello, justificaba la exclamación de Manent, que sentenció en seguida:

—¡Bien podían haberlo metido en cualquier otro rincón!

Pero el plácido silencio de la capital jujeña, lo único que rimaba, que armonizaba con la belleza ambiente, fué roto por un rumor lejano aún, semejante á un tiroteo de fusilería. Era Cardoso, cuyo carruaje se acercaba saltando sobre el granito del pavimento.

La americana, vieja y despintada pero fuerte, tirada por dos mulas y dos caballos, detúvose frente al mal llamado hotel, una fonda y posada dirigida por un francés—Monsieur Lecoudevent ó cosa así,—que nos despedía con grandes tremolamientos de gorra, después de haber cargado cuidadosamente la gallina rellena y otros fiambres para el tente-en-pie de mediodía.

— «Adieu, M. Lecoudevent, soufflez toujours, et bonne chance!»

El ventarrón aquel, tan lento y apático como en los días anteriores, se quedó en la acera, inmóvil, mirando cómo nos alejábamos.

Apenas habíamos salido de la ciudad, cuando trasponiendo una cuesta, nos hallamos en un valle

bastante amplio, cerrado al Noroeste por dos series de cerros, ora escuetos, ora cubiertos de vegetación, en que el sol naciente y ya triunfal y la bruma en derrota, nos ofrecían el espectáculo multicolor, lleno de matices cálidos y acariciadores, de su combate á muerte. En aquel valle está la casa de campo del senador Pérez, roja entonces con las luces del amanecer, en medio de la tierna verdura de los árboles, complemento que reforzaba aún más aquellas pinceladas vigorosas.

Algo más lejos atravesamos la desierta calle de la aldehuela de los Alisos, cuyos ranchos, envueltos en esfumaduras carmíneas, muy tenues, muy suaves, adquirían un encanto algo artificial y precioso, como su nombre de novela. Un gallo cantaba con notas agudas, penetrantes... Y por encima de las pircas, azuladas, que se levantaban algo más lejos, comenzamos á ver los trigales rubios y móviles, por cuya superficie parecían correr ráfagas azules arrastradas por la brisa...

Un punto blanco, en la sierra, entre manchas verdes, sonrosadas, violáceas, cerúleas: la casita de doña Delia Chavarría, cuyas líneas rígidas esfumaban los caprichos de la luz. La dejamos atrás, más pequeña y borrosa á cada instante, para ir á meternos en el zanjón del Río de los Alisos, por cuyo fondo corría un hilito de agua, miserable parodia del caudal que, arrastrando peñas y escupiendo espumas, turbio y ruidoso, se precipita entre los barrancos cuando las lluvias estivales. Tuvimos que seguir largo trecho por su cajón, sobre un pavimento de grandes piedras desparejas, calcinadas por los soles, y en que las ruedas saltaban de una en otra, con ruido de choques, demostrando una elasticidad que nunca se hubiera supuesto á su vieja y resquebrajada maza, sus rayos carcomidos, sus cunas agrietadas, sus llantas pulidas por

el uso como la hoja de una espada. Pero también resistían ejes y muelles, también resistían caja y pescante, también resistíamos nosotros, zarandeados como si se nos quisiera desgranar en un trillo completamente primitivo.

Hasta entonces habíamos conversado poco, bajo la sugestión de la solemne belleza de la mañana que nos infundía regocijado recogimiento. A esa misteriosa dulzura, hecha de contemplación y de absorción, sucedió, con aquel traqueteo, un brusco despertar, y nuestra alegría interna se debilitó exteriorizándose. Bromas, interjecciones, carcajadas, respondían á cada bache, á cada sacudida que nos echaba uno sobre otro, ó á los lados, ó de bruces en la banqueta delantera.

—¿Qué tal?

—¡Esto es una paliza!

—Merecida. ¡El país venga las mulas desdeñadas!

—¡Que las mande al Congreso, en desquite!

Las nuestras no podían estar muy satisfechas, pues Cardoso les redoblaba en los lomos como si ya estuviesen curtidos para parche de tambor. Preguntéle:

—Y ¿cómo sigue el camino más allá? ¿Mejor?

— ¡Peor! — me contestó con elocuente laconismo.

A ambos lados, las barrancas, recortadas caprichosamente, cubiertas de bosques verde sucio, limitaban nuestro radio visual. Pero algo más allá, á lo lejos, sobre un cerro, claro ya con el sol alto, aparecióesenos el «puesto» del Ceibal, y saliendo del áspero lecho del río, comenzó el carruaje á rodar serenamente entre los árboles, muy ralos al principio, pero que van espesándose del otro lado del arroyo Guachicongo (¿dijo Cardoso así? — porque no he podido dar con geografía que registre

ese nombre), hasta formar un bosque bastante tupido, surcado, de trecho en trecho, por torrenteras pedregosas que en verano se convierten en cataratas. Los esbeltos clavillos, erguidos en sus altas varas, nos saludaban ceremoniosos al pasar, con curvilínea cortesía, los lunares amarillos de las aromas parecían salpicar el fondo verdoso del bosque, en los troncos de los árboles enredábanse lujuriosas plantas parásitas, con más vida y esplendor que ellos mismos, y en el polvo de oro del sol volaban vocingleras bandadas de «catas», las lindas cotorritas verde tierno como pasto recién brotado, ó azules y curiosas urracas que iban á posarse en las ramas para mirarnos mejor, sorprendidas é indignadas por nuestra extemporánea presencia. Y las vacas que ramoneaban, á la sombra, la hierba todavía cubierta de rocío, alzaban escudriñadora y filosóficamente los húmedos belfos, considerándonos con ojos vagos y meditabundos, tan incomprensibles como si miraran para adentro...

Sobre el camino poco frecuentado y sólo por los carros de las aldeas y establecimientos vecinos, tendíase la faja azul clarísimo del cielo, recortada como una franja asimétrica por las copas irregulares de los árboles. Y cuando paraba el coche, oíanse rumores imprecisos, coros vagos de insectos, fragores de hojarasca semejantes á rozamientos de sedas, indistintos zumbidos que tanto podían partir del bosque como producirse en el tímpano.

Otra vez íbamos en contemplación silenciosa, enervándonos, poco á poco, al saturarnos del ambiente cada vez más tibio y voluptuoso. El bosque no tenía majestad, pero el olor de la vegetación, las caricias del aire capitoso y de la luz ligeramente atenuada por el follaje, suplían la majestad con el hechizo, estaría por decir con la provocación cuasi femenina.

Eran ya las ocho cuando llegamos, entre árboles más altos y corpulentos, á la orilla del río de Perico, por la que seguimos rápidamente hasta el pueblo del mismo nombre, para atravesar allí el cauce vacío, junto á una barranca perpendicular, y encontramos en una limpia aldea cuyas casas semirrústicas se agrupan alrededor de una capilla con humos de iglesia—lo que no afirmo por no calumniarla involuntariamente.

Las casas nos parecieron de azotea, y tenían amplios corredores que, partiendo de ambos lados de la capilla, formaban recova alrededor de una plazoleta, y daban á ésta cierto aire conventual, bastante acentuado, cuyo misticismo aumentaba el profundo silencio misterioso y melancólico de la población, en medio al regocijo sin rumores de la campiña dorada ya por el sol bajo el dosel celeste, limpio y terso como estirado raso.

Apenas se entra al pueblo, cuando ya se está en la plazuela, cuyo aspecto es prometedor, con sus pilastras de material, su edificación compacta... pero, apenas se deja atrás la plazuela en cualquier dirección, cuando se está otra vez en pleno campo. El pueblo empieza y acaba allí, como el cuento del gallo pelado... No así su recuerdo.

—¡ Mire !—exclamó Manent conteniendo la voz, entre regocijado y admirativo.

Miré... Bajo uno de aquellos corredores, en la penumbra azulada, aparecióseme una visión... Cardoso acababa de detener el carruaje para arreglar algo de los arneses... Y pude observar la linda niña vestida de luto, con un traje liso, cuyos fáciles y airosos pliegues, ocultando castamente la grácil modelación de sus formas, eran lo bastante indiscretos para revelarla. Paseábase con la cabeza inclinada sobre el pecho, lentamente ; pero al oir el ruido del coche la alzó y miró hacia nosotros,

un momento, sin curiosidad, dejándonos ver sus grandes ojos negros, ensombrecidos por largas pestañas y con una chispita de luz, las líneas dulces y casi infantiles de su rostro de morocha encuadrado por su cabello negro, medio suelto arriba para terminar en gruesas trenzas flotantes á la espalda, la naricita pequeña y provocativa, la flor entreabierta de los labios... Y aquel relámpago se extinguió, inclinóse de nuevo la cabecita encantadora, y ya sólo vimos la silueta de aquel cuerpo á lo Diana de Falguière, como inmaterializado por la penumbra azul en que pareció seguir flotando.

El carruaje echó á andar, y me alejé, sin duda para siempre, de aquellos lugares, llevando conmigo aquella imagen fugaz que veo todavía, como conservo casi íntegra la impresión de aquella aldea claustral, aseada y sin rumores, de la que se exhalaba un perfume de leche recién ordeñada, de queso fresco, de rústicas riquezas...

No forjé un romance imaginario partiendo de aquella figura que hacían ideal las circunstancias, pues las vagas imágenes, las instintivas inducciones no tuvieron tiempo de conglomerarse y de tomar formas definitivas. Hasta creo que poco después ya había olvidado la visión, que era, sin embargo, de las que vuelven luego con mucha mayor intensidad. En aquellos paisajes desiertos, la nota viva y apasionada—¿por qué no?—de la adolescente, era el punto á que más tarde, en la exteriorización de las impresiones, en la realización del cuadro, debía converger todo lo demás...

XXIX

MÁS ANDANZAS

Y otra vez atravesamos el río sin agua, descendiendo por una barranca roja cuya piedra aprovecha ya la industria, según pudimos colegir, pues nuestro guía, el atezado y azogado Cardoso, no nos escuchaba por atender á su tiro, ó no podía informarnos, olvidado unas veces, ignorante otras, después de tantos años de no frecuentar el «camino nacional»... Apenas pudo decirnos que era de don Dámaso Zamorano la espaciosa casa que dejamos atrás, en un campo verde salpicado por las manchas rojizas de las vacas, y rodeado de cerros, entre cuyas crestas se tendió de pronto una abra, dejándonos entrever allá lejos, muy lejos, el cono blanco del nevado de Chañi, desvanecido sobre el celeste claro, al poniente, junto al invisible valle de Humahuaca, que domina con sus seis mil metros de altura.

—¡No le decía yo, amigo!—exclamaba Manent de vez en cuando.—Si hubiéramos venido en mula, ya estaríamos achicharrados, mientras que ahora vamos tan cómodos, sentaditos, á la sombra...

—¡Bah! Debajo de los árboles andaríamos admirablemente, sin estar á merced de Cardoso, que lleva demasiada prisa.

Sucedíanse, en efecto, ante nuestra vista, los algarrobos de retorcidas y torturadas ramas, los espinillos cubiertos con el rocío de oro de sus flores, las breas de tronco y vástagos verdes, las ja-

rillas, los quebrachos enjutos y musculosos como bravos luchadores, los sauces de loca y enmarañada cabellera, y aquí y allá cereus y otros cactus de verde frío y blanquecino, contrastando con aquella vegetación variada y ya bastante rica á pesar de la sequedad del suelo.

El calor creciente y el movimiento del coche nos tenía medio embotados, y la vista se nos fatigaba con la reverberación demasiado cruda del sol, cuando á las doce y media, después de una larga etapa al trote, transpusimos el límite interprovincial y entramos victoriosos en Salta por el departamento de Caldera, sin haber quemado un solo cartucho, pero sí innumerables cigarrillos...

Yo miraba, hacía rato, con sorna á mi compañero, asido con una mano al almohadón de su asiento y con la otra á la portezuela... Hay por allí, en efecto, una famosa Quebrada del Sauce, diabólico pedregal que los indígenas llaman sarcásticamente playa, y en que un peatón tendría que avanzar saltando de peña en peña sin dar dos pasos seguidos de marcha regular. ¡Figurarse lo que sería en coche!... Allá en el fondo del ancho lecho (á estilo Procusto en este caso), por entre enormes piedras trastornadas que van de una orilla á la otra, corre como un hilo de agua el arroyo Tres Cruces, que en verano es río arrollador é imponente, y arrastra troncos de árbol, grandes bloques de granito, masas enormes de tierra cubierta de vegetación... Y aquel cajón, que más que otra cosa parece huella desolada de terrible movimiento sísmico, es por larguísimo espacio la traza única del «camino nacional»...

¡Qué tumbos, qué sacudidas, qué barquinazos, qué traqueo demoledor! A los pocos minutos no nos quedaba músculo sin su correspondiente equimosis... Quebrantahuesos debería llamarse aque-

lla quebrada quebradora... Ni aun haciendo hincapié en la banqueta de adelante y sosteniéndonos con ambas manos férreamente asidas, podíamos permanecer en el asiento. Las botellas de agua y de vino repicaban, el pan se lanzaba á cada rato á precipitarse por la portezuela, invitándonos á seguirlo, la gallina rellena andaba á testarazos con los otros comestibles, los paquetes y las valijas bailaban un cancán positivamente furioso, y esta zarabanda seguía con un frenesí de mil demonios, acompañada por los gritos del cochero y los chaguarazos del látigo...

Y no había escape; á ambos lados del arroyo, hasta la misma orilla, reinaba la maraña del bosque, tupido, impracticable para rodados, sin la más insignificante picada...

Una carcajada homérica fué el eco de este grito desesperado de Manent:

—¡ Pare, pare, Cardoso! ¡ Vamos á descansar un rato!...

—¡ Lo cabayo no arranca dispués!—contestó el otro, meneando el látigo con infatigable brazo de hierro.

—¡ Ahora echará de menos la mula! — grité también, porque no había otro modo de oirse.

—¡ Y éste es el camino nacional!—vociferó Manent.

—¡ Ya nos lo dijeron en Jujuy!

—¡ El camino estratégico que acaba de recorrer el 2 de Cazadores de los Andes!

—¡ También fíjese que son de los Andes, y nosotros de la Pampa!

—¡ Malhaya sea!... ¡ El gallego tenía razón!

Nuestro desdichado Mentor recibía denuestos en pago de sus excelentes consejos, ¡ oh ingratitud!

Y aquello siguió, siguió qué sé yo cuánto tiem-

po, seguramente una eternidad. No veíamos nada, no hablábamos nada, no pensábamos nada, sólo preocupados de aferrarnos al vehículo, para no salir de pronto como una bala por la ventanilla... ¡Qué paisaje ni qué berengenas! Sudábamos la gota gorda, y nuestros ligeros guardapolvos estaban empapados, chorreando. Si aquello duraba media hora más, nuestra derrota era segura: ¡saldríamos del coche como por un canuto!

—¡Fuershe! ¡Fuershe!—gritaba Cardoso á su tiro, bailando en el pescante para alcanzar mejor con la implacable tralla, ora á esta mula, ora á la otra, ora á un caballo, ora al compañero, cruzándoles el anca sudorosa y trémula, los jadeantes ijares ó el pecho cubierto de espuma.

Molidos, maltrechos, aporreados, comenzaba á rendirnos la fatiga cuando el carruaje se detuvo. Creo que ya íbamos deseando ver saltar una rueda ó mancarse un caballo. Se detuvo, sí, á la sombra del enorme sauce que, elevándose como una isla en el mismo medio del arroyo, da su nombre á la quebrada. Los caballos y mulas temblaban, y el sudor que les chorreaba del cuerpo parecía perforar la arena á uno y otro lado de sus flancos y debajo del vientre. Si era «fuerza» lo que Cardoso quería infundirles con su extraño grito, bien la habían necesitado los pobres animales.

—¡Quién nos diera unas mulitas!—murmuraba Manent.

—¿Quiere ir en mula?—preguntó el boliviano, que lo había oído.—Eta tamién shirve...

Y explicó que podía dejar el coche allí y recogerlo á su vuelta sin que nadie se hubiese ni acercado á él. Manent se hizo el desentendido.

—¡E qu'el camino é pior p'allá!—observó Cardoso.

—¡Bueno, bueno, ya sé!—replicó mi amigo con displicencia.

Comenzaba la acritud, hija de las incomodidades. Pero no duró mucho, merced al grato lenitivo del almuerzo. Nos sentamos. Una bandada de loros escapados del sauce con el espanto de nuestra presencia, vociferaba y discutía en el bosque próximo, con tan vocinglera locuacidad que yo me preguntaba para qué diablos sirve el mimetismo que les da el color del follaje, si han de revelar dónde se encaraman con su cotorreo inacabable... Precisamente junto al árbol en que celebraban su asamblea, alzábase un miserable rancho de paja y barro. Hacia él fuimos, después de descansar un rato, para amenizar el viaje con un poco de conversación, darle más «color local», pedir algunos informes... El rancho estaba tan desierto como el camino, y, si no lo habían abandonado, sus moradores debían hallarse en una indigencia de parias. Cierto es que, en esas comarcas, el hombre vive casi exclusivamente del aire que respira...

De vuelta en el improvisado campamento, sentados en troncos de árbol que arrastraron las aguas hasta allí, no tardamos en dar cuenta de las provisiones, y el buen humor sonrió de nuevo en nuestras caras. Media hora después reanudábamos la marcha: Cardoso tenía prisa como todos los cocheros que conducen turistas deseosos de ver paisajes en nuestro país. El viejo Dumas tenía razón: hay que viajar á pie, único modo de ser libre, de saturarse del ambiente, pues hasta los guías, cuando se va á caballo, aceleran la andadura para llegar cuanto antes á la etapa de sus aficiones bucólicas, eróticas ó económicas.

—¡Qué bien vendría, sin embargo, una siestita!—exclamé.

—¡Vamos, vamos á admirar paisajes!—replicó

sarcásticamente el compañero, como si él no se hubiese entusiasmado con la excursión.

Y subimos otra vez al potro del tormento... ¡Lindos paisajes! No vi nada, no me di cuenta de nada, no pude hacer un solo apunte: el baile, el baile aquel, á saltos de pedrusco en pedrusco, subiendo, bajando, cabeceando, volando, zarandeados, golpeados, aporreados, materialmente manteados como Sancho en la venta—y eso, horas y más horas, volviendo á empezar cuando ya esperábamos haber acabado, aquí caigo, aquí levanto, juguetes de un impersonal pero infatigable verdugo...

Así pasamos frente al paraje llamado Tres Cruces (si hay inexactitud cúlpese á Cardoso), y llegamos al abra del Sauce, valle herboso, angosto y largo en que pastaban algunas vacas y ovejas, donde los cerros circundantes presentan algunos manchones de arbustos, como si el bosque decreciera, raleara y se extenuase... Habíamos salvado el peñascal, pero el camino era una especie de inmensa montaña rusa, y sus rápidas ondulaciones serpenteaban subiendo y bajando rápidamente, hasta el mismo Valle de Lerma. Al entrar en la Angostura, que así se llama este camino desde allí á la pequeña población de Caldera, entrevimos una hermosa nota de color, compuesta de ingentes rocas polícromas, aguas tranquilas, hierba fresca, árboles frondosos, las ruinas de un rancho incendiado, negras y lamentables y la casita blanca de don Avelino Acosta. Fué un cuadro disolvente que se refugió modesto, casi sin producir impresión en quién sabe qué recoveco cerebral, de don le surgen hoy sus líneas y sus matices, mediante la evocación del papel blanco, con una nitidez de que carecían en nuestra retina fatigada.

Al caer la tarde, una linda alameda, muy ver-

de, muy vivaz, muy alegre en la luz ya más suave, nos dejó grato recuerdo de Caldera, cuyas casas, á la sombra de los grandes árboles, parecían reposar en la atmósfera tibia y perfumada. Mujeres y niños se acercaban á los cercos vivos de enredadera, para vernos pasar, medio desnudos éstos, con sus carnes atezadas á la caricia del viento, cubiertas las mujeres con hombrunos sombreros de paja ó de fieltro, y las sueltas y ligeras ropas sostenidas apenas en los hombros y la cintura. Y un momento después nos asomábamos al borde de la colina en que vegeta el soñoliento pueblecillo, y veíamos allá lejos, muy lejos, en el fondo del valle, como un alfil blanco en el nimbo de luz de la tarde, la alta torre de San Francisco de la capital salteña. Pero no bastaba verla; había que alcanzarla... ¡Y cómo parecía alejarse la indina, cuanto más avanzábamos, cuesta arriba y cuesta abajo por aquellas pronunciadas inflexiones del terreno! Habíamos enmudecido totalmente. Dejamos atrás los pocos ranchos de la aldea de Vaqueros, con las cumbreras doradas ya por el sol poniente, y apenas tuvimos una mirada y un comentario para el atrevido puente del río Mojotoro, que en cualquier otra circunstancia nos hubiera sorprendido, pues se tiende á una altura tan considerable del nivel del agua en esa época, que nadie creería posible una crecida capaz de salpicarlo siquiera, á menos de un terremoto.

Después... después pasamos por el histórico Campo de la Cruz, y Salta se nos presentó tendida como un puñado de casas de juguete al pie del taciturno San Bernardo.

Y cuando bajábamos del coche ante el buffet de la estación del ferrocarril, después de catorce horas mortales de excursión, yo á mi vez pregunté con sorna á mi compañero:

—¿Eh? ¿Qué tal los paisajes?

—Yo quisiera saber—exclamó gruñendo,—¡qué demonios hemos sacado de tales andanzas!

—¡Bah! Usted un recuerdo que será más grato en cuanto cesen de dolerle los huesos; yo algunas carillas y una gran satisfacción. ¡Es tan lindo no andar eternamente por los caminos trillados!

XXX

UN MAL CUARTO DE HORA

He corrido algunos peligros que mi falsa modestia callará por el momento... Miedo, lo que se llama miedo, creo no haberlo tenido sino una vez en la vida... Pero esa vez lo tuve de veras, de un modo tan intenso que no admite comparación. Y hoy todavía, cuando recuerdo...

Podría adornar mi aventura y darle vivo interés con sólo introducir en ella algún elemento romántico de que careció la realidad: algo de deber, de abnegación, de sacrificio... Prefiero contarla tal como fué, en toda su sencillez aterradora.

¡Aterradora!... Y, sin embargo, puedo afirmar á ustedes que no temo la muerte tanto como la mayoría de mis congéneres: la he mirado á la cara alguna vez con el corazón tranquilo—ó casi,—y suelo pensar en ella sin mucho espanto...

Pero hay muertes de muertes, y además, existe el vértigo...

¿Han sufrido ustedes el vértigo, esa violenta y extraña sensación nerviosa que, cuando uno se

asoma al espacio desde una altura cualquiera, un balcón, por ejemplo, parece crear millares de seres invisibles que lo empujaran de todos los miembros á la vez para precipitarlo; ese deseo combatido por la voluntad, de precipitarse uno mismo; esa lucha terrible en que la razón, á punto de ser vencida, hace que se eche el cuerpo hacia atrás con un calofrío de angustia?...

Pues me alegro de que no lo sufran; es una excelente cualidad... Yo lo experimento fácilmente, y esa no es la menor dificultad que haya debido vencer en mis excursiones... al atravesar la cordillera, al embarcarme en puertos sin muelle, por alguna tabla cimbradora, al andar sobre paredes desnudas y á plomo, ó subir por escaleras volantes á cielo abierto... Y en aquella época, algo nervioso, algo neurasténico por exceso de trabajo mental, esta flaqueza estaba vivamente acentuada en mí...

¡Ah! Creo no haberles dicho todavía que regresaba en ferrocarril desde Tucumán, cómodamente instalado, gracias á la amabilidad del señor Manent, que en el mismo tren se dirigía al Rosario. Prometíame, pues, un viaje muy tolerable, y tal fué efectivamente en un principio, á pesar del monótono y tristísimo panorama que nos ofrecía Santiago del Estero: el cielo descolorido y sucio, la tierra reseca, grietada, blanquecina, las negras nubes de polvo que nos envolvían, el calor bochornoso y pertinaz, la desconsoladora visión del bosque ralo, cuyos árboles, de ramas torturadas y desnudas, pedían con desgarrador ademán un poco de agua á las nubes ausentes...

Pero aquella tarde refrescó un tanto. Púsose tibia y clara, bajo el cielo turbio y rojizo. Y poco antes de llegar á una estación cuyo nombre no recuerdo ahora, ni hace al caso, Manent tuvo para

conmigo una de sus más gentiles atenciones. ¡No podré olvidarla nunca!

—Nos servirán la comida en este mismo coche —me dijo,—pero todavía tenemos más de una hora por delante. La tarde está hermosa. Entre esta estación y la otra el trecho es corto; pero el tren marchará despacio porque la pendiente es ruda... ¿Quiere que vayamos en el miriñaque de la máquina? ¿Ha viajado usted alguna vez en el miriñaque de una locomotora?...

—No—le contesté.—No he viajado nunca. Pero me parece... Temo...

—¡Bah! No hay el menor peligro. Se va mejor que aquí, con más fresco, sin tierra... Sobre el miriñaque hay una plataforma bastante ancha, en que uno se puede sentar cómodamente... El tren marchará despacio, y yo estaré á su lado... ¡Un viajero como usted que no haya andado nunca en el miriñaque!... ¡Y la vista espléndida!...

Mi insinuante compañero, sin segunda intención, acababa de ponerme á merced de un terrible amigo—ó enemigo, ¡quién sabe!—el amor propio, que se substituye á tantas virtudes y á tantos vicios. Y el amor propio me permitió recordar—pero muy vaga, casi imperceptiblemente,—que ya en la provincia de Santa Fe había hecho, tiempo atrás, un corto trayecto en la casilla de una locomotora, y que el viajecito fué todo un percance...

Luego ese recuerdo indeciso se borró; tantas seguridades: media hora apenas, la plataforma ancha y cómoda, el camino sin curvas, la marcha lenta, el fresco, el espléndido punto de vista, la excelente y experimentada compañía... Fuera de que «Un viajero como usted»... la frasecilla insidiosa que el amor propio no cesaba de repetirme...

—¡Vamos! ¡Con mucho gusto!—dije resuelto, á mi amable amigo, al llegar á la estación.

Era una estación principal, con talleres, cambio de vías, triángulo para invertir la dirección de los trenes... Alrededor estaba formándose una aldehuela, casi exclusivamente con obreros del ferrocarril, únicos pobladores de aquellos bosques solitarios y secos, de que huyen hasta los pájaros.

El tren tenía que hacer diversas maniobras, dejar unos vagones, tomar otros, y enganchar el tanque, ó aljibe, pues las locomotoras no pueden marchar en aquellos parajes sin reservas de agua para sus calderas... Esto me dió tiempo de pensar. Evocóse más claro el recuerdo de lo de Santa Fe. Sentí vagos temores. Hasta pensé en esquivarme, en renunciar á la invitación, mediante algún pretexto plausible ó siquiera aceptable, que no se me ocurría... Llegué á insinuar que temía el vértigo; pero el amor propio no me permitió ir más allá.

—Vamos á andar tan despacio...—replicó mi compañero con la indiferente sangre fría de la costumbre.

Nos paseábamos en el andén, lentamente. La tarde comenzaba á declinar. El tren llegó entre resoplidos, choques de hierros y rumor de cadenas. La locomotora me pareció un monstruo más formidable que nunca...

—Llevemos unas mantas para sentarnos...

¡A nuestro coche, á tomar un par de ponchos, y de nuevo, corriendo, á la cabecera del tren! Mientras tendíamos los improvisados tapices, entre el tibio y húmedo rocío que dejaba escapar la caja de vapor, palpé, estudié, medí la plataforma, muy ancha, demasiado ancha quizá, y luego el miriñaque, que bajaba desde ella en plano inclinado, demasiado inclinado sin duda, y en seguida todos los objetos de que podría asirme en caso ne-

cesario, porque ya la idea del vértigo se iba apoderando de mí, como una preocupación.

La locomotora lanzó un silbido corto y estridente. Iba á ponerse en movimiento. Era el minuto, el segundo supremo, para tomar una determinación, lógica ó absurda, insensata ó prudente... Mi compañero trepó el miriñaque como una escalera, sentóse en la plataforma y afirmó tranquilamente los pies en uno de los barrotes.

—Aquí estamos bien y libres de polvo — dijo sonriendo satisfecho.

El amor propio me asió de la garganta, me hizo trepar el miriñaque y me obligó á sentarme también en la plataforma. Otro silbido corto y agudo rasgó el aire sin rumores.

La locomotora echó á andar lentamente, con un movimiento de zaranda; el barrote central, más avanzado, del miriñaque—como si dijéramos la proa,—guiñaba sin cesar, ya apuntando al uno, ya al otro de los rieles, y subía y bajaba, pocos centímetros, pero sin cesar también.

Durante el primer minuto creí que me acostumbraría, pero... El que sólo ha viajado en los vagones de un tren, no puede imaginarse cómo y cuánto se mueve una locomotora, sus saltos, sus zarandeos, su trepidación, pues, á primera vista, se creería que esa mole enorme, desmesuradamente pesada, debe deslizarse por los rieles como un patinador sobre el hielo. Todo lo contrario: parece tener ruedas poliédricas con eje variable; rola y cabecea y guiña como un barco sin gobierno, aunque todos estos movimientos sean insignificantes, en relación. Pero, en cambio, son continuos, no cesan un segundo y se mezclan y se combinan, complicándose con los chirridos del vapor, el rodar de las ruedas, el roce de las palancas, el choque de centenares de hierros que se di-

rían dislocados, y que, sin embargo, funcionan con matemática armonía...

—¿Qué tal?—preguntó mi compañero.

Marchábamos muy lentamente aún, y le contesté con un tranquilizador movimiento de cabeza y una sonrisa algo forzada que él tradujo, sin duda, como manifestación de bienestar y calma. ¡El amor propio puede mucho, y, por otra parte, aún no tenía de qué quejarme!...

Pero, entretanto, había comprobado que el ancho de la plataforma no me permitiría recostarme, hallándome sentado, en el negro pecho del monstruo; además, éste—la caja de humo,—que hubiera podido servirme de respaldo, estaba intensamente caldeado y ennegrecido con plombagina que me tiznó los dedos. La gran llave de acero bruñido de la caja, que sobresalía del centro, muy alta, estaba fuera de mi alcance: para asirla debía adoptar una posición violenta. Otros hierros, que se levantaban á los costados, sobre los paragolpes—los gatos,—hallábanse tan lejos, que casi tenía que acostarme de lado en la plataforma, para tocarlos. Bajo mis pies, el ángulo escalonado y móvil del miriñaque. Delante, la extensión...

Un instante observé el paisaje, los árboles bajos que comenzaban á escasear, dejando ver la tierra gris, el horizonte cada vez más abierto y plano, el cielo terroso hacia el Este, de un azul tan sucio que parecía el Río de la Plata al comenzar una niebla... El viento corría más rápido, fresco allí, cortándose en nosotros mismos, puro, sin un átomo de polvo. La máquina iba tomando impulso, aumentaban las trepidaciones, el redoble de los hierros era más apresurado, más corta la respiración del monstruo...

Comencé á sentir extraño frío en el vientre, que parecía ahuecárseme, y un cosquilleo, un eri-

zamiento ingratos, la sensación que suele experimentarse antes de entrar al agua helada. Instintivamente trataba de mirar lejos, lo más lejos posible, los últimos planos borrosos ya, el cielo, que se obscurecía con lentitud, ó volvía los ojos hacia mi compañero que, impasible, se había puesto de pie, y trepidaba en todas direcciones, al compás de la máquina, tocando apenas la plancha de hierro con el codo: bebía el aire, satisfecho, mirando en torno suyo, sin hablar, porque hubiera tenido que hacerlo á gritos entre aquel estrépito y bajo aquel ventarrón... Me suponía tan tranquilo como él, y mientras tanto...

La línea, recta, cuyos dos rieles en que se quebraban chisporroteando los últimos rayos de luz, y que parecían unirse en el horizonte formando un ángulo agudo que se alzara frente á mí, acabó por absorber, por dominar, por avasallar mi atención. En un principio la miré á lo lejos, desviando inmediatamente la vista para fijarla en el paisaje; pero me atraía, me atraía con fuerza irresistible, obligándome á seguir su desarrollo, desde lo alto del horizonte hasta el miriñaque, es decir, hasta una especie de abismo que comenzaba á abrirse bajo mis pies. Desviaba los ojos, me esforzaba por fijarlos en las lejanías, en el cielo, en los árboles; pero era en vano, la línea irresistible volvía á apoderarse de mí, á obligarme á seguir su desarrollo, hasta mis pies, á mirar aquel punto, siempre en vertiginoso movimiento, que me causaba intensos calofríos... Y me sentía palidecer, erizábanseme los cabellos, y los músculos, desobedientes al mandato imperioso, sin embargo, de mi voluntad, tiritaban de un horrible frío.

No. No era nada de lo que se puede suponer. ¡Oh, no! Era que el movimiento se había invertido de repente. La locomotora seguía temblando

como una zaranda, sí; pero no avanzaba, estaba fija en un punto... Lo que se movía eran los rieles brillantes, las piedras del balasto, la faja blanquecina de tierra de los costados, y luego, más lentamente, los árboles, el bosque ralo, el paisaje entero... Todo comenzaba á adelantar sin prisa, luego aceleraba la marcha, en seguida se precipitaba en desenfrenada carrera de demente, para desaparecer, allí, bajo el miriñaque, por alguna espantosa é invisible hendidura, por un abismo sin fondo que sorbía y sorbía, sin llenarse nunca, sin saciarse jamás...

Mis ojos espantados hacían heroicos esfuerzos por apartarse de aquella horrible pesadilla. Un momento me tranquilizaba el paisaje, la lenta movilidad aparente de las cosas. Pero, apenas comenzaba á retemplarse la razón, volvía á dominar el vértigo, la atracción irresistible del abismo, y la mirada se clavaba en el vórtice devorador á que corrían desatentados los rieles, como un torrente junto á una catarata... Mi compañero, despreocupado, había vuelto la espalda al viento que le agitaba el guardapolvo, y miraba la larga cola del convoy. En mi angustia estuve por llamarlo; pero me dió vergüenza, y el amor propio volvió á dejarme á merced del abismo... ¡Ah! una barandilla, una simple barrita delante de mí, para poder asirla, apoyar los brazos en ella, cerrar los ojos y substraerme á la obsesión y al vértigo... Pero nada, nada más que el paisaje corriendo á precipitarse bajo el tren, un vacío peor que el vacío mismo, un mareo peor que todos los mareos...

La razón se desgañitaba por demostrarme la falsedad de aquellas apariencias, el extravío de aquellas sensaciones. Los músculos, los nervios, el cuerpo entero, sabían que eran verdad, una terrible, una mortal verdad, y me gritaban á su

vez, exigiendo que pusiese fin á su tortura, que terminase, que fuese á buscar la tranquilidad á aquel antro de destrucción. Un sudor frío me humedecía la frente mientras tanto. Y la imaginación, en lucha con la razón y la sensación al propio tiempo, me hacía verme cayendo, rodando bajo el miriñaque, y luego bajo la máquina, bajo el largo tren, de una rueda á la otra, de un hierro al otro, hecho pedazos, triturado, desmenuzado, informe y sanguinolento montón de piltrafas, mucho antes de que el tren lograra detenerse...

No pude más. Asiéndome de la caldeada llave de acero, trémulo, sudoroso, con esfuerzo sobrehumano, logré ponerme de pie en la plataforma y apoyarme en la caja de humo, que me tostaba las espaldas sin que me pareciera sentirlo. Y con la aspiración profunda y casi dolorosa de alegría del que surge del fondo del mar, cerré un instante los ojos y respiré, aferrado á aquella pared hirviente.

—¿Qué tiene?—gritó mi compañero reparando sólo entonces en mi cara pálida y desencajada.

—¡El vértigo!

—¡Mire á lo lejos!

—¡No puedo!...

Con violencia traté de serenarme, y debí parecerle tranquilo, aunque me miraba receloso. No sé qué invencible y estúpida mordaza hizo enmudecer mi súplica de que hiciera detener el tren, de que acortara mi suplicio, de que me salvara la vida... «¡Un viajero como usted!...» ¡Oh, Dios mío! ¡y qué pequeños y qué niños y qué pusilánimes nos has hecho!...

Cada segundo era un siglo. Iba obscureciendo rápidamente. Pero yo veía, yo seguía viendo las dos líneas azuladas de los rieles, aquí y allí salpicadas de chispas, que corrían vertiginosas, ensan-

chándose, á sepultarse á mis pies, bajo el miriñaque, y que me atraían, me atraían cada vez con más imperio, con mayor eficacia... La muerte—¡y qué muerte!—estaba tocándome con el dedo... Pero la razón habló á la voluntad, y ésta supo sobreponerse en el instante decisivo...

—¡Me voy!—grité ronco.

Y prendido de los hierros hirvientes y aceitosos, rasgándome las ropas en todos los ángulos, ciego é instintivo, trémulo y firme al propio tiempo, emprendí viaje hacia la salvación, hacia la casilla de los maquinistas, sin saber por dónde, sintiendo bajo mis pies el temblor y los estertores del monstruo. Debí estar aterrador, porque mi compañero no se atrevió á decir una palabra, á hacer una seña, á darme una indicación... Dejó que obrase el instinto... é hizo lo mejor que podía hacer...

No sé cómo, salí de la plataforma y llegué al costado izquierdo de la máquina; debí tener movimientos y adhesiones de gato y de caracol. Sólo sé que los hierros hervían y que, cuando me hallé frente al lomo negro de la locomotora en lugar del vacío, respiré, y al mismo tiempo temblé más que antes, como después de pasado un espantoso peligro... Allí, al costado, corría un pasamanos... asido á él, llegué, por el estrecho pasadizo, hasta la pared de la casilla, sin dificultad... pero el ángulo aquel... ¡con cuánta angustia buscaba á tientas—sin poderlo ver de ninguna manera,—con el pie tendido y ansioso, el estribo de la máquina!... Y cuando me apoyé en él, ¡qué mano angustiada y al propio tiempo férrea, se tendió buscando algo á qué agarrarse!...

¡Pero ya estaba adentro!...

Temblaba todavía, temblaba más que en ninguno de todos los terribles momentos anteriores,

y tenía la garganta estrangulada por el espanto. Pero sentía, no sólo la alegría de vivir, no sólo el júbilo de haber conquistado una nueva vida, sino algo más, algo enaltecedor, una especie de modesto orgullo, si esto puede ser: la satisfacción del beluario que logra dominar su fiera...

... Y todo esto, y mucho más, señores, pasó en diez minutos apenas; pero es cien veces preferible haber perdido media hora en escucharlo...

CANCIÓN TRÁGICA

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO

Estrenado en el teatro Apolo el 20 de septiembre de 1900.

PERSONAS

GENOVEVA.	*Lea Conti.*
DOÑA CELESTINA. . .	*Herminia Mancini.*
PETRONA.	*Rosa Santillán.*
DAMA 1.ª	*María Muez.*
DAMA 2.ª	*María T. Bada.*
DAMA 3.ª	*Esther Podestá.*
D. JUAN.	*Antonio B. Podestá.*
MAZA	*Juan B. Podestá.*
CHAVES.	*José J. Podestá.*
LAZCOQUE	*Arturo Navas.*
SANDOVAL.	*H. Zurlo.*
ARGÜELLO.	*J. Petray.*

Damas, oficiales, soldados, pueblo.

La escena en la ciudad de Catamarca, el año 1841.

Sala blanqueada. Sillas de vaqueta estampada y sillones á lo largo de las paredes. Consolas con flores. El estrado de las damas cubierto con chuce rojo. Grandes moños rojos en las paredes.

La puerta de primer término, izquierda, da al interior de la casa. La de segundo término al zaguán de entrada. Al foro dos grandes ventanas con rejas á la española, que dan á la calle. A la derecha, otra ventana con enredadera, que da á un potrero.

La calle es visible por las ventanas del foro, mientras es de día.

El coronel Maza viste brillante chaqueta bordada y chiripá de paño rojo. Sus oficiales trajes análogos, aunque algo más modestos.

Las damas, con peinetón, mantilla y vestido algo corto y esponjado.

D. Juan viste pantalón negro, levita negra de la época y chaleco rojo.

Lleva cintillo y las damas grandes moños.

Los soldados usan, unos chiripá rojo, otros cualquier prenda, como que han sido reclutados en todas partes.

El asistente del coronel va bastante bien vestido.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CELESTINA Y PETRONA (*terminando el adorno de la habitación*).

CELESTINA. Ese moño más alto. ¿No estás viendo que no hace juego con los otros?

PETRONA. ¿Así, señora?

CELESTINA. Un poquitito más; bueno, ahora está bien. Bájate y trae los candeleros. ¡Ah! Aquí estaban. Ponlos sobre las consolas. Creo que tendremos suficiente luz...

PETRONA. Sí, señora. El coronel Maza no podrá mostrarse descontento...

CELESTINA. ¡Pícaro bandido! ¡Cómo se goza en humillar á los unitarios! ¡A mí, sobre todo! Y menos mal que nosotros vamos salvando con vida, mientras que tantos y tantos...

PETRONA. El gobernador Cubas, el pobre señor Dulce... Todavía no han sacado las cabezas que están clavadas en sus picas, en la misma plaza...

CELESTINA. Bueno, silencio. Ahora es inútil y peligroso hasta hablar de semejantes atrocidades... Arregla esos azahares que se están cayendo del florero... ¡Azahares, cuando necesitamos siemprevivas!...

PETRONA. Ya ve que la misma señora...

CELESTINA. Hablo de eso, ¿no? Es que no puedo

con la cólera y la pena desde que ese horrible Maza me ha hecho el rebuscado insulto de convertirse en mi huésped forzoso, tomando mi casa como por asalto y mandando en ella y en mi misma persona... ¡Ah! Si mi marido estuviera á mi lado... ¡Pero no! Ese sayón sería capaz de hacerlo degollar.

PETRONA. ¡Señora, señora! Ahora me toca á mí decirle que sea más prudente.

CELESTINA. No, es que todo me asusta después de tanta tragedia. Nadie puede oirnos, y por suerte, en Catamarca no tenemos todavía, como en Buenos Aires, como en tantas otras provincias, que temblar ante la traición y la delación de amigos y servidores.

PETRONA. ¡Oh, no, señora, por Dios!

CELESTINA. Pero ya vendrá eso también. ¡Tiempo al tiempo!

PETRONA. Por mi parte, señora, aunque me hicieran pedazos...

CELESTINA. Ya sé, ya sé, Petrona, que eres incapaz de cosas tan ruines... Tienes sangre de una raza que no traicionó jamás. Pero, no me has dicho todavía si conseguiste dar algo de comer al prisionero.

PETRONA. ¿Al niño Chaves? ¡Ah! no, señora.

CELESTINA. ¡Casi en mi misma casa y no poder socorrerlo!

PETRONA. Ahí está, en el potrero; pero el centinela no se le aparta un paso, aunque el pobrecito esté en el cepo, y no se pueda escapar... ni siquiera mover. Hace días que no come nada; apenas si le han dado un po-

quito de agua... El asistente del coronel dijo hoy, en la cocina, que seguramente lo han de matar.

CELESTINA. ¡Jesús me valga!

PETRONA. Yo le he llevado una candela á la Virgen del Valle, para que haga el milagro de salvarlo. ¡Es tan bueno el niño Chaves... y tan lindo mozo... y toca tan bien la guitarra!... ¡Y cómo canta!

CELESTINA. ¡Desgraciado!

PETRONA. Ya no falta más que encender las luces en cuanto sea de noche. ¡Y á bailar! ¡Como para bailes!...

CELESTINA. ¿Viste á la niña Genoveva?

PETRONA. Sí, señora.

CELESTINA. ¿Dijo que vendría?

PETRONA. Sí, y muy temprano, porque deseaba hablar con la señora. No ha de tardar mucho, porque ya va cayendo la tarde.

CELESTINA. ¡Buena Genoveva! Federal, pero se hace querer por todo el mundo... lo mismo que ese desdichado Chaves... También es cierto que federales y unitarios nos llevábamos bastante bien aquí: antes, mientras no venía Facundo á arriarnos la gente para sus ejércitos; ahora, mientras no teníamos estas visitas terribles... ¿Qué ruido es ese? Asómate á ver...

PETRONA. Es el coronel Maza que viene á caballo. Ahí se apea y entra.

ESCENA II

DICHOS, EL CORONEL MAZA

MAZA. Veo que la señora es tan amable como hacendosa y de buen gusto. La sala ha quedado admirablemente arreglada.

CELESTINA. Lo que usted manda, coronel, tiene que ser obedecido.

MAZA. Tiene, ¿no? Bien me habían dicho que misia Celestina era una unitaria sin pelos en la lengua. Y, precisamente, por eso elegí su casa para hospedarme.

CELESTINA. Muchísimas gracias por la distinción... Petrona, sirve un mate al señor coronel.

MAZA. No. ¿Está pronta la comida? Prefiero comer ahora mismo y estar listo para el baile... ¡Vamos á tener una fiesta agradabilísima!

CELESTINA. Como todas las que organiza el coronel Maza.

MAZA. ¡Qué mujer ésta! No hay con qué darle. ¿A qué clase de fiestas se refiere? ¿Sacude la cabeza? Repito que no me han engañado en cuanto al genio.

CELESTINA. ¡Ah! coronel, ¡si fuera cierto!...

MAZA. ¿Qué?

CELESTINA. Nada.

MAZA. Y si yo le pido que hable con completa confianza, ¿qué dirá?

CELESTINA. Nada, nada tampoco, coronel. ¡No tengo nada que decirle!

MAZA. ¡Más vale así! En resumidas cuentas, ¿viene á comer?

CELESTINA. Por esta vez tendrá usted que disculparme. Estoy con una jaqueca...

MAZA. Ni una vez ha comido conmigo.

CELESTINA. Es que las jaquecas me persiguen de un modo horrible... Tanto susto...

MAZA. ¿Sí? Pues se asusta por bien poca cosa, misia Celestina. Todavía falta el rabito por desollar.

CELESTINA. Se ha degollado bastante.

MAZA. ¡¡Desollado, he dicho!! ¡Vaya! Hay que tolerar á estas viejas deslenguadas. (*Vase*).

CELESTINA. No pude contenerme. ¡Oh! Quisiera tener el valor de decirle bien alto y bien claro lo que pienso. Pero, si todo el mundo se doblega y tiembla ante él, ¿qué puede una pobre mujer sola? El terror reina en Catamarca, y yo misma no puedo substraerme á él... Vé á servirle la mesa. (*Vase Petrona*).

ESCENA III

DOÑA CELESTINA, D. JUAN

D. JUAN. ¡Ave María Purísima!

CELESTINA. Sin pecado... ¡Ah, don Juan! ¡Cuánto bueno por acá!

D. JUAN. Gracias. ¿La salud?

CELESTINA. Así, así. Los nervios me tienen á mal traer.

D. JUAN. Se comprende... Pues aquí me tiene usted, acabadito de llegar de los valles calchaquies, donde he pasado una larga temporada.

CELESTINA. Sí, muy larga. Bastante se le ha extrañado; pero llega usted en un momento terrible...

D. JUAN. He venido justamente por eso. Apenas supe lo que ocurría, me puse en camino. Este pobre viejo nada tiene, nada vale, nada puede... Pero, en la aflicción, sabe estar al lado de sus amigos, como buen catamarqueño.

CELESTINA. ¡Qué días, don Juan!

D. JUAN. ¡Luctuosos, sí! ¡Y quién sabe lo que nos reserva todavía la Providencia!... Ahora, al pasar por la plaza, he visto el horroroso espectáculo...

CELESTINA. ¿Las cabezas?

D. JUAN. ¡Las cabezas! ¡Pobre Catamarca, pobre patria, pobre humanidad! Pero, Señor, ¿de qué infame materia has hecho al hombre?

CELESTINA. No blasfeme, don Juan. El hombre es susceptible de elevarse, de ser bueno, de ser manso, de ser justo. Pero el demonio lo ciega y lo pierde. Estos horrores tienen que ser transitorios, ¡hay que creerlo, hay que esperarlo!

D. JUAN. Entretanto, Catamarca parece un cementerio.

CELESTINA. Y lo es, don Juan. Todos los oficiales que acompañaban al desventu-

rado gobernador Cubas, en la Quebrada del Infiernillo, donde le sorprendió Maza, han sido degollados... Casi no hay familia que no esté de luto, que no llore algun deudo.

D. JUAN. ¡Qué abominación!

CELESTINA. ¡Y esas mismas familias, esas viudas, esas huérfanas, tendrán que asistir esta noche al baile de Maza!

D. JUAN. El baile de Maza... ¿Dónde?

CELESTINA. Aquí mismo. ¿No ve usted que estamos en pleno regocijo? Pues con luto ó sin luto, lloren ó rían, tienen que concurrir, so pena de... ¡Baile ó Muerte, lo mismo que Federación ó Muerte!

D. JUAN. ¡Oh, misia Celestina! ¡Qué tiempos!

CELESTINA. ¡Tiempos de exterminio y de odio, don Juan!

(*Vése por las ventanas del foro pasar un horrible y lamentable tropel de prisioneros, conducidos á latigazos por soldados federales á pie y á caballo, que lanzan los gritos de muerte usuales en la época*).

D. JUAN. Pero, ¿qué tropel es ese?

CELESTINA. Nuevos presos que llevan al cuartel... Uno, dos, tres... diez. Recemos por sus almas, don Juan.

D. JUAN ¡Cómo!...

CELESTINA. La simple detención equivale á una sentencia de muerte...

D. JUAN. ¡Dios de bondad! ¡Que á mis años vean mis ojos estas cosas!... ¡Si lo hubiera sabido! ¡Ah! no hubiera tomado el fusil para pelear por la Independencia de un país que

la usa para volver á la barbarie, como rueda al abismo la piedra desprendida de los cerros, LIBRE ELLA TAMBIÉN...

CELESTINA. Tiene usted razón. Pero se ha de reaccionar un día... Entretanto, ¡quién sabe hasta dónde habremos llegado! Esos infelices que llevan ahí, ni siquiera han tomado las armas en favor de Cubas, y, sin embargo...

D. JUAN. No me diga más, misia Celestina. Estoy espantado.

CELESTINA. Y eso que no lo sabe todo... Mire usted.

D. JUAN. ¿Dónde?

CELESTINA. Allí. ¿No ve usted nada?

D. JUAN. Un soldado de chiripá punzó y un bulto informe tirado en el pasto...

CELESTINA. Sí, ya cae la tarde entre nubes rojas... por eso no se ve bien, don Juan. Pero ese bulto es un hombre.

D. JUAN. ¿Y ese hombre?

CELESTINA. Diego Chaves.

D. JUAN. ¡Diego Chaves! ¿Pues no se había marchado de Catamarca?

CELESTINA. En cuanto se restableció, corrió á reunirse con los unitarios, y, en efecto, se incorporó á las fuerzas del coronel Vilela, y estuvo en el combate de Sancala. Después de la triste derrota logró escapar á Pacheco; pero con tan mala suerte, que fué para caer en manos de Maza, quien lo ha traído, y lo tiene, hace ya días, en esa espantosa situación.

D. JUAN. Pero, afortunadamente, no lo ha hecho matar.

CELESTINA. Quizá para prolongar su agonía. Es un hombre distinguido, y estos gauchos bárbaros se vengan de eso como de un insulto, como de un perpetuo y viviente sarcasmo...

D. JUAN. ¡Infeliz!

CELESTINA. Además, el coronel Maza no ignora que Diego Chaves estuvo en Quebracho Herrado y en otros combates, y que es de los unitarios que han de luchar hasta vencer ó morir, como lo ha probado yendo, débil y enfermo todavía, á unirse y combatir con los suyos... Su vida corre tanto peligro, que casi puede dársele por muerto...

D. JUAN. ¿Qué puede hacerse por él?

CELESTINA. Nada, don Juan, nada. ¡Ay del que se atreva á tratar de torcer la voluntad del tiranuelo, peor todavía que el tirano grande! Sería lo mismo que querer quitar su presa al tigre. Chaves, durante el año que estuvo enfermo aquí, daba lecciones de música en las principales familias de uno y otro bando, indistintamente, para ganarse la vida y no ser gravoso á nadie. Con el trato frecuente se ha conquistado la simpatía, mas, el cariño de todo el mundo...

D. JUAN. Antes de que me marchara—y Chaves había llegado hacía poco,—ya era así, en efecto.

CELESTINA. Pues ese cariño ha ido aumentando. Antes, Chaves era la alegría y el adorno de nuestras reuniones, por

su amenidad, su elegancia, su animación... Ahora... Ahora es la preocupación, el dolor general. Tanto se le quiere, que los mismos que lloran algún deudo, aún tienen alma para hacer votos por su vida... Se han hecho, secretamente, rogativas á la Virgen; mi misma chinita le ha llevado su ofrenda para que salve á Chaves... Pero nadie, ni el más valiente, ni el más allegado al coronel Maza, se atreve á abogar por él. Se necesitaría heroísmo. Y ahí lo tiene usted, hambriento, andrajoso, medio desnudo, en el cepo, muriéndose, quizá, y con un sayón por centinela!...

D. JUAN. ¡Oh, el odio, el odio!... ¡Y decir que un poco de amor nos haría el pueblo más dichoso de la tierra! ¡Un suelo como éste, que es una bendición de Dios, cubierto de sangre, de tanta sangre que parece como si, con sus reflejos, tratara de teñir de rojo el azul del cielo!...

CELESTINA. Pero, y usted, ¿no es federal también?

D. JUAN. Ni federal ni unitario, como hoy se comprenden esas cosas, señora. Quiero la completa autonomía provincial. Sí. Pero la quiero por la Paz, por la Justicia, por el Amor. Quiero que comencemos por ser argentinos y hermanos. Pero, ¿qué le pasa, misia Celestina?

CELESTINA. Estoy llorando al oirle soñar cosas tan bellas, al soñar como usted... ¡Está tan inmediato el despertar horrible!...

ESCENA IV

DICHOS, MAZA, *en seguida* LAZCOQUE

MAZA. Se ha perdido usted una cazuela sabrosísima, y unas empanadas...

CELESTINA. Que le hagan buen provecho, coronel.

MAZA. ¿Quién es éste?

D. JUAN ¿Yo? Un pobre viejo, coronel, llamado Juan Acuña, capitán de la Independencia, que supo pelear con los godos; pero que ya no tiene ni el compás...

MAZA. ¿Federal?

D. JUAN. La autonomía de las provincias es mi aspiración más grande.

MAZA. ¡Hum!

LAZCOQUE. ¡Permiso, mi coronel!

MAZA. ¿Qué hay?

LAZCOQUE. Se ha pasado lista sin novedad. Hoy han entrado diez salvajes unitarios presos; aquí tengo la nómina. El señor coronel dispondrá lo que se ha de hacer con ellos.

MAZA. Bueno; deme la lista esa; averigüe quiénes son y qué es lo que han hecho, y resolveré en seguida. Puede retirarse... ¡Ah! Oiga, capitán.

LAZCOQUE. Ordene, mi coronel.

MAZA. (*En voz baja*). Mañana, á la madrugada, después del baile, cuando to-

dos estén durmiendo, el preso Chaves... ¿me entiende? Tiene demasiadas simpatías, y nos podría dar un disgusto.

LAZCOQUE. ¿Del todo?

MAZA. Sí, nada de juguetes.

LAZCOQUE. Será obedecido, mi coronel.

MAZA. Puede retirarse, y no falte esta noche, ¡eh! .

LAZCOQUE. ¡Qué he de faltar, mi coronel!

MAZA. ¡Asistente Pérez!

SOLDADO. A la orden, señor.

MAZA. Tráeme el caballo á la puerta. Voy á dar un paseíto para hacer la digestión, misia Celestina. Si no he vuelto cuando empiecen á venir los convidados, recíbalos usted, no más. Conque, hasta de aquí á un ratito. (*Vase*).

ESCENA V

DOÑA CELESTINA, D. JUAN, *en seguida* GENOVEVA

En esta escena, Petrona enciende las luces, tratando de no llamar la atención.

D. JUAN. ¡Chaves!

CELESTINA. ¡Chaves!

D. JUAN. ¡Pobre mozo!

CELESTINA. ¡Qué iniquidad!

D. JUAN. ¿De modo que usted también oyó?...

CELESTINA. El nombre nada más... pero es bastante.

D. JUAN. Yo oí: «á la madrugada.»

CELESTINA. Ahora, sólo un milagro...

D. JUAN. No sé qué puede más en mi ánimo, si el terror ó la indignación...

CELESTINA. ¡Genoveva!...

D. JUAN. ¡Señorita!...

GENOVEVA. Buenas noches. ¿Usted por aquí, don Juan? ¿Cuándo ha llegado?

D. JUAN. Esta misma tarde.

GENOVEVA. Para encontrarse en plena tragedia... Pues me he apresurado á venir antes que los demás, para pedirle noticias, misia Celestina.

CELESTINA. Tristes noticias, Genoveva.

GENOVEVA. Chaves...

CELESTINA. Vive... TODAVÍA...

GENOVEVA. TODAVÍA... ¿quiere decir?...

CELESTINA. ¡Sí, quiere decir lo peor!...

GENOVEVA. ¿Y cuándo?

CELESTINA. Esta madrugada, según parece...

GENOVEVA. ¡Dios mío!

D. JUAN. (*Aparte, á Celestina*). ¿Novia?

CELESTINA. (*Id.*) No, amiga: la discípula predilecta... Todo el mundo sabe que Chaves tiene su prometida en Buenos Aires.

D. JUAN. ¡Mayor mérito! Es magnánima la niña.

CELESTINA. Mucho.

GENOVEVA. ¡Oh! ¡si pudiera hacer algo en favor suyo! ¡Mi amigo! ¡mi maestro! ¡No! Yo he de hablar con el coronel Maza...

D. JUAN. ¡Oh, señorita! No se lo aconsejaría á mi mayor enemigo, después de los informes que me han dado.

CELESTINA. (*Aparte, á D. Juan*). Tanto más cuanto que Maza tiene cierta inclinación hacia ella... El paso po-

dría ser contraproducente, si llegara á creer...

D. JUAN. ¿Y esa inclinación, es de temer?

CELESTINA. No. Maza la domina, sabe que sería inútil.

D. JUAN. Pero, así y todo, si Genoveva pidiera por él, se sentiría ajado y obraría en consecuencia, ¿no es así?

CELESTINA. ¡Claro está!

GENOVEVA. (*Saliendo de su meditación.*) ¡Sí! ¡Le hablaré, le rogaré, le convenceré!

CELESTINA. Puede ser que eso fuera hacerte sospechosa...

GENOVEVA. ¿Sospechosa, yo?... Soy una niña, no me mezclo en nada. La última en saber los horrores de esta guerra fratricida soy yo... Las sospechas tendrían que desvanecerse en poco tiempo...

CELESTINA. La sospecha y el delito son hoy una misma cosa... Puede que tú escaparas á la ira del mandón. Pero... los tuyos...

D. JUAN. Sí: cuando un destino fatal se cierne sobre todos, sin excepción, no debe comprometerse á nadie. El rayo que va á caer no debe ser desviado, cuando se tiene la convicción de que ha de fulminar inevitablemente á alguno. Sería torcer el destino, hacerse su cómplice...

GENOVEVA. ¿Los míos? Nada tienen que temer. Son federales, federales como usted, don Juan; no de los que han enarbolado esa bandera para disfrazar instintos feroces bajo las apariencias de la política... No, las

opiniones de los míos no pueden ser utilizadas para perseguirlos.

D. JUAN. ¡Hum! El país destila sangre, y la venganza por la menor injuria, por el más leve desaire, se ejerce muy fácilmente en nombre de la opinión, verdadera ó atribuida. La calumnia, primero, el puñal después. Y que los inocentes vayan á quejarse...

GENOVEVA. ¡No importa, don Juan, no importa! Aunque luego me cueste lágrimas y dolores, trataré de salvar á Chaves. Me parece algo así como un deber ineludible... Si lo mataran, creería que había muerto con él toda la juventud argentina, inteligente, valerosa, artista, ilustrada, llena de generosidad...

CELESTINA. ¿Tanto le quieres?

GENOVEVA. Como si fuera mi hermano. ¿Acaso, por mujer, no caben en mi corazón amistades profundas y desinteresadas? Y Chaves no es sólo mi amigo, no se ha limitado, sólo, á enseñarme la música y el canto. Me ha inculcado también un patriotismo nuevo, más alto y más grande: el patriotismo que vislumbra en el futuro, y trabaja sin descanso por ella, la unión de todos, la fraternidad de todos, una solidaridad tan equilibrada, que la misma divergencia de opiniones, la misma contraposición de partidos, forme la grandiosa armonía total, como en la música...

CELESTINA. ¡Otro hermoso sueño!

D. JUAN. El ideal á que deben aspirar todas

las generaciones, una tras otra, ¡hasta alcanzarlo!...

GENOVEVA. Muchos han caído estos días; las calles están solitarias, enlutadas de silencio; nadie desemboca en la plaza sin que se le oprima el corazón, se le anude la garganta y se le doblen las rodillas; la persecución, los encarcelamientos, el degüello, no han cesado, quizá, sino para renacer con mayor saña... Todo el mundo calla, tiembla y obedece... hasta cuando le ordenan divertirse, como esta noche, terrible para tantos... En medio de este drama, fuerza es que Chaves simbolice mucho para que todos estemos como pendientes de su destino... Es la juventud, es la civilización, es el arte... Será locura, será imprudencia... pero, no puedo hacer otra cosa: á la menor oportunidad, yo pediré su vida, cuésteme lo que me cueste.

D. JUAN. ¡Valiente y generosa! Permita usted que le bese la mano. Usted también simboliza mucho. Usted es la mujer argentina, á quien nuestros nietos deberán, quizá, la realización de nuestros sueños de paz y de felicidad. (*Entran damas, que recibe doña Celestina*). Pero el entusiasmo me hace hablar como un chiquillo, á pesar de estas canas. ¡Cuidado, Genoveva, cuidado! Piense bien lo que hace... Por usted misma... por los suyos.

GENOVEVA. La Virgen del Valle me iluminará,

don Juan. La más mínima ocasión propicia será, para mí, una señal del Cielo.

D. JUAN. ¡Que el Cielo la ayude, entonces!...

ESCENA VI

DICHOS, DAMAS, *luego* OFICIALES

DAMA 1.ª Ni un caballero para recibirnos.

DAMA 3.ª Desde que todos los hombres están en los ejércitos ó refugiados en Chile, en Bolivia...

DAMA 1.ª Sí, se acabaron las comisiones de recepción... Están tristes los tiempos...

DAMA 3.ª ¡Ay! ¡más vale callarse!

DAMA 2.ª Bailar en público y desesperarse á solas... Mi pobre marido...

DAMA 3.ª. Sí, ya sé su desgracia... ¡Dios tenga misericordia!... Pero, silencio...

LAZCOQUE. ¿Dónde han puesto la música?

SANDOVAL. Ahí, en ese cuarto. Aquí no cabe, y allá no incomoda, y se oirá perfectamente con la puerta abierta.

ARGÜELLO. ¿Es cierto lo que me han dicho?

LAZCOQUE. ¿Qué te han dicho?

ARGÜELLO. Que esta madrugada... Chaves...

LAZCOQUE. ¡Schut!

SANDOVAL. Uno más...

ARGÜELLO. Dicen que canta muy bien. Mañana cantará... del todo.

SANDOVAL. Con acompañamiento de violín y violón.

DAMA 2.ª ¡Qué bárbaros y qué cínicos! Ni la misma muerte es respetable para ellos.

DAMA 1.ª Hablan de Chaves.

DAMA 3.ª ¡Pobrecito!

DAMA 1.ª ¡Y decir que hasta esos verdugos tienen valor en el campo de batalla!... Parece imposible.

ARGÜELLO. Ahí viene el coronel. *(Profundo silencio)*.

ESCENA VII

DICHOS Y MAZA

MAZA. Que le den una buena rasqueteada y le pongan la manta. No le den agua hasta dentro de media hora, y vean que la alfalfa esté bien picadita y bien limpia...

DAMA 2.ª Para él vale más un caballo que cien cristianos...

MAZA. Buenas noches. ¡Qué silencio! ¿Estamos en misa?

DAMA 1.ª El respeto á su presencia, coronel...

MAZA. No me salga con respetos en un bai-

le. Aquí venimos todos á divertirnos. ¿Y usted, señora, cómo está?

DAMA 1.ª Muy bien, mil gracias. ¿Y el señor coronel?

MAZA. Regularcito no más, y bastante cansado. Estos diablos de salvajes unitarios no me dejan un momento tranquilo. Pero, ¿qué les pasa? ¿Les han echado algún balde de agua fría? Conversen, mientras llega la música... Y usted, no se me vaya... ¿Dónde anda su marido?

DAMA 2.ª ¡Mi marido! Si lo han... Si ha muerto...

MAZA. ¡Ah, es verdad! no me acordaba, creía que era otra... Bueno, vaya, no se aflija; usted es joven todavía y buena moza... Es una linda viudita. ¿Y su esposo, señora?

DAMA 3.ª Creo que ya habrá llegado á La Rioja, señor coronel.

MAZA. ¿Cuándo salió?

DAMA 3.ª Hace... hace tres meses.

MAZA. ¿Conque á La Rioja, eh? Andará en parejero... Es un salvaje unitario, ¿no?

DAMA 3.ª Lo ignoro, coronel; pero me parece que no... Yo no entiendo de política, y como él no me habla nunca de sus cosas...

MAZA. No entenderá, no entenderá: pero, en cambio, tiene el moño demasiado chico para ser buena *federala*... Ya averiguaré si su marido anda por los llanos ó debajo de alguna cama...

DAMA 3.ª ¡Dios mío!

DAMA 1.ª ¡Valor, no te turbes!

MAZA. ¡Lazcoque! A ver si tocan esos músicos. Vamos á empezar el baile.

DAMA 3.ª ¡Verdugos!

DAMA 2.ª ¡Te estás traicionando; silencio!

DAMA 1.ª No hay que jugar con el fuego.

DAMA 2.ª Ni con el puñal... ¡Duele tanto cuando nos hiere en pleno corazón, sin quitarnos la vida!... Mi pobre marido...

DAMA 1.ª ¡Vaya! ¡Nos están mirando las federalas!

DAMA 3.ª A las nuestras no les temo... Catamarca vivía en paz...

LAZCOQUE. ¿Quiere acompañarme á bailar esta pieza?

DAMA 1.ª No tengo inconveniente.

ARGÜELLO. ¿Me hace el honor, señora?

DAMA 2.ª A bailar... yo...

ARGÜELLO. ¿Y qué hay con eso?

DAMA 2.ª Nada... efectivamente...

D. JUAN. ¿Quién se les opone? ¿Quién se atreve á protestar contra su yugo?

CELESTINA. A esa le han muerto el marido... ¡Y tiene que bailar!...

D. JUAN. Y que sonreir todavía. ¡Ah! Ahora veo claro. ¡Pobre Chaves! Ni la misma Genoveva podrá nada en su favor.

SANDOVAL. Bailaremos el minué, coronel.

MAZA. Sí; el minué, federal. (*Baile.* (1) *Don Juan aprovecha el momento para salir, y vuelve, al poco rato, situándose, otra vez, junto á doña Celestina*).

D. JUAN. (*Volviendo*). Hace un instante me metí en el potrero. La casualidad

---

(1) Sobre la música de esta obra, consultar al actor y compositor don Antonio Podestá.

quiso que el centinela, aprovechando el barullo del baile, se hubiera escapado á la cocina á tomar un matecito ó un vaso de aloja.

CELESTINA. ¿Y?...

D. JUAN. Me acerqué á Chaves... ¿Cómo está, mi amigo? le pregunté.—¡Ay, señor! —me dijo con una voz que apenas se le oía.—Aunque no me mataran, no pasaría de esta noche... Me estoy muriendo de dolor, de hambre y de vergüenza. — En esto se asomó el soldado y tuve que venirme agachadito... ¡Qué martirio el del pobre infeliz!

CELESTINA. ¡No haberle llevado algo qué comer!

D. JUAN. No se me ocurrió... Como fué tan casual...

MAZA. ¡A ver! ¿Qué hace ese viejo, que no baila? ¿Quiere que lo haga bailar yo?

D. JUAN. ¡Señor coronel!...

GENOVEVA. ¡Por Dios, coronel, déjelo tranquilo! Es un buen federal, yo se lo aseguro.

MAZA. Y usted, ¿es buena federala? ¡Vaya, está bueno! Pero lo que es en la otra, ha de bailar, porque aquí estamos para divertirnos... Y usted, señorita, muchas gracias. Baila como un picaflorcito... Concédame también el baile que viene...

GENOVEVA. Es un honor; con mucho gusto, coronel... Pero, entretanto...

CELESTINA. Ahora le pide... ¡Valiente niña! (*Maza se aleja*).

MAZA. ¡Teniente Sandoval! Que traigan los refrescos para estas señoras y estos caballeros.

DAMA 1.ª Más parece campamento que baile.

D. JUAN. Lo hizo perder la oportunidad. Me alegro por ella.

CELESTINA. Yo también. Pero, lo siento por él, aunque...

D. JUAN. Ya no hay esperanza, ¿no?

CELESTINA. Por lo menos, yo no la tengo.

MAZA. Está muy lindo su baile, señora.

CELESTINA. ¿Mi baile? El suyo, dirá usted, coronel...

MAZA. Poco importa... Ya ve: lo que tenía triste á Catamarca eran las locuras y las barbaridades de esos inmundos salvajes unitarios... Con la lección que les estamos dando, todo vuelve rápidamente al orden y la alegría, ¿no es así? Hay que tener la mano de fierro para manejar á esos locos. Pero, con la sorpresa que les voy á dar mañana... ya no se volverán á quejar... (*Sensación*).

CELESTINA. ¡Jesús!

GENOVEVA. ¿Y qué... qué les pre... para, coronel? ¿Algún... algún otro baile?

MAZA. No es mal baile...

CELESTINA. Será tal como usted lo ordene.

MAZA. ¡No! ¡no! Si ya casi no tengo que ordenar: mis soldados saben...

GENOVEVA. Señor...

D. JUAN. ¡Genoveva!... ¡El momento no puede ser peor!...

MAZA. ¡Mi linda niña! Usted es la flor de Catamarca, ¡la rosa del valle! Tomo y obligo, como dicen por aquí... (*Invitándola á beber*). Vamos á beber á la salud del benemérito don Juan Manuel de Rosas... ¡Viva

nuestro ilustre y abnegado Restaurador de las leyes!

TODOS. ¡Viva!

MAZA. ¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!

TODOS. ¡Mueran!

D. JUAN. ¡Dios me perdone estas blasfemias!

GENOVEVA. Coronel...

CELESTINA. ¡Por Dios, Genoveva! Aguarde un poco más. ¡Quién sabe!

GENOVEVA. Es que no puedo, no puedo seguir callando... ¡Y no me escucha! El tormento de la expectativa es demasiado terrible...

MAZA. La fiesta no puede estar mejor; pero algo le falta, sin embargo.

DAMA 1.ª Inventa alguna crueldad ó alguna locura...

MAZA. Falta un poquito de canto. (*Imitando el acento catamarqueño*). Las hermosas catamarqueñas tienen fama de cantoras. Usted debe gorjear como un jilguero ó modular como un zorzal...

DAMA 1.ª Nunca he podido dar una sola nota medio afinada, señor coronel...

MAZA. Y usted, ¿no canta?

DAMA 2.ª Estoy tan ronca esta noche...

MAZA. ¿Conque ronca, eh? Pues, señora, cuídese mucho la garganta, no se le agrave la enfermedad... Vamos, niñas, no me hagan el desaire... ¿No hay alguna cantora escondida por ahí?

DAMA 1.ª ¿Genoveva?

DAMA 2.ª Ella que es federal...

DAMA 1.ª Sí, eso es...

DAMA 3.ª Genoveva canta admirablemente...

MAZA. ¿Sí? Y tan calladita, ¡la picarona! ¡Pues que nos cante algo la linda Genoveva!...

GENOVEVA. Yo cantaría de mil amores, coronel...

D. JUAN. ¡Atención!

CELESTINA. ¡Ah, niña!...

D. JUAN. ¡Aquí de Chaves!

MAZA. Y ¿por qué no canta?

GENOVEVA. Es que... es que no sé acompañarme, y estos músicos no lo harían medianamente siquiera...

MAZA. ¡Vamos! ¡qué mala voluntad!

GENOVEVA. Le aseguro que no es mala voluntad, coronel... ¡Hace tan poco que estudio!... Sólo puedo cantar cuando me acompaña mi maestro. (*Sensación*).

MAZA. ¡Qué, mi linda Genoveva! ¿Y ésta es la dificultad? ¡Sandoval, que traigan inmediatamente al maestro de esta niña!

GENOVEVA. Mi maestro está preso, coronel.

MAZA. ¿Preso? ¿Y quién es?

GENOVEVA. Diego Chaves.

MAZA. ¡Diego Chaves! ¿El reo, traidor, salvaje de Quebracho Herrado y de Sancala? ¿Ese mozalbete? Allí está, efectivamente, en el cepo; y mañana... ¡Bah! No por eso hemos de perder su canción, Genovevita! ¡Lazcoque! Que traigan á Chaves.

LAZCOQUE. Al momento, coronel... Pero... habrá que hacerlo vestir...

MAZA. ¡Qué ocurrencia! Para tocar la música no se necesitan trapos. Que venga como está, no más.

GENOVEVA. ¡Dame valor, Virgen del Valle!

D. JUAN. ¿Qué se propone?

CELESTINA. La amistad y la compasión han de iluminarla...

D. JUAN. ¡Dios lo quiera!

CELESTINA. Como la ocasión no llegaba, ella la ha provocado... Estoy temblando como una azogada. (*Desasosiego y murmullos*).

GENOVEVA. ¡Por el amor de Dios, don Juan, traiga mi guitarra, que está enfrente, en casa de Acuña! ¡Corriendo, porque vamos á jugar el todo por el todo! (*Sale don Juan á toda prisa*).

MAZA. ¿Qué les pasa? ¿Se han quedado pasmados? ¡Como si no fuera lo más natural del mundo!

ARGÜELLO. La gente es muy sentimental por aquí.

MAZA. Y ¿con qué instrumento se hace acompañar mi zorzalito?

GENOVEVA. Con guitarra, coronel.

MAZA. A ver una buena guitarra, pronto.

SANDOVAL. Los músicos tienen...

MAZA. Pídales una. ¿Qué nos va á cantar, señorita?

GENOVEVA. Lo que usted mande, coronel.

MAZA. Yo suplico, cuando se trata de usted, no mando.

GENOVEVA. Pues lo que usted prefiera, entonces.

MAZA. ¿Unas vidalitas?

GENOVEVA. Vaya por las vidalitas. ¡Es canción tan tierna y tan triste!...

DAMA 1.ª (*Aparte*). ¡Trágica será esta noche!

MAZA. ¿Y ese preso? ¿viene ó no viene?

ARGÜELLO. Allí están, desatándolo á la luz de un candil. Ya se levanta...

DAMA 1.ª No puede tenerse en pie.

ARGÜELLO. Ya viene.

DAMA 3.ª Lazcoque lo sostiene por un brazo y el asistente del coronel por el otro. ¡Parece un moribundo. (*Entra Sandoval con una guitarra*).

GENOVEVA. ¡No sé lo que me pasa! ¡Don Juan no viene!... ¿Cómo evitarle una negativa que le costará la vida inmediatamente?

CELESTINA. ¡Valor, valor!... ¡Ah! ¡ahí está don Juan!

D. JUAN. La guitarra...

GENOVEVA. Téngamela y no se aparte de mí.

ESCENA VIII

DICHOS, CHAVES (*como un moribundo*), LAZCOQUE

MAZA. ¡Entre, entre, pues, hombre! ¡Qué se queda embobado en la puerta!

GENOVEVA. (*Defendiendo á Chaves de su misma indignación*). Con su permiso, coronel... Siéntese en esta silla, Chaves. Los demás hagan el favor de apartarse... para el efecto de la música.

MAZA. Lo he hecho traer para que acompañe á esta señorita, que va á cantar

CHAVES. ¡¿Yo!?

MAZA. ¡Sí, usted! Tome la guitarra y témplela.

GENOVEVA. ¡No, coronel, disculpe! ¡Esta es mejor! ¡Esta es la MÍA! Tómela de mis manos, Chaves, y toque... (¡Se lo suplico por lo que más quiera!).

CHAVES. ¡Es una vergüenza, Genoveva!

GENOVEVA. ¡No!... ¡Acuérdese!... ¡Tiene madre, novia, amigos!...

CHAVES. ¡Nunca!...

GENOVEVA. ¡Patria!... ¡Ideales!...

MAZA. ¿Empezamos ó no?

GENOVEVA. Le indico lo que debe tocar... Acceda, Chaves... ¡Sería un suicidio!...

CHAVES. ¿Lo quiere usted?

GENOVEVA. ¡Se lo suplico... y se lo ordeno!...

CHAVES. Si es así...

GENOVEVA. ¡Gracias á Dios!

CHAVES. No puedo... No tengo fuerzas... (*Preludia y desfallece*).

GENOVEVA. ¡Oh! beba, beba, ¡por la Virgen Santísima!... (*Le da una copa de vino*).

MAZA. ¡Qué paciencia se necesita! ¡Si no fuera por usted, Genoveva!

CHAVES. ¿Qué podría hacerme? Minutos más, minutos menos...

D. JUAN. No he temblado en los combates más terribles; pero, ahora...

CELESTINA. Yo estoy llorando, aunque me pierda...

D. JUAN. ¡Pobre patria! ¡Este espectáculo, las cabezas del gobernador Cubas y de su ministro Dulce, clavadas en las lanzas! ¡Ni compasión, ni humanidad! ¡Si sobre nuestros hijos reina también el odio y la barbarie, este país desaparecerá como las ciudades malditas!

ARGÜELLO. (*Lanza una grosera carcajada; todos lo miran azorados*).

MAZA. ¿Qué significa eso?

ARGÜELLO. ¡¡Es que este diablo de Sandoval tiene unas ocurrencias, mi coronel!!...

MAZA. A ver, y ¿qué es lo que ha ocurrido?

ARGÜELLO. Me preguntó por qué hay ahora tanta mosca en Catamarca; le contesté que no sabía, y me dijo, entonces: «¡Animal! ¿no ves que el dulce atrae á las moscas, y que les hemos puesto un Dulce en la plaza?» ¡Es muy gracioso! (*Sensación general*).

SANDOVAL. También se amontonan en las cubas de mosto... ¡Y también les hemos puesto Cubas!

CELESTINA. ¡Qué horror!

CHAVES. ¡No puedo, no puedo, aunque me maten ahora mismo, Genoveva!

GENOVEVA. ¡Muera usted, entonces... pero combatiendo! ¡Soy federal... pero, esto, es la barbarie, Chaves! ¡Hay que suprimirlo! ¡Hay que salvar la civilización!

CHAVES. ¡Dios la inspira, Genoveva! ¡Tocaré! (*Toca*). Pero, me ha de matar, á pesar de todo... Escríbale á mi pobre madre... escríbale á mi novia. Dígales que mis últimos pensamientos han sido para ellas, para usted, para mi país.

GENOVEVA. (*Canta*).

Los días más bellos,
Vidalitá,

tienen su hora amarga,
y hasta en la agonía
Vidalitá,
luce la esperanza.

Cuando el amor canta,
Vidalitá,
el mundo es un cielo;
cuando el odio ruge,
Vidalitá,
es el rojo infierno.

La paz es mi dicha,
Vidalitá,
la amistad mi gloria;
un abrazo vale,
Vidalitá,
más que una victoria.

D. JUAN. ¿Está improvisando?
CELESTINA. Sí.
D. JUAN. Versos atrevidos en estos momentos.
CELESTINA. ¿Atrevidos? ¡Quizá mortales!
D. JUAN. Va á cantar más.
CELESTINA. Escuchemos.
GENOVEVA.

Tierra del Ambato,
Vidalitá,
Catamarca mía.
tu cielo sin nubes,
Vidalitá,
la paz simboliza.

Por eso le cubren,
Vidalitá,
sangrientos celajes,
si el rencor perdura
Vidalitá,
cuando cae la tarde.

Por eso mis cantos,
Vidalitá,
son cantos de amores.
¡Ojalá ablandaran,
Vidalitá,
los pechos de bronce!

MAZA. ¡Linda canción! ¿Nadie aplaude al zorzalito?... ¡Será porque zurra á los salvajes unitarios, que no saben más que odiar! ¡Muy bien, niña, muy bien!

GENOVEVA. (¡Valor!) Gracias, coronel.

D. JUAN. El tiranuelo, como todos, no comprende las alusiones. ¡Acostumbrado á la lisonja!...

CELESTINA. ¡Silencio, por Dios! ¡Tiemblo toda!

MAZA. Que se lleven al preso.

CHAVES. ¡Genoveva! ¡por usted lo hice... me estoy muriendo... pero, sin embargo, tendré bastantes fuerzas para escupirle en la cara!... (*Irguiéndose*).

GENOVEVA. ¡No, Chaves!... (*Se precipita hacia el coronel*). ¡Señor coronel Maza!...

MAZA. ¿Qué quiere, mi linda Genoveva?

GENOVEVA. Usted me prometió que, á cambio de mi canción, me concedería lo que le pidiese... (*Señas de don Juan y doña Celestina, significando: «¿Le prometió?—¡No!»*)

MAZA. No recuerdo; pero desde que usted lo dice... Y ¿qué quiere pedirme la niña?

GENOVEVA. ¡La vida y la libertad de ese hombre!

MAZA. ¿Del salvaje Chaves?

GENOVEVA. Sí, coronel, ¡del salvaje Chaves!

MAZA. ¡Hola, hola! ¿Conque esas habíamos tenido?

GENOVEVA. No sé lo que quiere usted decir.

MAZA. ¿Le debe algún gran servicio?

GENOVEVA. Lo que me ha enseñado.

MAZA. ¿Es su pariente?

GENOVEVA. No.

MAZA. ¿Su novio?

GENOVEVA. ¡Tampoco!

MAZA. En tal caso, ¿qué le importa de él? ¿Qué es para usted?

GENOVEVA. Un amigo... un maestro... un argentino...

CHAVES. ¡Genoveva!

MAZA. ¡Sabe que es atrevidita la niña! ¿Sabe que esas cosas suelen costar muy caro?...

GENOVEVA. ¡Lo sé, coronel!...

MAZA. Pues, si lo hace á sabiendas, será por algo...

GENOVEVA. ¡Pongo á Dios y á la Virgen del Valle por testigos de que no es lo que usted piensa! ¡Mi maestro, mi amigo, sí; pero nada más! ¡Concédame su vida y su libertad, coronel! ¡Que mi canción no sea más trágica de lo que ha sido ya! ¡Que sus últimos acordes no se apaguen en sangre!

CHAVES. ¡Nunca permitiré!...

D. JUAN. ¡Silencio, insensato!

CELESTINA. ¡Por Dios, Chaves!...

GENOVEVA. ¡Hable usted, coronel! ¡la zozobra me está matando!

MAZA. Pues... que sea lo que usted quiere. Que viva, que se le ponga en libertad... ¡Pero que salga inmediatamente de Catamarca, y que no vuelva, bajo pena de muerte!...

DAMA 2.ª ¡La muerte... siempre la muerte!... ¡Repleto ahora el tigre, sueña en la comida de mañana!...

MAZA. Y para estar bien seguro de que así será: ¡Lazcoque! dos soldados de confianza que lo monten á caballo y lo lleven donde él quiera; pero fuera de la provincia.

D. JUAN. ¡Si no lo mata la fatiga y la necesidad en el camino!...

MAZA. ¿Queda conforme mi linda Genoveva?

GENOVEVA ¡Gracias, muchísimas gracias! ¡Dios se lo pagará, coronel!

CELESTINA. ¡Una sola página blanca en su libro rojo!

MAZA. Veo que era amistad no más.

GENOVEVA. ¿En qué lo ve, coronel?

MAZA. En que, si no, me hubiera pedido que lo dejase en Catamarca. Y, entonces...

GENOVEVA. ¿Entonces?...

MAZA. ¡Quién sabe!...

TELON

INDICE

ROBERTO J. PAYRÓ

EN LAS TIERRAS DE INTI

(Septiembre-Octubre 1899).



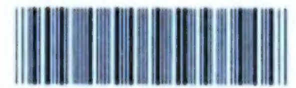
BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA M. RODRÍGUEZ GILES
CORRIENTES, 1379
1909

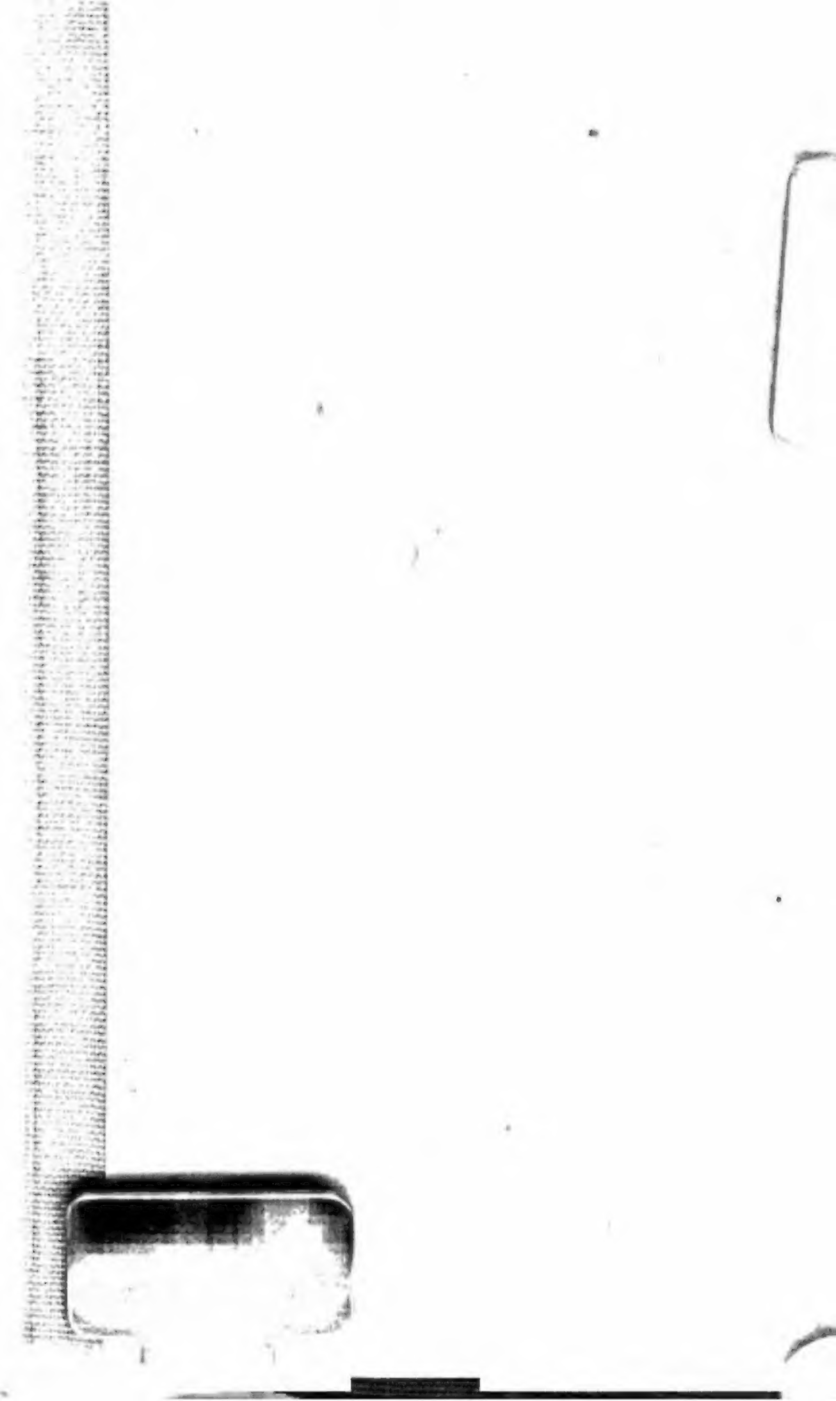
OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Australia Argentina. (Dos vols).
El falso Inca. (Cronicón de la conquista).
El casamiento de Laucha. (Novela picaresca).
Sobre las ruinas... (Drama en cuatro actos).
Marco Severi. (Drama en tres actos).
El triunfo de los otros. (Drama en tres actos).
Pago Chico. (Novela de costumbres).
Violines y toneles. (Cuentos y relatos).
Crónicas.
Ensayos poéticos. (Agotada).
Antígona. (Novela, agotada).
Scripta. (Cuentos, agotada).
Novelas y fantasías. (Agotada).
Los italianos en la Argentina. (Agotada).
Emilio Zola. (Agotada).

EN PREPARACIÓN

Cartas perdidas. (Impresiones de viaje).


89101205961
b89101205961a




89101205961
B89101205961A